# EL CAMINO DEL SOL II

JORGE CARRERA ANDRADE

Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión" Presidente:
Raúl Pérez Torres

Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura Director:
Lván Égüez

"El Camino del Sol" II Jorge
Carrera Andrade Colección
"Luna Tierna"

Primera edición: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959
Segunda edición: 110.000 ejemplares, 2002

lee@cce.org.ec
Teléfono: 593 2 2222876
ISBN: 9978-207-5

Editor: Alfonso Monsalve Ramírez
Diseño y diagramación: Ernesto Proaño, Antonio García Ramírez
Corrección de textos: Paulina Rodríguez R.
Ilustración: "Grito de los Excluidos" (fragmento), Pavel Égüez

Impreso en Cargraphics.

# EL CAMINO DEL SOL II

JORGE CARRERA ANDRADE

**colección luna tierna**

CAMPAÑA EUGENIO ESPEJO

POR EL LIBRO Y LA LECTURA

# Índice

Libro II. "La tierra siempre verde"
El Ecuador visto por los cronistas de indias,
los corsarios y los viajeros europeos.

Primera parte: Sobre las ruinas del Reino de Quito
I. Fundación de ciudades 13
II. El País de la Canela y el río Amazonas 19
III. Un virrey decapitado en Quito 28
IV. El sayal contra el penacho 34

Segunda parte: El gran cortejo de la colonia
I. Santillán, fundador de la audiencia de Quito 41
II. Mansiones de piedra, muchedumbres descalzas 50
III. Negros en la nieve 60
IV. El obispo inquisidor y otras sombras 65
V. "Estas tierras deben ser gobernadas a palos" 73
VI. La Revolución de las Alcabalas 82
VIL Fiestas, contrabando y funerales 90
VIII. Coreal descubre las llagas de la Colonia 109
IX. Los franceses incendian Guayaquil 112
X. Soldados en las misiones de la selva 119
XI. En nombre de Su Majestad Británica 123
XII. Las observaciones de Woodes Rogers 131
XIII. Fantasmas con mantos de caballeros 135

Tercera parte: Quito en el siglo de las luces
I. Académicos a lomo de muía 143
II. Dos reformadores sociales 157
III. La misa de los marqueses 164
IV. ¡Vivan los barrios! 170

V. Los jesuitas marchan al destierro 176
VI. Agonía de la colonia 182
VIL Un precursor olvidado: el conde de Casa Gijón 187
VIII. El doctor Espejo,
despertador de la conciencia criolla 195
IX. Fogata sobre la cordillera 201
X. Humboldt en Quito 206
XI. Señales de la gran tormenta 212

Notas 219

# LIBRO II

# LA TIERRA SIEMPRE VERDE

**(EL ECUADOR VISTO POR**
**LOS CRONISTAS DE INDIAS,**
**LOS CORSARIOS Y**
**LOS VIAJEROS EUROPEOS)**

PRIMERA PARTE

# SOBRE LAS RUINAS
# DEL REINO DE QUITO

# I. **Fundación de ciudades**

En un cobertizo improvisado se levantó un altar y se compuso un "nacimiento con figuras incaicas de barro cocido *y* algunos vasos de oro". Y el clérigo Juan Rodríguez, primer párroco de la recién fundada ciudad de San Francisco de Quito, celebró la Misa del Gallo, en la primera Nochebuena hispánica sobre los Andes ecuatoriales, ante Belalcázar *y* sus soldados. Afuera, se agolpaba una gran muchedumbre de indios que contemplaban atónitos a esos hombres barbudos, cubiertos de corazas abolladas en cien combates y prosternados de hinojos frente a una simple cruz de madera, a la que atribuían un poder sobrenatural.

Los conquistadores no habían perdido el tiempo. Apenas llegaron a las faldas del Pichincha, Belalcázar había distribuido solares de ciento sesenta pasos de longitud cada uno, entre los doscientos cuatro españoles que le acompañaban. Su intento era construir una ciudad-fortaleza que le sirviera para defenderse de las partidas de indios hostiles y que tuviera como almenas los picos nevados de la cordillera. Dos semanas antes de la Nochebuena, exactamente el 6 de diciembre de 1534, se había levantado el Acta de la Fundación de la ciudad de San Francisco de Quito. Belalcázar reunió un cabildo, a semejanza de los de España, y nombró Regidor a Pedro de Puelles y Alcaldes a Juan de Ampudia y Diego de Tapia. El primer escribano y notario de la ciudad fue Domingo de la Vega.

Las casas del vecindario se levantaron al lado del cobertizo que servía de iglesia y al que se dio el nombre pomposo de Capilla Real de la Vera Cruz, llamada después Capilla del Belén. La ciudad española ocupó el sector comprendido actualmente entre la Alameda y el Parque de Mayo. Luego, debía extenderse hacia los terrenos otorgados a los franciscanos, dominicos y mercedarios. El convento de San Pedro Mártir se construyó sobre los muros del cobertizo en que se habían alojado al comienzo los dominicos, mientras el convento de los franciscanos descalzos ocupó el lugar donde se hallaban las casas de placer y los almacenes reales del inca Huayna Cápac.

El alcalde Juan de Ampudia, los alguaciles y los soldados se entregaron a la tarea de recoger indios en el norte para el acarreo

de materiales de construcción y los trabajos de albañilería. El cabildo servía a maravilla los deseos de los conquistadores. Así, había clasificado a los indios en cuatro categorías: indios de paz, indios de guerra, indios yanaconas e indios de Nicaragua. No era mucha la diferencia en cuanto al trato que recibían estos infelices. Los indios de paz eran aquellos que trabajaban de buen grado para sus nuevos amos sin reclamar ningún salario. Los yanaconas estaban también obligados a servir gratuitamente, en cualquier tiempo o lugar, como siervos natos de todo el mundo. Sólo los indios de Nicaragua eran remunerados aunque escasamente. Si cualquier indio presentaba resistencia, se lo consideraba como "indio de guerra" y era marcado con un hierro como esclavo. Una de las primeras providencias del cabildo de Quito había sido pedir al magnánimo señor don Francisco Pizarra un sello de hierro para marcar a los indios vencidos.

Por éste y otros medios, los fundadores de Quito habían puesto a diez mil indios a construir la ciudad hispánica, vigilados por los arcabuceros. Muchos de esos forzados llevaban cadenas. Y si alguno escapaba, era perseguido por el Alguacil del Campo y los perros de presa.

Pedro de Puelles fue el verdugo de los jefes más distinguidos de la resistencia indígena: Cozopanga, Razorazo, Nina, Zopozopangui. A Rumiñahui le sometió a la tortura y le hizo dar luego una muerte ignominiosa. Los soldados españoles habían implantado el terror sirviéndose de los indios quichés y los perros traídos de Nicaragua. Alonso de Palomino cuenta las espantosas escenas de algunas de esas "cacerías de indios con lebreles". En junio de 1535, Puelles salió con sus hombres y sus jaurías y dio muerte a gran número de indios. El cabildo de Quito le expresó su aplauso y su respeto "por la matanza que mandó hacer entre los incas".

En la región de Guayllabamba, en los valles del Chota y en varios pueblos indígenas de Imbabura, el desalmado capitán Puelles incendió las moradas humildes y exterminó tribus enteras. Arrasó algunos poblados para levantar allí los caseríos y encomiendas de Puéllaro y Perucho, adueñándose de todas las tierras vecinas. Su ambición era poseer un dominio que se extendiese desde Imbabura hasta el Mar del Sur. En ejecución de su plan, se abrió paso entre los pueblos de Manabí, con la tea y con la espada. Sometió a los mantas a la servidumbre y estableció la pesca de perlas para su único beneficio. Obtuvo la autorización de Pizarro para poblar las costas del Mar del Sur; pero muy pronto se vio obligado a abandonar su empresa, continuada después por Francisco Pacheco.

De sus expediciones, regresó Puelles a Quito con millares de "indios cautivos en buena guerra", a los que puso a trabajar en unas minas de plata de su propiedad, situadas en las estribaciones del Pichincha, y en unas canteras de piedra de donde iban a salir las iglesias y mansiones que harían de ese reino uno de los más suntuosos de las Indias.

También el alcalde Diego de Tapia, obedeciendo las órdenes del capitán Belalcázar, hizo una expedición al norte y llegó hasta las orillas del río Carchi, en una serie de jornadas que tuvieron como epílogo la conquista del país de los quillacingas.

Belalcázar no descansó mucho tiempo en Quito. Después de recoger el mayor número de aborígenes, salió con cincuenta caballeros, cien infantes españoles y cuatro mil indios hacia la costa, por el camino de Chimbo, y se detuvo a orillas del golfo del Guayas, en la desembocadura del río Babahoyo, desde donde contempló maravillado la lejana caperuza de hielo del Chimborazo -en la dirección del camino que acababa de abandonar- en medio de la atmósfera transparente de un día de julio. En ese lugar fundó la ciudad de Santiago de Guayaquil y, dejándola bajo la protección de setenta soldados, a las órdenes del teniente de gobernador Diego de Daza, regresó a Quito para hacer los preparativos de su marcha hacia Popayán. Los indios sorprendieron a poco la

guarnición y pusieron fuego a las casas de madera. A duras penas escaparon con vida el Teniente de Gobernador y cinco soldados que ascendieron penosamente la cordillera para llevar la infausta noticia a Quito. Los fugitivos, con ayuda de Pedro de Tapia, organizaron una nueva expedición con tres mil indios y marcharon hacia el golfo; pero fueron derrotados en varios encuentros por los belicosos habitantes del litoral que habían ya aprendido a luchar con ventaja contra los caballos y los arcabuces.

La segunda fundación de Guayaquil por el capitán Francisco de Zaera fracasó igualmente, por los alzamientos de indios que siguieron a la rebelión del inca Manco, y la empresa pareció por algún tiempo abandonada por los españoles hasta que el Adelantado Pizarro envió del Perú al capitán Francisco de Orellana, uno de los más osados capitanes de la conquista. Orellana fundó de manera definitiva la ciudad de Santiago de Guayaquil de los Lazos, en 1538, en compañía de Enrique Díaz y Lope de Acevedo, en el "declive del Cerrillo Verde".

Otros capitanes españoles fundaron, en esa misma época, varias ciudades sobre los Andes, a orillas de los ríos o en la costa del Mar del Sur. El capitán Cristóbal de Burgos, "dueño de navío en Guatemala", había establecido la Nueva Villa de San Gregorio de Puertoviejo desde 1534; Alonso de Mercadillo fundó la ciudad de Loja, en 1548. San Leandro de Jaén de Bracamoros fue fundada en 1549 cerca de una laguna de agua dulce "que cría muchos patos y pescado ninguno y tiene de ancho como un tiro de arcabuz" según frase pintoresca de Guillermo de Martos, corregidor de la ciudad. Santa Ana de los Ríos de Cuenca inició su vida civil en 1550. Los asientos de San José de Chimbo y de San Vicente Mártir de Latacunga se establecieron cerca de los grandes repartimientos de tierras y de indios. El capitán Andrés Contero hizo en 1563 la fundación de San Pedro de Alcalá del Río Dorado, en el valle de la Coca. San Bartolomé de Ambato llevó el nombre de este santo porque en la vecindad encontraron los españoles "una piedra muy grande y en ella estampadas ocho pisadas de pie humano" que los indios veneraban como las huellas del apóstol.

La explotación de las minas y lavaderos de oro dio lugar asimismo a la fundación de otras ciudades y villas, designadas con nombres hiperbólicos y pomposos que pintan el carácter de la época, como San Antonio del Cerro Rico de Zaruma, Santiago de las Montañas, Sevilla del Oro, Logroño de los Caballeros, Zamora de los Alcaides, Baeza del Espíritu Santo de la Nueva Andalucía. En la denominación de Sevilla del Oro parecía estar ya señalado su destino trágico y violento, semejante al de Valladolid, Baeza, Ávila y Archidona. Estas dos últimas ciudades constituían centros florecientes donde la riqueza de los minerales era igualada tan sólo por el chispeante ingenio español, dos refugios en medio de la selva tórrida; pero, en una misma noche, estos dos lugares de amor y de leyenda fueron asediados por ejércitos de indios que saquearon e incendiaron las casas, exterminaron a los hombres y capturaron a todas las mujeres blancas, conduciéndolas como un precioso botín a las profundidades vegetales de su salvaje y tropical imperio. Hoy, los nombres evocadores de las ciudades auríferas son solamente fantasmas de la historia que se alzan para maldecir la codicia de los conquistadores y la barbarie de las tribus originarias de esas regiones. (1)

Baeza sobrevivió a los repetidos asaltos de los indios y fue por algún tiempo la capital de la provincia de Quijos. Un historiador habla también de la "ciudad floreciente de Mendoza" cuya fama igualó a la del Cuzco, pues en cuarenta y siete años se despejó la selva en las orillas de los ríos Palora, Upano y Paute, y se construyeron carreteras en los rocosos desiertos de la Cordillera. Asimismo, el antiguo cronista holandés Juan de Laet al relatar los acontecimientos de la conquista del reino de Quito, escribe que "el capitán Contero fundó la ciudad de Castro en la provincia de Bunigando".
Los encomenderos de la región de Chimborazo eran tan prósperos y en tan crecido número que, con ellos, fundó Pedro de Segura la villa de Villardompardo. Años después, ya en el siglo XVII, se fundaron otras villas y asientos como San Miguel de Ibarra y San Francisco de Borja. Según los cronistas de la época, la villa de San Miguel de Ibarra fue fundada "con objeto de acortar el viaje de Quito a Panamá, por Esmeraldas"; pero, lo cierto es que se convirtió en el paradero obligatorio de la gente que viajaba de Nue-

va Granada hacia Quito o Lima.

Las órdenes religiosas quisieron también ser fundadoras de pueblos y se reservaron como campo de sus hazañas la región oriental de las selvas y de los grandes ríos. Así, en medio de los árboles silvestres cargados de panales de cera y entre las plantaciones de zarzaparrilla, surgieron las "misiones", simples estructuras de adobe con cubierta de paja o de hojas de bananero. En las ciudades, los edificios de las comunidades eclesiásticas tenían techumbre de tejas encarnadas y patios circundados de galerías, que sirvieron de modelo a las construcciones particulares. En medio de la asombrosa vegetación ecuatorial, sobre todo en la Sierra, aparecía la arquitectura civil de la colonia, trasunto de la arquitectura religiosa. "La casa quiteña —dice Navarro— con sus patios y pórticos y dos galerías superpuestas, su corral y su huerto, es verdaderamente un convento en pequeño".

Los conquistadores, transformados en colonos y encomenderos, hicieron de las mujeres indias no sólo sus sirvientas sino sus concubinas y, más tarde —por ordenanza real— sus esposas, y formaron familias, de apellidos españoles ennoblecidos por la conquista, que constituyeron el "vecindario de la villa". Los escribanos comenzaron a redactar laboriosamente las escrituras de propiedad. Oidores y clérigos, alguaciles y traficantes, rodearon a los encomenderos y con ellos formaron la casta privilegiada.

En medio de ese coro de hombres de ley y hombres de armas, de nuevos señores feudales y autoridades eclesiásticas, la figura central era el Gobernador, dueño de vidas y haciendas, ejecutor a veces de la voluntad del Rey español, pero siempre de la suya propia y de su codicia sin freno que constituía el verdadero motor de ese mundo abigarrado, violento y sin escrúpulos.

Todo estaba ya dispuesto para el trasplante de la espada, de la cruz, del derecho feudal y del matizado y viril idioma de Castilla, en el litoral y en la sierra andina, en la tierra de las plantas raras, de las viejas comunidades agrarias y del sol omnipresente.

## II. **El País de la Canela y el río Amazonas**

Los lanudos y ágiles "llamingos" -o camellos de los Incas- se arrodillaban para recibir sobre el lomo las cargas de provisiones y las botijas de aceite y vino. Grandes muchedumbres de indios se alineaban frente a la Capilla Real de la Vera Cruz, precedidos por centenares de caballeros e infantes españoles, al mando del gobernador Gonzalo Pizarro. Los funcionarios del Cabildo, el clero y los vecinos se agolpaban para ver partir tan lucida expedición con rumbo al país de la Canela. El párroco, recubierto con sus dorados paramentos sacerdotales, bendijo a los expedicionarios y, a continuación el capitán Pedro de Puelles —nombrado Teniente de Gobernador— dio el abrazo de despedida a Pizarro, entre los repiques jubilosos de las campanas.

Muy pocos meses habían transcurrido desde que Gonzalo Pizarro recibiera la gobernación de Quito por orden de su hermano Francisco. El gobernador anterior, Lorenzo de Aldana, había depuesto por la fuerza a Diego de Torres, nombrado Teniente de gobernador por Belalcázar cuando salió a la descubierta de las regiones del norte. Aldana implantó los mismos métodos que ya había ensayado en la conquista de los pueblos centroamericanos: la espada y la hoguera para la exterminación de las tribus indígenas

Gonzalo Pizarro, cuya ambición y osadía habían de costar tanta sangre y tantos dineros a la monarquía española como a la raza conquistada, se puso inmediatamente en camino y tomó posesión del gobierno, en compañía de sus capitanes leales. Hermano del conquistador del Perú y hombre sediento de poder, su alma parecía modelada por la coraza de hierro y sus ojos estaban cegados por el resplandor del oro. Quiso para sí el reino de Quito y, en medio de su sueño alucinado entre la vegetación extraña del "centro de la zona tórrida", se vio más poderoso que su hermano Francisco y se creyó predestinado a ceñirse la corona de un reino independiente. A este fin dirigió su mente y su espada; pero, al término de sus jornadas gloriosas, encontró sólo el patíbulo.

Pero, el "ínclito Gobernador" no fue únicamente un con-

quistador testarudo sino también un iniciador de grandes empresas. Había observado con curiosidad y desconfianza los ajetreos de unos hombres desnudos y pintarrajeados —los yumbos— que venían del otro lado de la cordillera oriental y ofrecían una extraña mercancía: oro en polvo dentro de canutillos de plumas, raíces que calmaban el dolor, pájaros multicolores y parlanchines y sobre todo, canela fragante y deleitosa. La canela, o sea la riqueza vegetal, que poseían únicamente los países asiáticos y que tanto deseaba Europa, gran consumidora de especias y condimentos exóticos...

Los mercaderes indígenas afirmaban que existía un país muy rico, más allá de los Andes Orientales. Allí corría un río ancho como el mar. Había enormes serpientes acuáticas que devoraban a los hombres. A cada paso se hallaban el oro, las plantas medicinales, las flores que intoxican. El "País de El Dorado" le llamaban algunos españoles, pero en verdad era el País de la Canela.

A raíz de la fundación española de la ciudad de Quito, se intentaron ya algunas expediciones a la región de los yumbos, en busca de las minas de oro explotadas por los indios en el tiempo de Huayna Cápac. Desde los días de la conquista se comentaban las revelaciones hechas al capitán Luis Daza por un mensajero chibcha, capturado en Latacunga cuando se dirigía al sur con el propósito de ver a Atahualpa y ofrecerle la alianza del rey de Cundinamarca. El mensajero había confesado en la tortura que, detrás de la cordillera oriental, se encontraba un país de riquezas fabulosas, donde abundaba el oro, y que se llamaba El Dorado. El capitán Pedro de Añasco, al frente de una expedición y sirviéndose de este indio como guía, había llegado hasta las vertientes orientales de la cordillera, desde donde, al divisar las tierras bajas y selváticas a las que llamó "valle de El Dorado", emprendió con sus hombres la ruta del regreso para comunicar la fausta noticia al gobernador de Quito. También Díaz de Pineda había hecho, tres años antes, una entrada en esas regiones, hasta las tierras de Quijos, Huamboyas y Zumaco, en la Sierra de los Guacamayos, en cuya proximidad vio los primeros árboles de canela, por lo que llamó a esa tierra la provincia de los Canelos. El itinerario que siguió este audaz conquistador fue de gran utilidad para otros exploradores más afortunados.

Apenas se hizo cargo del gobierno de Quito, Gonzalo Pizarro creyó llegado el momento de llevar a la práctica su idea de extender sus dominios hasta el País de la Canela. Muchos historiadores y cronistas han narrado la hazaña de esta expedición que sirvió de asunto a varios poemas, dramas y aún

comedias como la de Tirso de Molina, en donde se cuenta en romance castellano la gran aventura, desde cuando renunció el marqués Francisco Pizarro

*en don Gonzalo el gobierno de Quito, cuyas provincias eran el límite entonces de las cristianas conquistas.*

La expedición se componía de trescientos cuarenta soldados españoles —al mando de los capitanes Díaz de Pineda, Alonso de Mercadillo, Pedro de Bustamante y el maese de campo Antonio de Ribera— y cuatro mil indios con sus animales de carga, además de algunos centenares de perros de presa. Los vientos de las postrimerías de febrero les acompañaron por las llanuras vecinas de Quito. Luego, los intrépidos expedicionarios se encontraron con los contrafuertes andinos y el imperio de la soledad. Escalar los murallones rocosos, coronar las almenas de hielo, desafiar las borrascas que les atacaban con sus innumerables flechas de nieve, transponer la cordillera, y otros actos de igual intrepidez, figuraban ya entre las hazañas más comunes de los conquistadores.

Los riscos y los picachos eran solamente la defensa exterior del reino de la selva. A la temperatura glacial del páramo, que hizo retorcerse el cuerpo de muchos indios con el calambre final de la muerte, sucedió el aliento de fuego de los valles profundos, la enmarañada hostilidad de los arbustos y las lianas —que servían de

madriguera a la bestia salvaje de la fiebre— y el ejército de gigantes vegetales que no dejaban ver el día. Españoles e indios, ya igualados por la muerte niveladora, dejaron sus cadáveres en esa inmensa tumba verde.

En el camino, cerca de las tierras conocidas con el nombre del Motín, se juntó a los expedicionarios Francisco de Orellana, Teniente de gobernador de Guayaquil y capitán General de la provincia de la Culata, quien venía a marchas forzadas con sus hombres macilentos y vestidos de harapos, con el fin de participar en la conquista del País de la Canela. El osado capitán se había retardado por sus correrías en la costa, en donde "puso su mano de nuevo sobre las minas de esmeraldas, cerca de Puerto Viejo, que producen las más finas de todo el mundo" y por sus ajetreos en Quito, en torno del teniente de gobernador Pedro de Puelles a quien arrancó, valiéndose de un ardid, algunos indios que trabajaban en las minas del Pichincha y dos negros que habían sido propiedad del gobernador Pizarro.

Días, semanas, meses de camino... Guiaba la expedición el capitán Díaz de Pineda, conocedor de los secretos de la selva. Zumaco, tierras del cacique Delicola, la Quema... Las provisiones se habían terminado muy pronto y los soldados encontraban para comer únicamente maíz, yuca y unas frutas extrañas —las "guabas"— que eran como largos estuches de terciopelo, donde se alineaban como joyas unas blandas, olorosas y azucaradas pulpas comestibles. Estos regalados alimentos empezaron también a escasear y la expedición no pudo seguir adelante.

Los exploradores, extraviados en la inmensidad de la selva, descargaron su ira y su desesperación sobre los indios que caían en su poder. Los quemaron en barbacoas como a animales o los hicieron devorar por los perros. Era el triunfo de los instintos primarios en hombres que se consideraban civilizados y que, en realidad, habían perdido toda conciencia humana.

Pizarro acampó a orillas del río Coca. Las improvisadas tiendas de campaña abrieron un claro entre la balsámica vegetación que parecía animada por los pájaros más extraños. El tucán o

predicador, el pájaro trompetero que producía un sonido misterioso con su trompeta de plumas, el guacamayo chillón, la perdiz ventrílocua aturdían y asombraban a los expedicionarios que se afanaban por construir un puente de troncos sobre la impetuosa corriente del río. Las lluvias tropicales les retuvieron allí durante dos meses. Los indios morían por centenares, y hubo necesidad de construir un bergantín para llevar la carga y los enfermos. Trabajo de cíclopes fue la construcción, en medio de la selva hostil, de esta nave que debía navegar por el río mayor del Nuevo Mundo. La naturaleza parecía oponerse a los designios humanos con toda la furia de sus fieras y la cólera mortal de sus insectos y reptiles. El hambre empezó a mostrar su calavera sarcástica. Muy pronto se acabaron hasta los caballos, cuya carne era devorada como el manjar más exquisito.

Pizarro hizo embarcar en el bergantín cincuenta y cuatro soldados, al mando del capitán Francisco de Orellana, y les envió río abajo con la misión de preparar el camino para el resto de la fuerza expedicionaria. En la nave iba como capellán el dominico fray Gaspar de Carvajal, quien escribió la crónica de esta navegación fabulosa, durante la cual Orellana, audaz e ingenioso como los mejores paladines de la nueva caballería que pugnaba por surgir en América, descubrió el río Amazonas, al que llamó río de San Francisco de Quito.

Hambrientos y desnudos, los navegantes legendarios se nutrieron de raíces y de todo lo que podía servir de alimento. Un día consumieron la harina que llevaba el capellán para hacer hostias y otro día cocieron los objetos de cuero para saciar su hambre. Al mismo tiempo, la muerte, ataviada con plumas de salvaje, les acechaba desde las orillas. Los hombres no podían conciliar el sueño escuchando el rumor incesante de los tambores de guerra. La fiebre escogía diariamente sus víctimas y las hacía consumirse en su fuego diabólico sobre el puente de la nave que, muy pronto, se convirtió en un hospital flotante. Hubo necesidad de construir otro bergantín de mayores proporciones para hacer frente a las aguas tumultuosas.

A comienzos del mes de mayo, divisaron las cabañas de hojas de Machiparo que llegaban casi hasta las orillas. Los indios les presentaron combate y mataron a varios españoles. Sin embargo, la victoria fue de los expedicionarios que sembraron la destrucción con sus armas de fuego. La navegación continuó sin contratiempos en medio de las soledades rumorosas, estremecidas por los gritos de los monos, el coro disonante de los pájaros y los lejanos rugidos de las bestias feroces. Sobre una colina verde, en el horizonte, apareció la aldea fronteriza de los omaguas, con su extensa empalizada protectora, construida de troncos de árboles. Las viviendas apacibles, rodeadas de huertas frutales, delataban la avanzada organización comunal de sus pobladores.

El día de Santa Olalla -un domingo soñoliento, sacudido de súbitas ventolinas— llegaron los extraños navegantes al gran río o mar dulce, cuyas aguas se extendían sin fin ante sus ojos. Los soldados lograron atrapar algunas tortugas de gran tamaño y se regalaron con su carne. Las tribus, congregadas por el tunduy —cuero extendido verticalmente entre dos troncos que, al ser golpeado, resonaba como un tambor— les disparaban sus flechas desde las enramadas ribereñas y les acometían en canoas erizadas de lanzas.

Como una "imagen del paraíso terrenal" fue agrandándose ante los bergantines españoles una aldea llena de palmeras y de papagayos que velaban el sueño de unas casas de muros blancos y anchas techumbres inclinadas sobre acogedoras y sombrosas galerías. Los expedicionarios se apresuraron a desembarcar y se detuvieron sorprendidos ante una gran mansión, cuyas puertas estaban guardadas por dos ídolos del tamaño de un hombre, fabricados de hojas de palmera y adornados con discos de plata en las piernas y brazos, y con flores en las orejas. En el interior de ese extraño edificio se alineaban simétricamente muchos candeleros de porcelana e innumerables piezas de vajilla, jarrones y otros objetos cuya variedad de diseños y colores causaron admiración a los intrusos. El dominico extremeño escribió en su diario: "En este pueblo estaba una casa de placer dentro de la cual había mucha loza de diversas he-

churas pequeñas como platos y escudillas... y candeleras de esta loza de la mejor que se ha visto en el mundo, porque es tan vidriada y esmaltada de todos colores y tan vivos que espantan, y demás de esto los dibujos y pinturas son tan compasados que naturalmente labran y dibujan todo como lo romano..." Los hombres de Orellana llamaron a este lugar Pueblo de la Loza que, un siglo después debía convertirse en la misión de San Joaquín de los Omaguas, gobernada por los jesuitas.

En ese paraje, la naturaleza era rica y pintoresca. Entre los árboles vagaban las dantas, los puercos montaraces y los venados. Goteaban de los troncos la miel silvestre y las resinas. El español, en medio de esas selvas desconocidas y asombrosas, se inclinaba con facilidad a creer en los mitos y darlos por realidades. De esta manera, se figuró que a la orilla del gran río salían a atacarle mujeres guerreras o Amazonas cuando eran quizás indios de cabellos largos... En el diario de navegación de fray Gaspar se pueden leer estas frases, escritas con toda seriedad:

"Estas mujeres son muy blancas y altas y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza, y son membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas, y con sus arcos y flechas en las manos haciendo tanta guerra como diez indios: y en verdad que hubo mujer de éstas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín".

Uno de estos flechazos hizo perder un ojo a fray Gaspar. Muchos días estuvo el infortunado fraile tendido en el fondo de la nave, devorado por la fiebre, escuchando los tambores incesantes y los súbitos griteríos de las tribus que salían al encuentro de los bergantines, desde las orillas vírgenes del gran río. Cuando "cesaba el estruendo de los combates, se oía el clamor de las aguas torrentosas que iban arrastrando millares de piedras en su viaje eterno hacia el remoto Océano Atlántico. Entre esos pedruzcos y guijarros de todo tamaño se veían fragmentos de piedra pómez que los indios llamaban "espuma solidificada" y que no eran otra cosa que "mensajeros de los distantes volcanes Cotopaxi, Llanganate o Sangay". (2)

En una orilla poblada de cocoteros y de árboles retorcidos, estrangulados por las lianas y los bejucos salvajes, los navegantes encontraron un pueblo misterioso -Panguna— cuyos habitantes llevaban sobre el hombro "grandes loros del tamaño de pavos, de color azul pálido con círculos blancos alrededor de sus ojos pétreos". Los españoles abandonaron apresuradamente ese lugar al ver aquellas aves extrañas que trituraban los cocos de las palmas con el pico, fuerte como el acero.

La herida del ojo, pronto cicatrizada con hierbas de la selva, no le impidió a fray Gaspar continuar su diario de tan accidentada navegación, que duró siete meses, y hacer una descripción cuidadosa de los pueblos descubiertos por Orellana y de los ríos afluentes del Amazonas, hasta la salida de los bergantines por el Atlántico y su arribo a Nueva Cádiz.

Mientras esto sucedía en las profundidades de las selvas amazónicas, Gonzalo Pizarro y sus hombres eran víctimas del hambre y de las fuerzas elementales. Cansados de esperar el regreso del capitán General de la Culata y de sus compañeros, los expedicionarios pasaban su tiempo en reñir unos con otros o en formar grandes tumultos en el campamento. Llovía sin cesar en esa "región maldita" y la humedad penetrante descomponía las cosas como un ácido mortal. Ya no se veía junto a las miserables cabañas improvisadas un solo animal doméstico. Todos habían servido para la alimentación de esos soldados fantasmas. En la carta que escribió Gonzalo Pizarro al emperador Carlos V —algunos meses más tarde - se lee esta confesión siniestra: "en este país salvaje hemos comido más de mil perros y más de cien caballos".

Los capitanes Díaz de Pineda y Pedro de Bustamante fueron despachados con algunos hombres en busca de Orellana y, después de algunos días de camino, encontraron por azar, al margen de un río, unas extensas plantaciones de yuca que ocupaban más de cuarenta leguas. Jubilosos por este encuentro, los soldados devoraron los tubérculos con tal ansia y en tal cantidad que algunos murieron, mientras los demás hacían gran provisión para fabricar pan a la usanza de los indios. Durante algunos días se solu-

cionó el problema de los abastecimientos; pero, como no había rastro de los hombres de Orellana ni la menor señal de la fabulosa región de El Dorado, Pizarro y sus capitanes resolvieron regresar a Quito. Sólo ochenta hombres quedaban de la gran aventura que había costado la vida a doscientos diez españoles y a cuatro mil indios. Los sobrevivientes, enfermos y macilentos, cubiertos de pieles de venado, se presentaron a las puertas de la ciudad, a donde salieron a recibirles Fernando Sarmiento —que había sido nombrado gobernador por Vaca de Castro— y todos los vecinos, con inconfundibles muestras de alborozo. La procesión, en medio del repique de las campanas, se dirigió a la Capilla de la Vera Cruz, donde los héroes de la expedición al País de la Canela escucharon, postrados de hinojos, una misa de acción de gracias, celebrada por el Vicario en honor de Gonzalo Pizarro por haber escapado con vida de una prueba tan espantosa.

## III. **Un virrey decapitado en Quito**

En **los campos idílicos** donde el sol paternal de los caras y de los incas distribuía en otro tiempo sus dones benéficos, favoreciendo la vida del hombre, del animal y de la planta, ya sólo reinaba la muerte con su máscara de sangre y ceniza. En tomo del Gobernador, y con su aprobación tácita, los hombres de armas y los encomenderos cometían depredaciones de toda clase contra los desventurados indios para adueñarse del suelo y extender los límites de sus encomiendas.

Los indios huían a la vista de los cazadores de hombres y se hacía cada vez más difícil el trabajo de las minas y el laboreo de las tierras. España se dio cuenta de que una política de exterminación del elemento humano conduciría fatalmente a la destrucción de la riqueza y al aniquilamiento de la colonia y dictó un "código de leyes para el gobierno, protección y libertad de los indios", bajo la inspiración del compasivo Las Casas y del cardenal Loayza. Para hacer cumplir esas nuevas leyes y ordenanzas reales -que llegaban a cuarenta y que modificaban el antiguo sistema isabelino— fue designado el comendador Núñez de Vela con el título de Virrey, asistido por cuatro oidores: Cepeda, Juan Álvarez, Tejada y Ortiz de Zarate. El ingenioso Virrey, al conocer esos nombramientos, dijo que el Consejo de Indias le había dado como colaboradores, en su orden, a un Mozo, un Loco, un Necio y un Tonto.

La poderosa institución comercial que existía en Sevilla con el nombre de Universidad de los Mercaderes aprovechó del viaje de Núñez de Vela para enviar al Nuevo Mundo una flota mercante, custodiada por un barco armado, bajo el mando del propio virrey. Flotas semejantes partirían después periódicamente y traerían en su viaje de regreso a España los tesoros destinados a la Corona. En los viejos galeones, de aparejos rechinantes, que enarbolaban el estandarte del virrey Núñez de Vela, viajaron por vez primera los ratones europeos a las tierras equinocciales

de América. Ese fue el comienzo de la época espantosa en que esos pueblos tuvieron "poco pan y mucha guerra". Después de devorar casi todo el maderamen de las naves, los voraces animalillos se dispersaron por todo el país. "Amanecieron tantos de improviso en San Miguel y otras tierras —cuenta López de Gomara— que royeron todos los árboles, maizales, hortalizas y ropa, sin remedio alguno, y no dejaban dormir a los españoles y espantaban a los indios..."

Los encomenderos, al conocer las instrucciones dadas por el Rey a Núñez de Vela se consideraron lesionados en sus derechos de conquistadores. Que el monarca, desde la metrópoli lejana, intentara poner coto a sus abusos y latrocinios, era cosa inconcebible para esos viejos hidalgos aventureros. "Con esto comenzó a hervir la mala olla que tenían encerrada en sus pechos, con leña verde y humosa", escribe un cronista de la época, testigo presencial de la guerra civil hispánica. (3) No admitían estos hombres belicosos la idea de que los indios debían ser tratados como personas libres y no como esclavos y que había de respetarse su propiedad privada y su vida. Esto era destruir el principio de la conquista y del régimen de la encomienda.

Los indignados encomenderos pidieron a Gonzalo Pizarro que les protegiera en sus personas y en sus bienes contra las fuerzas reales. Solemnemente le juraron obediencia, en una ceremonia pública celebrada entre disparos de arcabuces y de artillería, y luego, ante el Escribano del Rey, le nombraron "defensor de la tierra, gobernador y Protector de los reinos y provincias del Perú". El pueblo escuchó en silencio la lectura, del nombramiento que terminaba con las palabras sacramentales: "Quien no dijera amén, que muera por ello".

Para obtener la adhesión de todos los españoles, se hicieron circular las noticias más inverosímiles: "Que el virrey vedaba beber vino y comer especias y azúcar y andar a muía...". "Que se iba a aplicar una Cédula mandando que todos se casasen si querían gozar de los repartimientos que les habían encomendado..." Lo de esta cédula era verdad; pero se la había ya expedido

en la época del licenciado Vaca de Castro con el plazo de cuatro años para su cumplimiento, y muchos encomenderos se casaron entonces con sus mancebas "que eran indias principales". No tuvo tan buena suerte la dulce y sensual Inquill, princesa cañari de la familia de Atahualpa y amante de Gonzalo Pizarro, a quien acompañó como una sombra fiel en sus horas de ventura como en sus días de adversidad. (4)

A pesar de las argucias de los leguleyos que le aconsejaban seguir la conocida práctica hispana de "acatar y no cumplir las leyes", el Protector se apresuró a levantar un ejército para combatir al virrey, a quien le dieron en llamar, para mayor escarnio, Juan Blas. De todas partes acudieron los conquistadores con sus hombres de armas para ponerse bajo las banderas del Protector. Entre estos caballeros fue uno de los más fervorosos, Díaz de Pineda, teniente de gobernador de Quito, quien llevó trescientos hombres a engrosar las tropas de Pizarro, después de haber asaltado al capitán Gonzalo Pereira —que venía con los vecinos principales de Jaén de Bracamoros a unirse con el virrey— y haberle hecho ahorcar, adueñándose de su gente.

Núñez de Vela, con la testarudez del caballero hispánico, creía que su misión era llevar la felicidad a esos pueblos, por medio del código de leyes de Indias que guardaba preciosamente con sus más caras posesiones. No renunció por un momento a su actitud reformadora ni cedió a las intimidaciones de los nuevos amos de esas tierras. Apresado en un motín popular organizado contra él en Lima, desterrado en una isla, conducido a España en una nave, libertado en el camino por el oidor Álvarez, volvió a ponerse a la cabeza de las tropas leales y atacó en las cercanías de Piura a algunos capitanes pizarristas, entre ellos a Díaz de Pineda, que perdió la vida al tratar de huir en su caballo.

En su marcha hacia el norte, el virrey recibió la ayuda de varios capitanes: Sancho de la Carrera y Diego de Torres se le juntaron con treinta lanceros; Gómez de Estacio, gobernador de la Culata, y Bartolomé Pérez, de Puerto Viejo, le trajeron sus soldados; Alonso de Montemayor, con gente de Quito se le incorporó en Ta-

quizambi; Sancho Hacho, cacique de Latacunga, al frente de doscientos indios, salió igualmente a prestarle su concurso.

La actitud de los encomenderos de la provincia de Quito fue de abierta rebeldía. Cada uno de estos pequeños señores feudales armó una tropa de siervos para combatir al virrey. Entre los riscos de la cordillera, la encomienda se volvió a veces una fortaleza. Núñez de Vela, a guisa de escarmiento, hizo dar garrote al anciano encomendero Rodrigo de Ocampo en su propia encomienda de Tomebamba.

Después de haber perseguido al virrey hasta Pasto, el infatigable Gonzalo Pizarro se retiró a Quito y allí estableció un remedo de corte real, en medio de grandes regocijos y fiestas. El palacio del gobernador se convirtió en una copia de la residencia renacentista de los Borgia. Cada día se celebraban allí banquetes y orgías en que participaban las mujeres más bellas de la ciudad. El pueblo le acusó al Protector de haber convertido a una dama quiteña en su manceba y haber hecho asesinar a su esposo. Tiempos después, Pedro de Fuelles hizo ahorcar al padre de esta mujer, acusándole de haber dado muerte al hijo natural de Pizarro.

El Protector contaba con un ejército de más de setecientos hombres entre jinetes, lanzas y arcabuceros, en el que figuraban los más famosos caudillos de la conquista, entre ellos el maestre de campo Pedro de Puelles, el licenciado Suárez de Carvajal, Francisco de Ampuero y el sanguinario pirata Hernando de Bachicao, con su tropa de piqueros, que se había juntado con Pizarro en Latacunga. El virrey, con su ejército de más de ochocientos hombres, capitaneados por el Adelantado Belalcázar y el maestre de campo Juan de Cabrera, después de varios movimientos estratégicos resolvió volver hacia el sur e ir al encuentro de las fuerzas de Pizarro que habían tomado posiciones en las afueras de Quito. En el vado de un río muy crecido, el virrey perdió muchos arcabuces y en el paso de la Sierra bajo la lluvia se despeñaron varios caballos. Los amigos del Protector —entre ellos el quiteño Juan Márquez con algunos españoles e indios cañaris— espiaban todos los movimientos de Núñez de Vela y los comunicaban al gobernador de Quito.

Pizarro iba a salir a atacar a las fuerzas del virrey en el río Guayllabamba, según el plan de Pedro de Puelles; pero el padre Jodocko Ricke "íntimo amigo suyo —según el cronista Pedro Gutiérrez de Santa Clara— le dijo que el capitán que saliese de la ciudad a dar batalla había de ser vencido y muerto en ella". El Protector decidió esperar al virrey en el norte de la ciudad.

El virrey dio una vuelta muy grande y entró en la ciudad por el sur con las banderas desplegadas. Luego, a todos sus jefes -Belalcázar, Ahumada, Alonso de Montemayor, Bazán, Hernández Girón y otros- les "mandó vestir sendas camisetas, que los indios usan, para que se conociesen en la batalla". Jinete en su gran caballo rucio, Núñez de Vela fue a colocarse al lado del estandarte real y dio la señal de arremeter contra los soldados de Pizarro, clamando a grandes voces: "¡De Dios es la causa, de Dios es la causa, de Dios en la causa!"

Inolvidable cuadro digno de las épocas de hierro y de las hazañas de los libros de caballería: De un lado, los caballeros con las camisetas blancas de los hijos de Atahualpa; de otro, los jinetes con sus corazas y sus armas ennegrecidas, mezclándose en furiosa batalla en la llanura de Iñaquito, sobre las faldas de la cordillera, al pie del volcán tutelar. El choque fue tremendo y, al final, huyeron los hombres de Núñez de Vela perseguidos por los soldados de Carvajal. El virrey, desarzonado de su caballo, dio con su cuerpo en el suelo, donde fue degollado por un negro esclavo de Pedro de Puelles. El soldado Juan de Torre le arrancó los cabellos blancos al desventurado anciano y se los puso a guisa de penacho en su sombrero, mientras Antonio de Robles hacía lo mismo con las barbas de plata "para mostrarlas a algunas damas de Lima". Miramontes Zuázola, en su extenso poema "Armas Antárticas" en que narra las grandes hazañas de esos años, pinta la escena en una estrofa elegiaca:

*"Tal fue el triste suceso lamentable fue*
*tal el odio y bárbaro coraje que, de la*
*honrada barba venerable del virrey, un*
*tirano hizo plumaje".*

Los caballeros de las blancas túnicas indígenas tuvieron que buscar refugio entre los indios de la cordillera y en los conventos de la ciudad. A pesar del asilo que les dieron los frailes, varios de los compañeros de Núñez de Vela fueron capturados, entre ellos Diego de Torres, alcalde de Quito, quien se había refugiado en el sagrario de la Catedral. Los partidarios de Pizarro, capitaneados por Puelles, le sacaron de allí *y* le dieron muerte ignominiosa.

Igualmente fueron sacados del monasterio de San Francisco, donde se habían ocultado, Pedro de Heredia, Sancho de la Carrera y Fernando Sarmiento, que pagaron su lealtad con su vida, mientras sus encomiendas y sus esposas eran entregadas a los amigos de Pizarro. En total perecieron setenta rendidos a manos de los vencedores.

Después de la batalla -librada el 18 de enero, día de Santa Prisca- el Protector fue a oír misa en la Capilla Real de la Vera Cruz, y allí el sacerdote le entregó una palma "en señal de la victoria que había alcanzado". Los hombres de hierro, manchados aún de sudor y sangre, se arrodillaron para escuchar la arenga del ministro de Dios.

Los cadáveres del virrey, del maestre de campo Juan de Cabrera y de Sancho Sánchez Dávila fueron amortajados y puestos en andas, a l**as** que siguieron con gran compostura los vecinos de la ciudad, presididos por Pizarro y sus capitanes, todos vestidos de luto, hasta la iglesia de San Francisco. Allí fueron enterrados los caballeros leales, por mandato del Protector, quien ordenó igualmente que se erigiera una Ermita de Santa Prisca en conmemoración de ese gran día, en el lugar mismo en que cayó malherido "Juan Blas, el insensato Visorrey". Muchos días después, todavía se exponían, dentro de jaulas de hierro, las cabezas cortadas de Diego de Torres, Sancho de la Carrera y otros más, en la Plaza Mayor y en los puentes que daban acceso a la ciudad de Quito.



## IV. El sayal contra el penacho

Pedro de Puelles, teniente de gobernador de Quito por obra y gracia del Protector Pizarro, se aprestaba a dejar el lecho —pintado por la franja amarilla del sol dominical que se filtraba por la ventana— al llamamiento de la campana parroquial de la Capilla Real de la Vera Cruz. De la pared de la alcoba pendían, junto a una pintura religiosa en su marco de plata cincelada, la coraza y el casco empenachados con que el infatigable capitán había salido, hacía más de diez años, a la conquista de los pueblos de indios de Lita, Quillica y Caguasquí, en la provincia de los Imbaburas. En una extraña visión retrospectiva, los ojos soñolientos del conquistador contemplaban, entre las sombras de la pared, los fantasmas ensangrentados de sus víctimas y los cuerpos grises de los indios sepultados en su mina de plata del Pichincha, cuando de pronto pareció desprenderse del grupo irreal la figura jibosa de su amigo Rodrigo de Salazar, blandiendo una espada en la mano.

En efecto, el encomendero Salazar se había abierto paso hasta la alcoba del teniente de Gobernador. Murmurando palabras incomprensibles, se acercó a su amigo de la víspera y le atravesó el pecho con su espada. Luego, el "Corcovado" —sobrenombre con que pasó a la historia el falaz caballero toledano— arrojó el cadáver por la ventana, mientras los demás conjurados que habían permanecido en la calle lanzaban gritos de "¡Muera Puelles! ¡Viva La Gasea! ¡Abajo Pizarro!"

Al grupo encabezado por Salazar se unieron muy pronto casi todos los vecinos. Empezaron a llegar igualmente los indios de los alrededores con el deseo de contemplar la caída y fin de su verdugo. Muerto el tirano, se produjo un verdadero pronunciamiento popular de la ciudad de Quito en favor del emperador Carlos V, quien le concedió por este hecho el título de "Muy noble y muy leal". (5) El cadáver del traidor Pedro de Puelles fue arrastrado por

las calles, mientras algunos capitanes llevaban en triunfo a su jiboso victimario, otro traidor, pues había servido sucesivamente a Núñez de Vela, a Pizarro y al presidente La Gasea. Este asesinato político le valió a Rodrigo de Salazar la gobernación de Quito, otorgada por el Cabildo, y la concesión de la "conquista de la provincia de la Canela y el repartimiento de Otavalo", como recompensa del Pacificador.

El pronunciamiento de la ciudad de Quito fue para el Protector Pizarro un augurio del desastre próximo. El Defensor de los Encomenderos, que había hecho dos años antes una entrada triunfal en Lima con lo más florido de su ejército, en medio de ceremonias análogas a las de la coronación de un emperador, vio de pronto derrumbarse gradualmente su imperio que se extendía desde Panamá hasta Chile y que mantenían sus tenientes con puño de hierro, en la más ciega obediencia. Empezaban a soplar vientos contrarios. El Rey de España había enviado a un hombre muy hábil, el licenciado Pedro de La Gasea, con la misión de restaurar la paz y el orden en las colonias. Bachicao, almirante de la flota pizarrista —cuyos navíos señoreaban las costas del Mar del Sur- había sido reemplazado por Hinojosa, quien no tardó en reconocer la autoridad de La Gasea. Francisco de Olmos, después de matar al gobernador Manuel Gómez de Estacio y hacer ajusticiar a tres españoles en la Isla Puna, levantó en Guayaquil el pabellón del Rey, mientras hacían lo mismo Alonso de Mercadillo en Loja y Diego de Urbina en Riobamba.

El solitario puerto de Manta vio llegar doce navíos atestados de hombres, de armas y de vituallas. Era la flota de La Gasea que venía a la reconquista de esas tierras. El gobernador Francisco de Olmos, acompañado de sus partidarios, salió a la playa a recibir al enviado del Rey y le ofreció su concurso.

Los versátiles capitanes, gobernadores y encomenderos se apresuraron a incorporarse a las tropas del Pacificador. Por todas partes asomaban fuerzas "leales". Las filas de Pizarro aminoraban de día en día. Francisco de Carvajal -veterano de las campañas de Italia y supuesto hijo de César Borgia- que gustaba llamarse "Ge-

neral del Felicísimo Ejército de la libertad del Perú", sonreía sarcásticamente contemplando esta defección universal y cantaba con aire zumbón:

*"Estos mis cabellicos, Madre dos*
*a dos me los lleva el aire".*

Las fuerzas militares de La Gasea tomaron Puerto Viejo y prendieron a Lope de Ayala, teniente de Pizarro. Carvajal se volvió más feroz que nunca y, con su cuerpo de guardia, formado íntegramente por negros, desplegó una actividad inaudita en el "castigo de los traidores". El famoso cuerpo de guardia ejecutó a casi cuatrocientos españoles, como lo reveló más tarde el proceso instruido a su iracundo e implacable jefe. Entre las torturas más inhumanas aplicadas por Carvajal se encuentra la de fray Pedro de Ulloa, quien fue sometido al "sancay" incaico —reservado a los crímenes políticos— o sea el encierro y la muerte en un pozo lleno de sabandijas "por repartir comunicaciones de La Gasea". (6)

A semejanza de las provincias del Reino de Quito, los pueblos del Perú se le escaparon a Pizarro, uno a uno, como la arena entre los dedos. Para colmo de males, el capitán Pedro de Valdivia —e l mejor estratega del Nuevo Mundo- había aceptado el mando del ejército de La Gasea. Junto al Pacificador se agitaba un numeroso grupo de consejeros militares, civiles y eclesiásticos, entre estos últimos el Arzobispo de Lima y el Vicario de Quito. Pizarro, con las manos vacías, vio acercarse el desastre de Xaquixahuana. Allí, en esa llanura siniestra -en donde hacía algunos años había hecho quemar vivo al valeroso Calicuchima, general de Atahualpa, y había entregado a las llamas la momia del inca Viracocha- la suerte le abandonó para siempre. Los manes del Imperio del Sol parecían haber preparado el escenario de su espantosa venganza. Pomposamente ataviado con una ropa de terciopelo amarillo, guarnecida de dorada chapería, con la cabeza cubierta por un casco de oro y montado sobre un espléndido caballo castaño, Pizarro se vio solo de pronto mientras la artillería enemiga atacaba con brío. Sus

últimos compañeros le volvieron la espalda, dejándole únicamente en compañía del senil y burlón Carvajal "caballero en una gigantesca muía pelirroja, con su albornoz morisco de color morado, con un rapacejo y capilla, y en la cabeza un sombrero aforrado de tafetán negro y un cordoncillo de seda muy llano con muchas plumas blancas y negras de las alas y cola de las gallinas comunes, cruzadas unas con otras en derredor de todo el sombrero puestas en forma de X". (7) Frente a los dos capitanes estrafalarios se agitaban las frescas, alborozadas y brillantes tropas del clérigo La Gasea. Pizarro se rindió, y con él se entregaron otros capitanes. El sayal y el breviario triunfaban sobre el penacho orgulloso de los conquistadores. Extraordinario símbolo del fin de la conquista: ¡El hombre de hierro entregaba su espada en manos del hombre de sotana! Se abría la era de los togados y los eclesiásticos, es decir daba comienzo la vida civil y religiosa de la colonia.

Carvajal había emprendido la fuga y, aprovechando de la oscuridad de la noche, se había escondido en unos cañaverales; pero su muía quedó atascada en un lodazal y allí fue sorprendido por sus propios soldados que le entregaron a los hombres de La Gasea.

Pizarro, abatido y cargado de cadenas, entró en Lima sobre una muía ensillada, entre dos hileras de guardias: Imagen de la vanidad humana y de lo efímero de los bienes terrenales. El pueblo que le había aclamado como a un monarca hacía apenas dos años, le veía ahora pasar con indiferencia y hasta con mofa. Al cabo de algunos días, el conquistador fue decapitado y se expuso su cabeza en un pilar de mármol, rodeado de una red metálica. Durante mucho tiempo se pudo leer sobre el pilar el siguiente escrito: "Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro que dio la batalla campal de Xaquixahuana contra el Estandarte Real del emperador".

Casi todos los secuaces del rebelde gobernador tuvieron análoga suerte. Carvajal fue condenado a la horca y al descuartizamiento de su cadáver. El cínico aventurero, al conocer el castigo que le esperaba, comentó: "Basta matarme una sola vez". También fueran ahorcados ocho capitanes de Gonzalo Pizarro, entre ellos Alonso Sánchez y Juan de Torre. Belalcázar se vio reducido a pri-

sión, se le confiscaron sus bienes y fue enviado a España; pero murió al llegar a Cartagena. Así pagaron su deuda los "cazadores de hombres". Fueron a su vez alcanzados por la espada vengadora o la cuerda del patíbulo. El huracán que ellos habían desatado los arrastró en su torbellino de ruina y de muerte.

Esta historia dramática fue revelada en Europa por el viajero y mercante milanés Girolamo Benzoni, quien había sido testigo de algunos episodios cuando navegaba por el Mar del Sur en las naos de los conquistadores, como "súbdito leal de Carlos V". Hacia 1548 Benzoni iba por las ciudades y los campos de la "Gobernación de Quito" —como se llamaba el país en esos años— recogiendo ducados de oro y documentos. Observaba y escribía incansablemente, sin descuidar por eso de acumular talegas ganadas en buen comercio. Al cabo de tres años de andar por las provincias meridionales, el viajero milanés tenía sus bargueños repletos. Mas, su buena suerte pareció abandonarle con la victoria de La Gasea sobre los encomenderos, pues una de las primeras medidas del Pacificador fue ordenar a los extranjeros que abandonasen la colonia. El mismo Benzoni cuenta su desventura y uno de los episodios de su viaje de regreso: "... hallándome en Guayaquil aproveché la ocasión de un gran barco que había llegado ahí, cargado de mercaderías de Panamá, para volverme a mi país... Habiéndonos dado a la vela poco después llegamos a Manta, donde el buque tocó en una roca y se hundió, si bien todos los pasajeros y la tripulación se salvaron con la mayor parte de su oro y plata".

El buen milanés se vio obligado a permanecer en Manta como un huésped melancólico de aquel puerto de madera, aturdido de pájaros marinos. Durante cincuenta días soñó y dormitó en una hamaca, mirando de tiempo en tiempo las soledades del océano, hasta que por fin llegó un barco de Lima. Los documentos que este mercader y escritor llevó a Europa le sirvieron para formular las críticas más severas contra el régimen español. De su *Historia del Nuevo Mundo* se ha dicho que es "una pintura fiel de las crueldades, de la avaricia y de todos los otros excesos a que se dejaban llevar los españoles por la sed del oro y sus propias disensiones".

# Segunda Parte

# EL GRAN CORTEJO DE LA COLONIA

## I. **Santillán, fundador de la Audiencia de Quito**

Los escudos de oro y los doblones, los pesos y los patacones de plata, los reales de vellón y los maravedíes, corrían con abundancia fluvial por las tierras de la nueva colonia. Las transacciones comerciales se multiplicaban activamente y todo el país daba signos de prosperidad. El antiguo Reino de Quito era un emporio de riquezas. Minas de oro, plata y mercurio; minas de esmeraldas, amatistas y rubíes; cristal de roca y mármoles, se encontraban por doquiera. La producción agrícola era inmensa. El país estaba "poblado de haciendas" —como anota castizamente Antonio de Alcedo— en donde los árboles y plantas conservaban sus hojas en todos los meses del año, por lo que los españoles le llamaron "siempre verde Quito".

La industria vino a sumar sus beneficios a la explotación de los recursos naturales. La colonia empezó a exportar sus tejidos, sus sombreros, sus manufacturas de cuero y madera. El arte indohispánico apareció por primera vez en las iglesias, notables por su belleza arquitectónica y por la suntuosidad de sus pinturas y esculturas, dispuestas con gracia en los retablos de madera dorada que albergaban fascinantes imágenes de santos, en la actitud del éxtasis. Las vestimentas que cubrían las figuras parecían animarse con la palpitación de la vida, la piel del semblante denunciaba el calor interno, y las lágrimas de plata y esmalte relucían sobre las pulidas mejillas como llanto de verdad al resplandor de las lámparas del santuario. Para dar mayor impresión de realidad, los santos llevaban flexibles sombreros de paja sobre su cabeza cubierta de pelo natural y calzaban sandalias de cordeles sobre los pies magullados por las asperezas del camino terrenal.

El monasterio de San Francisco de Quito, construido sobre las ruinas de las casas de placer de Huayna Cápac, se hizo célebre en los anales de la arquitectura religiosa, y su disposición interior

parece que sirvió de inspiración para el trazado de la "parrilla" del Escorial, en donde el monarca español intentó consumir en fuego místico la escoria de los siglos.

En el fondo de su atrio empedrado, al que dan acceso dos escalinatas laterales y una central, se alza la fachada de la iglesia y del claustro, con la severa grandiosidad de un cofre de piedra que encerrase un tesoro fabuloso de maderas talladas, oros y luces. El claustro está muy bien descrito por Navarro: "Alrededor de un enorme patio de ciento sesenta metros cuadrados corren dos galerías superpuestas: la inferior, edificada sobre ciento cuatro columnas de piedra, dóricas, de módulo reducido como las empleadas frecuentemente en la arquitectura medieval, enlazadas por arcos de ladrillo peraltados a la manera morisca; la superior con sus arcos escarzanos apeados sobre unas columnas cortas, bulbosas, muy originales, inéditas en la arquitectura clásica europea..." (8)

La construcción de iglesias y monasterios fue una de las grandes preocupaciones de la colonia. Santo Domingo, la Merced, Santa Catalina, el Carmen Bajo y el Carmen Alto, la Catedral, San Agustín, fueron levantando sus torres y sus cúpulas, sus atrios, sus portadas esculpidas y sus pretiles, en los cuatro extremos de la ciudad. Esta hermosa floración arquitectónica tuvo su culminación en el siglo XVII con la iglesia de La Compañía, de la que dice un crítico de arte que es "la síntesis de toda la magnificencia de Quito, el más suntuoso templo de América y uno de los más espléndidos del mundo".

Los colonizadores no descuidaron el comercio de exportación en los comienzos de la explotación del país en gran escala, y para ello hicieron de Santiago de Guayaquil un astillero, donde se construían las naves mercantes destinadas a llevar los productos coloniales a los puertos extranjeros. Una de las primeras preocupaciones de los gobernantes fue acercar la colonia a las rutas comerciales del mundo, para lo que trataron de establecer vías directas de comunicación entre la capital y la costa, utilizando los caminos antiguos y los puentes de cuerdas, construidos en otra época

por los indios. La vía principal fue la misma calzada incaica de piedra que descendía desde Quito hacia el sur, a través de las ciudades, villas y asientos acabados de fundar en las regiones de los Pansaleos, puruháes y cañaris, o sea de San Vicente Mártir de Latacunga, del asiento de Ambato, de la villa de Villardompardo, de la ciudad de Santa Ana de los Ríos de Cuenca y de la ciudad de Loja o de La Zarza. Diferentes ramificaciones de esa vía daban acceso a la costa.

El Consejo de Indias hizo ver a Felipe II la conveniencia de establecer la Real Audiencia de Quito, allá por el año de 1563. El Rey dictó la provisión correspondiente que erigía el antiguo reino de Quito "en Audiencia y Chancelería Real con un Presidente, cuatro Oidores que también sean Alcaldes del crimen, un Fiscal, un Alguacil mayor, un teniente de Gran Chanciller y los demás ministros y oficiales necesarios". Al mismo tiempo, encargó al licenciado Fernando de Santillán que tomara las providencias del caso para la fundación de esa Audiencia que "tenga por distrito la ciudad de Quito y por la costa hacia la parte de la ciudad de los Reyes, hasta el puerto de Paita exclusive, y por la tierra adentro hasta Piura, Cajamarca, Chachapoyas, Moyobamba y Motilones exclusive, incluyendo hacia la parte susodicha los pueblos de Jaén, Valladolid, Loja, Zamora, Cuenca, La Zarza y Guayaquil, con todos los pueblos que estuvieren en sus comarcas y se poblaren, y hacia la parte de los pueblos con los demás que se descubrieren, y por la costa hacia Panamá hasta el puerto de Buenaventura inclusive; y la tierra adentro a Pasto, Popayán, Cali, Buga, Champandoca y Guachicona, porque los demás lugares de la Gobernación de Popayán son de la Audiencia del Nuevo Reino de Granada, con la cual y la Tierra Firme parte términos por el Septentrión y con la de los Reyes por el Mediodía, teniendo al Poniente la Mar del Sur, y al Levante provincias aún no pacificadas ni descubiertas...".

Cerca de treinta años habían transcurrido desde la fundación de Quito, y en ese tiempo escaso, la colonia contó hasta diez gobernadores sucesivos de los cuales algunos se distinguieron por sus hazañas de valor o de sangre -como Rodrigo de Ocampo, Fernando Sarmiento o Gonzalo Díaz de Pineda, el descubridor de

la región de los quijos— o duraron muy poco tiempo en el ejercicio de sus funciones como el último gobernador Alonso Manuel de Ama-ya, que lució la insignia del poder seis meses apenas, o Juan Salazar de Villasante, que sirvió sólo un año, durante el cual se ocupó de organizar la explotación de las minas de Gualaceo, y fue nombrado luego Oidor de la flamante Audiencia, en donde figuraron con igual título los letrados Francisco de Ribas y García de Valverde.

En el mes de septiembre de 1564 llegó a Quito el licenciado Santillán y, pocos días después, inauguró la Audiencia en el mejor edificio de la Plaza Mayor, la casa que había pertenecido al obispo Díaz Arias, muerto dos años antes. La ceremonia resultó muy lucida, con la presencia de los dignatarios civiles y eclesiásticos y el cabildo de la ciudad. Sobre un cojín de terciopelo con las armas del Rey de España, se colocó el Sello Real de plata con que se iban a marcar todas las provisiones de la Audiencia. El presidente Santillán, con toda la pompa exigida por esos años de barroquismo, tomó asiento en la Silla de piedra de los Gobernadores de Quito —silla que antiguamente había servido de trono a los reyes Duchicelas— bajo un dosel que había pertenecido a los Comisarios de la Perpetuidad.

Fernando de Santillán no era un desconocido en la sociedad colonial. Había sido Oidor de la Audiencia de Lima y, en esa calidad, le había tocado dirigir las operaciones de la defensa militar del Virreinato durante el alzamiento de Francisco Hernández. Tenía gran fama de letrado; pero se le motejaba de dormilón y perezoso. En realidad, cuando cerraba la puerta de su aposento no era para dormir la siesta sino para poner en orden sus anotaciones sobre la situación jurídica de la colonia y escribir su relación de gobierno o la historia de los pueblos del Nuevo Orbe. Los datos que recogió durante su permanencia en Lima y Quito fueron de gran utilidad para el historiador Cieza de León, quien confiesa en su libro: "Que fue visto lo más de lo escrito por el Doctor Bravo de Saravia y el licenciado Santillán".

Después de los varios actos ensordecedores de la ópera sangrienta de la conquista, después de la epopeya de los hombres de hierro, o sea de la más agitada novela de caballería, Santillán deseaba, por fin, la llegada de la égloga, es decir el disfrute de la paz **en** esas grandes extensiones agrarias. Ninguna tierra más apropiada para la égloga que América, o más concretamente sus regiones andinas, donde había existido durante muchos siglos una civilización pastoral y agrícola.

El Presidente de la Real Audiencia se propuso sentar las bases jurídicas de una sociedad justa, fraternal y pacífica que hiciera florecer mediante el trabajo una nueva forma de colaboración humana. Eso no podía lograrse sino protegiendo a las razas aborígenes y haciendo desaparecer el odio racial. No debía colocarse en la inferioridad a los hombres que labraban la tierra porque sobrevendría la decadencia de la agricultura y la muerte de la sociedad colonial. Santillán quería juzgar el fenómeno social con toda imparcialidad, despojándose de su carácter de español y asumiendo la actitud elevada del gobernante que se debe a todos sus gobernados por igual.

En su *Relación del origen, ascendencia, política y gobierno de los Incas*, el noble letrado pinta la época que siguió a la ejecución de Atahualpa por los conquistadores: "Tras esto, dieron saco general a la tierra, robando todo cuanto hallaron de oro y plata que estaba en poder de los señores y particulares, y en casas del sol y guacas todo lo más que pudieron haber, de lo cual hicieron las partes que dicen de Cajamarca. Este fue el primer tributo y esquilmo que llevaron de la tierra, y luego todos los depósitos de ropa y de otras cosas de bastimentos que el inca tenía, los tomaron e hicieron destrucción de todo ello, que no quedó cosa aunque era grandísima en cantidad: y luego todos los ganados que pudieron haber, así del sol y del inca, como de los otros señores y comunidades, todos los tomaron, el que más pudo más, y lo que no podían aprovecharse de ello lo destruían. Dícese que mataban gran número de ovejas, para solamente comer los sesos, y lo demás dejaban perdido, y para hallar una oveja gorda mataban diez o doce. Otros proveían carnice-

rías; otros llevaban grandes hatos de ganado a las entradas, y de esta suerte apuraron casi cuanto ganado había en la tierra, con tanta diligencia como si les hubiera mandado Dios que hicieren en aquella tierra lo que mandó el rey Saúl que hiciesen con los Amalecitas; y así habiendo en aquella tierra más ganado que hierbas, la dejaron casi sin ninguno..."

"Después desto, el digno gobernador Francisco Pizarro repartió la tierra y encomendóla por repartimientos a los españoles, dando a cada uno un valle o provincia con sus señores. Estos encomenderos se hicieron cada uno de ellos un inca, y así usaron por virtud de las dichas encomiendas de todos los derechos, tributos y servicios que aquella tierra hacía al inca y más lo que ellos les añadieron. Hicieron que les hiciesen casas en los pueblos que fundaron muy grandes y así como el inca en sujetando una provincia luego le hacían servicio de los ganados y chácaras y mujeres y lo demás que está dicho, así los encomenderos hicieron a los caciques que les hiciesen el dicho servicio... pidiéronlos cuanto oro y plata tenían, piedras, esmeraldas y toda ropa fina y ganados, las hijas y mujeres hermosas de más de las del sol y del inca que estaban en los encerramientos, que también las heredaron; así que de este primer golpe dejaban barrido el valle o repartimiento que les encomendaban".

La obra humanitaria de San tillan comenzó a los pocos meses de instalada la Audiencia. El Presidente extendió su mano protectora sobre las clases pobres y los indios. Fundó el Hospital de la Santa Misericordia y una Cofradía de la Caridad, encargada de enviar limosnas a los hogares menesterosos. Este acto sirvió de ejemplo a varios particulares que fundaron un hospital en Guayaquil -en 1565— con el fin no sólo de atender a los enfermos sino también de proveer de zarzaparrilla y otras plantas medicinales a todo el país. En el mismo año, el Rey decidió conceder auxilios de dinero a esta institución de caridad y pidió informes a la Audiencia de Quito sobre sus fundadores y sus rentas. (9)

En cumplimiento de las instrucciones del Consejo de Indias, Santillán dictó una provisión mandando "que no encierren a

las indias en corrales para hilar". Igualmente reglamentó otros oficios y trabajos indígenas ordenando que "sean bien tratados y pagados los albañiles" y que la carga de los indios "no exceda de dos arrobas". Al mismo tiempo ordenó que regresaran a sus hogares los indios que labraban las minas y los contrató para la construcción de caminos públicos.

El presidente Santillán se dio cuenta de los abusos de los llamados Protectores de Indios, que oprimían a los infelices aborígenes obligándoles a pagarles un tributo en frutos de la tierra y animales domésticos con el pretexto de asegurar su defensa, y pidió la supresión de tales funcionarios, lo que hizo Felipe II por la cédula real de 1567, en la cual se mandaba al mismo tiempo "que la Audiencia y Fiscal tengan la carga de amparar a los indios".

El Rey ordenó también, en otra cédula, "que no haya Corregidores en Quito por haber Audiencia", pues se consideraba excesivo el sueldo de dos mil pesos que ganaba el corregidor de esta Ciudad; pero esta providencia no se cumplió y, nueve años después recibió la misma orden el virrey del Perú, quien exigió la supresión del cargo y la reducción del sueldo del corregidor de Guayaquil a quinientos pesos. **I**

Animado el monarca español por ese espíritu minucioso que demostró al«comienzo de la vida colonial, mandó que "el Presidente tenga silla en la Iglesia y los oidores se sienten en bancos"; pero, al mismo tiempo, dictó una disposición limitando las facultades de Santillán, con el fin de que "no se entrometa a proveer en cosa ninguna que toque al gobierno".

El presidente se dedicó entonces a visitar las comunidades indígenas de la Sierra, a las que ofreció como presentes algunos tamboriles, arpas y otros instrumentos de música, traídos desde España y que los indios adoptaron desde esos días usándolos en la celebración de sus priostazgos, velorios y fiestas.

La política liberal de Santillán con los indios tenía forzosamente que despertar la oposición de los encomenderos y de las altas autoridades eclesiásticas. El poderoso vicario Pedro Rodríguez de Aguayo, que utilizaba gratuitamente la mano de obra indígena

para levantar la primera Iglesia Catedral de piedra y para los trabajos de su propia casa, encontró perniciosas las doctrinas del presidente. Muy pronto, las intrigas de los nobles señores de la Audiencia dieron fruto: de manera inesperada llegó a Quito el visitador Gabriel de Loarte, comisionado por el Rey para tomar residencia al presidente Santillán. El visitador condenó al digno magistrado a la pérdida de la presidencia, a su destierro de América y a la "multa de dos mil pesos de oro para la cámara real".

A Santillán le sucedió en el poder Lope Diez Aux de Armendáriz que restableció la armonía con las autoridades eclesiásticas, facilitando la obra del obispo Peña y de la naciente Inquisición. El presidente Armendáriz dio su apoyo para la fundación del Monasterio de la Concepción y emprendió los trabajos de cerramiento de algunas quebradas y abras del Pichincha, que se transformaron en calles de la nueva ciudad. El magistrado formó su hogar en Quito. Uno de sus hijos -el marqués de Cadereyta— nacido en esta ciudad, llegó a ser uno de los hombres más notables en la historia política de la América colonial.

De la presidencia de Quito, Aux de Armendáriz fue trasladado a la de Nueva Granada, que debía serle funesta por las innumerables intrigas en que se vio envuelto en ese paraíso de los leguleyos y rábulas. Reducido a prisión, expiró en 1580 en una de las celdas de la cárcel de Santa Fe, sin haber podido recobrar el honor ni la libertad.

El oidor García de Valverde fue el tercer presidente de la Real Audiencia; pero no ejerció sus funciones sino por tres años. Al cabo de tan breve tiempo, fue nombrado presidente de la Audiencia de Guatemala y dejó el gobierno en manos del oidor Francisco de Auncibay Bohórquez. La presidencia quedó sin proveer durante dos años hasta el nombramiento de Diego de Narváez. La debilidad de carácter de este gobernante fue proverbial. Durante su período administrativo, la Inquisición afianzó su poder sobre las conciencias, aun con menoscabo del poder civil. La influencia del obispo Peña, ejercida desde la época de Santillán —con marcada oposición de este último— aumentó en el gobierno de Narváez, quien asistió a un recrudecimiento de la fe

religiosa en todo el país por motivo del pavor que causaron en ese tiempo los temblores de tierra y las erupciones del volcán Pichincha, como también las quemas de herejes y los encarcelamientos llevados a cabo por el Santo Oficio. El presidente Narváez dio muestras de un gran celo católico, trasladándose personalmente a la ciudad de Riobamba con el fin de presenciar el "auto de fe" realizado allí con un "luterano". A los pocos meses de su regreso a Quito, falleció el presidente a comienzos de junio. Sus funerales revistieron gran solemnidad y pusieron un sello de melancolía y ascetismo sobre el verdor ecuatorial y los vestidos multicolores de los indios amilanados por la servidumbre.

## II. Mansiones de piedra, muchedumbres descalzas

El encomendero iba a caballo por el antiguo camino indígena, bordeado de agaves americanos, que conducía desde su fundo hasta la ciudad vecina, y a su paso salía el cura a saludarle con expresiones de viva amistad. Porque el caballero había proporcionado los dineros y los indios para la construcción de la iglesia parroquial, y su actitud devota servía de ejemplo en las misas, procesiones y otros actos del culto. Además, solía dar frecuentes muestras de caridad cristiana en forma de limosnas o dádivas de gallinas, cestas de huevos y sacos de cereales para el párroco. En los linderos de la encomienda se extendían las parcialidades o anejos donde vivían las comunidades de indios pacificados. Y, más allá, se levantaban las torres de las iglesias y los conventos de la ciudad, en cuyas calles los alguaciles y los oidores se destocaban el chambergo de plumas al paso del encomendero.

Este cuadro de la vida colonial no cambió durante tres siglos. Desde las relaciones sociales y económicas hasta la vida privada; todo lo reglamentó minuciosamente el régimen español. La tierra, las aguas, las obligaciones de los habitantes de la ciudad y del campo, la explotación del subsuelo, las condiciones del trabajo fueron estudiadas y sometidas a un sistema de leyes y cédulas, disposiciones y ordenanzas, recomendadas por el Consejo de Indias y dictadas por el propio monarca.

Terminada la conquista y pacificados los pueblos al filo de la espada, los conquistadores no desearon otra cosa que retirarse a gozar tranquilamente del botín, asentándose en las tierras ricas y feraces. No llevaron a mal que los hombres de ley y de toga continuaran la obra de los hombres de espada, consolidando lo ganado o, mejor dicho, dando apariencia jurídica al despojo. Bajo el imperio de la ley, por otra parte, ya no servían de mucho los arcabuces. La gente de hábito, las milicias eclesiásticas, demostraban mayor eficacia en mantener los pueblos en una resignada obediencia.

Así, los conquistadores convertidos en colonos recibieron con júbilo la cédula real que otorgaba a Pizarro la licencia necesaria para que pudiera "conceder a las personas que se han hallado en la conquista y población y de nuevo fueren a se avecindar, tierras, solares y caballerías". Los capitanes de Belalcázar se apresuraron a hacer su petición, invocando sus grandes servicios en la conquista del Reino de Quito, y veinticinco de los más notables obtuvieron encomiendas en los diversos lugares del país.

Pero la encomienda, que en principio no era sino un repartimiento de tierras, abarcó en la práctica también a los indios que en ellas habitaban y que, de este modo, se encontraron sometidos a la servidumbre y convertidos en propiedad del encomendero. Hubo entonces necesidad de dar a este acto arbitrario un aspecto legal y se recurrió al pretexto de la "instrucción cristiana y la protección de los indios contra los antropófagos", para lo que se les confiaba al cuidado de los nuevos señores de la tierra. (10)

La Corona hizo de los encomenderos una verdadera clase social privilegiada, semejante a la casta feudal europea, pues la encomienda daba derecho a lanza, caballo y espada. Los caballeros terratenientes fundaron así la nobleza de las nuevas villas y ciudades, situadas junto a sus tierras. El Rey les quiso imponer algunos deberes que, casi nunca fueron cumplidos:

*"Que los encomenderos residan en la cabecera de sus encomiendas;*

*Que los encomenderos en su ausencia nombren escuderos;*

*Que haya clérigos en los pueblos a costa de los encomenderos;*

*Que los encomenderos no tengan negros en las encomiendas;*

*Que se prohiba prestar o alquilar indios o darles en prenda de las deudas de los encomenderos".*

Lo de mantener a los clérigos sí se cumplió, porque la acción y la palabra de estos servidores de la iglesia eran muy útiles para apaciguar el ánimo de los indios y mantenerles sumisos dentro de los linderos de la encomienda. Pero en muchas de esas tie-

rras se contrataron negros para el cultivo de algodón y de la cana de azúcar —sobre todo en la costa y en algunos valles de la sierra- y el procedimiento de prestar indios subsistió durante toda la época colonial.

Las encomiendas pasaban en herencia de padres a hijos. Aún las mujeres podían heredarlas y gozar de todos los privilegios con carácter de encomenderas. Hay varios casos en la Colonia, como el de María de Figueroa Manjarrés, encomendera de Puerto Viejo -que hizo su representación al Consejo de Indias en 1609—, Isabel Lobato, encomendera de Jaén, Tomasina de Figueroa, encomendera de Villardompardo, y Mariana de Rivadeneira, encomendera de Ambato, que poseía trescientos ochenta indios tributarios y más de mil quinientas "personas de la chusma", contando las mujeres y sus hijos. Cada indio estaba obligado a pagarle a esta encomendera "dos pesos y dos tomines de plata, una manta, dos aves y una fanega de maíz".

La primera preocupación de los españoles, aún antes de fundada la Audiencia, fue la explotación del oro. Los codiciosos capitanes hicieron cautivos a miles de indios para el laboreo de las minas. Apenas fundada la ciudad de Quito, la primera obra que se llevó a cabo fue el establecimiento de una fundición de oro en Riobamba para la elaboración de lingotes que eran transportados en recuas de llamas. La activa explotación del subsuelo obligó desde 1537 a dictar una reglamentación del trabajo de las minas en la región de los Cañaris. En los ríos que bañan esas tierras se descubrieron en el año 1544 unas minas de oro de las que "sacaron los vecinos de Quito más de 800 000 pesos de ese mineral".

Es fama que los moradores de Zamora de los Alcaides enviaron como presente al Rey de España un fragmento de oro que pesaba 18 libras y que causó el asombro de los cortesanos del Escorial.

Además del oro, se extraía el mercurio de las minas de Azogues, Chordéleg y Sigsig, mientras se organizaba la explotación del nitro y del salitre para la fabricación de pólvora. El asiento de San Vicente Mártir de Latacunga se volvió el centro de es-

ta explotación. De allí salió la pólvora necesaria para la defensa de la Colonia contra los piratas ingleses y franceses y para las revoluciones populares.

En honor a la verdad, los españoles no sólo explotaron en gran escala las minas de oro, plata y otros minerales, sino que también construyeron molinos en la cordillera, batanes y fábricas de tejidos —llamados "obrajes"— para utilizar al indio y a la oveja. A los pocos años de fundada la villa de Villardompardo, funcionaba ya allí de manera próspera la fábrica de tejidos de Rodrigo Venegas. Otras fábricas que producían paños de lana, bayetas, lienzos de algodón y alfombras, se implantaron en el valle de Chillo y en las regiones del norte, como igualmente en las afueras de la ciudad de Quito. Tampoco descuidaron los españoles la agricultura. Trajeron la caña de azúcar de las Islas Canarias y de África y la plantaron en los valles cálidos de la costa y de la sierra. La producción de azúcar llegó a ser tan grande que alcanzaba a exportarle al Perú y a Panamá. En realidad los "trapiches" —o ingenios que producían azúcar de caña y materia prima para el aguardiente- y los "obrajes", llegaron a constituir los símbolos de la explotación industrial de la Colonia.

En las tierras bajas, se cultivaba el algodón en escala considerable. Había asimismo grandes plantaciones de cacao y tabaco, cuya cosecha se exportaba a México, después de abastecer los mercados locales. Se fomentó el cultivo de la coca para su venta libre entre los indios, blancos y mestizos, hasta fines del siglo XVII, en que se la prohibió en todo el territorio de la Audiencia de Quito "por creer que esa hierba fomentaba la idolatría".

El sabio Nicolás Monardes -extraña figura de mago y divulgador de la medicina americana en el siglo XVI— llegó a estudiar una larga serie de productos cultivados en las tierras ecuatoriales: el ámbar gris, la pimienta luenga, el sulfur vivo, el cardo santo, la zarzaparrilla, la piedra bezoar y la hierba esquersonera "que son contra todo veneno", el guayacán, el sasafrás y otras maravillas que —según é l— poseían sorprendentes virtudes y prolongaban la vida. Monardes vivió casi un siglo y formó un museo particular, que se

transformó más tarde en el Museo de Ciencias Naturales de Sevilla, uno de los más importantes del mundo en su época. (11)

Los nuevos señores de la tierra querían sacar de ella el mayor provecho posible y ensayaron todos los medios; la pica minera, la aclimatación de plantas europeas y africanas, la industria agropecuaria. Belalcázar hizo traer a Quito los primeros cerdos de cría y los pavos de Nicaragua. Alonso Hernández encerró en el Ejido de la misma ciudad las primeras cabezas de ganado vacuno. Diego de Maldonado llevó los primeros asnos desde Jamaica a las tierras ecuatoriales y al Perú, con el correspondiente permiso de la Casa de Contratación de Sevilla. El padre Cobo cuenta que los españoles trajeron también camellos de África, hacia mediados del siglo XVI, y que estos animales se aclimataron en las llanuras desérticas de la costa peruana y se extinguieron por motivos desconocidos hacia el año 1615.

Cada encomienda y aún cada solar urbano tenía su huerta, donde se cultivaban frutas de España y del país. Las manzanas y los melocotones crecían cerca de las frutillas o "fresas de Quito", las chirimoyas o anonas -que causaron el asombro de los conquistadores por la crema fresca, azucarada y blanquísima que encerraban dentro de su aterciopelada envoltura— el capulí, el chamburo y la "granadilla de Quijos" o de Baeza. Los españoles ensayaron igualmente con éxito el cultivo de un plátano o banano de Guinea —que, por esa razón se llamó "guineo" en la Colonia— aprovechando de las experiencias de fray Tomás de Berlanga que fue el primero en hacer aclimatar esa fruta en la isla Española.

Desde los días del descubrimiento del Reino de Quito, los cronistas ponderaron la variedad y excelencia de las frutas ecuatoriales. El prolijo Cieza de León cuenta que el primer español que comió mortiños fue Rodrigo de las Peñas, soldado de Belalcázar y dice que esa fruta "es más pequeña que endrina y de color negro", por lo que se confunden con ella unas uvillas que embriagan y dejan a los que las comen "un día natural con gran pena y poco sentido". En otras páginas, al describir la costa de Puer-

to Viejo, añade: "También hay grandes cantidades de guayabas muy buenas y guabas y aguacates y tunas de dos suertes, las unas blancas y de tan singular sabor que se tiene por fruta gustosa, caimitos y otras frutas que llaman cerecillas". A estas últimas, algunos agricultores españoles venidos de México les dieron el nombre de *capulín* —tomado de la lengua náhua— con que se los denominaba en ese país.

Otro cronista cuenta que el Rey de España saboreó una pina y la concedió el cetro entre todas las frutas. Más original y lírico, el corregidor Guillermo de Martos escribió con extraña imagen que "los zapotes y las pinas son frutas que de suyo engendran cólera". Oviedo, Veedor de las Fundiciones de Oro, elogió el hobo y describió con maestría los mameyes, guanábanas, guayabas, cocos y palmitos.

El milanés Benzoni, en su viaje por las tierras de Manabí, visitó con curiosidad las moradas de los indios, estudió sus costumbres y gustó de sus alimentos y sus frutas, saboreando con placer la papaya: "Hay una especie de fruta llamada papaya, peculiar de este reino, pues no la he visto en ninguna otra provincia... El árbol es alto y delgado y la fruta de un sabor muy dulce".

Fray Reginaldo de Lizárraga que hizo una descripción de la costa en un estilo vivo y alborozado como correspondía a un descubridor y que contó ingeniosas historias naturales de lagartos del río y caimanes que cazan gaviotas y pájaros bobos en el golfo de Guayaquil, anotó al llegar al puerto: "... Danse muchas naranjas y limas y frutas de la tierra en cantidad, buenas y sabrosas, y la mejor de todas ellas son las llamadas badeas por nosotros: son tan grandes como melones, la cáscara verde, la carne digamos blanca, no de mal sabor; por dentro tiene unos granillos poco menores que garbanzos, con un caldillo que lo uno y lo otro comido sabe a uvas moscateles las más finas: es regalada comida".

En cuanto a la granadilla, original de Quijos, entra en la literatura con semblante colorado y pie seguro, es decir con tallo firme y fruto deleitoso. No hubo viajero en el Nuevo Mundo, durante los siglos XVI y XVII, que no hiciera el elogio de esta

princesa india del reino vegetal. Conquistadores y obispos, cronistas y legos aventureros, hombres de ciencia y corsarios han ponderado la maravilla de su flor enigmática y el quebradizo y moreno recipiente ovalado de la llamada "fruta de la Pasión". El clérigo Ordóñez de Cevallos, que sorbió el jugo de infinidad de granadillas en la región de los Quijos, por donde anduvo reduciendo indios, dejó una barroca pintura de la "flor misteriosísima" de esta fruta: "Contiene dentro de sí toda la Pasión. En el círculo bajo salen unos ramales de color de sangre que parecen azotes; en medio del centro inferior se levanta una columna verde y al pie della tres hojas que hacen hechura de tres clavos, y la misma campana de la flor es a modo de corona con espinas; dentro de sí las venas están dispuestas de tal manera que vienen a hacer a la vista lanza, caña con esponja, escalera y cruz". (12)

La estructura del gobierno colonial no era complicada aunque la formaban muchos ministros. La autoridad suprema estaba ejercida por el presidente de la Real Audiencia, al que guiaban con su consejo los Oidores. Luego, venían los Fiscales, Gobernadores, Corregidores, Alcaldes, Escribanos y Alguaciles: todo un ejército de funcionarios que gozaban de sueldos elevados y disfrutaban de innumerables privilegios.

El presidente de la Real Audiencia de Quito ganaba cuatro mil ochocientos ducados de sueldo; el corregidor tenía dos mil pesos de salario; el Deán del Obispado de esa provincia, mil ochocientos cincuenta y ocho pesos; el corregidor de Guayaquil, mil pesos. Además de los funcionarios administrativos y judiciales, ejercían su cargo en la Audiencia cuatro Protectores de Indios -uno en Riobamba, otro en Loja, otro en Guayaquil y otro en Puerto Viejo- y ocho Administradores de los "obrajes". La Audiencia tenía también un capellán, un abogado de pobres, varios porteros y un pregonero. En la cuenta general presentada por el contador Villegas -según el manuscrito existente en el Archivo de Simancas- se ve que el importe anual de los sueldos de los oficiales, oidores y otros ministros de las Indias llegaba a 223 433 ducados.

Naturalmente, para sostener esta costosa armazón burocrática, el rey necesitaba nuevas fuentes de recursos, y para crearlas se valía de un sistema de monopolios y estancos y de una red complicada de impuestos, alcabalas, tributos y almoxarifazgos, dentro de cuyas mallas se debatían los súbditos de la Colonia como peces condenados a la asfixia. Así fueron creados los monopolios del comercio de esclavos, el estanco del azogue, de los naipes y del aguardiente, la recaudación de la llamada "predicación de la Bula de la Santa Cruzada", el impuesto a las ventas y otras cargas análogas. Los banqueros de Ausburgo habían negado su colaboración a Carlos V, quien pedía urgentemente a sus consejeros que "encontraran la manera de sacar mejor parado de la Economía indiana" y, en 1543, suscribía la cédula que aplicaba al comercio con las Indias las tarifas aduaneras y la alcabala llamada de primera venta.

La Corona tenía necesidades crecientes de dinero. Desde el reinado de Felipe II comenzaron a venderse en subasta pública los puestos de Escribanos, Oidores y Relatores para las Indias. Sólo de esta manera pudieron algunos criollos o mestizos ocupar un sitio en el gobierno de la Colonia, después de haberlo pagado con largueza. Los compradores de dignidades no anhelaban otra cosa que recuperar las sumas gastadas y aún aprovechar de la situación para enriquecerse, aunque hubo algunas excepciones como la del latacungueño Flores, nombrado presidente de la Audiencia de Chuquisaca.

El gobierno español organizó un sistema de seguridad para el comercio exterior de la Audiencia. Podían comerciar únicamente los españoles. Las mercancías debían llevar un certificado de la Casa de Contratación de Sevilla. Los extranjeros necesitaban licencia para trasladarse a las Indias, y la falta de este documento implicaba la confiscación del navío y de las mercaderías que en él se hallaran. Estaba prohibida la entrada en la Colonia para todos los gitanos, moros, judíos o reconciliados. No estaba permitido vender mercaderías por las calles.

El Rey dirigió a veces la política económica, en vista de las informaciones de los virreyes o del Consejo de Indias. Trató de proteger la industria textil de Quito pidiendo a los oficiales de Sevilla

la reglamentación del comercio de lana. Dictó una "cédula para dar color azul a los paños". Mandó "que no se pesquen perlas con chinchorros" y "que los oficiales no cobren sus salarios en perlas". Prohibió la importación de azogue a las Indias para fomentar la explotación del azogue del Azuay, en la Audiencia de Quito, y del proveniente de otras regiones del Virreinato del Perú.

Al mismo tiempo, ciertas disposiciones previsoras trataban de sentar las bases de la prosperidad futura de la Colonia. Tal fue el espíritu de la cédula dictada en Madrid, en junio de 1540, "para que los encomenderos hagan casas de piedra". Nueve años más tarde, desde Valladolid, ordenó el Rey a la Audiencia "que haya bestias de carga y no consienta que se carguen indios". Había que preservar el material humano, como también la riqueza forestal de esos países, cuyos bosques de maderas preciosas eran destruidos para su utilización doméstica. No fue otro el origen de la cédula "para que los encomenderos planten sauces y otros árboles para leña".

¡Extraordinaria cordura de todas esas leyes de protección! La aplicación de algunas de ellas produciría aún hoy grandes beneficios. Desgraciadamente, muchas de esas cédulas nunca se cumplieron. En cambio se establecieron prácticas funestas como la institución de la venta de ropa a plazos o "al fiado" —según explica fray Tomás de Mercado en su libro *Tratos y contratos de mercaderes*, publicado en Salamanca en 1567- y el tráfico de divisas, que consistía en vender coronas en doce reales en la Audiencia cuando valían sólo diez reales y diez maravedíes en la metrópoli.

En realidad, España transplantó íntegramente su sistema social, político, administrativo y económico a las colonias, no únicamente con sus virtudes sino también con sus errores. Desde el principio, apareció la hostilidad de las autoridades contra el ejercicio de los fueros municipales. Como Carlos V —que sofocó el levantamiento de los comuneros castellanos— o como el monacal Felipe II, los gobernantes de la Audiencia mostraron un gran desprecio por el cabildo y por las reivindicaciones populares. Los cabildos, por su parte, hicieron muchas veces causa común con el pueblo, según se pudo ver en la Revolución de las Alcabalas, en

el Motín de los Estancos o en la proclamación de la primera Junta Soberana de Gobierno en los días de la emancipación.

La organización hispánica del "Consejo de la Mesta General", o sea el monopolio agrícola ejercido por la Corona, la nobleza y el clero, se reflejó fielmente en las colonias, con la sola diferencia de que la nobleza colonial no era de puro linaje y podía adquirir sus títulos mediante algunas talegas de monedas. Así nacieron en la Real Audiencia de Quito los marquesados de Solanda y villa Orellana, los vizcondados de la Carolina y de Tilipulo, el señorío de Villar de Farfón, el mayorazgo de Freiré. También las órdenes nobiliarias abrieron sus puertas a los criollos de Quito, aunque en reducido número. En cerca de tres siglos de dominación española hubo sólo veinticuatro Caballeros de Santiago, siete de Calatrava, diecisiete de la Orden de Carlos III y tres de Alcántara. Estos últimos fueron: el quiteño Antonio de Villacís, hijo del maestre de campo Juan de Villacís; el guayaquileño Pedro José de Arteta, capitán de Dragones de caballería de las Milicias, y el ibarreño José Antonio de Eslava, capitán de Granaderos de Reales Guardias de Infantería Española. A ningún individuo nacido en Quito se le consideró digno de llevar las insignias de la Orden de Montesa o de la Orden de Malta. La gran inclinación de los criollos por los títulos de nobleza dio origen a la mixtificación ocurrida con Velásquez de Ávila, quien recibió en Quito la designación de Caballero de la Orden de San Jorge, institución apócrifa inventada por el aventurero que se hacía llamar "Conde de Casandra y Gran Prior de Mustia", perseguido luego por las autoridades españolas. (13)

Este deslumbramiento de los habitantes de Quito por los blasones de nobleza sirvió de tema a una de las más, alambicadas sátiras de la colonia: La carta gratulatoria del general Ignacio de Escanden al Oidor Zapata "por haber concluido con el afán de entroncarse genealógicamente gastando el tiempo de siete años en tan justo pero espantoso trabajo". El Oidor no desistió de su anhelo, antes bien tomó como esposa a Catalina Matheu, de la Casa de los marqueses de Maenza, y obtuvo de Carlos III el título de Conde de Cumbres Altas.

## III. Negros en la nieve

El pobre negro Hernando, pregonero de la Audiencia de Quito, leía en alta voz el texto de una ordenanza real, desde la gradería del Palacio, ante un grupo numeroso de vecinos congregados en la plaza al redoble del tambor. El pregonero tenía los labios amoratados por el aire glacial que bajaba de las cumbres nevadas del Pichincha. Hernando era descendiente de uno de los dos negros que acompañaron a Belalcázar en la conquista del Reino de Quito. Aunque su padre se había batido como un caballero español no fue premiado con la espada de encomendero ni recibió ningún repartimiento de tierras y la muerte le sorprendió en la misma miseria en que había vivido. Fundada la Audiencia, el menesteroso Hernando había solicitado el cargo humilde de pregonero, que le daba apenas lo necesario para la subsistencia. Su única y secreta alegría era ver cómo sus compañeros de color habían conquistado la libertad en la provincia de Esmeraldas, guiados por el antiguo esclavo Illescas, de cuya épica lucha dio noticia el corsario inglés Richard Hawkins, quien le había ayudado con armas y algunos indios traídos de Chile. Las malas lenguas acusaban al pregonero de estar en inteligencia con los negros irreductibles, lo que significaba una manifiesta deslealtad a la Audiencia.

Los negros de los cercanos ingenios de azúcar y de las plantaciones de Guayllabamba iban a veces a Quito, en donde podían transitar libremente, pero sin mezclarse para nada a la población blanca, ni siquiera para los oficios religiosos. Los españoles habían construido una capilla sólo para los negros: la capilla de San Benito. Los indios, por su parte, eran admitidos únicamente en la capilla de Nuestra Señora de Cantuña.

La trata de negros en las tierras equinocciales fue próspera durante los siglos XVI y XVII. Los negreros eran al mismo tiempo

contrabandistas de mercaderías. Al comienzo, los mismos españoles se encargaron de organizar ese inhumano comercio, como lo prueban ciertas capitulaciones que se encuentran en los Archivos de Indias. Después de la insurrección de los negros en la isla de Santo Domingo, se concedieron los "asientos" o trata de esclavos a Lorenzo Gorrevod, mayordomo del propio Rey de España. En 1595 se firmó una capitulación otorgando el monopolio del comercio de esclavos a Pedro Gómez por nueve años y "pidiendo ayuda a los capitanes de las naos en las que se han de embarcar dichos esclavos". Los traficantes genoveses y portugueses obtuvieron innumerables licencias parciales para la venta de negros, como lo prueban los "asientos" concedidos al gobernador de Angola, a Fernández de Elvas, a Rodríguez Lamego "para la venta y provisión general de esclavos negros que se navegan a las Indias, por el tiempo de ocho años", a Méndez de Sosa y a otros mercantes sin conciencia. Los sórdidos genoveses Domingo Grillo y Ambrosio Lamelín tuvieron licencia para la venta de negros en el Perú y en la provincia de Quito. Aún el propio Consulado de Sevilla traficó en "ébano vivo" durante más de cinco años.

Asimismo los corsarios vendían clandestinamente su mercancía humana en la costa ecuatorial, según se puede ver por sus diarios de viaje. Una de esas naves de contrabando, cargada de negros, naufragó en los acantilados de Esmeraldas, y muchos desventurados recobraron la libertad y se refugiaron en las selvas, entre los indios. El esclavo Illescas fue uno de los sobrevivientes de ese naufragio libertador.

La compañía francesa de las Indias Occidentales obtuvo de la Corona de España, a mediados del siglo XVII, el monopolio del comercio de negros en las Indias. En 1673 se fundó la "Compagnie de Senegal" que debía suministrar dos mil negros por año. Hacia 1696 funcionaba la compañía portuguesa de Guinea que cedió sus derechos a la real compañía francesa de Guinea, de infausta memoria por sus crueldades en los poblados africanos. En vista de las grandes utilidades que dejaba este comercio se constituyó la "Compagnie de l´Assiento" en 1701, floreciente hasta el fin del rei-

nado de Luis XIV. Según sus estipulaciones, el célebre Du Casse se comprometió a introducir 4 800 negros por año mientras el Rey se obligaba a suministrar los navíos necesarios para el transporte de esa mercancía. De 1702 a 1711, el gobierno francés prestó 22 navíos para el tráfico de esclavos. La esclavitud navegaba en esos días, por los mares de América, bajo la bandera de Francia. A comienzos del siglo XVIII, cuando se firmó el Tratado de Utrecht, la Corona española transfirió el monopolio de ese comercio a los ingleses que empezaron a transportar a los puertos del Mar del Sur los negros de Jamaica.

A estas fuentes de aprovisionamiento de ébano vivo, hay que añadir la gran cantidad de negros que se evadían de Panamá y se refugiaban en la costa ecuatorial. Más de cuatro mil negros, evadidos de Tierra Firme en diferentes épocas, se instalaron en el litoral de Esmeraldas y Manabí.

Desde el día siguiente de la fundación de la ciudad de Quito, los españoles reglamentaron con gran minuciosidad las obligaciones de sus esclavos negros que eran tenidos en gran estima por el trabajo que solían rendir. Se sabe que el capitán Francisco de Orellana compró en Quito dos esclavos a Pedro de Puelles y les llevó como criados en su navegación por el río Amazonas. Un negro, por su resistencia y laboriosidad, equivalía a varios indios. Además, el negro, según la costumbre de la época, era propiedad legal de su señor. Así, cuando se instituyó un Alguacil del Campo para recoger a los prófugos, se estableció una tarifa de las recompensas que debía recibir este funcionario: cuatro reales por restituir un indio a su amo, medio ducado por un yanacona, un peso por un indio de Nicaragua y dos pesos de oro por un negro. El infeliz esclavo de color que, al fugarse de la casa o de la encomienda, caía en poder del Alguacil del Campo, era sometido a un castigo inhumano que consistía en su castración, por la primera falta, y en la pena de muerte si reincidía en la fuga.

El esclavo Illescas, con la ayuda de los indios y los corsarios ingleses que le suministraban hombres, armas y otras mercancías, convirtió las selvas de la provincia de Esmeraldas en un reducto

inexpugnable donde fracasaron todos los esfuerzos de los conquistadores. Los capitanes Zarate y Cristóbal de la Carrera habían perecido en sangrientas emboscadas, en medio de la esplendorosa vegetación de esos lugares paradisíacos, poblados de reptiles y pájaros deslumbrantes. Igual suerte corrió el capitán Contero, corregidor de Guayaquil, que condujo a sus soldados al desastre con un valor ciego y estéril. Las marchas sorpresivas y las *guazabaras* armadas de los negros siguieron causando muchas víctimas durante largos años.

Cuando, desde Monzón de Aragón, el rey Felipe II envió una provisión al presidente Santillán "autorizándole para que pueda proveer alguna o algunas gobernaciones para nuevos descubrimientos y poblaciones en esas provincias", el presidente utilizó esta facultad real para pacificar la región de Esmeraldas y comisionó a Diego López Zúñiga para la reducción de Atacames, tan necesaria para los planes de comunicación de la Colonia con Panamá. Nada pudo hacer el comisionado, y poco después se vio florecer el pequeño imperio negro de Illescas, a quien las autoridades españolas y la Iglesia tuvieron que reconocer como gobernador de Esmeraldas.

Sólo en 1598, después de laboriosas gestiones de las que dio cuenta en su, animada relación el clérigo Miguel Cabello de Balboa, los "ciudadanos principales de Esmeraldas, Don Francisco de Aro-be y sus dos hijos", enviados por el régulo negro, se presentaron en Quito con el fin de prestar sumisión a la Real Audiencia. El pintor Adrián Sánchez Galque trasladó al lienzo los negros semblantes, adornados con orejeras de oro y erguidos orgullosamente sobre sus españolas vestiduras de caballeros. Nunca fueron más populares los negros que en esos días. Muchos años después, el vecindario de Guayaquil recibió también con simpatía a los negros esclavos enviados en gran número por el Conde de Salvatierra como prácticos, para ayudar a la Real Audiencia de Quito a rescatar los tesoros sumergidos en los bajos de Chanduy, cuando naufragó la nave capitana de la flota de los Galeones, durante la presidencia de Vásquez de Velasco.

Los negros eran contratados en la Audiencia de Quito para el trabajo de los ingenios de azúcar y el cultivo del algodón, del café y del cacao. Esta era la razón de la afluencia de negros en las regiones costeras y en los valles cálidos de la Sierra. En Imbabura —donde estaban situadas las más grandes haciendas de los jesuítas— se formó una numerosa Colonia de color. Especialmente, en el valle del Chota abundaban los negros, que habían llegado a imponer su sello particular a las costumbres locales. Hacia comienzos del siglo XIX, ese valle era uno de los pocos lugares donde se conservaba la danza negra llamada "bundi", que se solía bailar con el acompañamiento de dos instrumentos musicales: la "bomba", o tambor en forma de barril, y el "alfandoque", o caña repleta de semillas, a semejanza de la maraca. El viajero francés Dabadie, que pasó por Esmeraldas, dejó la descripción de los bailes de los negros en esa provincia —"el costillar" y el "chigualo"— expresiones originales del ritmo y la alegría de la selva. (14)

## IV. El obispo inquisidor y otras sombras

Los cirios verdes del Santo Tribunal se encendieron en la noche de la Colonia, con gran pavor de los pecadores. El cardenal de Sagunto le había anunciado a Servan de Cerezuela el establecimiento de la Inquisición en el Nuevo Mundo y su nombramiento de Inquisidor general de las provincias del Perú, allá por el año de 1569. No necesitó mucho tiempo el Inquisidor para organizar el Tribunal del Santo Oficio y nombrar sus comisarios en las principales ciudades de la Colonia. Freile de Andrade, antiguo escribano y encomendero de Quijos, fue nombrado Comisario para la Real Audiencia de Quito, y muy pronto empezó a sentirse su acción con la ayuda del obispo Pedro de la Peña, ardiente perseguidor de herejes. (15)

Fray Pedro de la Peña escondía bajo el hábito de la Orden de Predicadores un corazón apasionado y una voluntad de hierro para poner en práctica sus designios. Nada le detenía en el cumplimiento de su misión que creía ser la cristianización de los pueblos del antiguo Reino de Quito, ya sea por la persuasión o ya por la violencia. En uno de sus viajes de evangelización por las selvas amazónicas, zozobró el barquichuelo en que surcaba un río torrentoso y, habiendo escapado con vida del naufragio, el dominico interpretó este hecho como un milagro que le predestinaba para grandes acciones y, especialmente, para la conquista de las almas de los indígenas y su conversión al catolicismo. Ya con la tiara de obispo de Quito, solía celebrar la misa dominical al aire libre, en la Plaza Mayor, ante grandes muchedumbres de indios que acudían de los poblachos del contorno. A la misa seguía un sermón, en que el obispo amenazaba con el fuego eterno —que en ese caso era el prosaico fuego de leña- a todos aquellos que no aceptaran el dogma religioso y no se encaminaran por la vía de la fe. Después de la misa, comenzaba el mercado de legumbres y frutas, que constituía en sí

mismo una acción de gracias al cielo por la abundancia con que había dotado a esas tierras ecuatoriales.

El prelado sirvió a la Inquisición con todas sus fuerzas. Creía que la Colonia debía ser purificada por la hoguera y se dedicó a alimentar las llamas sin cesar, escogiendo las víctimas entre las ovejas de su grey. El Santo Oficio de Lima recibía cumplidamente las remesas humanas que el obispo Peña le enviaba desde Quito.

La primera víctima de que da cuenta la historia fue Miguel Sánchez de Aguirre, a quien el obispo levantó proceso "por haber dicho que mataría al Rey y que no creía en Dios". El desventurado, conducido preso desde la capital de la Audiencia, fue encerrado en un calabozo del Santo Oficio de Lima. Luego, siguieron el mismo camino muchos infelices -de los cuales algunos expiraron en el tormento, en la prisión o en el siniestro "auto de fe"— marcados por el odio implacable del obispo convertido en Inquisidor: Hernández de Soto, canónigo de Quito, "por haberse expresado mal de las imágenes"; Cristóbal Calvache, vecino de la misma ciudad, "por herejía"; el bachiller Antonio Hernández, maestreescuela, "por tratos deshonestos con hijas de confesión"; Ordóñez de Villaquirán, canónigo de Quito, fue sometido al tormento de "agua y cordeles" y luego ahorcado.

Andrés de Campos "por impedidor y perturbador de los negocios del Santo Oficio" fue condenado a salir por las calles de la ciudad con una soga a la garganta y una vela en la mano y a recibir cien azotes. De todas las ciudades de la Audiencia partían hacia Lima los réprobos, custodiados por los familiares y alguaciles del Santo Oficio que "podían matar con toda impunidad", según afirma un cronista de la época. Los condenados eran, con frecuencia, frailes de las diferentes comunidades: fray Pedro de Valenzuela pertenecía a la Orden de San Agustín, fray Francisco de la Cruz era dominico, fray Luis López se contaba entre los primeros jesuitas enviados a América por Francisco de Borja. Fray Gaspar de la Huerta, apresado en Loja y condenado a galeras perpetuas, después de haber recibido en hábito de lego doscientos azotes por las calles públicas, pertenecía al convento de la Merced.

El obispo interponía su enjoyada mano implacable para evitar la propagación de la luz de la cultura, por considerarla nociva al iluminar los cerebros primitivos de los pobladores del Nuevo Mundo. Hizo una guerra permanente a los catedráticos del Colegio de San Andrés, condenando sus enseñanzas y amenazándoles con el Tribunal de la Fe. Levantó un proceso contra uno de esos maestros, fray Juan Cabezas de los Reyes, guardián del convento franciscano, y le mandó presentarse al Santo Oficio para dar cuenta de sus herejías; pero el aterrado fraile prefirió fugar de Quito para siempre, antes que dar con sus huesos en el potro del tormento o en las cárceles secretas. También la mano del obispo alcanzó al joven dominico Pedro Bedón y ordenó "que se quitara el hábito por indigno-de llevarlo", según cuenta fray Juan de Meléndez en su libro *Tesoros Verdaderos de las Indias.*

En 1571 había adquirido renombre en Quito, como catedrático de Teología, el dominico fray Francisco de la Cruz, antiguo confesor del cosmógrafo Sarmiento de Gamboa, y, durante tres años, rector de la Universidad de San Marcos de Lima. "Varón de grandes letras" llamó Sarmiento a este fraile, originario de Quito, y muy amado por el pueblo, en especial por los mestizos y los indios a quienes fascinaban sus peroraciones algo oscuras y alegóricas. (16) Entre las personas de la devoción de San Francisco se contaba la joven y hermosa mestiza María Pizarro, menor de edad, cuya imaginación candida y crédula fue la causa verdadera del drama. También formaban parte del círculo del teólogo el padre Luis López, provincial del convento de teatinos, el padre Jerónimo Portillo del mismo convento y fray Pedro del Toro. El prior del convento de dominicos, fray Alonso Gaseo, veía con malos ojos los ajetreos de fray Francisco de la Cruz y de sus amigos y llevó el hecho a conocimiento del obispo Peña, quien olfateó una buena hornada para la Inquisición y le aconsejó presentar una denuncia formal ante el Tribunal de la Fe para salvar su alma. Gaseo escribió la denuncia acusándose a sí mismo y a fray Francisco de la Cruz "por ciertas herejías y exorcismos y por haber confundido a los demonios con santos". (17)

El obispo Peña hizo prender con los alguaciles a fray Alonso Gaseo y a todos los demás, y con inclusión de María Pizarro, les envió al Santo Oficio de Lima, en cuyas cárceles secretas fueron encerrados. Inmediatamente se instruyó el proceso, en el que se hizo constar que fray Francisco de la Cruz había regalado a María Pizarro "joyas de oro y terciopelo, raso y tafetán para basquinas" y había ejercido sobre ella sus artes mágicas; que los exorcismos de fray Luis López habían acabado por poner en cinta a la joven mestiza, y que fray Pedro de Toro y los anteriores habían tomado parte en escenas de invocación al demonio, al que llamaban "el Armado".

El voluminoso expediente que se instruyó entonces pinta un cuadro digno del Aretino: María Pizarro era la amante de los frailes, quienes habían abusado de su inocencia. Luego venía una historia confusa de aborto y embrujamiento. Y, para finalizar, se presentaba a fray Francisco de la Cruz como un sacerdote licencioso cuyas actividades y prédicas eran un peligro para la virtuosa sociedad Colonial.

La desventurada María Pizarro, sometida al tormento, murió en la cárcel. Fue enterrada con gran secreto en la capilla del monasterio de la Merced "el cual lugar está señalado y asentado por auto en su proceso". Antes de morir, dictó una carta al padre Gaseo encargándole "que dijese al obispo de Quito que no fuese tan codicioso de dineros y hacienda y que tuviese más cuidado de las almas que tenía a su cargo y que lo sabía por revelación de un ángel". También expiró en la tortura fray Pedro de Toro y se le enterró en la misma forma que a la inocente mestiza. Fray Francisco de la Cruz permaneció cinco años en las mazmorras del Santo Oficio, al cabo de los cuales recibió el tormento en el potro "para que declarase la intención con que había procedido". En la instrucción se hizo aparecer al enloquecido fraile como el animador de una nueva herejía y el fundador de una secta que veía en América la cuna de una nueva humanidad.

Dos años más gimió el infeliz dominico en el calabozo húmedo y pestilente. Y, al fin, un día del año 1578, se levantaron tablados en la plaza de Lima y se presentó el obispo de Quito a pre-

senciar el auto de fe, culminación de su obra. El virrey Toledo, vestido de gran ceremonia, asistió con el obispo Peña a su derecha y el Inquisidor General a su izquierda, seguidos por los altos funcionarios del Santo Oficio, los caballeros de Santiago y de Calatrava, los dos cabildos secular y eclesiástico y otros personajes. Ante un inmenso gentío, congregado para ver este espectáculo —que duró desde la mañana hasta la medianoche- aparecieron fray Alonso Gaseo, fray Luis López y fray Francisco de la Cruz, con sendas velas en las manos. Detrás venía la efigie de fray Pedro de Toro, cubierta con un sambenito. La lectura de los autos fue larga y enojosa; pero, ya en la noche, la paciencia de los asistentes fue al fin recompensada: El obispo Peña pronunció un discurso emocionado y elocuente exaltando el triunfo de la Iglesia sobre las potencias del mal y exhortando al pueblo a seguir por el camino de la virtud. Detrás del prelado se levantó el fulgor devorante de la hoguera en que ardió y se consumió el cuerpo magro y pecador de fray Francisco de la Cruz. Los padres Gaseo y López no le acompañaron en el último tormento: ambos fueron simplemente desterrados para España, con la consigna de no volver jamás a las Indias.

Casi al mismo tiempo ardía también el fuego purificador de la hoguera en la plaza de Riobamba, en donde el presidente de la Audiencia de Quito, Diego de Narváez, y el licenciado Ávila, Comisario del Santo Oficio, hacían quemar el cadáver de un "luterano", atravesado durante la misa por las espadas de los caballeros riobambeños, en la nave de la iglesia mayor de la ciudad. Se trataba de un extranjero que había querido matar al sacerdote después de haber arrojado la hostia por el suelo y que esgrimió su puñal plebeyo contra los encomenderos y los personajes más encopetados que asistían al oficio divino. La muerte no era suficiente castigo para el diabólico desconocido, y por ese motivo las autoridades civiles y eclesiásticas de la Audiencia habían decidido trasladarse a la noble ciudad y hacer un escarmiento con el difunto, entregándole a las llamas y levantando sobre sus cenizas el estandarte del Santo Oficio. El Rey de España concedió a la ciudad de Riobamba, en recompensa de acción tan católica de sus hidal-

gos, un escudo de armas "con un cáliz y una cabeza de hombre, atravesada por dos espadas".

Ausente de la Audiencia, el obispo Peña se regocijó con este hecho. Creíase destinado para juzgar en esas tierras, en nombre de Dios, las acciones de los hombres y distribuir los premios o castigos, la palma de la gloria celestial o la hoguera, imagen del infierno. Y el prelado concedió más gustosamente el infierno durante los quince años de su obispado. Luego, cuando fue reemplazado en su cargo, pidió al Rey una plaza de inquisidor en el Perú y, al morir en Lima durante la celebración del Concilio en 1588, dejó como heredero de todos sus bienes al Tribunal del Santo Oficio de la ciudad virreinal, que acordó darle sepultura, en cumplimiento de su última voluntad, en la medrosa capilla, donde la llama diminuta de la lámpara votiva temblaba con los ayes pavoridos de los condenados al tormento.

La actividad de la Inquisición no cesó por la muerte de su fiel servidor y colaborador de Quito. Es verdad que los nuevos obispos se consagraron exclusivamente a la protección de la grey, sin prestar ya su cayado pastoral para atizar el fuego del Santo Oficio; pero los Comisarios, Calificadores, Familiares y Alguaciles siguieron levantando procesos y enviando herejes a los calabozos secretos. Así, en pocos años, fueron condenados: fray Agustín Pérez, natural de Cuenca; el presbítero Gómez de Castilla —de la misma ciudad—; fray Antonio Montero, diácono de la Merced de Quito; Juan Gallegos de Aparicio, natural de Loja, capellán de un convento de monjas; fray Francisco del Rosario Paguegue, guardián del convento de San Diego "por usar una hierba mágica llamada espuela de caballero".

Hacia fines del siglo XVII, según se puede ver en los archivos de la Inquisición, fue apresado por los alguaciles fray Pedro Ruiz de Rojas, corista de San Agustín, "por haberse fugado en cuatro ocasiones de su convento". Este animoso y jovial corista es el precursor del legendario "padre Almeida" que años después serviría de tema a relatos y romances narrativos. (18)

Las mujeres no escaparon a la persecución del Santo Oficio. Hasta hoy se recuerdan los procesos de Catalina de la Torre, de Guayaquil; Bárbara de Aguirre, de Latacunga; Magdalena de Uclés, de Quito. No sólo el Tribunal de la Fe se afanaba en buscar los pecadillos del otro sexo, sino que también la Audiencia encontró en ello un agradable pasatiempo y siguió causa a varias mujeres, provocando la cólera de la Inquisición que excomulgó a los oidores por haber invadido así sus fueros. El Santo Oficio era muy celoso de sus prerrogativas en lo que se refiere al campo de sus actividades que eran muchas, y entre ellas uno que otro negocio, como el de dar en arriendo a los particulares varias casas y un tambo o posada para viajeros. Acaso en esta actividad comercial se encuentre la explicación del proceso de Simón Osorio, residente en la ciudad de Quito y administrador de los obrajes de la Duquesa de Lerma, quien fue condenado a galeras, después de salir con una soga al cuello y recibir azotes públicamente "por judío".

"Las supersticiones habían cundido especialmente en este distrito" dice el inquisidor Juan de Mañozca, comisionado para practicar la visita de la Audiencia de Quito, a donde llegó en noviembre de 1625, en pleno gobierno de Antonio de Morga. Inmediatamente se entregó Mañozca a combatir tales supersticiones, instalando En una de las casas de los dominicos un Tribunal del Santo Oficio, formando una milicia de alguaciles y hombres armados -con la insignia de la cruz en sus vestimentas—, apresando y desterrando sacerdotes y dando tortura a los herejes en los calabozos del Tribunal.

En esos días había llegado a su culminación la campaña de intrigas políticas, emprendida por el presidente Morga con ayuda del oidor Peralta y del fiscal Suárez contra el oidor Tello de Velasco. El Visitador intervino en el asunto y, valiéndose de sus sicarios, desterró a Morga a una hacienda de Cumbayá y encerró al fiscal Suárez en la cárcel.

El Inquisidor ejerció una verdadera dictadura. Siguió la política del obispo Peña en lo que se refiere a la persecución contra los dominicos mestizos, lo que le valió la excomunión dictada contra

él por el Juez Conservador, nombrado por la Orden de Predicadores. Como los agustinos defendieran a los dominicos, Mañozca hizo detener a fray Leonardo de Araujo, provincial de la Orden de San Agustín, y con él y otros frailes formó una procesión de penitenciados por las calles de Quito y una "exposición de la Cruz Verde", o sea de la Cruz del Santo Oficio, para que se convirtieran con espectáculo tan aterrador los habitantes de esas tierras pecadoras.

Ante el clamor de los dominicos y los agustinos, el Rey de España envió al visitador Galdós de Valencia para que examinara el expediente de Mañozca. El Visitador no quiso llegar hasta Quito y se quedó en Latacunga absorbido en la lectura de los documentos acumulados contra el Inquisidor. Allá fueron a visitarle varias delegaciones de frailes y le informaron de todo lo que sucedía en la agitada Audiencia, mientras el plácido Visitador gozaba del sol ecuatorial y tomaba la coca a guisa de mortificación o castigo del cuerpo y exaltación de la continencia y la virtud.

Salió Mañozca de Quito; pero permaneció el Tribunal de la Santa Inquisición. Año tras año, fueron acumulándose los procesos. En 1639 se hizo en la Audiencia el auto de fe contra los portugueses. Todos los extranjeros eran considerados como herejes. Ya no sólo se perseguía a los frailes prevaricadores o licenciosos y a los propagadores de herejías sino que se condenaban igualmente ciertas lecturas y ciertas ideas subversivas. Durante todo el siglo XVIII se levantaron procesos contra innumerables personas "por lectura de los filósofos franceses". Este fue el caso del último de los penitenciados, Urdaneja, quien fue desterrado al castillo de Bocachica, en Cartagena, de donde se evadió a México para servir a la causa de la independencia de las Colonias.

## V. "Estas tierras deben ser gobernadas a palos"

La ronda de alguaciles armados recorría todas las noches la ciudad, después del toque de queda. Nadie se aventuraba por las calles para no incurrir en el castigo reglamentario que consistía en permanecer tres días en el cepo. Sólo la música de alguna guitarra y el vuelo sonoro de una copla, escapándose de un estanquillo humoso, turbaban a veces la noche Colonial. Noche de piedra. O, más bien, de "cal y canto" por lo cerrada y por la lividez de las fachadas de yeso, aureoladas por la voz humana, estremecida y suspirante. En una de esas noches, después de sonadas las doce, empezó a caer una lluvia de piedras y cenizas, con gran pavor de todos los que contemplaron el fenómeno, causado por el despertar del volcán Pichincha.

Las autoridades civiles y eclesiásticas recomendaron la mayor calma a los habitantes y resolvieron dar ejemplo de serenidad y valor. El oidor Auncibay, el alcalde Ortiguera, el alguacil y el cura de la Catedral, acompañados de muchos españoles e indios de servicio así como de algunos negros esclavos, ascendieron al cráter, en medio de las fumarolas, "para celebrar una misa al borde" y aplacar las furias plutónicas. No pudieron los improvisados andinistas llevar a cabo su propósito por el viento impetuoso que se había desencadenado allí, según cuenta el buen alcalde en la relación que escribió sobre el acontecimiento memorable.

Desde la muerte del presidente Narváez hasta el nombramiento del presidente Barros de San Millán debían transcurrir más de seis años, durante los cuales ejercieron un poder omnímodo los oidores Francisco de Auncibay y Venegas de Cañaveral. Estos dos leguleyos, ansiosos de honores y fortuna, y dotados de un sentido moral flexible y acomodaticio, formaban una pareja pintoresca, bajo cuyas arbitrariedades perdió la Colonia todo su vigor y conoció sus días más oscuros y miserables. Venegas de Cañaveral corría tras de los dineros y Auncibay tras de los fáciles

amoríos, y ambos funcionarios venales iban dando tumbos como los personajes peregrinos de la comedia italiana o del teatro de títeres. La avaricia de Venegas le llevó a la deshonra y la poligamia de Auncibay le convirtió en un espantapájaros, menospreciado por las damas de Quito.

Es verdad que Francisco de Auncibay Bohórquez no era el único polígamo en la Colonia, pues casi todos los españoles habían adoptado esta costumbre de la raza conquistada, hasta despertar la indignación del Consejo de Indias y del monarca. Ya desde 1526 se había dictado una cédula autorizando a "abrir una casa de mujeres públicas en Santo Domingo" (19) para que cesaran los abusos de los conquistadores con las doncellas indígenas; pero esta medida no se llevó a la práctica en el territorio de la Audiencia de Quito, en donde se consideró más fácil seguir el procedimiento tradicional de los incas. No obstante, el enamorado Auncibay no se cuidaba de ocultar sus debilidades e iba a buscar su presa aún en los hogares de los propios españoles, causando escándalos mayúsculos. Además, había llegado a Quito -al dejar su cargo de oidor de Santa Fe- dos años antes que Venegas de Cañaveral y había gobernado la Audiencia con anterioridad al arribo del presidente Narváez, razón por la cual no quería ceder el paso al nuevo oidor, ya que por antigüedad se consideraba la autoridad suprema de la Colonia.

En vista de la declinación de su prestigio y del creciente menosprecio del pueblo, los oidores repetían: "Estas tierras deben ser gobernadas a palos". Y llevaban su principio a la práctica, atropellando a los mestizos y a los indios y, a veces, hasta a los mismos españoles. El potro de tortura y la horca fueron sus únicos argumentos para convencer al pueblo. A los cuatro meses de su estrafalario gobierno, se produjo la sublevación de los indios de la región de los Quijos y la destrucción de las ciudades de Ávila y Archidona. El movimiento insurreccional comenzó con la llamada "conjuración de Tambisa". En este lugar se reunieron millares de indios de diversas tribus, capitaneados por sus jefes Guami y Beto y juraron exterminar a todos los españoles de esas regiones, para lo

que pidieron la ayuda de Jumandi con su ejército de jíbaros. Los sublevados formaron tres cuerpos de tropas para amagar tres puntos diferentes. La ciudad de Ávila fue la primera en ser atacada por Jumandi, Guami y sus hombres, que pasaron a cuchillo a todos sus habitantes y luego la pusieron fuego. Los moradores de Archidona resistieron durante tres días; pero al fin fueron vencidos por los indios de Beto. La ciudad fue arrasada y no quedó en ella un solo ser viviente.

La Audiencia de Quito se conmovió con estos acontecimientos. Los oidores resolvieron socorrer a la ciudad de Baeza —que sería de un momento a otro atacada por el ejército de Jumandi- y nombraron al general Núñez de Bonilla para hacer frente a la situación, al mismo tiempo que enviaban ayuda de armas y pólvora a la ciudad amagada. Los hombres de Núñez de Bonilla y centenares de voluntarios que se les unieron en el trayecto, llegaron oportunamente a Baeza, la fortificaron con gran arte militar y derrotaron a los sitiadores. Jumandi, Beto y otros cabecillas fueron apresados y conducidos a Quito.

Los oidores dictaron su justicia, al uso de aquellos tiempos: La muerte no era suficiente para castigar a los culpables, que debían ser torturados antes y después de la pena capital, en proporción con la magnitud de su tremendo crimen. Los cabecillas fueron conducidos en un carro por las calles de Quito, mientras los ayudantes del verdugo les desgarraban las carnes "con tenazas de fuego ardiendo". En la plaza del Rollo, o de San Blas, se habían levantado algunas horcas, en las que pronto se balancearon los cuerpos miserables que fueron luego descuartizados y "sus cuartos puestos en los caminos".

Este sangriento drama tuvo un segundo acto espantoso. Mientras la gran muchedumbre de indios -engrosada por los moradores de las parcialidades vecinas y los caciques de la provincia de Quito, convocados por las autoridades coloniales- contemplaba con horror la ejecución de los rebeldes, los arcabuceros españoles cargaron de pronto contra los espectadores e hicieron centenares de presos, que fueron enviados inmediatamente a la costa y

condenados por los oidores a trabajos forzados en las plantaciones, en donde murieron por el rigor extremo del clima y los castigos corporales.

En su lengua expresiva de montañés letrado, Toribio de Ortiguera narra estos sucesos con la desenvoltura de un testigo presencial: "Fue éste un día de gran junta y concurso de indios que ponía gran admiración y así fue necesario salir a hacer esta justicia con gente de guarnición, porque no hubiese gran alboroto en la tierra. A los caciques y culpados en la provincia de Quito privaron del señorío que tenían y los desterraron y enviaron a la costa de la mar como a la frontera, y como la costa de la mar muy cálida y de diferente temple de la que fueron desterrados, y se viesen tan miserables, todos murieron en breve tiempo, que lo uno y lo otro fue causa de poner la tierra en mucha quietud y sosiego. Acabado esto, los oidores repartieron la tierra e indios della a las personas que les pareció que convenía.

Palo en mano, el licenciado Cañaveral, o más claramente, su esposa Doña Magdalena de Anaya, y los otros oidores, velaban por la felicidad de la Colonia. "Todas las mañanas, sentada en su estrado -dice Barrera, refiriéndose a la autoritaria matrona- recibía las visitas de los Prelados de los conventos y repartía justicia en pago y en proporción con las dádivas que le llevaban, con las cuales estableció almacenes para la venta y el lucro. Doña Magdalena era en realidad la Gobernadora..."

Infinidad de anónimos y denuncias, verdaderas o falsas, se amontonaban diariamente en la mesa de la Audiencia. En cierta ocasión se acercaron unos vecinos a informar a los oidores que un mestizo llamado Belalcázar organizaba una sublevación en todo el país contra el régimen español. En nombre de Venegas de Cañaveral, la despótica doña Magdalena ordenó la prisión de Belalcázar y sus amigos, que fueron encerrados en los calabozos de la planta baja del Palacio de la Real Audiencia.

Miguel Belalcázar, hijo del conquistador de Quito y de una india, era un hombre de ideas humanitarias y de clara vocación

artística. Tenía en Quito un obrador de pintura, en donde se reunían algunos jóvenes turbulentos y audaces, además de los futuros pintores e imagineros, poseedores del secreto del estofado en oro y plata, del estucado y del barniz o laca vegetal, para recubrir sus figurillas policromadas. Parece que de ese taller salieron pinturas subversivas, ejecutadas sobre naipes, y, más aún, allí se dictaron las normas políticas de los gremios y cofradías de plateros, pintores y carpinteros.

Influido por el ánimo generoso de su madre, Belalcázar se declaraba solidario de los oprimidos y defendía los derechos de los indios a su suelo. Consideraba intrusos a los españoles y no aprobaba sus procedimientos de violencia y despojo. Anhelaba para los desventurados habitantes de esa tierra una atmósfera de libertad, para lo que había necesidad primero de romper las cadenas hispánicas. Sus ideas encontraron un terreno propicio y se extendieron con una celeridad asombrosa por toda la Sierra, especialmente por las parcialidades indígenas del norte.

Fray Pedro Bedón solía visitar el obrador de Miguel Belalcázar, con quien departía acerca de los problemas de la pintura y, en ocasiones, acerca de la opresión ejercida por los españoles sobre los indios. Años más tarde, con éstas y otras enseñanzas de maestros italianos y flamencos, el padre Bedón se distinguiría como uno de los más famosos artistas de la Colonia. De la Escuela de la Cofradía del Rosario, fundada por sus desvelos, saldrían muchos pintores y escultores, cuyas obras ilustrarían la incipiente vida artística de esos tiempos.

Este fraile dominico, nacido en Quito, "Lector de Artes, Maestro de Estudiantes y Profesor de Teología y Filosofía" tiene el relieve de un precursor por su actitud inconforme en política y su defensa de la libertad individual. Sus lecturas preferidas eran las obras de fray Luis de Granada -cuya "Guía de Pecadores" fue incluida en el índice Expiatorio por la Inquisición- y de Santo Tomás de Aquino.

Pintor vigoroso y expresivo como lo demuestran sus cuadros murales y su impresionante "Vida del Beato Enrique Susón", así

como sus viñetas ejecutadas para los libros cantorales del convento de Santo Domingo de Quito, fray Pedro Bedón fue llamado por el pueblo el "Padre Pintor". (20) Sus pinturas adornaron los claustros de San Pedro Mártir, de la Recoleta de Quito y del Rosario de Santa Fe, y se pueden considerar como los primeros frutos del arte indohispánico, a sea de la fusión racial y psíquica en busca de la síntesis expresiva. Las postrimerías del siglo XVI se iluminaron con la obra de este fraile que no se limitó a dictar las nuevas normas pictóricas, sino que también señaló a la inteligencia criolla un derrotero filosófico.

El padre Bedón, fundador del convento de Nuestra Señora de la Peña de Francia o Recoleta, llegó a ser Provincial de la Orden de Predicadores. Su pensamiento y su conducta se fundaban en la doctrina de otro gran dominico —e l arzobispo Loayza— acerca de que "no se podía conceder la absolución sacramental a los conquistadores que habían participado del rescate de Atahualpa, si primero no restituían la parte que a cada uno le había cabido, para emplearla en hacer obras de caridad a los indios".

En los agitados días de la Revolución de las Alcabalas, fray Pedro Bedón expresó claramente sus ideas acerca del derecho de insurrección de los pueblos contra la tiranía y por esta razón fue desterrado por algún tiempo de la Audiencia. En la historia de la evolución de las doctrinas democráticas en el Ecuador, este quiteño es una de las voces iniciales que despierta la conciencia política de una sociedad oprimida. Así lo comprendieron las muchedumbres de su ciudad natal cuando, al ocurrir su muerte en 1621, acudieron de todas partes a rendir un emocionado tributo al ilustre fraile y ciudadano, como lo cuenta fray Juan de Meléndez: "y entre clamores y vocerío del pueblo le dieron sepultura en la Capilla Mayor, al lado del Evangelio".

El fiscal acusó a Belalcázar de querer emancipar el Reino de Quito y arrojar a los españoles del país para formar un gobierno con los mestizos y los indios. No se sabe hasta qué punto el rebelde había puesto en ejecución sus preparativos y si contaba con alguna fuerza organizada para realizar su intento. De todas maneras,

sus ideas le llevaron al patíbulo. Torturado en el potro para que declarara su crimen, el malhadado pintor negó la existencia de una conspiración y calló los nombres de sus amigos. En medio de los arcabuceros y con todas las ceremonias de estilo, Miguel Belalcázar y cinco de sus compañeros del "obrador de pintura" fueron sacados de la cárcel y ahorcados en la Plaza Mayor. Los españoles se regocijaron de este proceso en el que vieron la condenación del mestizaje. La muchedumbre contempló en silencio la agonía y muerte de estos primeros mártires de la libertad.

Miguel Belalcázar, Pedro Bedón y Adrián Sánchez Galque deben ser considerados como los precursores de la Escuela Quiteña de pintura que llegó a hacerse célebre en los siglos XVII y XVIII. No fue esta escuela un movimiento que buscara originalidad —ya que en esa época el artista no estaba atormentado por el deseo de diferenciarse y aplacaba su sed de perfeccionamiento en la imitación de los grandes maestros— sino simplemente una norma de producción artística cuyos ejemplares representativos fueron muy estimados en su tiempo y constituyen hasta hoy un modelo de técnica, minuciosidad y belleza inconfundible, no desprovista de cierta solemnidad mística y de un realismo típicamente quiteño. Es verdad que los colonizadores españoles habían impuesto, con sus costumbres y sus objetos domésticos, los modelos artísticos europeos, impregnados de sentimiento religioso; pero los artistas quiteños añadieron a las lecciones de la pintura española algo verdaderamente nuevo: su gusto nativo, complicado y colorista. Al realismo ascético del español se sumó el realismo animista, decorativo y telúrico del indio.

En esos agitados tiempos, corrió como un reguero de pólvora por todo el país la noticia de la proximidad del corsario inglés Tomás Cavendish. La Audiencia armó un batallón de encomenderos con su jefe Alonso de Cabrera y una compañía de cincuenta soldados, con la ayuda económica de la población de Quito y los envió bajo el mando del capitán Juan de Galarza, al socorro de Guayaquil. El corregidor de esta ciudad, Jerónimo Reinoso, llamó

a los vecinos a las armas, les dio instrucción militar en la Plaza Mayor y se preparó a escarmentar a los "luteranos".

Cavendish fondeó en la isla Puna, donde instaló su cuartel general, después de sembrar el espanto y la muerte entre los indefensos habitantes. Destruyó todo lo que encontró a su paso: las imágenes de la iglesia, las casas, los depósitos. Entre las ruinas, los piratas organizaron un festín y vaciaron algunos barriles de aguardiente, en espera del día del gran asalto al primer puerto de la Audiencia.

Mientras tanto, Reinoso y Galarza no llegaban a un acuerdo en su plan de acción militar. El corregidor quería atacar sin pérdida de tiempo a los piratas en la isla; pero, su opinión no era compartida por el Capitán, deseoso de probar sus conocimientos tácticos en la defensa de Guayaquil. A la postre, se impuso el parecer del Corregidor. Aprovechando de la modorra del amanecer y de la poca luz que dejan filtrar en esa hora las brumas de la ría, el pequeño ejército de Reinoso desembarcó por sorpresa en la isla Puna y se lanzó al ataque, valiéndose de diversas estratagemas, entre ellas la de hacer saltar un botecillo lleno de pólvora junto a la casa donde se habían fortificado los piratas. La derrota de Cavendish fue vergonzosa. Los hombres del pañuelo rojo huyeron dejando sobre la arena y entre las plantas acuáticas veinte muertos y dos prisioneros en manos del Corregidor.

Esta historia fue vertida, como metal fundido de broncas campanas hispánicas, en los moldes sonoros de las octavas reales del poeta Martín del Barco:

*"En Guayaquil en armas se pusieron*
*Sabiendo que el Inglés allí ha llegado; A*
*la Puna en breve descendieron. También en*
*Quito el caso relatado, Capitán y*
*Soldados proveyeron, Y habiendo a la Puna*
*todos llegado, Las dos Cabezas mal se*
*concertaban, Por donde más erraban que*
*acertaban.*

*De Guayaquil Reinoso había salido El cual por el virrey allí mandaba, De Quito el que salió ha pretendido Mandar aquí, diciendo, que llevaba De la Audiencia poder, do fue elegido. Así la cosa a tuerto se guiaba, Tengamos, dice el uno, aquí sosiego, El otro dice: marchen todos luego.*

*Con toda su tardanza al fin llegaron A la Puna, do estando descuidada La Gente Inglesa, ellos comenzaron. A darles una gran ruciada; Mataron veinte, dos les captivaron; La Gente inglesa así desbaratada, Recógese huyendo a una montaña, Los nuestros se están quedos en campaña".* (21)

Los encomenderos permanecieron seis meses en la costa, sometidos a las inclemencias del clima y a las penalidades de una vida de sobresalto y escasez, y regresaron a Quito aureolados de prestigio, pero enflaquecidos por las enfermedades tropicales.

El fin del oidor Venegas de Cañaveral fue ruin como su vida. Tiranizado a su vez y apaleado por su esposa, se vio relegado a segundo término, mientras ella sola gobernaba la Audiencia. La codiciosa mujer se adueñó de todos los bienes de su cónyuge y lo redujo a una extrema y lamentable miseria. El infortunado y débil oidor no poseía otra riqueza que su mortaja cuando fue enterrado en el cementerio de San Sebastián, propiedad de los dominicos.

## VI. La Revolución de las Alcabalas

"Ya que les quitó a los incas la camisa debió dejarles la vida", decía con tono sentencioso el presidente Barros de San Millán, en el refugio florido de
su casa de campo, refiriéndose al Rey de España, y añadía que la autoridad de la Corona en esas tierras americanas era injusta y no tenía fundamento legítimo.

El retiro campestre del magistrado se hallaba a poca distancia de la laguna de Alangasí, de la que el viajero español Pérez de Torres -que llegó a América con el Conde del Villar, a fines del siglo XVI- da una noticia curiosa: "Este lago está manso, y cuando dan voces se altera como si hirviera, y esto muy aprisa, y en no dando voces se aquieta; tiene esta agua una propiedad, que si la beben junto al lago hace mal, ansí a hombres como a caballos, y una legua de él, es la mejor que hay en toda aquella tierra: El presidente Barros no bebía de otra agua sino es de este desaguadero..." (22)

Si el presidente de la Real Audiencia negaba el derecho del régimen español, no es de extrañar que el pueblo soportara con disgusto las diversas formas de la opresión gubernamental. Las medidas económicas tomadas por la monarquía para hacer frente a sus ingentes gastos de guerra encontraron la oposición no sólo de los mestizos sino también de los españoles. El rey había establecido por cédula especial el impuesto de las alcabalas que consistía en "el 2 % sobre el importe de todas las ventas, cambios y permutas de los frutos, géneros y mercaderías"; pero, luego, las autoridades españolas aumentaron esta cuota al 6 % con varios pretextos. Semejantes disposiciones fueron rechazadas por el cabildo y provocaron el alzamiento de la ciudad de Quito, que se negó a pagar los nuevos gravámenes. El depositario Alonso de Bellido, nombrado Procurador General, en una animada asamblea del pueblo, se presentó en la Audiencia para solicitar el derecho de apelar al Rey contra el impuesto de las alcabalas. Los oidores hicieron apresar al

Procurador y le encerraron en las Casas Reales; pero en la noche del día siguiente se reunieron todas las mujeres de Quito y le libertaron, sirviéndose de ardides ingeniosos, dignos de la más regocijada comedia.

Los vecinos organizaron una milicia, capitaneada por jefes notables como Bellido, Juan de la Vega, el alcalde ordinario Martín Jimeno y Diego de Arcos. Este último era un nonagenario enérgico que se había distinguido en la batalla de Iñaquito, en la cual recibió una lanzada en el pecho, y escapó de ser ahorcado en Tixán por Pedro de Puelles.

Al son de la campana de la catedral -donada a mediados de ese siglo por el regidor poeta Lorenzo de Cepeda, hermano de la doctora de Ávila- se congregaban los milicianos en la Plaza Mayor, todos los días, para recibir la instrucción militar. Las marchas y contramarchas, cuando el sol se acercaba al ocaso, constituían el mayor entretenimiento del vecindario, deslumbrado y atraído por la figura juvenil y marcial del capitán Jimeno, vestido de su uniforme con entorchados y jinete en un brioso caballo.

Los habitantes de la ciudad aprobaban de modo unánime el movimiento y hasta los clérigos mestizos se habían puesto al lado del pueblo. Los frailes quiteños Olmos y Bedón inflamaban el ambiente con sus sermones en que fulguraban las doctrinas de santo Tomás de Aquino contra el despotismo de los monarcas y en favor del derecho de las mayorías. Para aplacar los ánimos y aminorar los efectos de tal prédica, recorría las calles en su muía el Comisario de la Inquisición, amenazando a los oradores sediciosos con el fuego eterno. Su labor fue secundada, en otro plano, por el intrigante clérigo Ordóñez de Ceballos quien salía ocultamente por las noches y asistía a los conciliábulos de los revolucionarios, con el fin de ir a informar luego al Arcediano Garabís, en cuya casa vivía, y a los oidores Zorrilla, Núñez de la Cerda y Cabezas de Meneses. El mismo Ordóñez de Ceballos confiesa su duplicidad: "porque muchas noches me disfrazaba y ponía un cuello de seglar y me iba a escuchar, y otras veces, como amigo de los capitanes Juan de la Vega y Martín Jimeno iba como clérigo". En recompen-

sa de tan extraordinarios servicios, el ensotanado agente secreto fue premiado por el Arcediano Garabís —que ejercía el gobierno eclesiástico por muerte del obispo San Migue- con el curato de Pimampiro, en el valle de la Coca.

¡Extraña y enigmática personalidad la de Ordóñez de Ceballos que se llamó a sí mismo "el clérigo agradecido" y fue en su juventud alférez real en las galeras de España, capitán contra los negros cimarrones de Cartagena y estuvo condenado a muerte en Cochinchina! Maese de campo, destruyó dos navíos de Inglaterra cerca del Estrecho de Magallanes; pacificador de Quijos, "enseñó y baptizó más de 14 000 indios y pobló 12 pueblos, y, cura de Pimampiro, "repartió de limosna más de 4 000 ducados".

El valle de la Coca debió producir buenos dineros al señor cura, porque cuando éste regresó a España escribió un soneto ferviente, cuyos cuartetos encierran una declaración oronda y satisfecha:

*"Gracias os doy, Señor, pues he llegado*
*como el pájaro ausente al patrio nido, no*
*para que se llore lo perdido sino para dar*
*fe de lo ganado. Seguro vengo, alegre y*
*mejorado en el oficio, estado y el vestido.*
*Suerte dichosa para quien se vido en*
*tantas partes con la muerte al lado ".*

En esa región de los Andes —donde los colonizadores españoles fomentaron el cultivo de la coca- la explotación ejercida por el encomendero y el cura fue tan despiadada que, algunos lustros después, más de cinco mil indios abandonaron sus viviendas y huyeron a la Cordillera Oriental, estableciéndose en lugares inaccesibles. Pimampiro y sus alrededores quedaron desiertos. Corrió el rumor de que los pobladores habían transportado en su huida la campana de la iglesia y que, de tiempo en tiempo, se oían sus ecos entre las oquedades y los riscos andinos; pero nadie vio nunca la

nueva aldea ni supo el paradero de los indios prófugos. En las "Noticias Secretas" se dice que los habitantes del pueblo floreciente de Pimampiro se retiraron a lo más infranqueable de la cordillera y que se solían ver en el horizonte sus humaredas en los días despejados.

Nada podían en Quito las fuerzas moderadoras contra la voluntad popular. Los oidores tuvieron que refugiarse en el convento de San Francisco para no ser victimados, y allí vivieron sitiados por los milicianos durante algunos meses. Los gremios, dirigidos por los artesanos Ortiz y Rivas, fueron a ponerse a las órdenes de Juan de la Vega y marcharon en formación militar por las calles. El oidor Pedro Zorrilla aparentó sumarse a los revolucionarios y prometió conseguir la revocación de la injusta cédula real.

Durante varios meses, los quiteños vivieron libres. No obstante, sabiendo que ese respiro sería breve, se dedicaron a preparar la resistencia contra las fuerzas que no dejarían de enviar los virreinatos vecinos. En efecto, el marqués de Cañete, virrey del Perú, ordenó a Pedro de Arana, "general de galeras", avanzar sobre Quito con quinientos arcabuceros. En el camino se le juntaron muchos españoles que salieron de todas partes para combatir al cabildo y al pueblo de Quito entre ellos el capitán Bartolomé Carreño, corregidor de Guayaquil, con sus soldados, y el capitán Hernando de Valera, corregidor de Paita, "con un escuadrón de gente fiera". Para exaltar las figuras de estos jefes y encomenderos, el cortesano poeta Pedro de Oña —que recibió en pago el nombramiento de corregidor de Jaén— intentó hacer resonar la trompetería épica. Así, pinta con estos colores al caballero Lorenzo de Heredia, corregidor de Loja, que acudía con sus hombres a ponerse a las órdenes del general Arana:

*"Iba desde el estribo a la cimera De un*
*tigre la manchada piel vestido Y estábale*
*tan bien aquel vestido Como si con el*
*cuerpo le naciera ".*

Al recibir la noticia del avance de las fuerzas regulares y ante el peligro inminente, se reunieron los miembros del cabildo de la ciudad de Quito, los alcaldes, los regidores y los jefes de las milicias y resolvieron resistir por las armas. Diego de Arcos, el padre Olmos y su hermano, fueron comisionados para fabricar pólvora, con el salitre y la piedra pómez de Latacunga, "para salvar la patria contra Arana", mientras la Audiencia, a pedido del pueblo, nombraba al oidor Zorrilla "por general de toda la gente de la ciudad".

El flamante general, acompañado de su hijo Diego, que le servía de lugarteniente, y del procurador Bellido, a quien había designado como maese de campo de las milicias, pasó revista a más de dos mil hombres armados, dispuestos a defender la ciudad. Esta fuerza militar tenía como capitán de caballería a Jimeno, como capitanes de infantería a Juan de la Vega, Pedro de Llerena y Francisco de Olmos, y como contador y Sargento Mayor al "Capitán Calderón, gran soldado de Flandes", según el clérigo Ordóñez de Cevallos.

Pero, el pueblo daba muestras de inquietud ante la actitud ambigua de algunos oidores y resolvió transportar al cabildo el estandarte del rey que se encontraba en las Casas Reales. Los cabecillas populares echaron mano del codiciado estandarte y lo sacaron a la Plaza Mayor; pero el oidor Cabezas de Meneses les convenció con irresistible elocuencia de que ese símbolo de la autoridad real no debía depositarse en el cabildo y se lo llevó para su casa, situada en una de las esquinas de la misma Plaza Mayor.

En medio de una gran intranquilidad del vecindario, los hombres de Juan de la Vega salieron a tomar posiciones estratégicas en el extremo sur de Quito. Pero, algunos espías y traidores empezaron a llevar a cabo sus planes siniestros. Una noche, cuando el maese de campo Bellido regresaba a su casa por las callejas sin luz, recibió casi a quemarropa un arcabuzazo que le dejó tendido en la acera. Llevado en parihuelas a su casa, expiró a los pocos días, según decían las malas lenguas "despachado por una purga de un médico portugués que había consumado la obra del arcabuz".

Al conocer ha noticia de la muerte del maese de campo de las Milicias, el pueblo de Quito se amotinó y atacó a medianoche la residencia del presidente Barros de San Millán, quien trató de escapar en paños menores por una puerta trasera; pero fue sorprendido y encerrado en uno de los calabozos del Palacio de la Audiencia. Para suceder a Alonso de Bellido fue nombrado maese de campo el capitán Pedro de Llerena.

La inquietud que reinaba en la ciudad se transformó en un clima de angustia cuando los señores de la Audiencia acompañados de sus esposas, resolvieron encerrarse en las Casas Reales y resistir con cien hombres armados, hasta la llegada de las fuerzas enviadas por el virrey del Perú, quien había ordenado al maese de campo Francisco de Cárdenas acudir en ayuda del general Arana con refuerzos de infantería en dos galeones que fondearon en la isla Puna. Entonces se sucedieron las tres tentativas populares conocidas con el nombre de los "tres cercos: el cerco chico, el cerco desgraciado y el cerco grande".

El primero de estos movimientos consistió en un asedio de las Casas Reales, al son de la campana de la Catedral, y en algunos disparos, cuyos ecos fueron repetidos por las oquedades del Pichincha. El pueblo, sin encontrar más resistencia que las puertas cerradas del Palacio de la Audiencia, se retiró sin osar echarlas abajo.

El "Cerco Desgraciado" se llamó así porque, en medio del avance de las milicias populares que volvían a atacar el Palacio, un disparo casual dejó sin vida a un joven, sobrino de uno de los oidores que resistían a puerta cerrada.

El "Cerco Grande" fue la mayor de las tres tentativas. El capitán Martín Jimeno se puso a la cabeza de dos mil ochocientos hombres y atravesó las calles desiertas, marchando hacia las Casas Reales. Todas las puertas de la ciudad estaban cerradas, aún las de las iglesias. Cuando Jimeno y sus hombres, después de hacer algunos disparos, lograron penetrar en el Palacio de la Audiencia, se presentó en el patio el Arcediano Garabís sosteniendo en sus manos la custodia y dando voces a los combatientes para que depusieran las armas y siguieran al Santísimo Sacramento. Los soldados y

los vecinos que le escuchaban se alinearon detrás del Arcediano y, muy pronto, se improvisó un gran acto religioso, convirtiéndose el asedio en una procesión que fue a terminar en la Catedral.

A pesar de la devoción manifestada por el pueblo en el "Cerco Grande", no mejoró la situación, y el ánimo de los ciudadanos se enardeció por la tozudez de las autoridades españolas. Las mujeres de los oidores escaparon a la ciudad de Riobamba, que había permanecido leal a los españoles. Y por el norte entró en Quito el capitán Mogollón de Ovando, enviado por el Virreinato de Nueva Granada con doscientos arcabuceros.

En el mes de abril, Pedro de Arana hizo fijar en las calles de Quito un cartel en que anunciaba su próxima entrada en la ciudad y motejaba de traidores a los cabecillas de la revolución. El viejo y noble capitán Diego de Arcos le envió al general de los arcabuceros de Lima una carta ejemplar, digna de la época de los torneos en palenque cerrado:

*"Pedro de Arana: bien sabéis que fuiteis mi criado y que se dice en todo el Perú mis grandes servicios a nuestro Rey, y mis hazañas os constan que he igualado con los mejores capitanes y soldados de estos reinos: noventa y tres años tengo, y no tenéis cumplidos sesenta; os desafio y reto; venid si os parece, veréis quien es el capitán Arcos, y si no venís no hago caso de cobardes: Vos sois el traidor".*

El oidor Zorrilla aconsejado por el Arcediano, envió algunos frailes —ente ellos el padre Lizárraga— como emisarios ante Pedro de Arana, con proposiciones de paz a cambio del perdón de los comprometidos en el alzamiento. El general de los arcabuceros hizo todas las promesas más inverosímiles al candoroso o engañado Zorrilla, quien le abrió las puertas de la ciudad después de licenciar las milicias.

La víspera del Domingo de Ramos entró Arana en Quito con sus arcabuceros. Sin cumplir sus promesas de perdón, hizo

ahorcar a Diego de Arcos y al capitán Jimeno, cuyos cadáveres aparecieron a la vista del pueblo el lunes santo y quedaron expuestos muchos días en la Plaza Mayor. Los arcabuceros entraron en las casas de algunos criollos comprometidos en la revolución, y los ajusticiaron allí mismo. Doce quiteños fueron colgados de los balcones de sus propios hogares. Igualmente Calderón —e l héroe de Flandes— Pedro de Llerena, Ortiz y Rivas fueron ahorcados en la plaza sin proceso de ninguna clase. El general Arana mostró una actividad infatigable en el castigo y, como dice Pedro de Oña en su poema épico:

*"en otra cosa apenas entendía*
*que en adornar los altos corredores*
*con estirados cuerpos de traidores".*

En total fueron ajusticiadas veinticuatro personas. Algunas cabezas cortadas se expusieron en jaulas de hierro en varios lugares de la ciudad. Juan de la Vega pudo escapar a duras penas, amparado por un disfraz. El oidor Zorrilla recibió un llamamiento del virrey para que explicara su conducta. Y el presidente Barros de San Millán fue acusado por el fiscal del Consejo de Indias de traición contra el soberano. (23)

La semana santa -convertida en semana de terror- que siguió a la entrada de Arana, se terminó con lidias de toros y una gran fiesta cívica organizada para recibir al Comisionado Regio, licenciado Esteban de Marañón. El general Pedro de Arana, con su uniforme cubierto de placas de oro y su sombrero de plumas, presidía desde la tribuna presidencial los regocijos populares, en los que algún mestizo salía disparado por los aires al golpe de la mortal cornamenta de los furiosos toros del Antisana. Las guirnaldas de flores reemplazaron en los balcones a los cuerpos terrosos de los ahorcados, y la ciudad silenciosa pareció recogerse con espanto como meditando en el precio excesivo que había pagado por su rebeldía.

## VIL Fiestas, contrabando y funerales

La primera campanada del siglo XVII resonó en los jardines y galerías del Palacio de la Real Audiencia, en momentos en que el nuevo presidente Miguel de Ibarra, —rodeado de los altos funcionarios, damas y caballeros de más prestancia en la ciudad— acercaba a sus labios una copa de vino de Malvasía, traído de las islas Canarias y conservado en su bodega, en botijas peruleras de barro cocido. El presidente Ibarra amaba al Reino de Quito y le creía destinado a grandes cambios en el futuro, sobre todo si se lograba acercar la capital a la ruta del istmo, acortando la distancia mediante un camino a Esmeraldas o a la región de Ataca-mes ya completamente pacificada. De estos planes, hablaba el presidente con el regidor Cristóbal de Troya, los oidores Alberto de Acuña y Rodrigo de Aguiar y el fiscal Blas de Torres Altamirano, a la luz de los candelabros ornados de arandelas de cristal, y les señalaba lo peligroso que se había vuelto el comercio en el Mar del Sur por la presencia de los piratas.

Navegar desde Atacames a Guayaquil era una hazaña, y el transporte desde este último puerto hasta Quito, subiendo desde el nivel del mar hasta más de tres mil metros de altura, por los caminos empinados de la cordillera, significaba una empresa cada día más difícil y casi imposible. Los productos de España -los vinos, el aceite de olivas, los objetos religiosos— encarecían en las ciudades de la sierra y con frecuencia no se podían encontrar a ningún precio.

El presidente Ibarra se dedicó a estudiar el problema de las comunicaciones terrestres de Quito y llegó a la conclusión de que había necesidad de establecer un mayor intercambio con el Nuevo Reino de Granada. Las mercancías transportadas por las naos desde España hasta Cartagena de Indias podían enviarse luego por tierra desde ese puerto hasta Quito. Desgraciadamente, en el camino del norte, que empalmaba con el de Cartagena de Indias, existían

solo malas posadas y faltaba un centro urbano que sirviera de escala a los viajeros. Como la llanura de Caranqui parecía ofrecer las condiciones apropiadas para el establecimiento de un centro de esta naturaleza, el presidente comisionó al regidor Cristóbal de Troya para que fundara una villa "en los terrenos que pertenecían a la nieta de Atahualpa, en esa llanura". El regidor hizo la fundación un día del año 1606 y llamó a la nueva villa "San Miguel de Ibarra" para honrar el nombre del esclarecido gobernante. Veinte años más tarde, se habían cumplido ya todas las previsiones, pues el carmelita descalzo fray Antonio Vásquez de Espinosa que pasó entonces por la villa de Ibarra, encontró que ésta era "camino real y paro forzoso de todos los que van de Tierra Firme o Nuevo Reino al Perú". El intenso tráfico de mercaderías hizo que se estableciera allí una aduana. Más de un siglo después, la importancia del lugar era señalada de modo especial en la Relación de Gobierno que escribió el presidente Montúfar, Marques de Selva Alegre: "La villa de San Miguel de Ibarra es la senda preciosa para conducirse de Cartagena y Nuevo Reino a esta ciudad de Quito, por lo que los mercaderes que viajan estos términos hacen escala en la referida villa, en donde logran algunas ventas de sus ropas, exigiendo respecto de éstas el real derecho de alcabala el Ministro que está encargado de cobrarla..."

Al cabo de ocho años de gobernar la Real Audiencia, falleció el presidente Ibarra en Quito. A sus funerales asistió la población entera, condolida por la perdida de tan ilustre magistrado. De los presidentes que le sucedieron, muy pocos fueron dignos de figurar a su lado en cuanto a probidad y ciencia de buen gobierno.

Fernández de Recalde ejerció sus funciones únicamente por dos años y medio; pero durante su gobierno sucedieron varios acontecimientos de importancia como la sublevación de las tribus de los jíbaros, a imitación del movimiento insurreccional que convirtió en cenizas las ciudades de Ávila y Archidona en la época de la dictadura de los oidores.

En el mes de septiembre de 1615, a la entrada del golfo de Guayaquil, escapó de caer en manos de los corsarios ingleses la

nave en que viajaba Antonio de Morga para hacerse cargo del gobierno de la Audiencia de Quito. Este fue como un mal augurio de los años de inquietud que se acercaban y que estañan sacudidos por las violencias y piraterías de las naciones europeas en las costas del Mar del Sur.

Durante la presidencia de Morga -que había de durar más de cuatro lustros, marcando su huella profundamente en la vida de la Colonia— se anunció la expedición naval enviada por la reina de Holanda para conquistar el Perú. La flota de Jacques L'Hermite y del almirante Shepenham, compuesta de once navíos bien armados, entró en el golfo y atacó al puerto de Guayaquil. La Audiencia había dictado algunas disposiciones acertadas. Dispuso que se entregaran armas a los vecinos de Quito y pudo despachar seiscientos hombres, mucha pólvora y pertrechos al pueblo heroico de Guayaquil, el cual, después de largo batallar, obligó a embarcarse de nuevo a los aventureros y renunciar a su sueño de conquista, como se vera más adelante.

La mayor preocupación política del gobierno de Antonio de Morga fue buscar la solución del problema del transporte comercial, cada vez más costoso y difícil, entre Panamá y Quito. La vía marítima Panamá-Guayaquil se había hecho casi intransitable y, en todo caso, era muy lenta, ya que tenía que combinarse con el transporte a lomo de acémila desde Guayaquil hasta Quito. El viejo proyecto del presidente Ibarra parecía el único digno de llevarse a la práctica. Había que abrir un camino a la costa, a través de la cordillera Occidental y de la selva de Melbucho, con una escala en la ciudad de Ibarra. La suerte vino en auxilio de Morga. En 1628, Juan de Larrézabal descubrió el camino de Quito a Bahía de Caráquez, utilizado en épocas remotas —según el decir de los indios— por los invasores caras y por la expedición de Tupac Yupanqui. El camino salía de Quito e iba por Nono, Nanegal, Gualea, Niguas y tomaba luego el río Esmeraldas, hasta la costa, por donde bajaba a Bahía de Caráquez. Este descubrimiento fue recibido con gran alborozo para los habitantes de la Colonia y se consideró como el anuncio de una era de prosperidad.

En esos años llegó a Quito fray Antonio Vásquez de Espinosa, que dejó una relación pintoresca y documentada sobre el territorio de la Audiencia en su "Compendio y Descripción de las Indias Occidentales (1628-1629)". El curioso carmelita visitó las minas de San Antonio de Zaruma, cuyos propietarios, los hermanos Montesdeoca, habían costeado la construcción y mantenimiento del convento de San Francisco en ese lugar de Santiago de las Montañas, con sus depósitos de precioso mineral, frutas y tabaco; de Jaén de Bracamoros y de Sevilla del Oro, que "es la tierra más rica de oro que hay en todas las Indias".

El fraile andariego se interesó mucho por la Colonia. Abogó ante el Consejo de Indias para que "se nombrara un obispo para Cuenca y Loja" y ordenara al corregidor de Cuenca el sojuzga-miento de los jíbaros. Criticó a la administración española por su concupiscencia y su descuido en la explotación de los recursos naturales. Elogió la eficacia de la quina o corteza de cascarilla y de otras plantas medicinales. Viajó extensamente por el país y dejó los mejores cuadros descriptivos de la Audiencia, "donde los días y las noches son iguales con igual temperamento, porque no tienen invierno que aflijan sus fríos ni verano que enfaden sus calores..." En la costa, contempló el árbol de la leche o árbol peregrino y el río que corre "por tierra llana muy manso, convirtiéndola en un pedazo de paraíso terrenal". Luego, con delicioso tono humorístico, anotó la observación de que, en la noche, mientras duermen los mosquitos casi azules que obligan durante el día a los viajeros a permanecer debajo de los toldos, "se levantan otros que velan y son los zancudos".

Por la relación del carmelita descalzo se llega a saber que el transporte de mercaderías desde Guayaquil hasta Quito se hacía en esos tiempos mediante "las recuas de Chimbo", conducidas por arrieros que se detenían en los antiguos tambos incaicos, reconstruidas y administrados por los españoles, a lo largo de la cordillera. También se sabe que la obra de los exploradores olvidados había dado ya su fruto, por esos días, entre los yumbos, "tierra de temple caliente de mucha montaña, donde hay ingenios de azúcar y en los

árboles colmenas con cera y miel... y donde los indios cogen algodón de que hacen ropa muy curiosa de que visten".

Los franciscanos encontraron apoyo en el presidente Morga para desarrollar su labor misional en el Amazonas, fray Pedro Pecador —figura novelesca, cuyo semblante huesudo y exangüe aparece inmortalizado en una de las telas pintadas por Miguel de Santiago- fue el primer explorador de la región de los Encabellados, de donde trajo a Quito las más extrañas noticias. Antonio de Morga le dio al monje emprendedor una compañía de treinta soldados, con el capitán Juan de Palacios, para que realizara un segundo viaje a esa región fabulosa.

Después de varias aventuras y penalidades fray Pedro Pecador -con la ayuda de fray Domingo de Brieva y otros franciscanos- fundó algunos poblados, entre ellos San Diego de Alcalá de los Encabellados y el Real de Anete con su pequeña fortaleza donde se instaló la guarnición militar. Las casas de Anete se levantaron a orillas del río Aguarico, a dieciocho leguas de su confluencia con el Ñapo, en medio de un claro de la selva, frente a un horizonte de vegetación esplendorosa.

El pintoresco poblado estaba como dentro de una galería de cristal, sobre un jardín de plantas tropicales. Las aguas del río arrastraban pepitas de oro y, entre las arenas de la playa pululaban extrañas tortugas. La vida transcurría plácida y feliz en ese rincón paradisíaco. Pero, el día de Santa Brígida, los indios atacaron por sorpresa a los habitantes y a la guarnición del Real de Anete. El capitán Juan de Palacios fue descuartizado y sólo pudieron escapar en una canoa cinco soldados y dos monjes que llegaron hambrientos y desnudos a la ciudad del Para en el Brasil, de donde se dirigieron a la ciudad de San Luis del Marañón y dieron noticia del espantoso suceso al gobernador Raimundo de Noroña, quien envió al capitán Pedro de Teixeira a explorar el gran río.

La expedición de Teixeira salió del Para con cuarenta y siete canoas cargadas de víveres y municiones, además de una verdadera flotilla fluvial en que iban setenta soldados portugueses y mil dos-

cientos indios aliados, con sus mujeres y sus niños: en total dos mil personas. Cerca de un año duró la travesía de los ríos y las selvas, llevada a buen término a pesar de mil incidentes, entre ellos un intento de sublevación de los indios, descontentos y cansados de tan largo viaje. El héroe de la expedición fue el coronel Benédito Rodríguez de Oliveira, que se adelantó con algunas canoas y luego se abrió paso por las montañas hasta Quito, indicando el camino a Teixeira, mientras muchos de los soldados portugueses y los indios, bajo el mando de los capitanes Bayán y Pedro da Costa, esperaban su regreso en un campamento atrincherado a orillas del río, en el lugar mismo de los Encabellados donde antes existió Anete, la de las arenas de oro. Durante once meses, estos capitanes y sus hombres hicieron prodigios de valor para sobrevivir a los ataques de las tribus selváticas. Cuando Teixeira llegó a la capital de la Audiencia, Antonio de Morga se hallaba ya retirado a la vida privada y los jesuítas habían adquirido influencia decisiva en el gobierno.

El presidente Morga acostumbraba celebrar las festividades religiosas y los fastos de la monarquía con gran solemnidad. En la ocasión del nacimiento del príncipe Baltasar Carlos, otorgó al pueblo un mes de fiestas, durante el cual se engalanaron los balcones con estandartes y colchas y se animaron las calles con incesantes mascaradas y cortejos estrafalarios.

Urban de la Vega, escribano del cabildo, describe en su "Relación" el esplendoroso desfile formado por el presidente Morga, el corregidor Antonio de Villacís, Caballero de la Orden de Alcántara —con su capa de brocado y sus insignias—, los dieciséis capitulares del cabildo, los encomenderos y los ciudadanos que acudieron a oír misa en la Catedral y fueron recibidos en la puerta con toda pompa por el obispo Oviedo. Luego, pinta el escribano un cuadro completo de la procesión alrededor de la Plaza Mayor "en cuyos altares, adornos y colgaduras mostraron sus moradores con extremo su curiosidad y gran afecto, y en el medio estaba formado un lucido escuadrón de las cinco compañías de la ciudad, que son del número de más de mil infantes, las cuales con sus abatidas banderas, cajas, pifanos y estruendoso ruido de bocas de fuego, en con-

tinuadas salvas, acompañaron la diversidad de danzas". La gallarda caballería atravesó al galope las calles, una y otra vez, mientras se sucedían las mascaradas de los diferentes gremios, sobresaliendo el carro alegórico de los plateros y la cabalgata de los mercaderes españoles "cubiertos de guarniciones de plata y oro, con gualdrapas en muchos de los caballos, aderezos ricamente correspondientes a los vestidos y pluznas y a las libreas de los lacayos y pajes".

Los pobladores indígenas participaron en los regocijos con la representación de simulacros de batallas. Cubiertos con camisetas de lana y oro, cuatro mil indios recorrieron las calles evocando con sus pantomimas, la conquista incaica, la muerte de la "reina de Cochasquí", el castigo de la rebelión de Ávila y Archidona y otros sucesos históricos. Los guerreros cubiertos de plumas y de cascabeles danzaron, al son de músicas autóctonas, y se atacaron con sus lanzas, reviviendo los grandes días del Reino de Quito. Los españoles, por su parte, mostraron su destreza en las justas y juegos de cañas y, sobre todo, en la porfiada y escultórica lucha taurina. "Algunos toros —dice el ingenioso escribano— que se corrieron sueltos por las calles con clarines, chirimías y cajas de guerra, que por las partes más principales de la ciudad se tocaban, contribuyeron al entretenimiento y a hacer más atractivos los festejos". En realidad, las corridas de toros exaltaron hasta el delirio a la encopetada e indolente sociedad Colonial, mientras los mestizos alborotados se aglomeraban en las riñas de gallos, pequeña epopeya rural en la que el arrogante y encrestado vencedor alzaba su canto a la gloria del Encomendero.

En junio de 1624 aparecieron en las aguas del golfo los navíos del holandés Jacques L'Hermite. Las tripulaciones venían sedientas de botín. Habían saqueado y quemado, a su paso, la ciudad de Puerto Viejo. Se apoderaron de un barco mercante de la Audiencia, tomaron algunos presos a bordo y arrojaron al agua a los demás tripulantes. El corregidor de Guayaquil, don Diego de Portal, se apresuró a hacer salir de la ciudad a las mujeres, a los ancianos y a los niños, en previsión de los peligros del asedio pró-

ximo. El día de Corpus, mientras las campanas entonaban sus himnos pascuales, los corsarios atacaron la ciudad. Don Diego, espada en mano, dio muestras de bravura en el combate que se libró, de calle en calle, durante tres horas. Los vecinos de Guayaquil resistieron heroicamente las acometidas; pero las armas de los atacantes eran superiores. Además, las llamas devoraban sin cesar las casas, y la mitad de la ciudad se hallaba ya en cenizas. En esos momentos críticos, llegó un refuerzo de seiscientos hombres de Quito. Los corsarios retrocedieron en desorden hasta sus embarcaciones, retirándose luego a la isla Puna, en donde pusieron fuego a la Armería Real.

Al amanecer del día veintiséis de agosto, se llevó a cabo un nuevo ataque a la ciudad de Guayaquil. Esta vez eran varias oleadas humanas -en total, seiscientos piratas— que se lanzaron sobre la playa y ocuparon algunas casas. Los españoles las prendieron fuego. El ataque en grandes grupos se renovó furiosamente bajo los disparos certeros de la artillería de la ciudad. Las perdidas de Jacques L'Hermite fueron numerosas. Dos capitanes holandeses perecieron al frente de sus hombres. Nueva retirada de los piratas y embarque precipitado en las chalupas con rumbo a la acogedora isla Puna. Y, días mis tarde, retirada definitiva de los navíos corsarios que izaron las velas y pusieron su proa hacia el sur.

Los métodos de comercio de los filibusteros parece que influyeron sobre el espíritu del presidente Morga, quien no tuvo repugnancia en abrir un almacén de mercancías "donde uno de sus hijos vendía los géneros". Tampoco tuvo reparo en poner en su casa un negocio de mesas de juego y venta de naipes. En el juicio de residencia que se le siguió, fue acusado por el oidor Tello de Velasco de haber introducido cargamentos de contrabando y haber acumulado una gran fortuna, mediante el desfalco de los fondos públicos y la adquisición de haciendas, terrenos y esclavos negros. El visitador Juan de Mañosca llegó a Quito con el encargo de investigar el estado de la Audiencia y encontró un déficit de muchos miles de pesos en las Cajas Reales. Mientras estudiaba el caso, el funcionario de la Corona y gran Inquisidor, desterró de la ciudad de Quito al presi-

dente Morga y le obligó a residir —o más bien a guardar prisión— en su propia hacienda de Cumbayá. Alí vivió Morgan hasta el fin de sus días. Tuvo la satisfacción de ver a Mañosca destituido a su vez del cargo por el visitador Galdós de Valencia y recibió en la calma de su retiro la jubilación concedida por el Consejo de Indias. Ya anciano, en la vieja mansión de la hacienda, frente a los árboles de chirimoyas que perfumaban el aire con su olor balsámico, dejó de existir el letrado español que había servido medio siglo en las Colonias, primero como Asesor Letrado del gobernador de Filipinas y oidor de Manila, luego como alcaldes del Crimen de México y, finalmente, como presidente de la Real Audiencia de Quito.

El cortejo dorado y a veces melancólico de los presidentes prosiguió con el licenciado Alonso Pérez de Salazar, amigo de los jesuitas, quienes le enviaban diariamente como regalo jamones y huevos de sus haciendas. Durante el gobierno de este sagaz aunque apático hombre de leyes dio su fruto la expedición franciscana al Amazonas: el capitán Pedro Teixeira, guiado por el padre Domingo de Brieva —uno de los sobrevivientes de los Encabellados— llegó a Quito en medio del repique de las campanas y los gritos de alborozo de la muchedumbre y presentó a la Audiencia solemnemente el mapa de las regiones recorridas. Pérez de Salazar se dio cuenta de la importancia del descubrimiento de las nuevas tierras y de un camino directo tan deseado para la navegación del Amazonas y se decidió a informar de estos sucesos al virrey del Perú, quien le instruyó para que "mandara regresar por el mismo camino al general Teixeira con toda su gente y le hiciera acompañar por dos españoles de confianza que tomaran nota de todo lo más importante para comunicarle al rey de España".

El presidente Salazar hizo un llamamiento a los vecinos de Quito que desearan formar parte de la expedición y, entre los que acudieron, se presentó el propio corregidor de la ciudad, general José Vasco de Acuña, Caballero de la Orden de Calatrava. Mas, como el virrey tenía mucha confianza en él y necesitaba de sus servicios en Quito más que en el Amazonas, le hizo saber que "le agradecía por su prueba de buena voluntad, pero que no podía de-

jarlo partir y que nombraría a su hermano, fray Cristóbal de Acuña, para reemplazarlo". (24)

En efecto, a comienzos de 1638, el presidente Salazar anunció que se había escogido a los padres Cristóbal de Acuña, Rector del Colegio de los Jesuítas de Cuenca, y Andrés de Artieda, Profesor de Teología del mismo colegio, para que acompañaran al capitán Teixeira en su viaje de regreso al Brasil, por el gran río o "Mar dulce". Acuña fue nombrado Calificador de la Inquisición y recibió instrucciones especiales para "delinear el curso, encuentros y entradas de los varios afluentes, la longitud y anchura o grados de aquella inmensa tierra, y describir el número, traje y demás cualidades de la gente que descubriera en sus riberas".

En los preparativos se pasaron algunos meses, durante los cuales las autoridades civiles y eclesiásticas agasajaron a Teixeira y sus hombres con fiestas suntuosas, misas solemnes y corridas de toros en la Plaza Mayor. El padre Rojas, Rector del Colegio de los Jesuítas de Quito, escribió en esos días, en alabanza del visitante ilustre, una relación literaria, *Viaje del capitán Pedro Teixeira aguas arriba del río de las Amazonas,* cuyo manuscrito con un mapa y notas del piloto de Teixeira, sirvió al padre Acuña para componer, más de un año después, su relación de viaje.

Al, fin, el navegante portugués tomó el Camino de la cordillera Oriental y se dirigió con sus soldados y su comitiva por el río Aguarico, aguas abajo, y, un buen día, ante el prudente silencio de los dos testigos de sotana venidos de Quito, se decidió a tomar posesión, en nombre del Rey de Portugal, de cierta región a la que llamó "La Franciscana" -¿acaso en memoria de la fundación de fray Pedro Pecador y sus compañeros?- en la desembocadura del "río del Oro". El Acta de Posesión, suscrita a mediados de agosto de 1639, es un documento singular, redactado en el estilo hiperbólico y engolado que estaba en uso en esos días ibéricos. Allí se lee que el capitán Teixeira cumplió con los requisitos ceremoniales "tomando un puñado de tierra y echándola al aire, gritando en alta voz que tomaba posesión de esos lugares en nombre de Felipe IV de Portugal".

Tiempos después, las autoridades portuguesas alegarían que el río del Oro no era otro que el Aguarico y reclamarían el dominio de sus orillas; pero Felipe de Matos, compañero de Teixeira en la aventura amazónica, explica claramente que la fundación no se hizo en el río del Oro sino "en la Aldea del Oro, a catorce leguas del río Jupura, en su conjunción con el Iquiari", nombre indígena este último del río Negro.

Los dos jesuitas tardaron cerca de un año en su viaje con los portugueses y salieron por el Atlántico a España. Ya en Madrid, fray Cristóbal de Acuña presentó su informe sobre la región amazónica al Real Consejo de Indias, en 1640, seguido de un "Memorial al rey pidiéndole la conquista y predicación de aquellas tierras". Todo ello lo reunió en un libro titulado *Nuevo Descubrimiento del gran río de las Amazonas*, publicado un año mis tarde en edición muy reducida, para conocimiento únicamente de los miembros de ese Consejo y de algunos funcionarios de la Audiencia.

En su relación, el padre Acuña presenta el Amazonas como una región paradisíaca. "Desde Jaén hasta el mar —explica de modo pintoresco está llena de árboles altos de todos colores". Abundan el oro, la caza más variada y suculenta, las plantas y animales mis fabulosos. Los bosques están poblados de tigres, de puercos salvajes y de búfalos... Y en las aguas vive el peje-buey. "Tiene las orejas y la cabeza como las de un ternero —dice el autor del *Nuevo Descubrimiento- y* de su piel muy dura se hacen escudos capaces de resistir a una bala de mosquete" Luego, afirma que esa bestia "pasta las hierbas en las riberas del río como un verdadero buey", y entonces se comprende que el animal visto por el inocente y divertido explorador es simplemente un manatí.

Pero, a pesar de que la imaginación le arrastra al fraile viajero, en su libro se encuentran datos muy útiles: En esa región no hay sal y los indígenas emplean las cenizas de una especie de palmera como condimento; existe la exportación de tortugas fluviales hacia las Antillas; hay muchas misiones en esos territorios, pero innumerables pueblos permanecen todavía sin recibir los "beneficios de la colonización". Y Acuña termina pidiendo al rey

su asentimiento para llevar a esos pueblos el símbolo civilizador de la cruz, al amparo de la espada conquistadora, ya un poco herrumbrada para esos años.

Nada pudo conseguir el Calificador del Santo Oficio, a pesar de que su libro iba dedicado al Conde-Duque de Olivares. La razón fue que en esos días Portugal se emancipó de España, y el jesuíta explorador cayó en desgracia por su viaje con los portugueses a través de regiones que resultaban vulnerables y abiertas para un posible ataque enemigo a las posesiones españolas de América. El Consejo de Indias consideró que no era conveniente divulgar el *Nuevo Descubrimiento* por estimar que las noticias allí consignadas podían ser dañosas para la seguridad militar de las provincias de Quito. Decepcionado, fray Cristóbal de Acuña regresó a América y murió en Lima, mientras su compañero en la aventura amazónica, el padre Artieda, más afortunado, entraba con una pequeña expedición militar en el país de los omaguas y "tomaba posesión jurídica de toda aquella provincia y de todo el río en nombre del Rey Católico Don Felipe IV".

Al licenciado Pérez de Salazar le sucedió en la presidencia de Quito, Juan de Lizarrazu, caballero de la Orden de Santiago, nacido más para el claustro que para el gobierno. Vivió en la mayor austeridad, recluido en el pueblo de San Andrés y dejó todos sus bienes a los conventos, por lo que se dijo que había muerto en la mayor pobreza y que sus funerales se habían hecho con la limosna pública.

Llegó luego a Quito el letrado Martín de Arriola para hacerse cargo de la presidencia, en cuyo ejercicio no realizó obra alguna digna de memoria. Se sabe únicamente que constituyó un cuerpo de milicias para defender la costa contra las incursiones de los piratas y que hizo ahorcar y luego descuartizar a los autores del robo del copón de la iglesia de Santa Clara, profanación que Conmovió a la ciudad conventual y floreciente.

En esa época, según el testimonio de Diego Rodríguez de Ocanipo, secretario de la Universidad de San Gregorio, dos mil quinientas casas se alineaban a lo largo de quince calles y alrededor

de siete plazas, en cuyo centro murmuraba el agua de una ornamental fuente de piedra. La espaciosa Plaza Mayor asombraba por sus palacios, su Catedral y su edificio del cabildo "con gran portada de piedra con rejas de hierro doradas y en medio las Armas Reales esculpidas y grabadas en piedra, oro y azul". La pintura expresiva de Rodríguez de Ocampo es un breve retrato de la ciudad de Quito en 1650: "Unos edificios de cal y canto; otros de adobes de tierra, con buenas maderas y cubiertas con tejas cobradas, que esto junto con las torres de la Catedral, conventos y Compañía de Jesús, ejidos y montes, la hacen grandiosa y populosa, de las mayores de este reino.

A comienzos del gobierno de Pedro Vásquez de Velasco aconteció un hecho infausto: Los galeones españoles que habían salido del Perú, escoltados por la Armada del Sur, se dispersaron por una tempestad cerca de la costa de Guayaquil y la nave capitana varó y naufragó en los bajos de Chanduy. La nave llevaba los dineros del Tesoro para la Corona de España y su pérdida produjo una gran impresión en las autoridades españolas. En Quito, se conmovió la Real Audiencia. El presidente se trasladó a Guayaquil y organizó los trabajos de salvamento de la riqueza sumergida, mientras el Conde de Salvatierra le enviaba un gran número de negros esclavos, traídos por la "Casa Genovesa de los Grillos" que tenía su "asiento" en el Perú. Estos negros eran reconocidos como grandes nadadores y buzos experimentados y sus servicios contribuyeron a la recuperación de casi todo el oro, por un valor de dos millones de ducados.

Los trabajos de salvamento duraron dos años. No era fácil la instalación de máquinas, la formación de equipos de trabajadores, la organización de campamentos y el acondicionamiento de embarcaciones especiales, en esas costas donde las lluvias arrasaban con todo y se destruía en cinco minutos la obra de varios meses. El mar presentaba también su oposición formidable: agitaciones súbitas, cóleras tempestuosas y su multitud de tiburones que no sólo guardaban las profundidades submarinas sino que también se acercaban a la costa en busca de su presa.

El presidente Vásquez de Velasco residía la mayor parte del tiempo en Guayaquil para vigilar de cerca los trabajos. Todavía se hallaba dictando las mejores disposiciones para el traslado de las cajas de dineros, cuando aconteció un terremoto en la capital de la Audiencia, acompañado de una gran erupción, del volcán Pichincha. ..

La incuria de la Corona y el menosprecio por las cosas de Quito están demostradas en el hecho de que el Consejo de Indias vino a conocer del terremoto más de dos años después, según se puede ver por la consulta del Consejo al Rey, fechada en Madrid el 19 de enero de 1663: "Habiéndose abierto en el Consejo un cajoncillo de cartas que estaba reservado, de las que vinieron en los últimos galeones, se halló entre ellas una de la Audiencia de Quito, de 4 de noviembre de 1660, en que se da cuenta del accidente que se padeció en aquella tierra por el mes de octubre antecedente, ocasiones de haberse reventado un volcán que dista de aquella ciudad tres leguas a la parte sur, y refiere las procesiones, rogativas y sacrificios que se hicieron..."

El gran acontecimiento plutónico merecía, sin embargo, la atención de los gobernantes: la destrucción de propiedades y de vidas había sido enorme, y la agricultura se había perdido en una considerable extensión. Los detalles de la erupción no solamente conmovieron a los pueblos sino que despertaron la adormilada inspiración de los poetas cortesanos que gozaban plácidamente de la muelle vida Colonial, como el limeño Pedro de Peralta -antiguo protegido del obispo de Quito- que escribió entonces:

*"Monte, gruta de horror, nido de llamas, De*
*piedra y de ceniza atroz, diluvio..."*

Treinta y dos años más tarde, durante el gobierno del presidente Mateo Mata Ponce de León, se produjo un terremoto más espantoso "que sepultó las ciudades de Ambato, Latacunga y Riobamba y sacudió la tierra con tanta fuerza que la desgarro -por decirlo así- y transportó los jirones de terreno a tres o cuatro leguas

del lugar donde se encontraban antes y dispersó todos los campos, árboles *y* casas, después de haberlo trastornado todo". En esta ocasión se intentaron los procesos más extraordinarios para saber a quién debían pertenecer los terrenos que habían ido a incrustarse en otros fundos diferentes.

La monarquía española, ante el oleaje creciente de religiosidad despertada por las catástrofes naturales en el territorio de la Real Audiencia, creyó satisfacer el sentimiento del pueblo de Quito dándole como presidentes a altos funcionarios del Santo Oficio. Después del indolente y fastuoso Fernández de Heredia, elevado al cargo de oidor Regente de Lima, fue nombrado para presidente el doctor Álvaro de Ibarra, Inquisidor de la ciudad de los virreyes, quien entregó la presidencia a Diego del Corro Carrascal, Primer Inquisidor de Cartagena de Indias.

Este presidente Inquisidor se aprestó a combatir a los "luteranos" con diligencia desacostumbrada. No esperó que los ingleses llegaran a Guayaquil y envió trescientos hombres para defender Panamá contra Morgan. Pero fuera de la protección militar de la Colonia, el gobernante no se ocupaba de otra cosa que de las misas solemnes y procesiones, epilogadas cada domingo por animadas y bulliciosas lidias de toros. Los amenazantes y lustrosos animales atravesaban al galope la ciudad, precedidos por la sonora y ululante bocina de los indios y sembraban el pánico entre los moradores. Al cabo de tres años de gobierno, la muerte golpeó a la puerta del presidente, y la Audiencia se cubrió de crespones y colgaduras de luto.

Otro funcionario del Santo Oficio fue nombrado para la Presidencia vacante: Nicolás de las Infantas y Venegas, Inquisidor de Sevilla. El clima de la altiplanicie andina parecía poco favorable para la vida ascética, pues al poco tiempo de llegado a Quito, falleció también el nuevo presidente, en medio de la consternación general. El Palacio de la Audiencia se había convertido en un verdadero servicio de pompas fúnebres. Las andas enlutadas llevaron al Inquisidor a su morada postrera, entre el coro de las campanas que doblaban a muerto y la muchedumbre indígena

que comenzaba ya a meditar —con actitud típicamente hispánica— sobre la vanidad de las cosas humanas.

Sin embargo, el motivo de estas defunciones no era "el temperamento de esas tierras", como se decía entonces. El sabio Jean de Laet describe por esa misma época, la provincia de Quito como "una región sana donde los habitantes viven más tiempo que en España". (25) Pero los señores presidentes de la Real Audiencia, y los ilustrísimos obispos eran enviados al "mirador de los Andes"" cuando habían llegado a una edad muy avanzada y tenían un pie en la tumba. Así, los murallones majestuosos de la cordillera servían casi siempre únicamente para custodiar su refugio final.

El obispo de Quito, monseñor Alonso de la Peña Montenegro, amigo y defensor de los indios, varón de virtud ejemplar, fue designado por la Reina de España para hacerse cargo interinamente del gobierno de la Audiencia hasta la llegada del presidente Lope Antonio de Munibe. La Audiencia atravesó por un período de paz bajo la administración benévola del prelado, cuyos escritores merecieron los elogios de la Escuela Salmantina. Quito disfrutó de una breve égloga Colonial bajo el cayado del virtuoso pastor de la iglesia. Pero, muy pronto volverían los ajetreos con el licenciado Munibe, Caballero de la Orden de Alcántara y predilecto de los jesuítas, quienes le invitaban frecuentemente a sus haciendas. En las propiedades de la Compañía de Jesús, que se extendían desde los valles cálidos, productores de caña y algodón, hasta los páramos, ricos de caza y ganados, Munibe recibía el trato digno de un rey. De todas las haciendas, prefería sin embargo las del valle de Chillo. Para visitarlas con mayor facilidad, residía algunos meses del año en Sangolquí, pueblo silencioso y algo adormecido, circundado de montañas, en medio de un esplendoroso panorama en donde se recorta con nitidez la nieve triangular del volcán Cotopaxi. En la mesa del presidente no faltaban las frutas más lozanas y apetitosas —los "guineos", las guabas, las chirimoyas, las granadillas de Quijos- junto al lechoncillo preparado con "chicha" de maíz, al uso de los indios, hornado y adobado, con adornos de hierbecillas y pendientes de ajíes escarlatas o pimientos de América.

Durante la presidencia de Munibe, se agitaron las comunidades por los escándalos de los dominicos y las monjas de Santa Catalina. La intervención de la Orden de San Agustín agravó el conflicto. Volvieron las disensiones entre el poder civil y el poder eclesiástico, al igual que en los tiempos más oscuros de la Audiencia. El presidente Munibe quiso reducir a la obediencia a los frailes agustinos; pero éstos huyeron a las alturas del páramo de Cajas, donde vivieron algunos meses, lejos de las pasiones mundanales y con la sencillez de los cristianos primitivos o de los anacoretas de la Leyenda Dorada.

Por aquellos años, el bucanero inglés William Dampier, en compañía de sus hombres, atravesó a pie el istmo de Panamá y se juntó con los capitanes Eaton y Davis, comenzando su carrera de sangre y depredaciones de todo género en el Mar del Sur. Dampier no era un bucanero común. Tenía gran amor por las ciencias y pertenecía a la Real Sociedad de Londres, a cuyo presidente dedicó su obra *Nuevo viaje alrededor del mundo*, efectuado en la nave "Royal Merchant of London" por cuenta de la compañía inglesa, con un cargamento de ron, azúcar, hachas y otras mercancías.

Los navíos corsarios fueron maltratados por el temporal frente a las costas de la Real Audiencia de Quito. Dampier escribe en su diario de viaje que el océano ya no puede llamarse Pacifico más allá de los tres grados de latitud sur. Los vigías de la nave capitana no duermen y señalan todas las embarcaciones que navegan por esas aguas y que van a dar en poder de los corsarios: un barco que lleva madera de Guayaquil a Lima y tres naves que viajan de Lima a Panamá. En una de ellas, los piratas encuentran una gran imagen de la Virgen, tallada en madera, doscientas toneladas de harina, ocho de mermelada y una muía destinada al Señor presidente de la Audiencia de Quito, don Lope Antonio de Munibe. También, así como de paso, Dampier anota en su diario que en uno de esos barcos iban ochocientas mil piezas de a ocho que las "vuelven a dejar en el muelle de Guanchaco".

Los corsarios llegan a la isla de la Plata el 20 de septiembre de 1684 y se reposan sobre las arenas, vaciando algunas botijas de ron y oyendo los gritos de las gaviotas. Al asado de cabrito reemplaza el guiso de tortuga, pues los piratas no encuentran más seres vivos que estos anfibios, ya que "el presidente de la Audiencia de Quito, al saber que se acercaban los piratas, había ordenado a los indios de Manta ir a destruir las cabras de la isla de la Plata y las embarcaciones que allí se encontraren". En la isla, después de un altercado, se separan los capitanes Eaton y Davis. Dampier y sus hombres se dirigen a la Punta de Santa Elena y avistan allí una aldea de indios pescadores y una fortaleza abandonada. El bucanero naturalista colma de elogios a una jugosa y modesta fruta del trópico: la papaya. Los piratas, en varias canoas, desembarcan en la aldea y toman algunos prisioneros indios, así como unos cuantos barcos. La navegación prosigue a lo largo de las costas ecuatoriales.

Frente a Manta, Dampier contempla una hermosa iglesia con muchos adornos de madera esculpida y se asombra de ver entre el pueblo y el mar, una promisoria fuente de agua fresca. Al fondo, horada el cielo una alta montaña -Montecristi- cuya forma se asemeja a la de un "pan de azúcar". Los indios de Manta le cuentan las intenciones defensivas del presidente de la Real Audiencia. Dampier hace nuevos prisioneros y conduce sus navíos a la isla de la Plata, que le sirve de base y cuartel general durante su permanencia en el Mar del Sur.

El capitán Swan Waffer con su nave "Cygnet of London", se pone a disposición de los corsarios. Con este nuevo refuerzo, Dampier se adueña de un barco que navega de Guayaquil a Lima. Entonces se lanza a la gran empresa: el asalto de Paita. El puerto, casi indefenso, no fue presa difícil y los aventureros se repartieron alegremente el botín.

Dampier anota en su diario las características de Punta Arenas, donde "abundan las ostras" y describe un pueblo de indios pescadores, a siete leguas de allí. Demuestra su admiración ante los árboles de palmito. Pinta con colores vivos los manglares rojizos que

crecen en las dos orillas del río Guayas. Los corsarios quieren sorprender la ciudad de Guayaquil de noche y avanzan por el río; pero el alba los descubre y tienen que retroceder, no sin apresar varias canoas cargadas de negros: en total, mil, hombres y mujeres. Este rico botín irán a venderlo en otros puertos del Nuevo Mundo.

A la noche siguiente, los obstinados aventureros atacan de nuevo Guayaquil, disparando sus armas, protegidos detrás de los árboles de la orilla; pero no pueden avanzar por falta de guías, pues éstos han huido aprovechando de la confusión y la oscuridad. Las fortalezas se despiertan y el lenguaje broncíneo de los cañones hace retroceder a los piratas, que se alejan de la ciudad y penetran en una hacienda, en busca de alimento. Entre las altas hierbas encuentran una vaca y la asan en una gran hoguera. Es su última comida en las tierras ecuatoriales del continente: al amanecer se retiran a la isla Puna y, de allí, a su base de la isla de la Plata. Acuerdan entonces abandonar definitivamente el plan de asalto a Guayaquil y emprenden el camino del Istmo, no sin tropezar con la flota española, de la que escapan por suerte.

## VIII. Coreal descubre las llagas de la Colonia

Las montañas de la provincia de Quito dan tanto oro como tierra", escribe Coreal en su relación de viaje. "Los españoles pillaron los tesoros de este país, torturaron a sus habitantes, les arrebataron sus bienes y su libertad bajo mil pretextos indignos del cristianismo y de la llamada generosidad española". En lo que se refiere a la cultura general, anota que la ignorancia es tan grande que la gente considera "herejes luteranos a los que no piensan como ella y califica de heréticos a todos los libros de los franceses e ingleses y cree que hay que echarlos al fuego"... "No hay sino libros de horas misales y breviarios". (26)

La personalidad de Francisco Coreal es una de las más subyugadoras por su probidad moral y sus inclinaciones humanitarias. Hombre misterioso, ejerce su acción clandestina en el Nuevo Mundo, observando las injusticias del régimen español y profetizando la emancipación futura de aquellos pueblos. Es el primer liberal que recorre las tierras americanas. Enciclopedista anterior a la Enciclopedia, defiende la libertad de conciencia, la tolerancia religiosa, la mejor organización económica de la sociedad. Denuncia la corrupción de los frailes y la espantosa esclavitud de los "obrajes", anticipándose en un siglo a Antonio de Ulloa y Jorge Juan, y con sus investigaciones científicas y sus mapas geográficos precede a La Condamine y a otros sabios.

Muy poco se conoce de la vida de este viajero extraordinario, natural de Cartagena -en España— donde, mozo aún, hace duros trabajos de grumete, según cuenta él mismo en la relación de sus viajes a las Indias Occidentales. Se embarcó en Cádiz en 1666 y visitó las Antillas, México, La Florida, Guatemala, Nicaragua, Panamá, Nueva Granada, Nueva Andalucía, Buen Aire, Perú y Quito. Permaneció treinta y cuatro años en el Nuevo Mundo y re-

gresó a España en 1706 —después de residir seis años en Londres— a vivir tranquilamente el resto de sus días bajo el reinado de Felipe V, escribiendo su libro *Relation des Vojjages de Francois Coreal aux írteles Occidentales y* gozando de su fortuna ganada en América y de sus "grandes luces adquiridas en Inglaterra".

Coreal recorrió todo el territorio de la Audiencia de Quito. Anduvo durante algunos meses por las poblaciones de la costa: Puerto Viejo, Montecristi, península de Santa Elena. Vio las excavaciones hechas en 1553 por orden del gobernador Juan de Olmos, en esta Península, donde se encontraron osamentas de seres gigantescos "a los cuales se podía reconocer por los cráneos que eran hombres". Examinó cerca de Montecristi los grandes ídolos de piedra y los templos muy ricos ornamentados con tejidos de algodón. Estuvo en San Juan de la Frontera y en Santiago de las Montañas.

En Quito, el enigmático viajero solía platicar con su amigo don Pedro de las Fuentes, Asesor y Antiguo Director de las Minas de Huancavilca. Hablaban en ocasiones acerca de la emancipación inevitable. "Me decía muchas veces don Pedro —escribe Coreal— que la negligencia y la avaricia de los españoles serán un día las causas de la pérdida de la América... Los indios nos miran como usurpadores y los criollos como extranjeros; si se entendieran entre ellos, hace mucho tiempo que nos hubieran hecho volver a España..."

Entre los capítulos del libro de Coreal se encuentra un verdadero ensayo sociológico titulado "Causas de la decadencia de los españoles en las Indias Occidentales". Allí destella con máximo fulgor la inteligencia analítica y penetrante del pensador cartagenero. Las causas principales para él son la ignorancia de los magistrados, la corrupción de los jueces, la avaricia de los eclesiásticos, la incapacidad de los soldados que más que tales parecen "salteadores de caminos", el comercio convertido en fraude continuo, el contrabando sostenido mediante el procedimiento de sobornar a las autoridades, la falta de cumplimiento de los reglamentos y leyes y, so-

bre todo, el lujo y ociosidad de los poderosos que habían minado en el pueblo la autoridad y el prestigio del rey.

La crítica del extraño visitante de la Audiencia es aun más severa al dirigirse contra el clero y su modo indigno de comerciar con las cosas de la religión: "Las ocupaciones de los curas consisten en jugar a los naipes, tomar chocolate y visitar su diócesis, no para la instrucción de las almas sino para arrebatar alguna cosa a los pobres indios, además de los diezmos y primicias". Mas, no solo son víctimas de la pandilla ensotanada los indios sino también los criollos: "Cuando muere un criollo debe dejar en su testamento ante todo una cantidad dedicada a las misas necesarias para *el reposo de su alma.* Después, lo que resta es pata sus acreedores o sus descendientes "pero el alma es siempre la principal heredera"... "Los curas y los conventos se reparten los bienes juntamente con el alma del difunto".

Hay un episodio, relatado por Coreal, que revive con sus colores propios la atmósfera de credulidad y fanatismo de aquellos días: Unos vecinos de cierta aldea de la costa encontraron un volumen de la "Metamorfosis" de Ovidio y lo llevaron al cura que afirmó era una biblia inglesa y, según los grabados, se trataba de las formas de animal que solía revestir el diablo. Los vecinos encendieron una hoguera, echaron solemnemente el libro a las llamas y el cura predicó un sermón atribuyendo el hallazgo del libro satánico a un milagro de San Francisco.

Naturalmente, los Calificadores, los Comisarios y Familiares del Santo Oficio se pusieren en campaña contra el librepensador. Los alguaciles del Tribunal de Lima empezaron a husmear los pasos del reprobó, que tuvo que disfrazarse y esconderse por tercera vez en la ciudad de Quito para salir meses después "con el convoy de mercaderías que se envía de la Audiencia cada dos años a Panamá". Sus frases, escritas al finalizar el siglo XVII, resuenan hoy con singular entonación profética: "Es seguro que estos pueblos no querrán otra cosa que sacudir el yugo de la servidumbre. "Dadles armas, pólvora y plomo... entonces vetéis sublevarse los pueblos indígenas, los esclavos negros, los mestizos y aún los criollos..."

## IX. Los franceses incendian Guayaquil

Escondidos entre las plantas acuáticas de un estero de la isla Puna, los piratas del capitán Laurent de Graff fueron sorprendidos por el alba, que suele salir muy temprano en las regiones equinocciales. A pesar del sigilo con que los aventureros empezaron a preparar sus canoas para proseguir su navegación por el río su presencia fue reparada por dos vigías y un niño, quienes se apresuraron a encender una hoguera para señalar el peligro a los habitantes de Guayaquil. Arrastrándose en silencio entre los manglares, los forajidos dieron muerte a los vigías y luego se embarcaron en sus canoas, navegando con dirección a un islote cercano.

La expedición del capitán Laurent de Graff, costeada por la compañía naviera Laurent y Michel, había salido de Dieppe el 5 de marzo de 1679, tardando cinco años en hacer sus preparativos y equiparse en la isla de Santo Domingo, de donde se dirigió para Tierra Firme. Entre los tripulantes contratados para la expedición figuraba el "sieur Raveneau de Lussan", alférez de navío de la Armada Francesa, quien escribió un ameno diario de viaje, publicado en París a su regreso del Nuevo Mundo. El joven marino tenía apenas veinte años de edad y sus cuadros no carecen de vigor y de realismo.

En el mes de marzo de 1685, los piratas pasaron a través de Tierra Firme, guiados por dos capitanes indios y acompañados de cuarenta cargadores. Algunos negros cimarrones se les juntaron en el trayecto, ayudándoles a realizar la hazaña memorable que consistía en penetrar en la selva tropical por los pantanos y tembladeras que engullían hombres y animales, y por entre nubes de mosquitos que les envolvían en sus grises y movibles sudarios de fiebre. En Panamá les esperaban diez navíos -entre ellos el del corsario Grognet y el navío almirante, capitaneado por David- y con esa fuerza naval emprendió Laurent de Graff su expedición al Mar

del Sur, que irá desenvolviéndose aceleradamente, después de haber perdido algunos meses en Tierra Firme.

El 8 de marzo de 1686 pasaron los corsarios la línea equinoccial, frente a las islas de Galápagos. Durante diez días no vieron el sol por el mal tiempo. "Después de navegar por el reino de los grandes peces —atún, dorada, bonito— y de los lobos marinos" divisaron los acantilados de la isla de la Plata el 29 de marzo. Al día siguiente se levantó un "viento de Pascua" que no calmó hasta el 3 de abril. El día 6 divisaron una línea de tierra. Frente a la Punta de Santa Elena, en la noche del 12 de abril vieron titilar la luz de un farol de un barco. Era una pequeña nave tripulada por ocho ingleses que se rindieron a los piratas y les revelaron la situación exacta de la flota española en la rada del Callao.

Tres días más tarde, entraban los piratas franceses en el golfo de Guayaquil, antes que el presidente Munibe tuviera noticia de su presencia en esas aguas. El capitán Laurent de Graff dio orden a algunos hombres de permanecer de guardia en los navíos, mientras hacía embarcar doscientos cincuenta filibusteros en las canoas yal frente de esta flotilla navegaba hacia el interior del país. Los piratas pasaron junto a la isla de Santa Clara, hicieron una escala nocturna en la isla Puna —en donde fueron sorprendidos por los vigías— y al día siguiente continuaron su viaje hasta un islote. De allí salieron al anochecer con rumbo a Guayaquil, a donde llegaron dos horas antes del alba. Desembarcaron en un lugar de la playa cubierto de arbustos y tuvieron que abrirse paso cortando las ramas con sus sables.

Los defensores de la ciudad estaban ya advertidos del peligro. El cañón de la pequeña fortaleza les hizo el primer disparo, sin tocarles. En la luz confusa del amanecer siguieron avanzando los piratas; pero un aguacero súbito les detuvo, obligándoles a guarecerse en unas casas de la playa. Allí ocuparon su tiempo en preparar el fuego de los granaderos, mientras despertaba la ciudad, y de las fortalezas y de las casas particulares les disparaban sin descanso.

Con el sol, salieron los filibusteros en orden de batalla "con las banderas desplegadas y a tambor batiente", mandados por los ca-

pitanes Picard, Grognet y Georges d'Hout. Detrás de una muralla de un metro y medio de altura, provista de un foso, les esperaban setecientos hombres que les hicieron algunas descargas, matando a varios, y luego salieron de su atrincheramiento lanzándose sobre sus atacantes, aunque sin éxito, pues el fuego de éstos les hizo retroceder. Algunos soldados lograron cortar los puentes sobre el foso antes de volver a su posición, detrás de la muralla. Finalmente, las granadas de los piratas desalojaron a los defensores, que fueron primero a refugiarse en las casas del malecón y luego huyeron a protegerse detrás de una barricada que se levantaba en la plaza de armas. Allí resistieron los españoles una hora larga, al cabo de la cual, ya en manifiesta inferioridad, corrieron a encerrarse en la fortaleza de San Carlos, donde fueron apoyados por un fuego de cañón.

Los piratas avanzaban palmo a palmo basta acercarse, después de varias horas de combate, a las empalizadas de la fortaleza. Los defensores hicieron una salida, espada en mano; pero fueron diezmados y tuvieron que volver a su encierro. Ya casi agotada su provisión de pólvora, los franceses intentaron un último esfuerzo, que fue coronado por el éxito, debido a la defección del maestre de campo español, que huyó con algunas tropas a la montaña. A las once de la mañana, entraron los piratas a la fortaleza e hicieron setecientos prisioneros —hombres y mujeres- entre ellos el Vicario general, el corregidor Fernando Ponce de León y su familia. Lussan dice que el corregidor estaba herido así como otros oficiales y personas de calidad que se habían batido valientemente. Ponce de León tenía dos balazos de arcabuz en la pierna. Los vencedores se dirigieron a la iglesia mayor por las calles sembradas de cadáveres —más de novecientos estaban diseminados desde la plaza basta la fortaleza- e hicieron cantar un Te Deum para el descanso de los muertos y la gloria de los vivos.

Los corsarios encontraron la ciudad "llena de diversas clases de mercaderías, muchas perlas y piedras preciosas, una cantidad prodigiosa de vajilla de plata y, por lo menos setenta mil piezas de a ocho". Durante el combate, aprovechando de la humareda y la confusión, habían escapado por el río algunas embarcaciones car-

garlas de riquezas; pero las chalupas de los piratas salieron en su persecución y capturaron a varios fugitivos, obteniendo un considerable botín: veintidós mil piezas de a ocho y "un águila de oro que había servido de tabernáculo de alguna iglesia, pesaba sesenta y ocho libras y era muy hermosa tanto por su trabajo como por dos grandes esmeraldas que constituían sus ojos..."

Los capitanes corsarios fijaron el rescate del Corregidor, de los demás prisioneros y de la ciudad misma en un millón de piezas de a ocho en oro, y 400 sacos de harina. Todo ello debía venir de Quito y, para hacer esta gestión, se convino en libertar al Vicario general. El saqueo fue espantoso. Los piratas se mostraron sensibles a la belleza de las mujeres de Guayaquil que, por otra parte, "daban señales de un pasión tan violenta que iba hasta la locura".

El joven Raveneau de Lussan apresó a una dama de honor de la Gobernadora y obtuvo de ella particulares muestras de simpatía. Igualmente hizo la conquista de la viuda del Tesorero de Guayaquil, la que le propuso matrimonio y le rogó permaneciera en el país, ofreciéndole la plaza de su marido, que había muerto en el combate, y todos sus bienes en recompensa. El oficial francés declinó el honor que le ofrecía la amorosa enlutada, ante la perspectiva de acabar sus días en un calabozo de la Inquisición de Lima o atravesado por las espadas vengadoras de los españoles.

A pesar de que en el convenio con el corregidor habían prometido respetar la ciudad, los hombres del capitán Laurent de Graft pusieron fuego a una casa y el incendio se propagó con celeridad a los edificios vecinos y consumió cerca de la mitad de la ciudad de Santiago de Guayaquil. Los piratas exigieron de todas maneras el pago del rescate y, con su falacia proverbial, para disimular su crimen, acusaron cínicamente del incendio a los españoles. Lussan cuenta en su diario que sus compañeros trataron de sacar mayor provecho de su acto espantoso y enviaron una carta a las autoridades del puerto diciendo que "si no pagaban lo que el fuego les había hecho perder les enviarían cincuenta cabezas cortadas entre sus prisioneros".

Mientras tanto, el calor descomponía los cadáveres abandonados en las calles y la peste apareció de pronto entre los forajidos, la agonía y la muerte del capitán Grognet, sobre el fondo de llamas de la ciudad incendiada, impresionaron profundamente al capitán Laurent de Graft, quien vio llegado el momento de abandonar la ciudad, después de cuatro días de saqueo y se retiró a la isla Puna con quinientos prisioneros escogidos. En la isla, los piratas impacientes porque no llegaba el rescate, jugaron a los dados las cabezas de algunos prisioneros y decapitaron inmediatamente a cuatro de estos infelices. Enviaron luego las cabezas Guayaquil con la amenaza de que "si en cuatro días más no venía el rescate, mandarían las cabezas de los restantes prisioneros".

Una fragata de Laurent, que salió a buscar al capitán David, volvió con un personaje de cuenta: se trataba de un correo enviado por el teniente de gobernador de Guayaquil al virrey pidiéndole que ordenase la salida de la flota contra los piratas. La misma fragata trajo la noticia de un combate entre la nave del corsario David y el navío español "La Catalina", que había sido incendiado mientras el cuerpo de su capitán volaba en pedazos, alcanzado por un disparo de cañón.

En la isla Puna, los filibusteros se dedicaron a la fiesta, al baile, a la buena mesa y a consumir barriles de vino y ginebra. Las autoridades de Guayaquil les enviaban diariamente canoas cargadas de toda clase de víveres. Los músicos de la ciudad tocaban sin descanso para alegrar a los aventureros, quienes habían convencido a las damas prisioneras que su interés era entrar en amistad con sus guardianes, y las desventuradas "hicieron ver que no tenían por la nación francesa toda la aversión que les habían inculcado..." Lussan anota en su diario: "El mejor cuartel de invierno que hemos tenido en esos mares y por tiempo más largo fue la isla Puna, donde por más de treinta días nos dedicamos a descansar, a comer y a beber, acompañados de la música de la ciudad: laúdes, tiorbas, guitarras y otros instrumentos que yo no había visto en otra parte y que hacían un concierto muy agradable". La isla se transformó en un verdadero paraíso del Mar del Sur. Allí des-

cansaron los corsarios, bajo las palmeras ecuatoriales, entre la abundancia del trópico, gozando los beneficios del país del sol".

El teniente de gobernador de Guayaquil les envió un día ochenta sacos de harina y veinte mil piezas de a ocho y les mandó a decir, al mismo tiempo, que ya no podía entregar más de veintidós mil piezas como cantidad adicional y que en caso de no aceptación de esa suma por los filibusteros, les esperaría con cinco milhombres en armas.

El capitán Laurent escogió cien prisioneros de calidad y se retiró a la Punta de Santa Elena que le ofrecía mayor seguridad contra cualquier sorpresa. Allí, los enviados del teniente de gobernador le entregaron las veintidós mil piezas prometidas. La fragata de David volvió a incorporarse a la expedición corsaria, y todos juntos se aprestaron a partir de esas costas. Pero, las Armadillas españolas les esperaban a la salida del golfo, entre la isla de Santa Clara y la Punta de Santa Elena. A mediodía, las Armadillas les atacaron a cañonazos, en una acción naval que duró hasta la noche. La actividad de la artillería se reanudó al día siguiente. Al tercer día, las Armadillas se acercaron y sus disparos se volvieron más eficaces. Los navíos corsarios recibieron muchos cañonazos en su estructura y sus velas quedaron completamente despedazadas.

Durante los tres días de batalla, los capitanes corsarios hablan hecho colocar sobre el puente al corregidor junto con su familia y los otros prisioneros con el fin de que corrieran el mismo riesgo que los piratas. La situación se volvió crítica cuando las naves españolas se aproximaron enarbolando el pabellón de la Infantería de Borgoña y comenzaron a hacer fuego de mosquetería. Los puentes de los navíos corsarios se llenaron de muertos y heridos. Entre estos últimos estaba Raveneau de Lussan. La nave capitana de Laurent de Graff recibió a las Armadillas con dieciocho cañonazos que detuvieron su avance. Siete días duró esta cruenta batalla naval, y al cabo de ellos se retiraron maltrechas las naves españolas, mientras los filibusteros se dirigían a la isla de la Plata para reparar sus averías y poder continuar su viaje.

Ya remendadas las velas y curados los heridos, los navíos se dirigieron hacia el Continente y desembarcaron al corregidor de Guayaquil y sus acompañantes en la costa desierta, entre el Cabo Pasado y el Cabo de San Francisco. Los corsarios siguieron a lo largo de la costa. En la desembocadura del río Esmeraldas, encontraron una guarnición cuyo jefe aseguró al capitán Laurent de Graft que el Gobierno de la Real Audiencia "temía que los piratas pudieran ir en canoa desde ese lugar hasta el interior y, en ocho días de viaje, sorprender la ciudad de Quito". Pero, no era éste el propósito de los franceses que pensaban tan solo en hacer el balance de su botín -que llegó a la suma de medio millón de piezas de oro, con inclusión de las perlas y otras joyas— y en repartírselo con toda equidad, al uso de los piratas. Luego, Laurent de Graft decidió abandonar con sus hombres el Mar del Sur, mientras la fragata del capitán David se separaba para ir a carenarse en las islas de Galápagos y hacer su proyectado viaje a través del Estrecho de Magallanes.

## X. Soldados en las misiones de la selva

Sobre la techumbre de la capilla de adobe de Nuestra Señora de las Nieves, en la provincia de los omaguas -donde la inundación anual convierte la selva en un lago— el fraile jesuíta Samuel Fritz permanecía tendido desde hacía varios días, a pocos palmos del agua, rodeado por los cocodrilos y atacado por las famélicas ratas acuáticas. El siervo de Dios creía llegados sus últimos instantes y, mirando las nubes congregadas en el cielo amazónico, se encomendaba a su patrono San Joaquín. Unos indios que pasaban en una canoa, con rumbo a un establecimiento brasileño, le recogieron y le entregaron a los soldados portugueses, quienes le condujeron por las rutas fluviales al Gran Para, en donde el gobernador Arturo Saa de Meneses le guardó preso más de un año y medio.

La vida del padre Samuel Fritz, originario de Bohemia, fue una serie ininterrumpida de acontecimientos adversos, de actos de virtud y tenacidad infatigable y de arduos trabajos, dedicados a la mayor gloria de la doctrina de paz que predicó durante muchos años en la selva. Fundó más de treinta aldeas en la provincia de los omaguas, entre ellas Nuestra Señora de las Nieves y San Joaquín, en cuya capilla colocó la pintura de este santo, donada por la Duquesa de Arcos. Dejó un manuscrito sin firma, "Misión de los omaguas, jurimaguas, aysuares, ibanomas y otras naciones", cuya copia fue a dar en el convento de los jesuítas del Para. Esta obra -verdadero diario de sus viajes- se extravió en medio de los azares de la agitada existencia de esas regiones y apareció un buen día en Portugal, en la Biblioteca Pública episcopal de Evora. El padre Edmundson descubrió el manuscrito y lo publicó por primera vez, en traducción inglesa, en la famosa serie de libros de la Sociedad Hakluyt. El retrato del eminente misionero del Amazonas colgaba de uno de los muros del

claustro bajo de la compañía hasta el tiempo de la expulsión de las huestes de Iñigo de Loyola, del territorio de la Real Audiencia de Quito.

La corte de Portugal, después de varías gestiones y memoriales, dio orden al gobernador Saa de Meneses de poner en libertad al misionero de Quito, que regresó a San Joaquín de los Omaguas, acompañado par el capitán Antonio de Miranda, seis soldados y treinta y cinco indios. Desde allí se trasladó solo a la Laguna, capital de la provincia de los Mainas y, al paso, vio con dolor que la capilla de Nuestra Señora de las Nieves había sido incendiada. En la Laguna, expuso al gobernador Vaca de la Vega la situación de las misiones amenazadas por los portugueses y le mostró un mapa del Amazonas, que había levantado durante su viaje. (27) El gobernador le aconsejó que no siguiera a Quito sino directamente a Lima a hablar con el virrey Portocarrero, Conde de la Monclova y Comendador de la Zarza.

El alto y robusto misionero, vestido apenas y rodeado de fieles indios omaguas, se dirigió por el camino de Guallaga, Moyobamba, Cajarnarca y Trujillo, y se presentó en la ciudad virreinal "con el semblante cubierto par una barba venerable, con una casaca de fibra que le llegaba hasta media pierna y con una cruz de chonta en la mano". Todos los habitantes de Lima acudieron a contemplar esa extraña figura de ermitaño de las selvas ecuatoriales.

El jesuíta relató al virrey los episodios de su viaje y denunció las pretensiones portuguesas al río Negro y al Ñapo. No obtuvo nada efectivo, sin embargo, fuera de muchos ofrecimientos y dos mil pesos "de la propia bolsa" del Conde. Nuevamente, se puso en camino el misionero. En 1701 llegó a Quito y fue recibido con gran solemnidad por Mateo de la Mata, presidente de la Real Audiencia, por el obispo y todo el pueblo congregado al repique de las campanas. En el mes de mayo, ya estaba Fritz otra vez, en la Misión de San Joaquín de los omaguas y marchaba, a la cabeza de veinte soldados, a dominar la sublevación del jefe indio Payoreva.

Nombrado superior de las Misiones del Marañón, el infatigable jesuíta se vio obligado a cerrar el paso a los soldados por-

tugueses que hacían incursiones en la selva con el fin de apresar a los indios y llevarlos como esclavos. En cierta ocasión, cuando el padre Fritz se hallaba en la Laguna, el capitán portugués Ignacio Correa se presentó con sus hombres en la Misión de San Joaquín, apresó a cien jóvenes omaguas y ordenó a los jesuítas que se retirasen de la provincia "por ser territorio portugués". El padre Fritz, al conocer estos sucesos, salió de la Laguna con dos oficiales, cuarenta soldados, enviados en su auxilio por la Real Audiencia, y algunos centenares de indios leales y persiguió a los portugueses, alcanzándoles en el río, en donde los desarmó, después de rescatar a los cautivos y hacer cinco prisioneros que fueron despachados con escolta a Quito.

Los hechos del extraordinario misionero cubren cerca de cuarenta años de la historia de las misiones amazónicas. Murió a los setenta años de edad en el modesto claustro de la iglesia de San Joaquín de los Omaguas, que él había hecho edificar después de que la saquearon e incendiaron los portugueses. Dejó, además del diario de sus labores, algunos documentos importantes, entre ellos su "Noticia acerca de las líneas de demarcación entre las conquistas de España y Portugal en el río Marañón o Amazonas" —presentada al Conde de la Monclova— y, sobre todo, algunos mapas de la región amazónica, reproducidos más tarde por orden del Rey de Inglaterra para servir al fallo del arbitraje sobre límites en esa zona. El primero de esos mapas —levantado en 1691 y grabado en forma reducida en Quito, en 1707, por el padre Juan de Narváes— fue encontrado en la ciudad episcopal del Para por La Condamine que lo llevó a París y lo depositó en la Biblioteca del Rey, hoy Biblioteca Nacional, en donde llama la atención de los cartógrafos y de los investigadores de la geografía.

Un año después de la muerte del padre Samuel Fritz, o sea en 1725, varias misiones eran atacadas por los portugueses con el fin de hacer cautivos a los indios jóvenes y obligarles a servir como esclavos para la construcción de fortalezas en la selva, mientras los jurimaguas se lanzaban a la guerra, acompañados de sus mujeres que luchaban con arcos y flechas. Los presidentes de la Real

Audiencia de Quito se mostraban incapaces de llevar el poderío hispánico al corazón de las selvas y mantener incólumes las fronteras amazónicas. Después de la modesta ayuda acordada por el presidente López Dicastillo que, a ruegos del padre Bollarte, envió al socorro de los misioneros Fritz y Sanna -este último apresado por los portugueses— un destacamento de cien hombres con su capitán Luis de Iturbide, los sucesivos gobernantes que se sentaron en la silla presidencial de Quito guardaron una absoluta inacción ante la amenaza de las tribus y de las potencias extranjeras.

Los holandeses de la Guayana habían llegado a penetrar hasta el Amazonas y hablan distribuido algunas armas entre los indios. Muy pronto apareció un caudillo de los omaguas, el famoso jefe Ayuricaba que, con una flota de canoas en las que ondeaba la bandera del reino de Holanda, atacaba las poblaciones indias para hacer esclavos y venderlos a las autoridades de la Guayana. Durante dos años, Ayuricaba y sus hombres dictaron su ley en la selva y sembraron el terror invocando el nombre de Zumi Topa-na, dios de los omaguas. En 1727, después de una expedición destructora contra los manaos, el jefe Ayuricaba encontró la muerte a manos de los portugueses que, desde entonces, quedaron como los únicos amos de esas tierras amazónicas. Según un historiador de la época "para 1732, los portugueses se habían apoderado de todos los países entre los ríos Ñapo y Negro" y sus canoas navegaban hasta el Aguarico.

# XI. En nombre de Su Majestad Británica

L**as ballenas** aparecían de vez en cuando en el horizonte, con gran alegría de la tripulación. La nave capitana del corsario inglés Woodes Rogers, "La Duquesa", se balanceaba con las velas abombadas por el viento del trópico, en un mar de aguas rojizas como la sangre. Lejos, se divisaban los mástiles del navío "El Comienzo" y de la fragata "Flor de la Mañana". La pequeña flota había pasado por el Cabo de Hornos y navegaba hacia la línea ecuatorial en los primeros días de abril de 1709. El mar conservaba un fulgor sangriento en muchas millas a la redonda, desde las cercanías del puerto de Paita. El capitán Rogers anotó en su diario de viaje que este extraño color, desacostumbrado en los paisajes marinos, provenía de millares de huevos de peces que flotaban en el agua.

La tripulación de las naves, formada de aventureros de la peor calaña, y de muchos negros esclavos, no se dejaba distraer más de lo debido por la magia de los trópicos. Cada embarcación que asomaba por esos parajes era inmediatamente apresada y pillada por los desalmados. Las capturas fueron de consideración: La nave "Santa Josefa" -que viajaba de Guayaquil a Trujillo con una carga de cocos, tabaco y cacao, distribuida luego entre los piratas—, el galeón "Ascensión" —que transportaba de Panamá a Lima cincuenta pasajeros y sesenta toneladas de objetos religiosos: 150 cajas de misales y libros en latín, número infinito de medallas, rosarios e imágenes talladas en madera—, y un pequeño barco que se dirigió de Guayaquil a Chancay bajo el mando del capitán Juan Castillo... y, como remate esplendoroso de este gran botín, un navío "esculpido a la francesa" que enarboló el pabellón español ya en el golfo de Guayaquil y disparó sus cañones y mosquetes contra los piratas. Presa tan codiciada bien merecía el honor de que Jean Rogers, jovenzuelo mimado por todos y hermano menor del capitán, se lanzara a su captura en una pinaza car-

gada de hombres decididos. El infortunado mozo cayó muerto de un disparo de mosquete, hecho por los españoles, y la pinaza tuvo que dar media vuelta. Este episodio inflamó de cólera y venganza a los filibusteros que, al día siguiente, tomaron al asalto el navío enemigo, defendido únicamente por cincuenta españoles y cien negros, indios y mulatos.

Ultimados los planes de ataque al puerto de Guayaquil -cuya mapa poseía Woodes Rogers— y con la ayuda de hábiles pilotos indios, los aventureros pasaron junto a la isla de Santa Clara, dejaron frente a Punta Atenas sus navíos y siguiendo la táctica ya conocida de todos los corsarios, se dirigieron en chalupas a la isla Puna, desembarcando en ella a la madrugada. Luego, en espera de la baja marea, se escondieron entre los manglares y unos árboles que mojaban sus ramas en el río. El calor y los mosquitos hacían enloquecer a los intrusos; pero éstos no se atrevían a moverse porque teníanel plan de atacar por sorpresa a los habitantes de la isla, al salir el sol, según consejo de un guía indio. No pudieron, sin embargo, llevar a cabo su propósito: la alarma había cundido ya en la región. Cuando Woodes Rogers llegó a la iglesia, alrededor de la cual vivían las familias isleñas, no encontró a nadie, pues todos los moradores habían fugado a la selva.

Para evitar que la alarma llegara hasta Guayaquil, el corsario despachó cuarenta hombres con la consigna de atacar los puestos avanzados y garitas, matar a los centinelas y destruir todas las embarcaciones y balsas que podían llevar al puerto la noticia de su presencia. Los piratas cumplieron su cometido y apresaron al teniente de la isla, con su familia y veinte personas. Igualmente se adueñaron de algunos pellejos de aguardiente de caña —con los que empezaron las riñas y los cintarazos- y de un aviso del virrey Castell dos Rius a las autoridades españolas de la Real Audiencia de Quito dándoles cuenta del itinerario de los navíos franceses, pero guardando silencio acerca de la proximidad de los corsarios ingleses. Esta circunstancia alegró mucho a Woodes Rogers y le decidió a avanzar con sus chalupas, tripuladas por más de cien hombres, hasta ponerse a la vista de Guayaquil.

Entonces se ofreció a los filibusteros un espectáculo inesperado: la Plaza Mayor de la ciudad parecía estar llena de luces y se escuchaban disparos de mosquetería y cañonazos. "Vimos un gran fuego -dice Rogers en su diario de viaje— sobre lo alto de una montaña vecina y una cantidad de luces en la ciudad... Luego, una infinidad de antorchas que descendían de una colina y se multiplicaban en la plaza". Los piratas resolvieron retirarse, al ver fracasado su plan de atacar por sorpresa. Un consejo improvisado se reunió entre los mangles de la orilla, frente a un bosque, y acordó entablar negociaciones con el corregidor Jerónimo Boza y Soils. Lo que ignoraban los valientes "luteranos" era que las luminarias de la Plaza Mayor estaban dedicadas a conmemorar las vísperas de la fiesta de la Cruz y que el estruendo que escucharon no se debía a los mosquetes ni a la artillería sino a los fuegos artificiales.

Los piratas enviaron a dos prisioneros —e l teniente de la isla Puna y otro oficial— a proponer al corregidor de Guayaquil la venta de los negros y las mercancías que llevaban a bordo de sus naves. Los emisarios cumplieron su comisión con éxito, pues regresaron con el maestro de campo, Cristóbal Amadeo de Arellano, quien anunció la visita del Corregidor. El complaciente corregidor Boza y Soils subió a bordo, en efecto, para tratar con los ingleses y permaneció hasta las cinco de la tarde, hora en que se despidió prometiendo regresar a las ocho de la noche, con el objeto de proseguir las negociaciones. No se presentó a la hora fijada, pero envió a un emisario con un cargamento de sacos de harina y cerdos. Al mismo tiempo hizo saber al capitán Rogets que había recibido refuerzos de Quito, enviados por el presidente Juan de Sosaya —sucesor de López Dicastillo- y que las mujeres y los niños habían salido de la ciudad. Muchas horas se pasaron en visitas y parloteos. Barca va y barca viene, las demandas y los ofrecimientos se hacían de parte y parte, con versatilidad increíble: los corsarios piden 50 000 piezas de a ocho como rescate de la ciudad y exigen los respectivos rehenes; el corregidor ofrece 40 000 piezas de a ocho; los piratas indignados amenazan incendiar Guayaquil; el maestre de campo envía a decir que está dispuesto a disparar sobre las naves

corsarias; el capitán Rogers apresa a tres oficiales que acompañan al corregidor en una de sus visitas y hace regresar a este alto funcionario al puerto con la noticia de que va a incendiar un navío nuevo que se encuentra en el astillero; el corregidor manda a ofrecer solamente treinta mil piezas de a ocho, mientras ordena abandonar el navío amenazado, del que se adueñan inmediatamente los piratas.

Como no pudieron llegar a un acuerdo satisfactorio, los ingleses enarbolaron el pabellón de combate, mientras las pinazas —al mando de los capitanes Courtney, Rogers y Dover— avanzaban llenas de hombres armados, hacia la ciudad. Glendall quedó encargado de hacer funcionar, a su debido tiempo, las piezas de artillería desde los navíos.

Los piratas, al desembarcar en la playa, divisaron a los españoles que habían colocado su caballería al extremo de la calle central y su infantería a lo largo de las fachadas de las casas. Sin ningún temor, los atacantes echaron rodilla en tierra y dispararon sus mosquetes con tal eficacia que causaron el desbande irresistible de los caballos. Los soldados de infantería retrocedieron hasta sus cañones, dispuestos en una segunda línea, y tras de ellos logró formarse de nuevo parte de la caballería. Los "luteranos" llegaron en su avance hasta las primeras casas y se encontraron con el fuego de cuatro cañones que disparaban desde una plazoleta, frente a una iglesia.

La etapa final del combate se desarrolló con rapidez: la mosquetería de los piratas acabó por poner en franca fuga a la caballería. Los cañones de los defensores dispararon por última vez, y los soldados de la infantería huyeron a los bosques, dejando unos cuantos prisioneros en manos del enemigo. Los aventureros, sedientos de sangre; corrieron hacia el valle y los arbolados vecinos, en persecución de los fugitivos. El combate había durado media hora escasa.

Courtney hizo su cuartel general en una iglesia, al extremo de la ciudad, mientras Rogers se instalaba en la iglesia mayor. Do-ver puso fuego a las casas que se encontraban frente a la iglesia y las

vio arder toda la noche y la mañana siguiente, mientras sus hombres caían bajo los disparos incesantes que les hacían los españoles desde la colina y el bosque cercanos, en donde habían establecido su cuartel general. Muy pronto, las llamas consumieron cerca de la mitad de Guayaquil. El saqueo duró varios días. Todo el botín fue conducido cuidadosamente en balsas y canoas a las bodegas de los navíos corsarios: 230 sacos de harina, 160 botijas de vino, aguardiente y licores, 150 fardos de mercaderías finas, muchos sacos de índigo, cacao, azúcar y doscientos mosquetes.

El capitán Rogers anota en su diario: "Derribamos las puertas de otras dos iglesias, de varios almacenes y depósitos. No había allí nadie ni objetos de mucho valor. Encontramos harina, guisantes, habas, jarras de vino y de aguardiente. Mis hombres quisieron transportar todo a los barcos; pero se cansaron pronto por el calor sofocante... A pesar de todo, estaban dispuestos a levantar las tablas del piso de las iglesias para registrar las tumbas, pensando que los españoles tienen allí tesoros escondidos, pero yo no quise permitirles porque hace muy poco tiempo la peste había hecho estragos en la ciudad y se habían enterrado muchísimas personas... ". En realidad, la peste acechaba a los violadores de tumbas. También les espiaba otra clase de muerte, oculta en los mosquetes y las lanzas de la caballería española que salía bruscamente de sus escondites en el bosque y atacaba varias veces por día a los piratas. A esto vino a sumarse el mal tiempo: las lluvias y el calor empezaron a llevar a cabo sus siniestros designios.

Los corsarios no esperaron más. El 26 de abril izaron su pabellón en la torre de la iglesia e hicieron proposiciones de paz a los oficiales españoles que acababan de desencadenar un ataque desde el norte de la ciudad. Los parlamentarios acordaron una tregua en la zona de Guayaquil-Puná para la venta del cargamento de los ingleses. Pero éstos no cesaron en el saqueo de la ciudad. Una partida, mandada por Conely y Alexander Selkirk -cuya vida anterior de marinero abandonado en la isla Juan Fernández inspiraría a Defóe su "Robinson Crusoe"— penetró en las casas de una de las orillas de la ría, por indicaciones de un negro esclavo, y des-

pojó a las mujeres que allí habitaban de sus joyas y adornos, llevando a Rogers un botín de más de mil libras esterlinas. Extraña imagen de una época de piratería: ¡Robinsón robando sus exiguas riquezas a las indefensas damas guayaquileñas que practicaban el inocente comercio del amor! Otra partida encontró en una iglesia todo un arsenal de armas y municiones. Y el mismo Rogers puso su mano sobre la caña de puño de oro que pertenecía al Corregidor. Por su parte, los españoles siguieron con sus guerrillas en el bosque, y los corsarios tuvieron que resistir un asedio en regla dentro de la iglesia fortificada.

Al fin, se llegó a estipular un acuerdo entre los combatientes. Se hizo constar en él, debido a la insistencia de Rogers y los otros corsarios, que todo lo que había sucedido debía considerarse como "un ataque de un Cuerpo Regular de Tropas de S. M. la Reina de Gran Bretaña a una posesión de Felipe V, Rey de España" y que el rescate de la ciudad ascendería a cuarenta mil piezas de a ocho que serían pagadas en la isla Puna.

Así, la expedición de Rogers apareció con su verdadero carácter: Era la ejecución de un plan para capturar una plaza que podía servir de base inglesa en la costa del Pacífico. En nombre de la Reina de una potencia europea se había incendiado y pillado una humilde e inocente ciudad de la América del Sur. Es decir que esto se había hecho en cumplimiento de los designios secretos de cierta política internacional que intentaba en esa época dictar su voluntad en el mundo, minando el imperio español hasta en sus mismos cimientos.

Los corsarios salieron de Guayaquil robando todo lo transportable, aún las campanas de las iglesias y los cañones, que fueron arrastrados por los prisioneros hasta dejarlos a bordo de una de las naves. "Al estruendo de nuestra artillería —dice Rogers en su diario— de nuestras trompetas y de nuestros tambores, los navíos levaron el ancla y se despidieron de la ciudad a las ocho de la mañana del día 28 de abril".

La navegación por el golfo descubrió el encanto paradisíaco, de esas tierras. Los pájaros más extraños revoloteaban entre la vege-

tación que oponía su pecho verde y palpitante a la invasión de las aguas. Desde el fondo de los esteros se oía el mugido de las vacadas que pastaban en alguna hacienda próxima. Los manglares y las plantas acuáticas estaban familiarizados por igual por las aves y los peces. En las dos orillas de la reía se calentaban al sol los lagartos.

Cerca de la isla Puna, los piratas capturaron un barco, "Francisco Salma", cuyo capitán era Jacobo de Brienas y que se dirigió a Guayaquil con un cargamento de harina, garbanzos, tarros de confitura, manzanas y carne, en conserva. En la isla, se instalaron los hombres de Rogers lo más cómodamente posible, guareciéndose de la intemperie en los barracones que allí existían y bajo techos improvisados con hojas de palma. Transcurridos algunos días, se presentaron los enviados de las autoridades españolas con los dineros prometidos. Los capitanes corsarios dejaron entonces en libertad al teniente de la isla Puna "para quien tenían algunas consideraciones" y a otros prisioneros, con excepción de los tres oficiales del Corregidor, los hermanos Morel, un holandés, un "gentilhombre de Panamá", los pilotos indios y "otras personas que quisieron voluntariamente" quedarse con los ingleses. El corregidor Boza y Soils, a quien Rogers designa con el nombre enigmático de "el español de Guayaquil", compró a los piratas la nave "El Comienzo". Y la flota corsaria salió, por fin, del golfo del Guayas.

Al pasar por Atacames, el capitán Rogers vendió algunos negros esclavos. Luego con gran misterio, puso rápidamente proa hacia las islas de Galápagos. Muy pocos días después se descubrió el motivo de esta fuga apresurada. Más de ochenta personas de la tripulación estaban' atacadas de fiebre maligna o de peste. Murió el oficial Hopkins. Al día siguiente, Downe. Y, uno tras otro, expiraron: Daniel, Shrouder, Underhill, Carney, Hughes y veinte más. Solo el capitán Rogers parecía invulnerable, y. su salud la atribuía "al uso diario del *punch* de ron".

En su travesía de Esmeraldas a la isla de Galápagos, los piratas se adueñaron de todas las embarcaciones que aparecieron en el horizonte. Apresaron al navío "Santo Tomás de Vilanueva" con cuarenta pasajeros -entre ellos, Juan Cardoso, que iba a hacerse

cargo de la gobernación de Valdivia—, once esclavos negros y mercancías europeas como hierro y tejidos finos. El capitán del navío español informó a Rogers acerca de la presencia de una escuadra importante que enviaba Inglaterra bajo el mando del Almirante Conde de Peterborough con la misión de adueñarse de una base en el Mar del Norte y dirigir luego su flota al Mar del Sur. El mismo día apresaron los corsarios la nave "San Démaso" y, tres días después, el pequeño buque "Sol de oro", tripulado por diez españoles, indios y algunos negros, y que llevaba polvo de oro y una gruesa cadena trabajada por los indios en este metal y que fue evaluada en quinientas libras esterlinas.

Los piratas acogían con júbilo todas estas riquezas. Pero, los hombres morían en gran número, víctimas del espantoso mal, que era como la venganza del trópico. Y los elementos naturales enfurecidos, parecían sumar sus esfuerzos para cerrar el paso a los aventureros. La pesada lluvia de las regiones equinocciales desató sus ráfagas que rompieron el mástil del navío "Havre de Gracia". Y "La Duquesa", igualmente maltratada, necesitaba entrar en carena. Tuvieron que desembarcar los piratas en la isla Gorgona y vivir de la pesca, durante semanas espantosas en las que no amainaba la borrasca. Los relámpagos y truenos parecían incendiar el horizonte. La provisión de víveres amenguaba visiblemente, como por obra de magia: los sacos de harina estaban agujereados por las ratas, y el pan inglés había sido devorado por los gusanos. A duras penas pudieron seguir las naves su viaje hasta las islas de Galápagos, a donde llegaron después de cinco meses de su salida de Guayaquil. En las bodegas del antiguo galeón español, convertido en hospital, agonizaban setenta piratas, agarrotados por el dogal de la fiebre. Los expedicionarios ingleses tuvieron que vivir algún tiempo en esa región equinoccial y alimentarse de tortugas y pescados o de la caza de halcones y tórtolas, antes de salir del Mar del Sur y tomar el derrotero del regreso, que fue también el despertar melancólico y desencantado de un maravilloso sueño de Su Majestad Británica.

## XII. Las observaciones de Woodes Rogers

El humo pestilente y las llamas que se elevan de las casas de caña, construidas sobre estacas, y los fogonazos de los disparos que hacen los españoles ocultos en el bosquecillo de la colina de Santa Ana, no le impiden a Woodes Rogers seguir anotando en su diario todo lo que observa en la ciudad de Guayaquil. Desde una ventana de la torre de la iglesia del Apóstol Santiago contempla a su alrededor quinientos tejados y las torres de otras cuatro iglesias: San Fernando, Santo Domingo, San Ignacio y San Agustín. Esta última era la sola en poseer un órgano. "Todas estas iglesias tenían una gran riqueza —escribe el corsario— pero cuando llegamos, los españoles se habían llevado hasta la vajilla de oro y plata".

En esa época -abril de 1709- la ciudad vieja estaba unida al barrio nuevo mediante un puente de madera que tenía media milla de largo y por donde podían transitar únicamente los peatones. La actividad del puerto era notable. En sus bodegas se conservaba una gran cantidad de cacao, con destino a todos los puertos del Mar del Sur. Se hacía el comercio de la sal y del pescado salado, proveniente de la Punta de Santa Elena y destinado a los pueblos de la costa, a Quito y a otras ciudades lejanas. Cuarenta navíos entraban cada año en Guayaquil y salían otros tantos, sin contar los barcos caleteros. Todas las mercancías de Europa llegaban a Panamá, de donde se las expedía por tierra a Puertobello, y de allí por mar a Guayaquil. Se exportaban maderas para Trujillo, Chancay, Linia y otros pueblos. También se embarcaban allí, con diferentes destinaciones, el arroz, el algodón y el tocino. De Quito, llegaban tejidos de lana, cobijas, vestidos, ponchos, para ser exportados a otras Colonias. Había en la región gran variedad de ganado, sobre todo en la isla Puna. Además, Guayaquil era un gran centro de reparación de navíos. Todo esto le daba una animación extraordinaria, a la que venía a sumarse cada día un mer-

cado público, organizado sobre chalupas y balsas, y donde se solían encontrar en abundancia todos los productos del país.

Anota luego Woodes Rogers en su diario, no sin cierta melancolía, que estaba prohibido en Guayaquil el comercio a todas las naves que no fueran españolas y no se podían vender las mercancías sin un certificado de la Casa de Contratación de Sevilla. Se hacía el tráfico del mercurio. Había minas de oro, plata, cobre y esmeraldas. La tierra era muy rica y fértil: abundaban las legumbres, las plantas medicinales, los caballos, el ganado vacuno y ovejuno, las cabras, cerdos, gallinas "y muchas especies de patos que no se conocen en Europa".

El comercio florecía; pero la organización social era defectuosa y la arbitrariedad reinaba por todas partes. Los funcionarios españoles no tenían otra preocupación que la de enriquecerse. "El último corregidor de Guayaquil —escribe Rogers- había reunido trescientas mil piezas de a ocho, en cinco años". Esa riqueza no podía ser resultado del ahorro, pues el sueldo de este funcionario llegaba solo a dos mil piezas de a ocho por año, sino del contrabando y de innumerables depredaciones.

También se enriquecían sin pudor los eclesiásticos y los leguleyos. La población indígena y mestiza estaba a la merced de los hombres de ley, de espada o de sotana. A la opresión de las autoridades reales, se sumaba el terror del Santo Oficio. Cuatro oficiales de la Inquisición residían permanentemente en Guayaquil, además de veinticuatro eclesiásticos que servían para informar contra las personas sospechosas de tener opiniones contrarias a las de la Iglesia católica y las perseguían con una violencia inaudita, sin cumplir con ninguna formalidad. Son notables las opiniones del corsario en esta materia: "La Inquisición es aquí más cruel que en España... Los detenidos son enviados en seguida a Lima, donde solo el dinero les puede salvar de la muerte... El país gime bajo el peso insoportable de una infinidad de eclesiásticos entregados, al lujo, al fanatismo y a la ociosidad... El número de los abogados no es inferior al de los eclesiásticos... Todos los empleos, desde el presidente de la Real Audiencia, se venden al mejor postor.

En medio de una agricultura próspera, los habitantes de raza mezclada y los indios vivían en una extrema pobreza. Cuando los piratas llegaban a las costas ecuatorianas, los esclavos negros aprovechaban de la ocasión para pillar las casas de sus amos. La población de la Real Audiencia estaba dividida en once cases sociales: la primera la constituían, naturalmente, los blancos, y la segunda los mestizos; después venían siete cases de mulatos y cholos de diverso matiz de piel; la novena case era la de los indios; la décima, de los negros, y la undécima se componía de los descendientes de las dos últimas clases, o sea los zambos. "No hay ningún pueblo en el mundo más cruelmente oprimido que este", concluye el corsario. Y, dándose aires de libertador, no encuentra mejor medio para aliviar la situación de esos desventurados que robar la riqueza de los españoles -y de los guayaquileños naturalmente y acercar la antorcha incendiaria a las pobres paredes de caña, que no abrigaban a los caballeros de Calatrava y Alcántara sino a los mulatos y mestizos menesterosos.

El capitán Rogers publicó su diario en Amsterdam, años más tarde, con el titulo de "Viajes alrededor del Mundo" y con un suplemento: "Descripción de las costas, golfos, bahías, etc. desde Acapulco hasta la isla de Chiloe, extraída de manuscritos españoles encontrados en algunos navíos apresados en el Mar del Sur". Entre estos manuscritos estaba el "Nuevo Descubrimiento del río de Las Amazonas" del jesuíta Acuña. En el suplemento se proporcionaban al lector datos muy útiles sobre la navegación en las costas ecuatoriales. La nota siguiente es una muestra: "Desde el Cabo Pasado basta Bahía de Caráquez la tierra cercana al mar es elevada, con algunos montículos blanquecinos. No se debe entrar en esos lugares bajo el viento, porque en medio del paso se encuentran bajíos y es preferible guiarse per los montículos de Charapotó... Allí la tierra forma algo como una bahía.

El clima espiritual de la Colonia era de fanatismo. Al hablar de ello, el "luterano" Rogers, hombre de ciencia y corsario, no carece de cierto humorismo, como lo prueba el siguiente episodio, relatado con evidente placer en su diario de viaje: Cuando la tripula -

ción inglesa, formada sobre el puente, hacía el inventario de los objetos encontrados a bordo del galeón español "Ascensiónl", apresado en el golfo de Guayaquil —en su mayoría imágenes de santos, rosarios, misales y medallas—, cayó al agua una gran figura de la Virgen, tallada en madera y pintada con primor. El mar llevó la escultura policromada hasta la playa, y allí los indios la sacaron de las olas, dando muestras de gran veneración. Luego, sobre la arena, prorrumpieron en gritos de "¡milagro! ¡milagro!" y dijeron a los piratas que "la estatua seguía sudando". En efecto, a pesar de todos los esfuerzos realizados por los salvadores para enjugar el líquido profano, la sagrada frente mostraba de modo indeleble una diamantina corona de gotas de agua... (28)

## XIII. Fantasmas con mantos de caballeros

¡Caballeros de la Orden de Alcántara, de Santiago de Calatrava! Los presidentes de la Real Audiencia de Quito, casi sin excepción, pertenecían a las Órdenes Nobiliarias. La cruz encarnada o verde con arabescos, o el lagarto carmesí, lucieron sobre el pecho de los gobernantes españoles o criollos a lo largo del siglo XVIII. López Dicastillo —que subió a la Presidencia en los primeros años del siglo, después de la proclamación de Felipe V— fue Caballero de la Orden de Calatrava. Su gobierno continuó la línea de los pocos magistrados que se condolieron de la situación del indio e hicieron una política paternal. Dicastillo impidió el alza de los artículos de primera necesidad y protegió la existencia de las comunidades indígenas.

La intención profunda del Consejo de Indias y del Rey era en ocasiones defender a los aborígenes y crear la prosperidad de todas las clases sociales; pero los ministros y gobernantes escogidos para poner en práctica tal designio no fueron los más apropiados porque consideraron América como un lugar de destierro o como un botín, de guerra. La acción depredatoria de estos hombres fue tremenda y destruyó las raíces mismas de la convivencia social y de la organización civil y económica.

¡Qué bien resuenan en los oídos de la historia las palabras del Rey de España al virrey Toledo que acudía al besamanos de palacio: "Idos a vuestra casa que yo os envié a servir reyes y vos fuisteis a matar reyes!"

En general, los presidentes de la Real Audiencia hacían causa común con los encomenderos y se entregaban a una vida fastuosa y frívola. Juan de Sosaya -que demostró su incapacidad durante el ataque de los ingleses a Guayaquil y cuyo gobierno fue descrito fielmente por Woodes Rogers—, y Santiago de Larrain, caballero chileno que compró su cargo de presidente en buenos pesos de oro y tuvo que andar en alegatos con la Audiencia de San-

ta Fe por haberse suprimido durante cinco años la de Quito, pasaron por el Palacio de la Audiencia como fantasmas indolentes, vestidos con los hábitos recamados de las Órdenes Militares.

Figura excepcional en la heroica mediocre y monótona de esos tiempos fue la del presidente Dionsio de Alcedo y Herrera, hombre de letras y de muchas ciencias, notable estadista y amigo de la cultura. Alcedo había viajado por primera vez al Nuevo Mundo en la comitiva del marqués de Castell dos Rius, nombrado virrey del Perú. En Cartagena de Indias, la fiebre le postró al cortesano en el lecho y le impidió continuar el viaje con el virrey; pero, cuando lo reanudó semanas más tarde en uno de los galeones de la "flota de la plata", la artillería de los corsarios le cerró el paso. Alcedo contempló la destrucción de los galeones españoles por la escuadra inglesa y escapó milagrosamente en una de las naves con rumbo a Cartagena, desde donde viajó per tierra a Quito.

Las recomendaciones traídas de la metrópoli así como el lustre de su nombre, le permitieron al forastero entrar al servicio del obispo de Quito, monseñor Ladrón de Guevara, promovido más tarde al cargo de virrey interino de Lima. El obispo salió de Quito, después de haber nombrado a Alcedo "Oficial Mayor de la Secretaria de su Gobierno" y de incorporarlo en su comitiva.

Durante cinco años, contribuyó el Oficial Mayor con sus luces y habilidad a dirigir el virreinato y se distinguió por su inteligencia y buena política, ganándose totalmente la confianza del obispo virrey que, al finalizar su gobierno, quiso que Alcedo le precediera en su viaje de regreso a España y preparara el ambiente de la Corte, mientras él permanecía en México en espera de sus noticias. La muerte le impidió a monseñor Ladrón de Guevara conocer el resultado de las gestiones de su colaborador. El Consejo de Indias y el Rey premiaron a Alcedo por sus servicios concediéndole el nombramiento de presidente de la Real Audiencia de Quito.

En su nuevo cargo, este magistrado que conocía como pocos el arte de gobernar, se ocupó de la pacificación de las regiones del sur, especialmente de los indios de Paita, y de la seguridad

de las tierras amazónicas. Hacia 1732, una partida de soldados portugueses, mandados por el sargento mayor Méndez de Moraes, entró navegando per el río Amazonas hasta ha desembocadura del Aguarico y comenzó las trabajos de construcción de una fortaleza en ese lugar "fundado por Teixeira". Los misioneros jesuítas se opusieron a los designios de los invasores y dieron aviso a la Real Audiencia de Quito. El presidente Alcedo y Herrera ordenó destruir cualquier fortaleza que se construyere en la desembocadura del río Aguarico y dirigió una carta enérgica al gobernador del Para, quien renunció a su tentativa de ocupación militar de esas regiones.

No satisfecho con este resultado, Alcedo comisionó al jesuíta padre Zarate, visitador de la provincia de Quito, para que recorriera los territorios que lindaban con las posesiones portuguesas. El visitador cumplió su cometido, trazó un mapa de esos lugares y, a su regreso, informó a la Real Audiencia que "de las lindes de 1681, en que se señalaron los términos con una lámina de mármol con las armas de Castilla al Oeste y de Portugal al Este, se habían introducido (los portugueses) por espacio de más de mil leguas en la jurisdicción castellana.

El presidente resolvió ayudar a las misiones con hombres y armas para detener las incursiones enemigas en las tierras amazónicas. También tuvo que organizar la defensa militar del territorio contra el pirata holandés Cornelio Andrés que amenazaba las costas ecuatoriales hacia 1735, con su navío "Santo Domingo".

Sin embargo, Aicedo no descuidó las obras públicas. Levantó I el primer piano de Quito —que se conserva en el Archivo de Indias, de Sevilla— y llevó a cabo varios trabajos, como la construcción del Arco de la Reina de los Ángeles. En las postrimerías de su gobierno ilustrado y emprendedor, llegaron a Quito los académicos franceses La Condamine, Bouguer, Godin y otros más, y los sabios marinos españoles Ulloa y Jorge Juan para efectuar trabajos geodésicos y estudiar la situación de la Colonia. Años después, de regreso en Madrid, Alcedo interpuso su influencia ante el Consejo de Indias para que se permitiera la introducción de la pri-

mera imprenta en el territorio de la Audiencia de Quito, atendiendo a la petición del Marqués de Lises. La autorización del Consejo fue aprovechada per los jesuítas que instalaron la imprenta en su convento de Ambato.

Para reemplazar a Alcedo fue nombrado presidente de la Real Audiencia el peruano José de Araujo y Río, cuya testarudez y abulia se hicieron proverbiales en la Colonia. Araujo trataba de disimular bajo su uniforme de capitán general un corazón mezquino, como lo observaron los visitantes españoles Ulloa y Jorge Juan y los académicos franceses, que se vieron en todo momento hostilizados en sus trabajos. El presidente les sometió a una continua vigilancia y opuso una resistencia solapada a sus proyectos, creyendo de esta manera servir mejor los intereses de la monarquía española. Su incapacidad se puso de manifiesto cuando la presencia del pirata Anson en aguas ecuatoriales. Aunque el presidente se puso a la cabeza de las tropas y marchó a la costa urgida por el Consejo de Guerra —institución que no había funcionado desde los días de Núñez de Vela y Pizarra y que se reunió en Quito de modo extraordinario para considerar el peligro del ataque de la mayor escuadra inglesa que se había visto en esos mares— sus disposiciones se limitaron a Guayaquil, dejando desguarnecidos los otros puertos. Anson aprovechó de ese descuido y saqueó los puertos de Paita y de Manta, antes de abandonar el Mar del Sur.

Los corsarios llegaron frente a Paita en cuatro naves, además del navío almirante "Centurión", el 24 de noviembre de 1741, y el corregidor de esa ciudad se apresuró a enviar aviso al de Guayaquil, quien transmitió a su vez el despacho a la Audiencia de Quito.

En Guayaquil se acuarteló el Batallón de Forasteros o de Blancos, mientras todos los corregimientos de la Sierra se organizaban por compañías, mandadas por los dos oficiales españoles Antonio de Ulloa y Jorge Juan de Santacilla, en calidad de comandantes de la tropa. Este lucido ejército se puso en ocho días en Guayaquil y se preparó a recibir con pólvora y plomo al Almirante que llevaba al tope de su mástil el pabellón británico.

Anson cometió el error de perder tiempo en el saqueo de Paita —donde encontró doce mil doblones ocultos en los fardos de algodón- y, al recibir noticia, por sus espías negros, de las fuerzas que le esperaban en Guayaquil, renunció a su proyecto de atacar a esta ciudad y se limitó a costear el territorio de la Audiencia de Quito, deteniéndose apenas en el indefenso puerto de Manta.

El marino Ulloa revela con su gracia andaluza el verdadero motivo del retardo del almirante Anson en Paita: Después de incendiar la iglesia, los piratas, que venían sedientos por el calor y la aridez de la costa peruana, descubrieron "el botijambre de aguardiente y vino" que consumieron ansiosamente durante varios días, en que "fraternizaron con los negros" y en que la embriaguez más desordenada les impidió proseguir su navegación de sangre y rapiña.

Tercera parte

# QUITO EN EL SIGLO DE LAS LUCES

«

## I. Académicos a lomo de muía

En **medio del repique** incesante de las campanas, salieron a darles la bienvenida los moradores de Guaranda, precedidos por el Corregidor, el alcaldes y el Cura, mientras un cortejo de mozos indígenas, vestidos de azul, les acompañaba danzando al son de flautas y tamboriles. Los académicos franceses viajaban a lomo de muía, en compañía de dos oficiales españoles del Cuerpo de Guardias de la Marina, enviados por Felipe V. Detrás de la comitiva trotaban setenta muías de carga que conducían el equipaje y los instrumentos científicos de la Misión Geodésica. Aunque se veía el cansancio en el semblante del sabio Luis Godin, que encabezaba la Misión en ausencia de Bouguer, los ilustres visitantes extranjeros siguieron el viaje al día siguiente con rumbo a Quito.

Los jóvenes marinos españoles Jorge Juan de Santacilla y Antonio de Ulloa se habían incorporado a la Misión en Cartagena de Indias. Después de permanecer varias semanas en la cálida ciudad de las palmeras, continuaron todos juntos por una ruta entre marítima y terrestre hasta Panamá, y siguieron hacia el sur. La navegación del océano Pacífico se llevó a cabo sin incidentes Pasaron la línea equinoccial y, a los tres días, desembarcaron en Manta "pillada por los filibusteros a fines del siglo XVII". En ese lugar permanecieron La Condamine y Bouguer, mientras los demás proseguían el viaje hacia Guayaquil, complementado por el pintoresco recorrido del río Guayas hasta Caracol, donde les esperaba una recua de muías acostumbradas a trepar por los riscos de la cordillera. Atravesaron luego la selva "en que los árboles se tocan" y subieron por los senderos monteses "que ofrecen de un lado precipicios espantosos y de otro un paso tan estrecho que el viajero va chocando contra las rocas".

Después de dieciocho días de viaje, llegó la Misión científica a Quito, el 29 de mayo de 1736, declarado por las autoridades día de fiesta pública. Entre una gran muchedumbre de curiosos,

entraron en la ciudad los académicos bajo la bandera azul, sembrada de lises de oro, de la monarquía francesa. El presidente Dionisio de Alcedo y Herrera les albergó en el Palacio de la Audiencia y, durante tres días, no cesó el desfile de los personajes que se presentaron a cumplimentar a los sabios extranjeros.

La Misión científica formada por jóvenes astrónomos, matemáticos y naturalistas, había sido enviada por el rey Luis XV con el encargo de "medir un arco de meridiano en el Ecuador para comprobar la figura de la Tierra". Los miembros de la Misión eran hombres de ciencia de primera categoría: Pedro Bouguer, inventor del heliómetro, se había hecho célebre en Europa por sus trabajos de ideografía; José de Jussieu era médico y botánico notable; Luis Godin se había distinguido como astrónomo y geómetra; Carlos María de La Condamine unía a la imaginación del poeta la disciplina del naturalista y el espíritu matemático del cultivador de las ciencias físicas. También figuraban entre el personal, aunque en segundo plano, el astrónomo Couplet, el cirujano Seniergues, el capitán Verguín, ingeniero de la marina, el artista Morainvile, pintor de historia natural -quien hizo algunos retratos de frailes para los claustros de Quito—, el mecánico Hugo, constructor de instrumentos matemáticos, y Juan Godin des Odonais economista y hombre de acción, primo hermano del académico. Todos estos conquistadores de la ciencia no iban con la coraza y la espada sino con el telescopio, el sextante y otros instrumentos para luchar con la naturaleza y arrancarle sus secretos, en beneficio de la humanidad.

Llegaron a América a bordo de un navío francés de guerra que les condujo hasta Cartagena y Puerto Bello, y después de atravesar en piraguas el río Chagres hasta Panamá se embarcaron en la fragata "San Cristóbal" uno de los llamados "navíos de la ilustración", fletados por la liberalísima compañía Guipuzcoana, en donde viajaban los hombres de las logias y los representantes de las ideas innovadoras "con una de libros y trajes y ciencias nuevas que serán pasmo de los criollos, júbilo de los zambos, aspaviento de las beatas, aparición de las luces". (29)

La Condamine y Bouguer viajaron por tierra desde Manta hasta Puerto Viejo, donde el corregidor José de Oiabe y Gomarra les recibió en su residencia con todos los honores. Allí La Condamine tuvo ocasión de aplicar sus conocimientos médicos suministrando quinina por primera vez a un criollo, enfermo de fiebres, y devolviéndole la salud, con gran admiración de los vecinos de esa ciudad.

Mientras Bouguer y un esclavo negro seguían para Guayaquil, La Condamine se embarcaba con algunos indios en una piragua y descendía por el río de las Esmeraldas, armado de una brújula y un barómetro. Después, atravesaba a pie las selvas -en donde le abandonaron los indios— y se dirigía por Niguas y Nono siguiendo una ruta que debía servir años más tarde para el trazamiento del "camino de Maldonado". En medio de la lluvia que caía abundantemente en esas regiones, se felicitaba al viajero de haber tenido la idea de fabricar una bolsa impermeable para sus instrumentos científicos sirviéndose de la resina de un árbol que había descubierto a orillas del río Esmeraldas: el árbol del caucho.

El joven académico francés se abrió paso entre la asombrosa vegetación ecuatorial que ensordecían los gritos de los monos y de los papagayos, cruzó muchos torrentes sobre los primitivos puentes de cuerdas construidos por los aborígenes, recibió los rayos verticales del sol equinoccial en las planicies de arena y rocas y llegó finalmente a las alturas del Pichincha, desde donde contempló con ojos de poeta la verde y sonriente perspectiva del valle que le dictó una evocación sentimental: "Me creí transportado a una de nuestras más bellas provincias de Francia". Y, luego, escribirá en su diario: "Vi por primera vez flores, botones y frutos sobre todos los árboles; vi sembrar, arar y cosechar el mismo día en el mismo lugar". Estas líneas servirán más tarde de inspiración al abate Raynal para su descripción amable de Quito, en las páginas de su *"Historia Filosófica Política ".*

La Condamine llegó a Quito con sus ropas en jirones y desprovisto de dinero, por lo que fue a alojarse en el convento de los Jesuítas, sirviéndose de las recomendaciones que había traído

de Europa. Los padres de la Compañía le acogieron con singulares muestras de amistad, distinguiéndose entre todos fray Tomás de Larrain que puso a disposición del visitante la fortuna heredada de su padre, el antiguo presidente de la Real Audiencia, y se cuidó de que no careciera de nada en el convento. Lleno de gratitud, el naturalista y matemático escribirá al regresar a su país de origen: "En los siete años de mi permanencia en la América española no he pasado tiempo más agradable que cuando me alojé en esa casa".

El presidente Alcedo y Herrera, siguiendo la política de seguridad de las costas y de secreto ante los representantes de las naciones extranjeras, desaprobó el recorrido hecho por La Condamine desde Manta hasta Quito; pero ante el hecho consumado no tuvo más que inclinarse y brindó al académico su amistad, abriéndole familiarmente las puertas de su mansión. El nuevo presidente de la Real Audiencia, José de Araujo y Río recibido pocas semanas más tarde por los quiteños con fiestas y corridas de toros, no tuvo con los académicos franceses el mismo trato caballeroso y leal. Antes bien, les hizo abrir una causa criminal "por comercio ilícito" y se ensañó especialmente con La Condamine, a quien acusó de haber vendido "hasta su cruz de San Lázaro, guarnecida de diamantes".

En estas condiciones adversas, la Misión francesa permaneció más de siete años en las tierras ecuatoriales, realizando investigaciones científicas y recogiendo datos útiles para el mejor conocimiento de la América Meridional. Su primera visita fue a Cayambe, donde encontró la muerte el desventurado Douplet "victima de un mal desconocido". Luego, los héroes de la ciencia escogieron Yaruquí como teatro de sus trabajos. Meses después se movilizaron nuevamente y se separaron en dos grupos: uno, compuesto por Bouguer, La Condamine y Ulloa, fue a instalar una cabaña en las alturas del Pichincha, desde donde podían ver con un anteojo de larga vista las señales del otro grupo, formado por Go-din, Jorge Juan y dos ayudantes, en la llanura de Pambamarca. En el Pichincha, los académicos observaron las más extrañas anoma-

lías. "¡Frío en agosto en la zona tórrida!" anotó desconcertado uno de ellos en su cuaderno de apuntes.

La vida de Quito en la época de la visita de los geodestas era en extremo apacible y conventual. Fuera de las lidias de toros, las riñas de gallos y los bailes de mascaras, no había otras diversiones en la Colonia. Las tertulias eran discretas y, muchas veces, las palabras se pronunciaban solo entre dientes, para evitar que llegaran al oído de los comisarios del Santo Oficio. Las prácticas religiosas marcadas por la voz de las campanas, ocupaban gran parte del día: misa matinal, misa mayor, toque de oración... Por la noche, se reunían los vecinos a rezar el rosario, epilogado siempre por la tradicional y aromática taza de chocolate. En esta sociedad gazmoña, no tardaron los visitantes en ser motejados de "herejes" por sus ideas liberales.

El sabio La Condamine que se había distinguido en Europa por sus teorías y sus inventos, entre ellos una aguja náutica llamada "de variación", pudo observar con toda tranquilidad la vida Colonial. Desde la torre de la Merced trazó el plano de la ciudad, grabado más tarde por el artista Morainvile, y estableció la "longitud del meridiano de Quito". Recorrió el país en todas direcciones y descubrió innumerables plantas, útiles para la medicina y la industria. Muchas veces fue a meditar bajo "el capulí del Tomebamba, cuyo tronco tenía nueve varas de circunferencia". A pesar de ser poeta —como lo prueba su sentido poema "Le Pain Mollet" (El Pan Tierno), lleno de amor por los desvalidos- La Condamine representaba como nadie la "curiosidad científica". Se cuenta que hallándose en Italia, en un pueblo de pescadores supersticiosos que mantenían con la mayor veneración un cirio encendido permanentemente, con la creencia de que la aldea sería sumergida por las olas si se apagaba, el sabio francés lo sopló "para ver lo que iba a pasar". Esta pasión ilimitada por el conocimiento debía costarle la vida algunos años después. En 1774, ya en París, se prestó para que un grupo de hombres de ciencia experimentaran en su cuerpo una operación nueva y audaz, en el curso de la cual expiró diciendo al cirujano: "Vaya despacio para que yo pueda ver mejor".

Antonio de Alcedo, hijo del presidente de la Real Audiencia, ha evocado la figura del sabio burlón e ingenioso que "andaba con los bolsillos llenos de maní", explorando los lugares más inaccesibles, tomando notas y haciéndose comprender de los humildes. Hombre de voluntad férrea, La Condamine subió al cráter de los volcanes Cotopaxi, Tungurahua y Sangay "en donde se ve surgir la llama del seno mismo de la nieve, tan vieja como el mundo". Hizo algunas experiencias en Guápulo sobre la "velocidad del sonido". Comprobó la existencia, en las tierras ecuatoriales, de climas diversos "por pisos". Grabó una inscripción en la Punta Palmar para uso de los marinos. Examinó la base de la montaña de Nabuco y encontró que era de mármol. Atravesó el impresionante páramo del Azuay —"tumba de los viajeros" y morada de los cóndores— para experimentar en su propio cuerpo los efectos del frío glacial y completar sus observaciones. Contempló por primera vez en Sinasahuán el fenómeno cósmico de la aureola. Descubrió en las tierras de Azogues el fabuloso arroyuelo de los granates.

Pero, La Condamine no era únicamente un coleccionista de piedras finas y de fenómenos naturales, sino también un filósofo social que amaba al género humano. Así, dialoga lo mismo con los ancianos centenarios de Riobamba y Guano que con los hombres más cultos de la época, como los Dávalos y Maldonados, el marqués de Maenza —que sería con el andar de los tiempos uno de sus mejores amigos en París—, o Juan de Lujan, protector de los indios, que había hecho sus estudios en Francia con provecho, como lo prueba su tesis de filosofía, dedicada al Marqués de Torcy.

La amistad de La Condamine con Pedro Maldonado debía ser fructífera para la ciencia en el Ecuador. El francés trabajó con el insigne riobambeño en el mapa de la costa ecuatorial y le proporcionó las mejores recomendaciones para las principales figuras de la corte y del mundo intelectual de Francia y España. Juntos viajaron los dos sabios a través de la región amazónica, desde la Laguna de Mamas hasta la ciudad episcopal del Para, donde

se separaron. En el curso de este viaje, La Condamine, provisto de una copia del diario del padre Samuel Fritz, entregada por los jesuítas de Quito, descubrió innumerables plantas como el cacao, la vainilla, la ipecacuana, la simaruba y muchísimas gomas, resinas y bálsamos y, sobre todo, el caucho —cuyos primeros árboles encontró en Esmeraldas— con el que los indios de la selva fabricaban desde la antigüedad jeringas, pelotas y otros objetos, y se dio cuenta de la importancia de ese producto que debía hacer avanzar la industria y cambiar el mundo.

Ya desde Borja, frente al río Amazonas, el ilustre viajero escribió que se encontraba a la entrada de un mundo insospechado y que "una nueva vegetación, una nueva fauna y nuevas razas de hombres se presentaban a sus ojos". Vio las más extrañas lianas que, desde lo alto de los árboles "caen en redes verdes al suelo" y los "matapalos" o bejucos que estrangulan a los troncos más robustos de la selva. Estudió las características del *curare,* extraño veneno utilizado por los hombres de la selva y descubrió que la sal o el azúcar eran excelentes antídotos contra ese veneno. Y observó que los omaguas se embriagaban con el polvo de la planta de curupa o floripondio -que los indios de la Sierra llaman huántuc—, tomándolo por las narices mediante una caña hueca terminada en forma de Y. Descubrimiento más sensacional aún: encontró las llamadas piedras del Amazonas "análogas al jade oriental", talladas en figura de animales y muchas esmeraldas trabajadas de modo similar, sin ayuda del hierro ni del acero que no existían en esos lugares.

De dos grandes pérdidas habla La Condamine en su diario: de algunas plantas de cascarilla de Loja que llevaba para trasplantarlas en la Colonia francesa de Cayena y que desparecieron en un accidente fluvial cerca del Para, y de una caja de "huesos de gigantes" que enviaba en un navío a la Academia de Ciencias de París y que fue arrojada al mar por la tripulación supersticiosa en el curso de una tempestad. Los elementos y la ignorancia humana confabulados hicieron perder muchos años de estudios cuidadosos y de continuos desvelos. (30)

Jussieu estudió también la quina y afirmó que fueron los indios de Malacatos los primeros en usarlo, antes de los jesuitas, que la encontraron en el Amazonas en 1670. Los elogios que los académicos franceses hicieron de la modesta planta inspiraron a La Fontaine su poema en dos cantos "para celebrar las virtudes de la quina", dedicado a la Duquesa de Bouillon. (31)

Bouguer, por su parte, realizaba importantes trabajos que sirvieron, años más tarde, para la implantación del sistema métrico que rige hasta nuestros días. La Comisión General de Pesas y Medidas, creada por la Asamblea Constituyente de Francia, adoptó el arco Tarqui-Cocha unidad de medida: el metro". De regreso en Francia, Bouguer publicó un libro notable " ***Traité*** *dii Navire"* (1746), en que exponía un conjunto de investigaciones eruditas sobre el arte de navegar, con una profundidad nunca antes alcanzada.

Los españoles veían con malos ojos los trabajos de los franceses a quienes llamaban despectivamente "gabachos". También ciertos elementos del clero contribuían a fomentar en el público el sentimiento de hostilidad contra los "herejes". Esta situación llegó a culminar en una riña, durante una corrida de toros en la plaza de Cuenca, cuyos detalles fueron representados por La Condamine en un dibujo célebre. El pueblo se amotinó al grito de "¡Viva el rey, muera el mal gobierno, mueran los franceses!" Claramente se veía la exasperación del clero local y de las autoridades Coloniales, especialmente del alcaldes. El cirujano Seniergues, que andaba en amores con la codiciada criolla Manuela Quesada, fue atravesado a cuchilladas por la multitud, ciega de furor, y expiró cuatro días después en el lecho de La Condamine. Los otros académicos fueron también atacados y se salvaron únicamente por intervención oportuna de los jesuitas. "El motín fue provocado por el eclesiástico que hacía de Provisor", dice un cronista de esos acontecimientos... "Bouguer estuvo a punto de morir de un espadazo que le tiraron", fray Vicentge Solano asienta la versión de que "los ciudadanos se irritaron por el libertinaje de

Seniergues". Lo cierto es que las autoridades dejaron en la impunidad a los asesinos, cuyo poder oculto era muy grande como lo prueba el hecho, de que, cuatro años después de ese acontecimiento, se tendió una emboscada a La Condamine cuando salía de Cuenca llevando el expediente del proceso a Europa.

En París, La Condamine publicó dos libros de singular importancia: *Relación abreviada de un viaje al interior de la América meridional-con* un suplemento sobre el motín de Cuenca—, y seis años más tarde, su *Diario del viaje hecho por orden del rey al Ecuador.* Durante algún tiempo, mantuvo una resonante polémica con Bouguer, quien publicó los resultados de la expedición en su libro *Teoría de la figura de la Tierra* La Academia Francesa se reunió en asamblea extraordinaria para escuchar a La Condamine, de quien Condorcet hizo el elogio calificándole de espejo de sabios, mientras Bouffon clausuró el acto con un discurso en que dijo que el ilustre viajero que acababa de regresar del Ecuador tenía "genio para las ciencias, gusto para la literatura, talento para escribir, valor para ejecutar y constancia para terminar la obra..."

Los dos franceses de apellido Godin se quedaron en América. Luis Godin tuvo una figuración de relieve en la vida de la Colonia, durante varios años, primero en la Real Audiencia de Quito y después en el Virreinato de Lima. Hacia 1740, Quito se había transformado en un gran centro comercial, "depositario de gran parte de las riquezas del Nuevo Mundo", y por los caminos de Guayaquil a Cartagena se veían transitar centenares de muías cargadas de oro y plata. El motivo de este intenso tráfico terrestre se debía a la presencia de los navíos del almirante Anson en el Mar del Sur. En efecto, el virrey del Perú, al tener conocimiento de que los ingleses se preparaban a atacar esas costas con una gran flota, dispuso que no se expusiera el tesoro de los galeones a una navegación peligrosa hasta Panamá y que se lo desembarcara en Guayaquil para llevarlo por tierra a Quito y, luego, a Cartagena de Indias, en el Mar Caribe.

En uno de los pasos de esas recuas áureas por un puente de cuerdas sobre el río Pisque, cedió una de las maromas, y se precipi-

tó una mula en el torrente, yéndose al fondo, imposibilitada de nadar, con su preciosa carga de ochenta mil piastras de oro. Igual que en la época del presidente Vásquez de Velasco se trajeron algunos negros esclavos, peritos en el arte de zambullirse para que sacaran el tesoro a flote. Nada se encontró a pesar de todos los esfuerzos, y la Real Audiencia decidió cambiar el curso del río con el fin de rescatar la riqueza sumergida. La dirección de tales trabajos fue confiada a Luis Godin que puso en práctica todos los medios imaginables, durante meses y meses; pero se vio obligado finalmente a abandonar la obra por falta de fondos.

En Quito, Godin se había dedicado en sus horas perdidas a la arquitectura y a la formación de discípulos que se distinguieron más tarde en esa disciplina. Pero, como esto no era bastante para su actividad intelectual, daba igualmente clases de matemáticas. Esto le serviría más tarde a maravilla: Habiéndose trasladado a Lima con el fin de efectuar algunas gestiones, el virrey le instó a que se estableciera allí con el carácter de profesor de la noble ciencia de los números. Ejercía con dignidad su cargo cuando fue testigo del terremoto de 1746 que destruyó el Callao y otros lugares del país. El conde de Superunda le encargó levantar el plano de la nueva ciudad, lo que ejecutó con el mayor celo dirigiendo luego personalmente la construcción de varias obras arquitectónicas. Este insigne científico escribió una obra notable, *Reconocimiento de los Tiempos* y continuó la historia de la Academia de Ciencias, iniciada por Fontenelle.

Juan Godin des Odonais se distinguió en los estudios de economía y escribió una gramática de la lengua quechua, para cuya publicación pidió, sin éxito, los auspicios de la Academia Francesa; pero su nombre se hizo célebre, sobre todo, por su *Rélation du naufrage de Madame Godin sur la riviére des Amazones,* publicada en Amsterdam en 1787. Esta historia es una de las más impresionantes del siglo XVIII y ejerció una gran influencia sobre los escritores franceses que en esa época reaccionaban de manera desfavorable ante la literatura prerromántica de exaltación de las tierras vírgenes. Se puede afirmar que esa relación constituye la pri-

mera novela-documento de esos tiempos, ya que sus protagonistas vivieron, conllevaron las más espantosas penalidades y murieron realmente.

La historia comienza cuando Godin des Odonais —que va a tener un descendiente de su unión con la criolla Isabel de Grandmaison, su antigua alumna de francés, hija del corregidor de Otavalo, noble señor nacido en Francia— recibe la noticia de la muerte de su padre y decide establecerse en Quito y poner en orden los negocios de la familia, para lo que debe primeramente viajar solo a Cayena. Este viaje lo realiza por el Amazonas, siguiendo la ruta de La Condamine, y tarda un año en llegar al lugar de su destino. Cosa extraña por cierto: el viajero no se instala en la ciudad sino en la fortaleza de Oyapok, al sur de Cayena, y ya no piensa en regresar a Quito sino más bien en seguir para Francia. Entonces se ocupa de dar los pasos necesarios y emplea su tiempo en actividades que permanecen hasta hoy en el misterio. Durante cerca de quince años —según afirma en su relación— realiza gestiones ante la Corte de Portugal con el fin de conseguir los pasaportes para él y para su esposa que reside en Riobamba, "y poder seguir por el Brasil a Europa".

Luego, sucede algo más extraño aún: por orden del rey de Portugal va una goleta armada a Cayena, a buscar a Godin des Odonais para conducirle hasta el primer establecimiento español del Amazonas y allí esperar su regreso, en unión de su familia; pero el gentilhombre francés "cae enfermo" oportunamente y envía en su lugar a su amigo Tristán de Orcasval con la misión de ir a traer a su esposa, con cuyo fin le entrega unas "órdenes del General de los Jesuitas al Superior de Quito y a las Misiones de Mainas para que suministren canoas y ayuda para ese viaje".

Tristán de Orcasval desembarca en Loreto y se queda a hacer el comercio en las misiones portuguesas, sin importarle una higa el amigo de Oyapok ni la llorosa dama de Riobamba. Se acuerda únicamente de enviar las "órdenes del General de los Jesuitas" con un misionero que se dirige a Quito. El asunto llega a

oídos de Isabel, por mediación de su hermano, fraile del convento de San Agustín, y envía a un negro esclavo a hablar con Tristán en la selva. Al saber que, en efecto, una goleta portuguesa la espera en Loreto, la desventurada se apresta inmediatamente a partir: vende sus muebles y deja su casa de Riobamba y sus tierras de Guaseen y de Falte a su cuñado Zavala. Después de pocos días de preparativos, Isabel, su padre, su hermano mayor el fraile agustino y su otro hermano Eugenio con su hijo Joaquín de diez años, dos "franceses del Mar del Sur" —uno de ellos médico—, un negro esclavo, tres sirvientas mulatas -la mayor Rosa y las jóvenes Elvira y Eloísa- y treinta y un indios, salen por la ruta del Amazonas, prohibida en esos tiempos con motivo de la guerra entre España y Portugal.

En Canelos, sobre el río Bobinaza, desertan los indios. Los viajeros construyen una canoa para navegar hasta Andoas; pero la embarcación ofrece poco espacio y está mal construida, por lo que acuerdan enviar en ella al médico francés y al negro esclavo en busca de socorros. Cinco, diez, quince días de angustia... A las tres semanas, cansados de esperar infructuosamente, se embarcan en una balsa que, a las pocas horas de travesía, naufraga en las aguas torrentosas donde se sumergen para siempre los cofres de vestidos y otros objetos personales. Los infelices náufragos se internan a pie en la selva, seguidos por la música desapacible del pájaro "trompetero" y los gritos de los monos. Desorientados, en medio de la tupida vegetación, los viajeros se extravían, dan vueltas en el mismo lugar, acosados por el fantasma del hambre. Durante algunos días se alimentan de semillas y de frutas y, agotados de cansancio y de fiebre, se desploman para no levantarse más, enredados por las lianas y los bejucos que se arrastran como serpientes vegetales y que aprisionarán para siempre sus esqueletos.

Primero cayeron el niño, la vieja Rosa que murió durante su sueño y el fraile agustino que esperó la muerte rezando su rosario. Después, sucesivamente, el francés —que la víspera había sido atacado por un vampiro-, Eugenio y la sirvienta Elvira. Sus cadáveres fueron pronto devorados por las hormigas. La sirvienta

Eloísa, que había perdido la razón, desapareció al día siguiente entre la vegetación selvática y no volvió más por esos parajes... Isabel de Godin se arrastró durante nueve días, enloquecida y semidesnuda, alimentándose de huevos de pájaros, hasta que encontró agua para beber a orillas del Bobonaza. Dos indios que pasaban en una canoa se detuvieron espantados al ver su figura y la condujeron a la Misión de Andoas, donde los padres la socorrieron. Allí, la desventurada mujer pudo cubrir su esqueleto con una falda de algodón y peinar sus cabellos que habían blanqueado en esos días aterradores.

De Andoas a la Laguna, de la Laguna a Loreto, doña Isabel encontró la ayuda de los misioneros y los soldados portugueses. El capitán Rebello, caballero de la Orden de Cristo, la condujo en su goleta con rumbo a Cayena. En el trayecto, vino a su encuentro la goleta de Godin de Odonais, pues este misterioso personaje poseía una nave propia, lo que hace más inexplicable la intervención de los portugueses. A bordo de la goleta del francés se abrazaron finalmente los dos esposos, después de veinte años de separación y de mil desventuras. En 1773 llegaron a La Rochela y se establecieron en Francia; pero nunca más volvió la alegría al semblante de doña Isabel, cuya alma pareció haber quedado para siempre a orillas del Bobonaza, junto a los seres amados. Algo se murmuró entonces acerca de las relaciones de Godin de Odonais con el gobernador del Gran Para y con la corte portuguesa, precisamente en la época de la guerra de España con el Portugal... Lo que se ha comprobado es que Godin des Odonais dirigió un memorial al duque de Choiseul, Ministro de Luis XV, proponiendo que Francia enviase una flota a la Guayana francesa con la misión de ampararse de la cuenca del Amazonas, desembarcando contingentes de tropas a lo largo del gran río. De esta manera, Francia poseería la llave de los Mares del Sur sirviéndose del Ecuador como base de operaciones. Hasta hoy se ignora el paradero de ese memorial y la forma en que lo recibió el gobierno francés.

Jussieu, por su parte, vivió treinta y seis años en América, recopilando notas y memorias destinadas a publicarse en Francia.

Llegó a formar un muestrario único de ejemplares botánicos, escogidos de modo especial para constituir una sección americana del Museo de Ciencias Naturales de París. Infortunadamente, a su regreso a Europa, —en donde introdujo, entre otras plantas, el heliotropo— le robaron su inmensa colección de muestras, contenida en varias cajas, y este hecho lamentable precipitó al anciano desventurado en el pozo sin fondo de la locura. Privado de razón, murió Jussieu en París; pero sus escritos serán leídos siempre con veneración por los amantes de la ciencia.

## II. Dos reformadores sociales

Esos dos jóvenes caballeros de peluca empolvada, cuyo retrato aparece en una de las primeras páginas de la famosa *Relación histórica del viaje a La América Meridional* son los alféreces de Fragata, Antonio de Ulloa y Jorge Juan, a quienes el rey de España encargó colaborar con los académicos franceses, enviados a las tierras ecuatoriales por Luis XV, bajo la inspiración de su ministro, el cardenal Fleury. Pero, no hay que llamarse a engaño: bajo la casaca marinera guarnecida de entorchados palpita un noble corazón que se compadece del dolor de los pueblos menesterosos y oprimidos del Nuevo Mundo.

Los dos intrépidos oficiales del Cuerpo de Guardias de la Marina se embarcaron en 1734 para las tierras americanas. En el mes de mayo del año siguiente avistaron Cartagena de Indias, en donde esperaron cuatro meses a la Misión científica francesa, que llegó a mediados de noviembre, y de allí salieron todos juntos para Panamá y luego para Guayaquil y Quito.

Durante su permanencia en este último país, los oficiales españoles hicieron muchos estudios y recogieron innumerables observaciones y datos, con los que escribieron más tarde algunas obras fundamentales, para el conocimiento de la vida Colonial, entre ellas la relación histórica ya mencionada y las *Noticias Secretas de América,* que permanecieron inéditas hasta el segundo cuarto del siglo XLX.

El sevillano Antonio de Ulloa, amaba el mar y tenía vocación de navegante. A los quince años ya viajaba y trabajaba en los galeones del marqués de Torreblanca. Pocos años después recorría el Mediterráneo en uno de los navíos de la flota del Rey, enviados con una misión especial a Italia. Tenía apenas veintiún años de edad cuando holló por primera vez las tierras del Pichincha. Su sangre andaluza corría en oleadas generosas por sus venas y le impulsó a las más altas acciones en favor de la justicia y en defensa

de la dignidad del hombre. No habían pasado ocho meses de su llegada a Quito, cuando ya reprobó con palabras altaneras un abuso del presidente José de Araujo, en un altercado que pudo tener consecuencias irreparables, pues envolvió igualmente a su compañero Jorge Juan y llegó a oídos del Santo Oficio. El presidente Araujo envió a un alguacil con la orden de arrestar a ambos oficiales; pero éstos, con la osadía de la juventud y con la desenvoltura de hombres acostumbrados al peligro, desenvainaron las espadas y se abrieron paso a cintarazos. El alguacil resultó malamente herido, y sus heridores se apresuraron a refugiarse por algunos días en el convento de los jesuitas. La Audiencia y la Inquisición levantaron sendos procesos contra los dos ilustres marinos por desacato a las autoridades. Jorge Juan alegó que era novicio de la Orden de Malta, y por este hecho, estaba fuera de su jurisdicción. Ocultas y poderosas influencias se interpusieron, y los expedientes fueron a empolvarse en los archivos.

Después de cumplida su misión en las tierras ecuatoriales, Ulloa hizo un viaje triunfal por Suecia y otros países, comisionado por Fernando VI para que estudiara en Europa todos los adelantos del saber. En 1766 recibía el nombramiento de gobernador de la Florida. En esas costas llenas de palmeras meditó y compuso varios libros científicos, pues era un escritor infatigable. Desgraciadamente, gran parte de su obra se ha perdido por las circunstancias adversas que rodearon su viaje de regreso a Europa. La nave francesa "Délivrance", en que hizo la travesía del Atlántico, fue presa de las tempestades y de los navíos corsarios, cerca de las islas Azores. Al caer en manos de los piratas ingleses el pundonoroso oficial destruyó varios de sus manuscritos y papeles, que podían servir a una potencia extranjera para sus agresiones en Nuevo Mundo.

Llevado en cautividad a Londres, Ulloa fue puesto en libertad y recibió un trato de honor por los Miembros de la Sociedad Real. En 1772 obtuvo del Rey de España el mando de una flota para América y, en 1780, fue nombrado Supremo capitán y Director general de la Armada. En los últimos años de su existencia -antes de cerrar sus ojos para siempre en la isla de León— se ocupó de la

reorganización del Gabinete de Historia Natural de Madrid. Había ya publicado sus *Noticias Americanas* y las *Conversaciones con sus tres hijos*, en que resplandece un "fuego enciclopédico".

No era menos ilustre la figura de Jorge Juan de Santacilla, guardia marina de la compañía de Cádiz, que se distinguió en el corso contra los piratas berberiscos. Tenía dos años más que Antonio de Ulloa cuando llegó al país de la línea equinoccial. Su espíritu científico y la disciplina de su vida le condujeron a puestos de responsabilidad y a la ejecución de obras de gran importancia práctica. Al regresar a España, después de diez años de ausencia, desempeñó varias misiones diplomáticas en Londres, y fue Embajador en la Corte de Marruecos. Con la gran experiencia que habla adquirido en América, construyó los arsenales de Cartagena y del Ferrol, mejoró las minas de Almadén, dirigió las obras de riego, los canales y diques de España y levantó el Observatorio Astronómico de Cádiz. Las academias de Europa recibieron en su seno con grandes honores al marino eminente, cuya casa se convirtió en la primera Academia gaditana de ciencias. La muerte le sorprendió cuando se hallaba ejerciendo lúcidamente el cargo de Director del Real Seminario de Nobles de Madrid, fundado por Felipe V.

Los activos Alféreces de Fragata hicieron muchos beneficios materiales a la Real Audiencia de Quito: erigieron el Observatorio de Mira, dirigieron las obras de defensa de Guayaquil contra los piratas y contribuyeron a la mejor organización social del país. De manera especial se dedicaron a recoger datos para informar al Rey sobre los abusos del clero y de las autoridades civiles. Dotados de espíritu imparcial, señalaron las monstruosas injusticias y la corrupción de los poderosos y se conmovieron ante el sufrimiento del pueblo.

Durante su permanencia en Quito, Antonio de Ulloa y Jorge Juan vivían en una casa del barrio de San Francisco. Desde allí podían contemplar a su guisa las idas y venidas de los frailes. Las páginas que escribieron estos observadores sobre la vida licenciosa de la gente de sotana parecen arrancadas de uno de los diálogos del

Aretino. ¿Qué podían hacer estos nobles oficiales sino condenar la corrupción y la codicia de ciertas comunidades eclesiásticas, la fabricación de armas por los jesuitas, las extorsiones de los curas rurales a los indios? Además no eran los primeros en denunciar estos abusos: ya un siglo antes, Francisco Coreal había osado decir que el país sería más rico "si hubiera menos monjes, que como una plaga de langosta cubren la tierra y engordan de ella, y se tratara a los indios de manera más humana". Después, en 1725, el marqués de Castelfuerte había dirigido una carta al rey sobre el escándalo público de los sacerdotes amancebados, y el navegante Frézier señalaba en 1732 esta situación abominable, mientras la Inquisición prohibía el libro de fray Juan de Almogrera, Arzobispo de Lima, en que figuraba una crítica amarga contra los curas de indios. No obstante la voz de los dos jóvenes españoles resonó con mayor autoridad y causó un gran revuelo en la Colonia.

Los insobornables observadores se conduelen, en especial, de la suerte de los aborígenes: "No podemos tratar de los indios sin quedar el ánimo conmovido, ni es posible detenerse en el asunto sin dejar de llorar con lástima la miserable, infeliz y desventurada suerte de una nación que, sin otro delito que el de la simplicidad, ni más motivo que el de una ignorancia natural, han venido a ser esclavos y de una esclavitud tan oprobiosa que comparativamente pueden llamarse dichosos aquellos africanos a quienes la fuerza y la razón de Colonias han condenado a la opresión servil".

Los jóvenes oficiales de la Real Armada Española viajan por las provincias, visitan los pueblos y navegan en canoa por los ríos. Miran la procesión de los "camaricos", formada por indios danzantes que conducen carneros enjaezados y cargados de regalos para los curas. Examinan las viviendas y los caminos. Observan las malas industrias de algunos mercaderes españoles. Penetran en los misterios sombríos de los "obrajes", verdaderas cárceles, donde los indios gimen bajo el látigo de los capataces, sin esperanza de redención. ¡Infierno sin salida, prisión y tumba!

En las *Noticias Secretas* relatan la historia de don José de Eslaba, visitador de los obrajes de la provincia de Quito, quien co-

menzó su inspección en Cayambe, en donde los propietarios de esas fábricas de tejidos le hicieron presente de unas talegas de plata para ganarle a su favor, manifestándole que en caso de negarse a aceptarles perdería la vida. El pusilánime don José se amedrentó, dejó su cargo y tomó la sotana. Igual ofrecimiento y amenaza le hicieron los potentados a Baltasar de Abarca, quien, a pesar de su categoría de visitador, nombrado por el marqués de Castelfuerte, tuvo que huir de Quito para conservar intacta su piel.

Otro de los problemas que preocupan a los enviados del rey Felipe V es el de la situación agraria y minera de la Colonia. Para darse cuenta de la realidad, recorren las minas del país: las de oro de Pichincha, las de Alausí, la del pueblo de Niza -en la jurisdicción de San Miguel de Ibarra-, la de Pachón, cerca de Guachala, las dieciocho minas del Corregimiento de Riobamba, las de oro en grano y polvo de Barbacoas y Zaruma, de Jaén de Bracamoros, de Macas y Mainas, las de plata de Sigchos, las de azogue de Cuenca, las minas de cristal de roca, las de esmeraldas —de la región del mismo nombre- "de las que dan testimonio algunas piedras que se suelen encontrar todavía en aquellos lugares, cuya dureza es incomparablemente mayor que las que tienen las que se sacan de las minas del reino de la Nueva Granada y a proporción tienen más brillo y son de mejor fondo que éstas". En Latacunga, contemplan la mina de Macuche y cuentan que un derrumbe causado por las lluvias hacía algunos años había cerrado la boca de la galería dejando sepultados a los negros que la trabajaban. En 1734, otro derrumbe -originado igualmente por una tempestad- volvió a descubrir la entrada de ese antro dantesco.

En cuanto a la situación del agro es todavía peor. Ulloa y Juan expresan que todas las tierras se declararon mostrencas y los españoles se las quitaron de este modo a los indios, seres humillados que, a cambio de la usurpación y los azotes, se vieron obligados a decir "Dios se lo pague" a sus verdugos. En Guachala, los dos reformadores sociales presencian un despojo de tierras a los indios por el hacendado, y sostienen la doctrina de la restitución de una

parte del latifundio a las comunidades indígenas: "Hay haciendas en la provincia de Quito que tienen cuarenta leguas de circuito; así pues, el hacerles restituir un pedazo de tierra proporcionado a su capacidad de una legua, y aunque fuera de dos, parece que no sería disminuirles las posesiones considerablemente".

Los ilustres marinos investigaron también la historia del fabuloso reino indígena de Quito y no permanecieron insensibles ante las bellezas naturales del país. En el curso de sus trabajos científicos, Ulloa recorrió la provincia de Imbabura y descubrió las ruinas del antiguo adoratorio de Cayambe, destruido por Belalcázar, y los restos de la fortaleza de Atuntaqui, escenario de la resistencia contra la invasión de los incas. Contempló el trabajo de los alfareros tradicionales de Pujilí y Saquisilí. Bogó en una embarcación primitiva de totora por el lago de Cuicocha "con sus islas llenas de venados que suelen salir a nado hasta las orillas". Tuvo noticia de la huaca que había sido descubierta, en esos días, en Pesillo —hacienda de los mercedarios— y cuyos objetos de oro correspondientes a la parte del Rey, se conservaban aún en la Caja Real. Los pájaros ecuatoriales le causaron admiración al joven andaluz: los papagayos, el tucán o "tulcán", el pelícano del Guayas, el cóndor, el curiquingue, y, especialmente, esa miniatura del mundo alado que ha merecido varios nombres —picaflor, pájaro mosca, quinde, colibrí— y que pone "huevecillos no mayores que garbanzos".

En su célebre *Relación* el sabio e incansable viajero da cuenta de varios fenómenos geofísicos observados por él en Quito y otros lugares, como el curioso "Arco de la luna que se proyecta en la falda de los cerros" y el fenómeno de los tres arcoiris superpuestos que contempló en Pambamarca. También fue testigo de un extraño espectáculo de origen desconocido: En una noche despejada vio en Quito un gran globo de fuego que se levantó del Pichincha y se perdió detrás del cerro de Panecillo "despidiendo una luz viva".

Pero Jorge Juan de Santacilla y Antonio de Ulloa no sólo se pusieron a meditar sobre los misterios de la naturaleza sino que se dedicaron a estudiar los enigmas arqueológicos de esas tierras. Al

examinar las esmeraldas taladradas y esculpidas y los espejos de ónix, cóncavos y convexos, que usaban los antiguos habitantes del Reino de Quito, manifestaron su asombro ante tan delicado trabajo, ejecutado "como si aquellos pueblos hubiesen tenido abundancia de instrumentos adecuados para el fin y grande conocimiento de la óptica".

Las *Noticias Secretas* deben ser consideradas entre las obras clásicas que tratan de la Real Audiencia de Quito y que han contribuido a despertar el pensamiento libre. Los autores de este "Informe al rey Fernando VI" dicen al comienzo de su obra: "El país de que se trata en estas noticias secretas es el Perú y *con más individualidad la Presidencia de Quito..."* Infortunadamente, el manuscrito de esta obra quedó "sepultado durante los cuatro últimos reinados", según dice David Barry, quien lo editó en 1826, en Londres. Pero la influencia ejercida, mediante la palabra y el ejemplo cotidiano, por los dos hombres de ciencia y reformadores sociales —honor del pueblo español- durante su permanencia de varios años en Quito, marcó de una manera indeleble la conciencia criolla con su lección de libertad.

### III. La misa de los marqueses

El cuerpo embalsamado del difunto marqués de Selva Alegre, señor de las Villas de Tamajón y Tinajas, Consejero de Indias y presidente de la Audiencia, vestido del uniforme pomposo de Comandante General de los Reales Ejércitos, descansaba sobre las andas fúnebres cubiertas con el manto rojo de la Orden de Santiago. Las innumerables luces del altar mayor de la Catedral daban al noble semblante inmóvil un reflejo de antiguo marfil. A ambos lados de las andas se alineaban los Caballeros de las Órdenes Militares y los oidores engalanados con sus togas. La solemne campana de la Catedral desgranaba lentamente su miserere de bronce, con notas espaciadas y graves que caían con vuelo pesado sobre los techos, como sordos aldabonazos en la puerta de la eternidad.

El deán Sánchez de Orellana, marqués de Solanda, pronunció la oración fúnebre, mientras la enorme concurrencia llenaba las naves profusamente iluminadas. En la primera fila se hallaba la quiteña Rafaela de Larrea Zurbano, enlutada y afligida por la muerte de su esposo, el Marqués, quien le había llevado ante el altar de esa misma Catedral diez años antes y le dejaba ahora viuda con varios hijos pequeños, entre ellos Juan María de Montúfar, futuro prócer de la emancipación de las Colonias.

El gobierno del granadino Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre, había atravesado por momentos dramáticos, especialmente en 1755 y 1757, cuando se produjeron los más pavorosos sismos en la región ecuatorial. En el primero de esos terremotos se destruyeron varias iglesias y mansiones y se arruinó la Catedral.

El presidente Montúfar se apresuró a instalar un servicio de socorros y una gran tienda de campaña en la Plaza Mayor para que el sacerdote pudiera celebrar la misa dominical. El sufrimiento de los pueblos fue tan grande que llegó a conmover hasta a los estadis-

tas y filósofos de Europa, entre ellos Voltaire, que en su carta al duque de Richelieu le decía: "Medito tristemente sobre las cosas de este mundo. He recibido de Buenos Aires los detalles de la destrucción de Quito: es peor que la de Lisboa. Nuestro planeta es una mina que puede estallar....” (32). El segundo terremoto redujo a ruinas la ciudad de Latacunga y los pueblos vecinos. A pesar de la mala salud que acompañó al presidente Montúfar desde el día de su llegada al territorio de la Real Audiencia de Quito, se trasladó inmediatamente al lugar del desastre y ayudó en forma activa y eficaz a la reconstrucción de los edificios de las zonas devastadas. Con sus propios dineros hizo levantar algunas obras, entre ellas la iglesia de la Catalina, muy pronto reedificada.

El Deán Sánchez de Orellana había sido presidente de la Real Audiencia con anterioridad al marqués de Selva Alegre. Durante los ocho años de su gobierno, el país sufrió penalidades de todo orden, especialmente escasez y aún miseria. La situación desesperada llegó a producir la rebeldía de algunos vecinos contra el régimen. El motín organizado por el sastre Parra conmovió la ciudad. La guardia real apresó al sastre inconforme y le encerró en una de las celdas del Palacio de la Audiencia. Muy pronto acudieron a la Plaza Mayor los hombres del pueblo, de los diferentes gremios, y formaron una asonada frente al palacio. Los más impetuosos avanzaron en medio de una gran gritería, con el propósito de libertar al prisionero, pero los soldados del Rey dispararon contra la muchedumbre y mataron a varios artesanos. El marqués de Solanda, descendiente del descubridor del Amazonas, se manchó con la sangre de los quiteños.

Enterrados ya los revoltosos ciudadanos, la Real Audiencia concedió al pueblo dos semanas de fiestas en el mes de mayo, "para alzar el estandarte por Fernando VI". Las luminarias, los fuegos artificiales, las "vacas locas" —armatoste de carrizo, lleno de pólvora, que figuraba el cuerpo del animal bovino y que había sido traído por los vascos de España-, las corridas o lidias de toros, volvieron a llenar con su estruendo la ciudad de Quito, y a distraer por un momento a los vecinos de su preocupación de escasez y su humor de rebeldía.

Mas, los motines populares se repitieron en el período de tiempo que medió entre el fallecimiento de Montúfar y el nombramiento del presidente José Diguja y Quiñones, o sea durante ocho años. La culminación de esos movimientos revolucionarios fue el llamado Motín de los Estancos, durante el cual el pueblo de Quito desterró a las autoridades españolas y se gobernó por sí solo cerca de un año.

La ceguera y la incomprensión de los gobernantes Coloniales, manifestadas desde el comienzo de la conquista -cuando intervinieron en la política incaica, favoreciendo a la familia de Huáscar contra la de Atahualpa- adquirieron caracteres de extrema gravedad en el siglo XVII y causaron la ruina de la Colonia en el XVIII.

En este último siglo se acentuó la hostilidad de los virreyes de Lima hacia las provincias de Quito. Se puede afirmar que la división entre estas dos regiones fue estimulada por la política española que, inmediatamente después de la conquista, creyó una medida de alta prudencia encarnar en Lima la legitimidad de Huáscar contra la supuesta bastardía de Atahualpa, representada por el Reino de Quito. Así se vio al licenciado Castro oponerse, aunque sin éxito, a la fundación de la Audiencia en este reino y, dos siglos más tarde, se asistió al espectáculo de la desorganización más absoluta por la supresión temporal de la Audiencia de Quito y su adscripción ulterior al Virreinato de Nueva Granada, después, otra vez al de Lima, y, nuevamente, al primero de los mencionados Virreinatos, acabando por reintegrarse al del Perú hasta los días de la emancipación, en que consiguió su autonomía administrativa y política.

Muchas disposiciones que no se cumplían en el Perú se aplicaban estrictamente en la Audiencia de Quito. Así sucedió con la cédula que mandaba "que no haya coches en todas las Indias". En 1765, fray Bernardo Recio escribía que en Quito "sólo suelen usar de coche el obispo y el presidente... y lo más común es allá el uso de las sillas de mano, en que suelen ir a las iglesias y visitas las señoras en hombros de sus esclavos..." En cambio, medio siglo an-

tes, el capitán Frézier consignó en su diario la admiración que le había causado el gran número de vehículos, —"4 000 calesas tiradas por muías"— que transitaban por la ciudad virreinal.

El aspecto de la Audiencia de Quito, al finalizar el siglo XVIII, era de franca decadencia. Los corsarios habían esquilmado la costa. Se había paralizado casi totalmente el trabajo de las minas. La agricultura declinaba, falta de métodos de cultivo, y la riqueza forestal *y* ganadera comenzaba a agotarse por la imprevisión de una política que no buscaba la protección de los recursos naturales.

La situación de las industrias era ruinosa. Había empezado el ocaso de los "obrajes" *y* de los "trapiches". Los tejidos se vendían cada vez en menor cantidad y otras regiones del Nuevo Mundo se convertían en grandes productoras de azúcar. Los sombreros negros de lana de vicuña, fabricados en Quito, dejaron de venderse en Lima en 1737 por motivo de que el virrey dio autorización en ese año a los ingleses para establecer una industria análoga en esta última ciudad. Lo mismo sucedió con la industria del cuero, y muchos batanes se cerraron en las tierras equinocciales.

La política del Virreinato fue relegar al olvido las industrias de Quito en beneficio de las del sur. Se prohibió desde el comienzo de la vida Colonial el cultivo de la viña en el territorio de la Audiencia, con el fin de crear un mercado seguro para la producción vinícola peruana, procedente de los viñedos de Ica, Nasca, Pisco, Asángaro y Cochabamba.

El marqués de Guadalcázar dictó medidas para impedir el comercio de cacao directamente entre Guayaquil y México, obligando a los comerciantes a establecer una vía más larga: Guayaquil-Callao-México. La elevación del precio del transporte repercutió sobre el precio del producto en el lugar de destinación.

Cuando la Corona consultó al virrey Amat acerca de la conveniencia de establecer en Guayaquil el Astillero Mayor del Pacífico, el virrey dio su opinión desfavorable alegando que en ese lugar costaban muy caros los materiales de construcción, lo que era falso a todas luces, como lo exponían Ulloa y Jorge Juan al Rey en

el capítulo segundo de las *Noticias Secretas,* dedicado íntegramente al Astillero de Guayaquil "notable tanto por la abundancia de las maderas como por su calidad sobresaliente y por su comodidad admirable para construir los buques, siendo el único donde se pueden fabricar navíos de todos portes, tanto para guerra como para comercio y el más apropiado para carenar".

Los gobernantes no hacían el menor esfuerzo para levantar a la Colonia de su postración económica e intelectual. Todo lo contrario. El siglo XVIII había comenzado bajo los peores auspicios. En 1701, el virrey de Lima, conde de la Monclova, dictó una disposición prohibiendo a los mestizos, mulatos y zambos, hacer sus estudios en la universidad. La Inquisición, por su parte, empezó a perseguir a los ciudadanos "por simple lectura de ciertos libros". En lo material estaban igualmente proscritos los medios del progreso. Si bien Europa conocía ese maravilloso instrumento de civilización que es la rueda, España no la empleó casi nunca en el territorio de la Audiencia de Quito. A veces se sirvió de ella únicamente para conducir sus cañones. Las recuas de muías y de burros eran el solo medio de transporte por tierra.

En medio de tanto atraso, los terratenientes, el clero y el ejército constituían otras tantas castas parasitarias que vivían de la explotación de las riquezas del suelo y de los indios. El pueblo señalaba con el dedo a sus opresores. Aún a los misioneros se les dio el nombre de "mártires de la cera de Mainas" porque se les culpaba de no morir únicamente por la religión sino también por esclavizar a los indios, obligándoles a la lucha con las abejas "para la explotación de la cera que se recogía sobre los árboles de las selvas y era socorro para sus iglesias".

El pueblo se agitaba descontento y miserable, mientras pasaban por las calles las lujosas cabalgatas de las familias nobles que iban a divertirse en sus propiedades rurales, denominadas entonces haciendas o fundos por haber desaparecido desde 1724 el sistema de las encomiendas. En tiempo de vacaciones, los colegiales del Seminario de San Luis se trasladaban, en cabalgaduras hermosamente enjaezadas, al valle de Chillo. Ciertas haciendas eran verdaderos

feudos, como Cotocollao que formaba el condado de Selva Florida o como el valle de Chillo que pertenecía al marquesado de Selva Alegre. Igualmente, otras grandes haciendas eran propiedad de las comunidades religiosas. Los criollos —excluidos de todas las dignidades y puestos, cuando no podían comprarlos al contado— trataban de organizarse, en defensa de sus derechos y libertades, y de suplir con su acción la incuria de los gobernantes.

## IV. ¡Vivan los barrios!

“El aguardiente, el tabaco y así otros géneros se vendían y compraban a discreción, y causaba gozo vivir en un país tan libre" escribía fray Bernardo Recio en el año de 1765, refiriéndose a Quito. Los españoles y los poseedores de fundos de caña de azúcar no eran los únicos en regocijarse de tal libertad sino también ciertas comunidades religiosas que solían percibir buenas rentas por la destilación de aguardientes en sus haciendas. Los jesuitas hacían trabajar a los negros en los alambiques de sus propiedades agrícolas del valle del Chota. La importancia de tal producción se puede calcular por el hecho de que sólo en dos de esas haciendas vivían más de quinientos esclavos de color.

Hallábase gobernando la Audiencia el decano de los oidores, Manuel Rubio por muerte del presidente Montúfar, marqués de Selva Alegre, cuando se trastornó el país con la aplicación de la cédula real que obligaba a establecer el estanco del aguardiente, prohibiendo su destilación a los particulares. El virrey de Santa Fe había designado a José de Herrera como Administrador de la Aduana de Quito, con el encargo de que estableciese la "Casa Real del Estanco y Aduana". Herrera cumplió las instrucciones superiores y nombró algunos guardas para la custodia del lugar donde se instalaron las dependencias del nuevo servicio.

Durante los primeros días de mayo aparecieron en la Plaza Mayor y en las esquinas principales de la ciudad unos grandes cartelones subversivos condenando el estanco y llamando a los moradores de los barrios para que participaran en una sublevación popular. A mediados del mismo mes, se congregaron los vecinos de Quito "armados con lo que tenían, y, sobre todo, cargados de piedras" —según dice un testigo presencial de los acontecimientos— y se dirigieron a la plazuela de Santa Bárbara, para atacar la Casa del Real Estanco y Aduana, situada junto a la Iglesia parroquial.

El toque de las campanas de las diferentes iglesias dio la señal a la gente de los barrios, que organizada en escuadras, con sus respectivos cabecillas, fue a sumarse a los atacantes y, después de saquear los depósitos del edificio de la Aduana, los puso fuego. Las llamas sirvieron como un rojo telón de fondo a los desórdenes de la noche.

En una gran asamblea popular, a la que asistieron el alcaldes de la ciudad y algunos miembros del cabildo, se acordó formar unos comités de barrio encargados de funcionar de modo permanente, y se designó a algunos vecinos armados para que guardaran las Arcas Reales, en el Palacio de la Audiencia, abandonado por los oidores, que habían buscado refugio en el convento de la Concepción. El oidor Félix del Llano, el fiscal José de Cistue y el alguacil Solano de la Sala hicieron causa común con el pueblo, en los primeros días, pero luego el fiscal y el Alguacil, espantados de las consecuencias de la rebelión, huyeron a Latacunga. (33)

Los españoles se armaron en secreto, resueltos a contrarrestar el levantamiento. El corregidor Osorio, con una patrulla de los más distinguidos, hacía incursiones sorpresivas a los barrios para sembrar el desconcierto en el pueblo. En la noche de San Juan, estos hombres armados entraron en el barrio de San Sebastián, que se hallaba festejando con hogueras y músicas "la fecha del apóstol" y ordenaron a los vecinos que se retirasen a sus casas. La patrulla detuvo en el Mesón de Santo Domingo a una joven blanca que se hallaba en medio de un grupo de mestizos y la dio de azotes, con gran indignación de los asistentes. La muchedumbre atacó a pedradas a los intrusos, que respondieron con varias descargas, matando a dos hombres del pueblo y dejando heridos a muchos insurrectos.

La cólera de los quiteños ya no tuvo límites. Los moradores de los barrios salieron al día siguiente a dar caza a los españoles. Saquearon los almacenes del gaditano Ángel Izquierdo "comerciante de ropa" y persiguieron a un catalán que se puso a salvo, como muchos otros españoles, en una iglesia. Los conventos rebosaban de refugiados. Y por todas partes andaban los jesuitas que habían llegado en esos días a Quito, desde todos los lugares de la Audiencia,

con el objeto de celebrar su Congregación Provincial. Su presencia influyó mucho en el desarrollo de los acontecimientos.

Los españoles, en previsión de un ataque general, se atrincheraron en el pretil del Palacio de la Audiencia —donde la guarnición militar de Quito había colocado sus piezas de artillería— y en el atrio de piedra de la Catedral. Allí, junto a los soldados, se veían los trajes de fino paño de los comerciantes peninsulares y los birretes negros de los estudiantes del Colegio de San Luis, o sea la flor y nata de los "chapetones", nombre con que el pueblo designaba en esos días a sus opresores hispánicos.

La gente de los barrios se lanzó con denuedo al asalto de las posiciones. La batalla fue larga, interminable... Toda la noche estuvieron los pretiles "coronados de luces" y se oyeron las descargas de los cañones y de la arcabucería. Nadie dormía en la ciudad, que esperaba con angustia el resultado final de los sucesos, fray Bernardo Recio escuchaba desde su celda el rumor de ese pueblo insurrecto y heroico. Y escribía en su relación fidedigna del motín: "Más resonaban las voces de los que reconociendo el campo decían: Aquí hay un mestizo muerto, allí un indio tendido, y contaban que en una quebrada vecina habían echado cadáveres a montones".

Los barrios más osados y agresivos eran los de San Sebastián, San Blas y San Roque. Los vecinos de este último barrio se habían fortificado en el atrio de San Francisco, mientras los de San Sebastián parecían invulnerables detrás de la muralla de los Mesones y del cementerio de Santo Domingo, donde habían enterrado a sus muertos. Los españoles pasaron al ataque y se lanzaron contra el atrio de San Francisco, haciendo retirarse a sus ocupantes. Cuatro días de batalla endurecieron el ánimo de los moradores de Quito y les hicieron tomar decisiones desesperadas, como la de castigar de modo implacable a quienes hicieran armas contra el pueblo, para lo que levantaron una horca en la plaza de Santo Domingo. Allí colgaron a un mulato que ayudó a los españoles en sus actividades contrarias a la voluntad popular.

Las campanas de los barrios llamaban sin cesar a los vecinos, quienes decidieron formar un Cuerpo de Milicias y nombrar sus

propios jefes, entre ellos el alcaldes y el conde de Selva Florida, elegido para Comandante del Batallón de San Roque. Cuando la luz del amanecer sacaba ya del agua pálida del cielo, moteada de espuma de nubes, los picachos y jibas de la cordillera, se pusieron en marcha las milicias populares, ya bien armadas esta vez de arcabuces, espadas y lanzas, con dirección a la Plaza Mayor.

Los "chapetones" se acobardaron ante este despliegue de fuerzas y pidieron la intervención del obispo y los eclesiásticos para formar "capitanías del cielo contra aquellas huestes infernales". Decidieron enviar al obispo y a tres jesuitas como "embajadores de paz" a los barrios. Los jesuitas designados fueron los padres Álvarez, Recio y Aguirre, que "salieron a manera de penitentes con corona de espinas y un Santo Cristo". La "eclesiástica escuadra" se dirigió primero a San Roque, donde fue recibida con piedras por sus habitantes que bajaban ya con banderas desplegadas. El padre Recio se arrodilló entonces en media calle, con los brazos en cruz y resuelto al sacrificio, en la actitud del diácono Esteban mártir. Este ánimo heroico detuvo a los más exaltados y conmovió a la muchedumbre que aceptó las proposiciones de paz. Luego, fueron todos juntos al cementerio de Santo Domingo a conferencias con los del barrio de San Sebastián que, convencidos por la elocuencia del padre Álvarez, lanzaron gritos de "¡Viva el rey y venga la paz!" y aceptaron igualmente las proposiciones que consistían en la cesación del combate, el retiro de las fuerzas del pretil del Palacio de la Audiencia, el depósito de las Arcas Reales en el convento de la compañía y la salida de las autoridades españolas de la ciudad.

Presididos siempre por el obispo y los tres jesuitas, se trasladaron después los amotinados al barrio de San Blas, donde se velaba el cadáver del escribano Dueñas, que había muerto durante una carga de los españoles, y donde salió a encontrarles un canónigo —vecino de este barrio— levantando el estandarte del rey. Aunque la actitud de los habitantes del lugar era hostil y los indios labradores de las afueras acudían cada vez en mayor número a colocarse en silencio y con gesto amenazador en torno de la plazuela de San

Blas, finalmente este barrio convino en seguir el ejemplo de los de San Sebastián y San Roque.

En cumplimiento del acuerdo de paz, los soldados de la guarnición fueron a acuartelarse en el noviciado de la compañía; los talegos de monedas de las Arcas Reales se pusieron en seguridad en el convento de esta Orden y, habiéndose retirado igualmente los caballeros, jovenzuelos y mercaderes españoles del pretil del Palacio de la Audiencia, el pueblo de Quito, dando gritos alborozados de "¡Vivan los Barrios! ¡Mueran los chapetones!" tomó posesión de todos los arcabuces y piezas de artillería.

La ciudad quedó completamente en poder de los insurrectos. El Cuerpo de Milicias mantenía el orden, mientras el marqués de villa Orellana, alcaldes de la Ciudad, se encargó del gobierno con la aquiescencia aparente del oidor Rubio y del fiscal. Durante algunas semanas, hubo una pausa de espera. Luego, una inquietud extraña empezó a filtrarse en el ambiente, al recibirse las cartas de las mujeres de los españoles, refugiadas en la ciudad de Riobamba. Nadie creía que esa tregua de las armas sería duradera. La monarquía hispánica no se resignaría a perder con tanta facilidad su Colonia. Además, los familiares de la Inquisición y los sacerdotes españoles amenazaban desde el pulpito a los insurrectos con la cólera del cielo.

Llegó entonces a su culminación la llamada "guerra de pasquines". Manos desconocidas fijaban en los muros los escritos más violentos contra los rebeldes, acusando al conde de Selva Florida de querer proclamarse rey de Quito. El estilo hiperbólico de esos escritos delataba su procedencia española. No eran menos descomedidas las respuestas de los criollos que denunciaban las injusticias y las lacras del régimen Colonial.

Las procesiones se sucedían, sembrando las calles de pétalos de flores y goterones de cera de los cirios, labrados artísticamente como candelabros de nieve. De la iglesia de Santo Domingo salió la procesión de Nuestra Señora del Rosario, cuyos cirios -más hermosos que nunca— habían sido costeados por el oidor Santa

Cruz, deseoso de congraciarse con el pueblo. La Madre Dolorosa, en sus andas magníficas, fue sacada en procesión desde la iglesia de San Francisco, dejando en el trayecto una alfombra florida. El olor del incienzo entraba por las ventanas hasta los hogares y aplacaba los corazones rebeldes.

Los habitantes de Quito disfrutaron de plena libertad hasta la cuaresma del año siguiente. Pero, un buen día, corrió la noticia —traída por el llamado "correo de brujas"— de que avanzaba a marchas forzadas el gobernador de Guayaquil y teniente coronel de los Reales Ejércitos, Juan Antonio Zelaya y Vergara, con setecientos soldados de Panamá y cuatrocientos europeos. Los barrios se reunieron inmediatamente y acordaron capitular con la condición de que la autoridad real conservara el Cuerpo de Milicias, con sus jefes, y las dos partes beligerantes olvidasen los agravios sufridos. El teniente Coronel Zelaya se dio cuenta de la importancia de la ocupación de la ciudad para la seguridad de toda la Colonia y aceptó las condiciones de Quito. La ciudad desbordante de júbilo levantó arcos triunfales al paso del gobernador de Guayaquil y le recibió con flores y músicas. El Rey de España premió la habilidad política del soldado, nombrándole presidente interino de la Real Audiencia.

Los ánimos se aplacaron y volvieron los días de calma y de cultura. La Academia Pichinchense reanudó sus actos públicos. Los dos alcaldes de la ciudad, el marqués de villa Orellana y Miguel de Olmedo, —padre del poeta— quisieron dar a los habitantes de Quito un lugar de recreo y meditación para alejarles de las preocupaciones políticas y costearon la obra del Paseo de la Alameda, de cuya ejecución se encargó en 1767 la Academia Pichinchense, con el beneplácito del presidente Zelaya y la alegría de todos los vecinos, tan inclinados al esparcimiento espiritual y a la conversación ingeniosa en los días en que no clama la campana de las reivindicaciones populares.

## V. Los jesuitas marchan al destierro

Con el mayor secreto, por una puertecilla lateral del convento de la compañía, se deslizaban hacia la calle los frailes silenciosos, custodiados por los granaderos del Rey. Las sotanas negras, en grupos de dos o tres desfilaban con rumbo al puente de Machángara —la salida meridional de Quito— y parecían luego disolverse en la oscuridad. No había la menor luz en el cielo, a pesar de que eran ya las cuatro de la mañana, y un vientecillo glacial bajaba del Pichincha y hacía erizar la piel de los viajeros madrugadores.

El presidente de la Audiencia, José Ángel Diguja y Quiñones, Coronel de los Reales Ejércitos, vigilaba en persona la partida de los jesuitas, en cumplimiento del mandato del rey Carlos III, cuya "Pragmática Sanción" cerraba las puertas de los dominios españoles a los hijos de Loyola. Los oidores, los Alguaciles y el escribano Ascaray rodeaban al enérgico presidente en ese amanecer de agosto y cuidaban de que se llevaran a cabo las provisiones con mucho sigilo. Más de noventa jesuitas, conducidos por un destacamento de tropa tomaron el camino de Guayaquil, antes de que la población se enterara del acontecimiento, y se embarcaron en la nave mercante "Santa Bárbara" con destino a Panamá, de donde partieron días después hacia Italia.

Entre los jesuitas desterrados de la Real Audiencia de Quito se contaban varios hombres de letras como Juan Bautista Aguirre, los hermanos Orozco, Mariano Andrade, Ramón Viescas, Juan de Velasco, los hermanos Larrea y otros más. El padre Aguirre llegaría a ser consultor teológico del futuro Papa Pío VII, mientras José de Orozco se haría conocer par su poema épico "La Conquista de Menorca" y Juan de Velasco sería el primer historiador del Reino de Quito.

La Orden de los jesuitas había sido la última en llegar al Ecuador, en 1586; pero, a fines del siglo, poseía ya colegios y con-

ventos en las principales ciudades del país. Durante el siglo XVII, la influencia de los jesuitas fue en aumento hasta preocupar seriamente al poder civil, que muchas veces se vio obligado a pedir ayuda a los dirigentes de esta Orden para llevar a cabo su obra de gobierno.

Los jesuitas demostraron una gran capacidad organizadora en la fundación de las misiones y en la exploración de las tierras vírgenes con la consiguiente cristianización de las tribus indígenas. No todos los jesuitas de la Real Audiencia de Quito eran españoles: había muchos alemanes, franceses, checos y aun criollos. Estos últimos demostraron grandes condiciones de adaptación para la vida de la selva y más entereza para el martirio. En el claustro de la compañía de Quito se exponían, hasta mediados del siglo XVIII, varias pinturas que representaban a sus misioneros y mártires, entre los que se destacaban los retratos del padre ambateño Francisco Real, martirizado por los indios del río Napo, del padre Ferrer -fundador de la Misión de San Francisco de Borja, ahogado por los salvajes—, del padre ibarreño Raimundo de la Cruz y de otros más. No se puede olvidar la obra de los misioneros checos Breyer, Vidra, Enrique Richter -antiguo profesor de Humanidades en Praga, victimado por los cunivos-, Samuel Fritz y, finalmente, Sanna que, apresado por una expedición de portugueses en las tierras de los omaguas, fue enviado a Lisboa, de donde marchó a cristianizar el Japón. También son memorables los nombres de Francisco de Figueroa, cronista de las misiones de los mainas, del quiteño Pedro de Alcocer, del cuencano Sebastián Cedeño y de Domingo y Andrés de Artieda.

La Orden de la compañía tenía gran predilección por la labor intelectual. La *Historia Natural del Marañan,* escrita por el padre Emanuel Uriarte, prestó servicios inestimables a los naturalistas europeos. El padre Cristóbal de Acuña se hizo célebre por su *Nuevo descubrimiento del río de las Amazonas.* Y el padre Calderón, provincial de la Orden, presentó un gran cuadro de la empresa misional en sus *Cartas Anuales ele la provincia de Quito, de 1696 a 1700.*

En 1762, los jesuitas fundaron la "Academia Pichinchense", gran centro cultural de donde irradiaban las ideas de innovación. Los miembros de esta Academia —que no eran solamente los religiosos sino también muchos seglares- se distinguieron por su labor patriótica y constructiva. Entre los socios figuraban varios arquitectos, antiguos discípulos del académico francés Luis Godin, que dirigieron algunas obras para ornamento de la ciudad, como la reconstrucción de la Capilla de la Reina de los Ángeles, con su arco, y el cerramiento del parque de la Alameda, con sus edificios, puentes y glorietas. En el Motín o Rebelión de los Estancos, en el que se trató de ver una repetición del Motín de Esquilache, acaecido en Madrid, se acusó a los "académicos" de andar entre los rebeldes y manifestar su condenación del "mal gobierno" con frases análogas a las lanzadas en la metrópoli.

No se puede negar que la compañía de Jesús prestó servicios eminentes a la cultura durante todo el período Colonial. A poco de llegada a Quito, fundó colegios de renombre y el Seminario de San Luis Rey de Francia, cuya fama le atrajo estudiantes de todo el Nuevo Mundo. Filósofos, historiadores, hombres de ciencia, poetas, salieron ya completamente formados del Seminario y se hicieron célebres en Europa, como los hermanos Vallejo Peñafiel, los poetas Evia y Aguirre, los letrados Aibar y Machado de Chávez, los historiadores Figueroa, Velasco y otros.

La biblioteca del colegio de los Jesuitas de Quito era considerada como una de las más ricas en los dominios españoles. Opinión general muy justa como lo prueba el índice de obras que fue hecho en el año de 1682 y que existe en el Archivo de Loyola. En la época de su confiscación la biblioteca había llegado a tener más de veinte mil volúmenes, los que fueron entregados, años más tarde, con su respectivo inventario, al escritor Eugenio de Santa Cruz y Espejo, secretario de la sociedad politico-literaria "Escuela de la Concordia".

Los jesuitas trajeron la primera imprenta, cuya licencia de importación había sido obtenida inicialmente para la familia Maldonado por intervención eficaz y oportuna de Dionisio de Alcedo

y Herrera ante el Consejo de Indias. La imprenta, instalada primero en Ambato fue trasladada después al Seminario de San Luis, en Quito, donde funcionó hasta su confiscación, ordenada par el presidente Diguja a raíz de la expulsión de los hijos de Loyola. Entonces la imprenta fue clausurada y permaneció cerrada hasta el año de 1773. (34)

La acusación principal que se hacía a los jesuitas era la de buscar el poder temporal, mediante su intervención en la política. Se decía también que perseguían la misma finalidad en todas sus actividades en la esfera del comercio, de la adquisición de bienes y de la producción. Importaban artículos de Francia y eran dueños de gran número de pulperías y almacenes de mercaderías de toda clase. El Gobierno español había prohibido a las comunidades religiosas poseer esclavos; pero los jesuitas tenían muchos centenares en el territorio de la Audiencia de Quito. Poco a poco se habían adueñado de las mejores haciendas productoras de algodón y de caña de azúcar en la región interandina. También poseían propiedades en la región oriental y en la costa. En la época de su expulsión, tenían sesenta y tres haciendas en el país. A veces poseían poblaciones enteras como Nanegal, fundada por ellos el año 1600. Sólo en sus haciendas del Chota y del Pedregal pastaban más de diez mil reses. En varios lugares hacían funcionar alambiques para la destilación de aguardientes. En su informe elevado a la Corona, el virrey Amat "se quejaba de los millares de botijos de aguardiente marcados con el sacrosanto nombre de Jesús y cuya venta era dirigida por los padres de la compañía". Al referirse a las riquezas confiscadas a los jesuitas de Quito, Stevenson cuenta que entre ellas se hallaba una custodia fabricada en Londres en 1721 y cuyo valor se calculaba en esa época en 870.000 dólares. La esplendorosa obra de arte -que, desde entonces, fue guardada por los españoles en la capilla real del Escorial— tenía la mitad recubierta de diamantes incrustados en plata y, la otra mitad, de esmeraldas engarzadas en oro. (35)

Los recaudadores españoles veían con malos ojos todas esas riquezas acumuladas por la Orden de San Ignacio, "libres y exentas

de toda clase de contribuciones, porque los padres eran canónicamente mendicantes". Además, la incipiente industria local no podía competir, en esas condiciones, con el poderío económico de la compañía que, además de no pagar impuestos, disponía de mano de obra a muy bajo precio -a veces gratuita— y contaba con la ayuda pública por lo que podía aún exportar algunos productos, como los paños de Quito a Venezuela y al Paraguay. Los molinos de harina, las pulperías y la primera botica de los jesuitas se impusieron en el país y ejercieron un verdadero monopolio en sus respectivas industrias.

La opinión pública, por otra parte, señalaba a los frailes de la Orden de San Ignacio como volterianos y afrancesados. En realidad poseían un espíritu innovador y no aprobaban siempre las injusticias del régimen español. Los visitantes europeos como La Condamine, Woodes Rogers y otros decían que los jesuitas de Quito demostraban "simpatía por Francia cuya política favorecían".

Cuando la Misión Geodésica Francesa terminó en Quito sus trabajos de medición de un arco de meridiano, los jesuitas colocaron con gran ceremonia una placa de alabastro en la iglesia de la compañía, en memoria de tan fausto y trascendental acontecimiento. El padre Mangin, prior del convento, catedrático de filosofía, defensor de Descartes, pronunció en esa ocasión un discurso en que relumbraban las ideas innovadoras.

No contaban con la simpatía del régimen las actividades intelectuales y pedagógicas de estos padres, a quienes se acusó de fomentar ciertas ideas subversivas entre los indios y los mestizos, como sucedió especialmente con José Gabriel Condorcanqui o Túpac Amaru, educado en el colegio de San Francisco de Borja, y con Juan Santos Atahualpa quien encabezó la llamada "Rebelión de las Misiones" hacia 1742, hostilizó a los españoles y resistió victoriosamente sus acometidas durante trece años, emboscado en sus posesiones selváticas, a orillas de los ríos Guallaga y Ucayali.

Acaso no tenían sólido fundamento estas acusaciones; pero la actitud de los jesuitas en el destierro fue de marcada hostilidad contra el gobierno Colonial. Varios de estos desterrados en Italia

intervinieron en favor del indio rebelde Tomás Catari, a quien llamaban "Francisco I el Potente". Otros jesuitas vivían en Londres "a sueldo del gobierno inglés, al que suministraban datos sobre la situación de la América del Sur". Los padres quiteños José del Pozo y Manuel de Salas firmaron, conjuntamente con Miranda, el proyecto de Tratado de los conspiradores hispanoamericanos con Inglaterra. Tuvo una gran resonancia la "Carta a los Españoles Americanos" dirigida desde el destierro por el padre Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, en la que abogaba por la "patria continental".

Los jesuitas fueron en su época un elemento de progreso. Trajeron varias especies botánicas de Europa y las aclimataron en las tierras ecuatoriales. En la región de Ambato, plantaron las frutas mediterráneas —las peras, los melocotones, los albaricoques— y la transformaron en un vergel idílico. También fueron los jesuitas los primeros en transplantar el café de las Colonias francesas a las tierras de la Audiencia de Quito. Mas, su esfuerzo no se redujo tan sólo a ensayar nuevos cultivos, sino que abrió igualmente el camino a nuevas industrias como la fabricación de productos medicinales, la elaboración de aceites y la explotación de la "cera de Mainas".

Mientras el pueblo achacaba la desgracia de los jesuitas a su orgullo, codicia e inmoralidad, los grupos intelectuales creyeron ver en ella la obra de los agustinos. La rivalidad de estas dos órdenes no era desconocida. Además, los condes de Aranda y Florida-blanca -que presentaron la "Pragmática Sanción" a Carlos III para su firma- tenían como consejero a un famoso agustino, el padre Vásquez.

Pero, la animadversión contra los jesuitas no cesó con su expulsión. Nuevas y poderosas influencias se ejercieron desde Francia y España ante el Vaticano para la disolución definitiva de la compañía de Jesús. La Encíclica de supresión de la Orden fue dictada en 1773. La proscripción de los hijos de Loyola duró cerca de medio siglo en las tierras ecuatoriales. (36)

## VI. Agonía de la Colonia

Entre las lanzas amarillentas y nudosas de los cañaverales de la hacienda Pimampiro —propiedad de los jesuitas, donde flotó a fines del siglo XVI la sotana aventurera de Pedro Ordóñez de Ceballos, el "clérigo agradecido", que, después de dar la vuelta al mundo, llenó allí sus escarcelas- se alzaban los cobertizos del ingenio de azúcar y, más allá, se perdían en el horizonte las viñas que habían reemplazado a las plantas de coca. Los ciento veintidós esclavos negros de la hacienda se alineaban ante el Alguacil, el escribano y los soldados del Rey, enviados por la Audiencia para ejecutar la orden del presidente Diguja y Quiñones de confiscar los bienes de la compañía de Jesús y hacer el inventario de sus pertenencias.

Igual escena se repitió en más de un medio centenar de haciendas. Los padres de la compañía "eran los propietarios más ricos de la Colonia". Caseríos, ingenios de azúcar, alambiques, semovientes, muchedumbres de indios y negros, fábricas, graneros, pulperías pasaron a poder del Estado. El presidente Diguja y Quiñones confiscó todos los bienes de los jesuitas -incluso sus colegios y bibliotecas—; pero esa medida no hizo mejorar la claudicante situación económica del país. Las arcas fiscales estaban casi vacías y la Colonia entraba en su período de agonía irremediable.

El sucesor del Coronel Diguja en el cargo de presidente de la Real Audiencia, fue un economista: García de León y Pizarra, hombre con espíritu de alguacil y recaudador de contribuciones. Durante sus cuatro años de gobierno, esquilmó la nación hasta el último extremo y logró enviar al Tesoro español más de un millón de pesos. En aquellos días se hablaba de un gran alzamiento de los pueblos indígenas. El gobierno ejerció una vigilancia estrecha sobre las actividades de los ciudadanos, y, por denuncia del ebanista Fajardo, fueron desterrados del territorio de la Audien-

cia el licenciado Miguel Tovar y el fraile franciscano Ortega, a quienes se acusó de "mantener relaciones con el jefe indio Túpac Amaru, caudillo de la sublevación del Perú".

Los gobiernos sucesivos de los presidentes Villalengua y Marfil, Mon y Velarde y Muñoz de Guzmán no pudieron detener el derrumbe de la economía indiana y el desastre final de la Colonia. Juan José de Villalengua y Marfil, antiguo fiscal de Quito, intentó dar a la ciudad envejecida y gris un aspecto más decoroso, para lo que mandó empedrar las calles, blanquear las fachadas de las casas y reedificar algunas iglesias y mansiones de hermosa arquitectura barroca. Hombre de ánimo reformador, influido por las nuevas doctrinas del bien común y de la higiene general organizó el servicio de aseo público, mediante patrullas de indios, y dio a su gobierno un estilo marcadamente progresista.

A pesar de los escritos subversivos y de los pasquines dirigidos contra las autoridades españolas, así como de las frecuentes denuncias acerca de la actividad clandestina de ciertas sociedades secretas, el presidente Villalengua y Marfil no se resolvió a emplear la fuerza y a separarse de su norma política de moderación y mantenimiento de la armonía social.

Después de seis años de ejercicio del gobierno, fue reemplazado en la presidencia por Antonio de Mon y Velarde, cuya gestión administrativa no se distinguió por otra cosa que por su brevedad. En esos días —fines del año 1790- llegó a las costas ecuatoriales la misión político-científica enviada por el Rey de España, a las órdenes del famoso marino siciliano Alejandro Malaspina, quien al regreso de su expedición debía ser encarcelado en el famoso Castillo de San Antonio de La Coruña.

En el mes de setiembre fondearon las corbetas "Atrevida" y "Descubierta" en las aguas de la isla Puna, conduciendo como miembros de la misión al capitán de navío José Bustamante y Guerra, a los naturalistas Hainke y Antonio de Pineda -este último protegido del conde de Floridablanca-, al botánico Luis Nel, a un hermano del célebre Olavide y a varios oficiales distinguidos de la Armada Española.

En la noche del primero de octubre, los expedicionarios vieron las luces de la ciudad de Guayaquil y echaron el ancla en las aguas de la ría en un lugar desde donde se contemplaba claramente la radiosa y glacial caperuza del volcán Chimborazo. Una patrulla de marinos, al mando de los oficiales José Robledo y Antonio Tova, hizo una salida de reconocimiento en "La Chata", a lo largo de las riberas fluviales y de los esteros. Los improvisados descubridores costearon Naranjal, Balao, Tenguel y Máchala, hasta la embocadura del río Túmbez. Tomaron nota de la situación de los esteros de Jambelí y visitaron las haciendas de cacao de esos parajes.

Mientras tanto, el naturalista y librepensador guatemalteco Antonio de Pineda, el botánico Luis Nel y el teniente de fragata Bernaci, en compañía de algunos hombres de la tripulación se dirigieron al Chimborazo con el propósito de escalarlo y visitar su cráter; pero no pudieron llevar a cabo esta proeza por el mal tiempo que reinaba en esos lugares. Sin embargo, Pineda y Nel recogieron preciosas observaciones que fueron a enriquecer las ciencias naturales.

En esa época, la Real Audiencia de Quito comenzaba a sufrir ese mal de aislamiento que se agravaría en el siglo XIX. Muy pocas naves llegaban al puerto de Guayaquil. Todavía se encontraban allí el expresidente Villalengua y Marfil y su esposa, que estaban esperando desde hace meses alguna embarcación que les condujera a Panamá. El caballeroso capitán Malaspina les embarcó en la corbeta "Descubierta" y les dio el tratamiento que correspondía a tan encopetados pasajeros.

Todo el pueblo de Guayaquil salió a ver partir a los nobles marinos, en la mañana del 28 de octubre, y los cañones del puerto despidieron con salvas de honor a las dos corbetas de la misión científica que trajeron un hálito del espíritu reformador imperante entonces en el mundo.

Al año siguiente, llegaba a Quito otra gran figura de la Real Armada: el capitán de navío Luis Muñoz de Guzmán, nombrado presidente de la Audiencia por fallecimiento de Mon y Velarde. Enviaba España en esta ocasión un hombre de prestigio, en el apogeo

de su carrera y en la madurez de sus facultades intelectuales acrecentadas por la experiencia.

El noble navegante sevillano Muñoz de Guzmán había recorrido durante varios años los mares del Nuevo Mundo. En su mocedad navegó por el mar Caribe, visitando las fortificaciones de La Habana y de Cartagena de Indias. Luego, en su juventud, efectuó la hazaña de apresar una balandra inglesa, por lo que fue incorporado con todos los honores a la Escuadra del marqués de la Victoria, enviada a Nápoles con la gloriosa comisión de conducir al joven Carlos III desde ese puerto hasta Barcelona. Lucía ya Muñoz de Guzmán los galones de teniente de Navío, no cumplidos aún los treinta años de edad, cuando este mismo Rey le confió una misión secreta en la Luisiana y en la Florida occidental, que supo desempeñar con habilidad y valor.

Tiempos después, apareció el denodado marino en su navío "Atlante", en las aguas del Mediterráneo, en una navegación de corso, fértil en acontecimientos. Bajo el gallardete de la Escuadra del marqués de Casa Tilly sirvió luego a España en la guerra contra Portugal. Desde 1776 tomó parte en varias operaciones como Mayor General de la flota española contra las fuerzas marítimas lusitanas, distinguiéndose especialmente en la toma de la isla de Santa Catalina. Inspector de los arsenales del Rey en América, años más tarde, demostró una extraordinaria habilidad política, por lo que fue recompensado con el gobierno de Quito.

Como presidente de la Audiencia, Muñoz de Guzmán aplicó los métodos puestos en boga en España por el "despotismo ilustrado" de Carlos III y sus Ministros. De acuerdo con las instrucciones de Campomanes, promovió la fundación de la "Sociedad Económica de Amigos del País" bajo la presidencia efectiva del obispo Pérez Calama —eminente fraile salmantino que había traído de México nuevos planes educativos y una orientación progresista— y con la colaboración desinteresada y eficaz del pensador Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

Muchas veces, en los salones del presidente Muñoz de Guzmán, servidos por lacayos de librea, departieron en corrillos

susurrantes y discretos los nobles criollos que preparaban en la sombra el advenimiento de una patria libre: Mariano Flores de Vergara, —marqués de Miraflores, hermano del desventurado latacungueño que murió en la cárcel de Buenos Aires, acusado de complicidad en la rebelión de Charcas contra los españoles-, Manuel de Larrea, el anciano conde de Casa Gijón, que contaba entre sus amigos a los grandes reformadores de la Península, el joven marqués de Selva Alegre y otros personajes de peluca nívea y chorrera de encaje que ocultaban bajo el suntuoso atuendo su sangre ardorosa de insurgentes.

¿El viejo lobo de mar y Capitán General de Quito oteó en el horizonte la aglomeración de nubes que presagiaba la tempestad libertaria en que naufragaría el poderío Colonial español? ¿De labios de alguno de sus invitados se escapó acaso alguna palabra que le puso en guardia contra los manejos clandestinos de la "Escuela de la Concordia"? El hecho es que Muñoz de Guzmán se resolvió un buen día a virar de babor y salvar la "nave del Estado". Con este fin creyó conveniente extirpar la conspiración de raíz, reduciendo a prisión al doctor Espejo, bibliotecario público y secretario de los demasiado activos e importunos "Amigos del País".

## VII. Un precursor olvidado: el conde de Casa Gijón

Miguel de Gijón y León, Vizconde de la Carolina, acababa de cumplir cuarenta y dos años cuando recibió el manto con la cruz trebolada de los Caballeros de la Orden de Santiago en una solemne ceremonia celebrada en Madrid, durante la cual le sirvió de testigo Pablo de Olavide, amigo y corresponsal de Rousseau. El nuevo Caballero, nacido en 1717 en Cayambe —ciudad rodeada de pastos, al norte de Quito-era hijo del general Cristóbal de Gijón, alcaldes de la Real Audiencia, y pertenecía a la antigua familia de los León, cuya casa solariega se encuentra en Reinosa, en el lomo azul de los Pirineos Cantábricos.

Es incomprensible el silencio que guardan los historiadores modernos acerca de este gran liberal que se colocó en la vanguardia de su tiempo, sobre todo en lo que se refiere al concepto de la economía social y de la organización del trabajo. Adelantándose a la revolución industrial inglesa, Gijón y León sostenía que la industria transformaría el mundo y daba una importancia primordial a la clase obrera.

Cuando la corriente de libre pensamiento ganó la Península Ibérica y se introdujo en el gobierno de Carlos III, Miguel de Gijón se hallaba en Madrid y desempeñó un papel no despreciable en los acontecimientos. Su amigo, el limeño Pablo de Olavide —Consejero del Rey y Superintendente del Plan de Colonización de Sierra Morena— le encomendó la ejecución de una parte del famoso Plan innovador que obedecía a las ideas más avanzadas de la época, y muy pronto el sagaz Vizconde de la Carolina recibiría del monarca, en pago de sus servicios, el condado de Casa Gijón.

En ese tiempo en que los mendigos pululaban en España como una plaga de parásitos sobre una osamenta donde nada había

que roer, el Plan de Colonización fue un valioso experimento social, en el estilo de las más nobles utopías humanitarias. La finalidad del Plan era dar trabajo a los desocupados, crear el espíritu de cooperación, fomentar la agricultura, introducir nuevas máquinas, hacer del esfuerzo individual un instrumento de utilidad pública, y convertir España en una potencia productora.

El gran peregrino de la libertad, Francisco de Miranda, recorrió algunos años más tarde la Sierra Morena y se sorprendió de la obra civilizadora realizada allí por Olavide con la ayuda de hombres como Miguel de Gijón. La colonización de esas tierras hacía prever mejores días para las clases populares. En realidad, se trataba de una verdadera revolución social-agraria: se había dispuesto la limitación de las grandes propiedades; los pastos y sementeras pertenecían a la comunidad que, en compensación, debía construir los edificios públicos. Los esfuerzos de los ejecutores del Plan tendían a la formación de una conciencia comunal que sacara al país de la postración y la miseria.

Desde comienzos del siglo XVIII la situación económica del Imperio español se volvió precaria, debido al auge cada vez mayor del contrabando y a la elevación incontenible de los precios. En medio del desquiciamiento general, la ciudad de Cádiz, en vísperas de la guerra con los ingleses, había impuesto su monopolio en el tráfico de las Indias. Los mercaderes y navegantes vascos, dotados de un espíritu reformador, acabarían con esa hegemonía y serían los precursores de las nuevas ideas y de una más amplia visión del mundo.

A la "tertulia ilustrada" de la casa de Olavide, en Sevilla, concurrían todos los personajes importantes de la época y los extranjeros ilustres, tanto para discurrir con el pensador volteriano y amigo de los filósofos, cuanto para rendir pleitesía a su esposa, doña Isabel de los Ríos de Olavide, célebre por su gracia y su inmensa fortuna. En esas reuniones se originaron las ideas de emancipación espiritual, política y económica de América. Allí fraternizaron el liberal español Jorge Juan, el naturalista guayaquileño Pedro Francisco Dávila, el conde de Casa Gijón, el sabio guatemalteco Antonio

de Pineda -que sería perseguido más tarde por la Inquisición y emigraría de España después de perder todos sus bienes-, el ingenioso escritor satírico Ignacio Flores de Vergara, el joven científico Celestino Mutis, el fabulista Samaniego y los vascos de la Sociedad Económica —fundada por el conde de Peñaflorida- cuando se encontraban de paso por las tierras andaluzas.

Pedro Francisco Dávila se ocupaba de la elaboración de un *Catálogo Sistemático de Historia Natural que* ofreció como un tributo de simpatía a la Sociedad Económica Vasca, de donde surgieron los hombres que llevaron en las naves de la compañía Guipuzcoana las nuevas ideas o la filosofía de las luces —como se decía entonces— a las Colonias americanas. En París, Dávila fue amigo del joven Ramón de Munibe, gran investigador de la industria del hierro en Europa y peregrino de las avanzadas doctrinas sociales, sostenidas por los pensadores de la época que esgrimían la célebre frase de Foronda: "el hombre es un ciudadano del universo".

Olavide, Miguel de Gijón, Flores de Vergara no habían echado en saco roto las enseñanzas sembradas por los misteriosos vientos de la "ilustración". No existía aún el grupo de la Enciclopedia cuando estos sudamericanos ya afirmaban que "la verdadera riqueza viene de la tierra" y proclamaban la filosofía de la dignidad del hombre y el culto de la sencillez.

Es verdad que en esos días florecía en Francia toda una literatura de exaltación de la "sociedad idílica" y de la vida sencilla y libre; pero ese movimiento procedía a su vez intelectualmente del Nuevo Mundo. La boga alcanzada en los siglos XVI y XVII por los relatos de los navegantes y los cronistas españoles, portugueses y franceses, determinó una corriente innovadora en el siglo XVIII. Ya Montaigne había condenado los abusos de los conquistadores con los pueblos americanos: "Era un mundo niño, y los europeos debieron tratarlo como tal". La idea del "hombre de la naturaleza" —en que se inspiró Scarron estimulado por su esposa "la joven india"- venía de América ciertamente. Chinard ha señalado muy bien el fenómeno de la procedencia ideológica de las

nuevas doctrinas europeas, al afirmar que las primeras relaciones de viaje con su admiración por la vida de los pueblos del Nuevo Mundo "que vivían sin leyes y sin reyes y que, sobre todo, no conocían el tuyo ni mío parecían ya anunciar las teorías más audaces de Rousseau".

El abate Raynal, el académico Marmontel con sus "Incas", gran poema que ensalza la figura de Atahualpa, Favart -autor de la comedia *El naufragio venturoso* que tiene como escenario el río Amazonas—, Madame de Grafigny, el abate Genty eran muy leídos por la juventud inconforme del siglo XVIII. En las imaginarias *Cartas de una Peruana* —que circularon en numerosas ediciones— la lorenesa Madame de Grafigny señala Quito como la tierra natal de sus protagonistas indios Zilia y Aza y escribe estas frases memorables: "Se menosprecia a los indios y se les concede apenas un alma a esos pueblos desventurados; sin embargo, su historia abunda en monumentos de la sagacidad de su espíritu y de la solidez de su filosofía". (37) Y el abate Genty extrema la nota en su libro *Influencia del descubrimiento de América sobre la felicidad del género humano*, en una de cuyas páginas se interroga: "¿En qué lugar la mano liberal de la Providencia se ha mostrado más espléndida que en el valle de Quito?"

Infortunadamente, los dones providenciales ya habían sido casi agotados por la insaciable codicia de los gobernantes y señores de la tierra, a comienzos de la segunda mitad del siglo XVIII, pues no se veían transitar por las calles de Quito, entre los deslumbrantes templos Coloniales, sino "monjes, mendigos y sirvientes". La mendicidad que abundaba en la metrópoli era mayor en los dominios de ultramar. Así, la Real Audiencia de Quito se encontró con el problema social de las muchedumbres de mendigos y la decadencia de la agricultura, que hacían presagiar la ruina final de la Colonia.

El conde de Casa Gijón se dedicó al estudio de las Ciencias Económicas y de los inventos que prometían transformar los métodos agrícolas y la industria. Compartió con Olavide la admiración por el "arado con ruedas" que simbolizaba la industrializa-

ción de la agricultura y el comienzo de una nueva era de progreso. Esta "máquina maravillosa" fue introducida por los dos hispanoamericanos en el trabajo de las Colonias de Sierra Morena y después en otros lugares de España.

El austero Jovellanos dirigía desde su torre la renovación ideológica del mundo hispánico, mientras los ministros Aranda, Campomanes y Floridablanca, continuadores de la obra de Peñaflorida, iniciaban la reforma social, económica y agraria del país. Los brumosos estudios metafísicos y teológicos fueron reemplazados por el culto de las ciencias físicas y naturales. Los reformadores se escudaban detrás de la física experimental contra los disparos de los "ultramontanos". Desde entonces, los liberales de América llamarán ultramontanos a los conservadores. Ultramontanos de golilla, en oposición a los hombres nuevos que lucían chorrera de encaje. Simbólicamente, por esta razón, el doctor Eugenio Espejo -amigo y corresponsal del conde de Casa Gijón y de Campomanes- dará a su sátira contra el gobierno Colonial el título de "Retrato de Golilla".

El conde de Campomanes estimulaba la educación popular y la producción, dictaba las "primeras disposiciones para impedir el aumento de los bienes llamados de manos muertas" —adelantándose en más de un siglo a la reforma democrática y liberal en el Ecuador—, y, ante la iniciativa de los vascos de Vergara, enviaba una circular a todos los pueblos de España y sus dominios, invitándoles a la fundación de análogas "Sociedades Económicas de Amigos del País", algunas de las cuales iban a consumar la obra de la emancipación de las Colonias.

El *Discurso sobre Educación Popular* publicado por Campomanes en 1775 se convirtió muy pronto en un "catecismo de la reforma social" y tuvo en América "mayor influencia que la de los Enciclopedistas". El conde de Campomanes, convencido años más tarde —hacia 1793— de que era inminente la independencia de América, y obligado a dar su dictamen al rey sobre la situación creada por la independencia de los Estados Unidos, se pronunció contra "el sistema Colonial sostenido por

las armas" y propuso sustituir el término de Colonias por el de "dominios españoles".

La visión política del conde de Aranda, quien llevó a Olavide a París como secretario particular durante su fastuosa embajada, fue asimismo de grandes alcances en lo referente al mundo Colonial: Aunque sin éxito, aconsejó a Carlos III que dictara las medidas necesarias para emancipar a América y constituir una Confederación Hispánica, de inmensas posibilidades para el porvenir. Esa Confederación o Comunidad Hispánica habría limitado a tiempo, sin duda alguna, la expansión de la Comunidad Británica, y habría modificado el equilibrio de las naciones.

En cuanto a Floridablanca, su influencia sobre los acontecimientos políticos de España se prolongó hasta los días de la invasión napoleónica. Su espíritu liberal —aunque no su presencia corpórea, pues había fallecido poco antes en la isla de León- flotó sobre los escaños de las famosas Cortes que dieron una Constitución democrática a España y abolieron la inquisición en todos los dominios españoles.

La prohibición de establecer conventos en Sierra Morena, le valió al superintendente Pablo de Olavide la enemistad del poder eclesiástico, en particular de los monjes capuchinos que le motejaron de "hereje, ateo y materialista". Como estos calificativos no se referían a actos concretos, el padre Fribury le acusó ante el Santo Oficio "por haber comido carne el viernes, poseer cuadros de figuras desnudas, prohibir sonar las campanas en caso de tempestad y haber negado los milagros". (38)

La inquisición, ante la gravedad de estas faltas —sobre todo aquello de las campanas, en una época en que repicarlas era "Un remedio contra todos los males de la tierra"— ordenó hacer un "autillo de fe" con Olavide y le condenó a la reclusión perpetua en un convento. Pero, el antiguo favorito del conde de Superunda, virrey del Perú, pudo escapar y refugiarse en Paris y, luego, en Orleans. Más tarde, la Convención le llamaría a la barra para decretarle una corona cívica. Marmontel le dedicó un discurso de bienvenida en la Academia Francesa y Diderot escribió una noticia sobre su vida.

En la atmósfera de inquietud innovadora y de industrialización naciente que reinaba en la España de Carlos III y Carlos IV y de los reformadores que proclamaban la filosofía del progreso —cuyos semblantes fueron inmortalizados por Goya en sus patéticas pinturas-, vivió y trabajó, Miguel de Gijón y León, digno de codearse con los revolucionarios "caballeritos de Azcoitia". Las doctrinas en boga encontraron eco en su corazón y en su mente. Así, a su regreso de España, después de un viaje de estudio por Francia y Suiza, llevó a su patria nuevas ideas sociales, disimuladas bajo su arrogante tricornio, su capa recortada a la moda y su impoluta chorrera de encaje, y trató de aplicar en Quito algunos de sus planes de fomento de las artes domésticas. Con la ayuda de Eugenio Espejo fundó una sociedad llamada "Escuela de la Concordia" que llegaría a contar con veintidós miembros y veintiséis socios correspondientes y que formaría, en 1789, el núcleo de la Sociedad Económica de Amigos del País. Naturalmente, el sagaz y activo conde fue el primer presidente de la revolucionaria "Escuela de la Concordia", taller, logia y almáciga de los futuros próceres y mártires de la emancipación de la Colonia.

El prestigio intelectual del colaborador de Olavide se refleja en las frases admirativas del precursor Espejo: "¡Oh generoso y humano Gijón! Dejas a París, abandonas a Madrid, olvidas la Europa toda y todo el orbe, para que todo el globo reciba su felicidad de la felicidad de Quito... El que conozca un poco el mundo y el que haya penetrado un poco tu mérito dirá que hablo con moderación. Las manufacturas llevadas hasta su mayor delicadeza... refinada al fin la industria hasta el último ápice: ved aquí los fondos para mantener un mundo entero y para que este mundo, con recíproca reacción, reanime la universalidad de los trabajos públicos".

En el territorio de la Real Audiencia de Quito, Miguel de Gijón y León, conde de Casa Gijón, intentó dar vida a un plan de colonización análogo al que había absorbido su tiempo en las tierras peninsulares, y a esa finalidad dedicó todos sus esfuerzos con la colaboración del progresista marqués de Maenza. Su anhelo era transformar la Sierra del Ecuador en una pequeña Suiza, en un país

ganadero que abasteciera en productos agropecuarios a las naciones vecinas Con este fin importó de las Colonias inglesas y de Europa ejemplares bovinos para mejorar la cría de ganado y máquinas para la elaboración de productos de la granja, iniciando así la explotación del suelo en gran escala, especialmente en Imbabura y otras regiones del norte que guardan aún la memoria del reformador. La incomprensión de las autoridades españolas le impidió llevar a cabo su obra, en gran parte, aunque logró dar nuevo impulso a la industria fabril a pesar de la resistencia del régimen.

Skiner, en su libro *The present State of Peru,* escribe: "Quito era en el siglo XVII una de las ciudades más opulentas de la América del Sur. A comienzos del siglo XVII perdió mucho de su importancia: sus plantaciones y sus manufacturas se redujeron a la quinta parte y no representaban nada de su antiguo esplendor. Para dar nuevo vigor al país, el conde de Casa Gijón, hombre de gran carácter y cuyo nombre ocupa lugar distinguido en la historia literaria de América, hizo venir a su costo y haciendo grandes gastos muchos artesanos y artistas de Europa para restablecer las manufacturas, perfeccionar las artes, y, en una palabra, devolver a Quito la importancia que había perdido".

Ya anciano, Miguel de Gijón escribió sus *Memorias* que servirán para el mejor conocimiento de su época. Hallándose en Jamaica -adonde se había trasladado penosamente por la ruta del Amazonas para seleccionar un grupo de artesanos... una noche en que dormitaba en su hamaca, vencido por el calor tórrido de la isla, le sorprendió un incendio súbito contra el que no pudo defenderse por su edad muy avanzada. Las llamas devoraron el cuerpo mortal del conde de Casa Gijón, liberal, civilizador, solterón empedernido y precursor no solo de la emancipación ecuatoriana sino también de las ideas sociales de nuestro tiempo.

## VTII. El doctor Espejo, despertador de la conciencia criolla

S**u semblante enjuto,** quemado por el sol equinoccial, su bigote despoblado y melancólico y su cabello raído, denuncian su sangre aborigen, pero también su carácter insobornable. Tiene la figura del mártir, la frente meditativa del sabio, la mirada encendida del profeta y del conductor de pueblos. Nació en el Hospital de San Juan de Dios y allí murió, después de salir de la prisión, a la que le habían condenado las autoridades españolas por sus ideas revolucionarias y donde contrajo su mortal dolencia.

Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, de origen indio según se puede ver en el acta insertada en el "Libro de los indios, de los negros y de los mestizos" de la iglesia del Sagrario, de Quito, fue un gran escritor político, un hombre de ciencia y un crítico de primera magnitud. Su padre era sirviente de un religioso betlemita que hacía de enfermero en el hospital y su madre fue una mulata de apellido Aldaz. El desventurado niño tuvo que leer a hurtadillas y formó su cultura sin ayuda de nadie hasta llegar a ser respetado por todos y «merecer el nombre -ilustre hasta nuestros días— de "Doctor Espejo".

El doctor Espejo era buscado y consultado por nobles y plebeyos. Los encopetados marqueses criollos le dispensaron su amistad y recibieron el influjo de sus ideas renovadoras. El hijo del menospreciado sirviente indígena se convirtió en el centro de la vida intelectual de Quito en el último cuarto del siglo XVIII. En su casa del mesón, en la residencia de Mariano Flores de Vergara, situada en Santa Bárbara, o en la mansión de Juan María Montúfar, marqués de Selva Alegre, la palabra de Espejo señalaba derroteros y descubría nuevos horizontes, haciendo florecer la esperanza en el yermo Colonial. Alrededor del hombre extraordinario se agruparon muy pronto los marqueses de Maenza, Solan-

da y villa Orellana, varios letrados y ciudadanos de diferentes sectores sociales. A esas "tertulias" -a donde concurrían también extranjeros notables como el gaditano Celestino Mutis, "patriarca de los botánicos del Nuevo Mundo", a quien Catalina II de Rusia había encargado recoger las gramáticas de algunos pueblos aborígenes americanos—, acudían sobre todo los miembros de la "Escuela de la Concordia", patriotas y hombres de letras como Sancho de Escobar, Gabriel Álvarez, Nicolás de la Peña, Ramón Yépez y los poetas Nicolás Carrión y Juan de Larrea. Sancho de Escobar, cura del pueblo de Zámbiza y orador sagrado, había sido el blanco de las saetas irónicas de Espejo, en sus diálogos escritos en 1779; pero luego se habían reconciliado ambos adversarios, en aras de la causa de la emancipación de su tierra.

Espejo miraba con amor la cultura francesa y se dedicó a difundir las enseñanzas de la Enciclopedia en América. Admiraba a Voltaire, Pascal y Rousseau y veía en sus doctrinas filosóficas un camino de salud para el hombre del Nuevo Mundo. Se interesaba también por el movimiento liberal hispánico, fomentado por Jovellanos, Campomanes, Floridablanca, el duque de Alba y Aran-da. A los treinta y tres años de edad, escribió *El Nuevo Luciano de Quito* donde resplandece su vasta ilustración y su original estilo literario. La forma de sencillo diálogo que había escogido el pensador para revestir sus ideas era muy del gusto de la época.

Sorprende que un libro de tan extraordinaria virtud subversiva —cuyo título completo es *El Nuevo Luciano de Quito o Despertador de los ingenios quiteños, en Nueve conversaciones eruditas para el estímulo de la Literatura*— estuviera dedicado al presidente español Diguja, en términos hiperbólicos que dejan adivinar mal veladas alusiones a la Rebelión de los Estancos y a la actuación ulterior del gobernante español "que apenas pisó los términos de esta provincia (Quito), cuando cayeron de su altar los simulacros de la rebeldía y de su templo los ídolos de la nacionalidad..'.

No obstante, la idea del autor es firmemente democrática, pues sostiene que el mejor gobierno consiste en pesar "con la mayor exactitud lo que se debe a los intereses del príncipe y a la feli-

cidad del vasallo". Elogia a Erasmo y hace la defensa de Pascal, con gran indignación de los jesuitas. Pone en las nubes la oratoria francesa y sus representantes Massillon y Bossuet. Critica el programa educativo de la Colonia y hace oír de vez en cuando su risa rabelesiana cuando habla del poco fundamento de la desigualdad social, ya que "de diez en diez años, los villanos se hacen nobles y los nobles villanos", o cuando habla "de los bostezos del Pichincha, del Cotopaxi, del Tungurahua, en vida de nuestros tatarabuelos; de los terremotos, pestes y plagas en tiempos de los bigotes, calzones bombachos, sayas rasgadas, vaquerillos y varones".

En esos nueve diálogos entablados entre dos típicos personajes Coloniales —e l doctor Mera, ex jesuíta, y el médico quiteño Miguel Murillo y Loma "retrato del pedante, del semibárbaro y del hombre sin educación"— se agitan muchas ideas y doctrinas y se comentan innumerables acontecimientos que ayudan a comprender la obra de la Colonia y el derecho de los pueblos a su emancipación. Espejo tenía un concepto claro de la ciencia de gobierno y de la economía política y social, al estilo de los nuevos tiempos, como lo prueban sus elocuentes parodias: "Nunca existió el siglo de oro sino cuando faltó el oro. Entonces vio la tierra su Edad de hierro cuando abundó el oro. Trajano Bocalini tiene por este motivo en uno de sus avisos, por funesto el descubrimiento de las Indias. Solamente la agricultura atendida y la abundancia de los frutos han hecho la felicidad de la vida inocente de toda la tierra".

Jurisconsulto, hombre de ciencia, escritor satírico, latinista erudito, Espejo puede ser considerado como el maestro e inspirador lejano de Montalvo, aunque no mira con simpatía a los escritores españoles del Siglo de Oro, pues afirma que la lectura de Séneca "vició a Quevedo y a Gracián". Luego, critica al padre Aguirre, -cuya descripción única de Montserrat le divierte y acusa a los jesuitas quiteños, que escribieron en latín, de haber imitado a Luciano Sugiere que las letras francesas son un vehículo de la libertad de pensamiento y denuncia la opinión extendida entre los "chapetones" cuando hace decir al inculto Murillo que no quiere "doctrinarse en ese maldito idioma que vuelve a todos heresiarcas".

*El Nuevo Luciano de Quito* produjo escozor en la piel de ciertos elementos pacatos y conformistas. El padre Aráuz escribió una obra, *Marco Porcio Catón* con el pseudónimo de Moisés Blancardo, para refutar al pensador mestizo, que no tardó en de volver La estocada con otros nueve diálogos, titulados *La Ciencia Blancarclina*, en donde salió malparado el reverendísimo polemista.

No faltan algunos críticos que consideran las *Cartas Riobambenses* como la obra maestra de Espejo. Otros sostienen que el *Retrato de Golilla* —publicado en 1781, en que llama al monarca español "rey de barajas"— merece más atención por ser una sátira insuperable contra las arbitrariedades del régimen Colonial. De todas maneras, *El Nuevo Luciano de Quito* es "la más antigua obra de crítica compuesta en la América del Sur". Mas, es necesario conocer toda la obra del escritor enciclopédico para destacar sus ideas políticas que giran siempre alrededor del progreso, del establecimiento de un gobierno popular y de la unión de las Colonias americanas para su común defensa.

El revuelo que produjo el *Retrato de Golilla* llegó hasta palacio y puso en movimiento a las autoridades españolas. El presidente Villalengua y Marfil ordenó la prisión de Espejo; pero el pensador mestizo tenía poderosos y secretos protectores, entre la nobleza y el clero, y obtuvo permiso para viajar a Bogotá con el fin de vindicarse ante el virrey. Sus gestiones en esa ciudad fueron coronadas por el éxito, gracias a la intervención personal y oportuna del marqués de Selva Alegre, su amigo y compañero en el oculto anhelo de la emancipación de las Colonias, quien había llevado a Nueva Granada cinco dibujantes quiteños para que trabajaran con el sabio Celestino Mutis en la ilustración de su gran obra sobre la flora del Nuevo Mundo. Montúfar hizo entrar igualmente a Espejo en amistad con los precursores Zea y Nariño, cuyo trabajo culminaría lustros más tarde con la independencia de Nueva Granada.

Por los caminos reales, empedrados pacientemente con guijas, y a veces con huesecillos de toro por los indios reducidos a la servidumbre, empezaron a viajar a lomo de muía, escondidos entre

los zurrones de aguardiente, los escritos de Nariño y de Espejo, mal impresos o copiados a mano. De este modo, las ideas de libertad comenzaron a germinar y florecer en el terreno propicio de la conciencia del pueblo. Tanto el artesano como el noble criollo, el labrador como el sacerdote o el letrado, esperaban con oculto anhelo el alba prometida.

A su regreso de Bogotá, el pensador y polemista, vio aumentar su prestigio aún entre la clase dirigente de Quito. Nombrado Secretario de la "Sociedad Económica de Amigos del País", intentó darla el nombre de la organización patriótica que ya existía, la Escuela de la Concordia, con habilidad política indudable. Al mismo tiempo, la biblioteca de los jesuitas confiscada diez años antes y desde entonces guardada bajo sellos, le fue confiada por el Gobierno español con el encargo de organizaría de modo conveniente para su servicio como Biblioteca Pública.

Infatigable anduvo el bibliotecario entre los anaqueles, consultando los viejos libros y los infolios. Pero esta actividad subalterna de la cultura no podía satisfacer plenamente al pensador forjado para la polémica y la creación literaria. Así, acogió con alegría el encargo que le hizo la "Sociedad Económica de Amigos del País" para que publicara un periódico. En enero de 1792, después de incontables esfuerzos, Espejo sacó a la calle el primer número de *Primicias de la Cultura de Quito,* que fue como una luz de amanecer entre las sombras de la Colonia. Otros seis números consecutivos llevaron la buena nueva por los caminos empedrados, los puentes de sogas y los senderos polvorosos de la América meridional.

¿Fueron las ideas difundidas por este periódicos, las doctrinas sustentadas en sus libros, las murmuraciones cortesanas, o los testimonios prestados por ciertos ciudadanos -entre ellos el clérigo Juan Pablo Espejo, hermano del pensador- acerca de una supuesta conspiración contra el régimen español, los pretextos de que se valió la Real Audiencia para ordenar la prisión del bibliotecario ilustre? No se sabe exactamente pero lo cierto es que el presidente Muñoz de Guzmán, en persona, asistido de algunas autoridades y del

escribano Ascaray se presentó un día en el antiguo convento de los jesuitas, en donde funcionaba la biblioteca pública y le intimó a Espejo la orden de entregarse preso.

Detrás de los barrotes de la cárcel de la Audiencia, el librepensador no cesó de contemplar el panorama político de la Colonia y de poner por escrito sus reflexiones, destinadas a despertar y orientar la conciencia de los criollos y mestizos. La vida de la prisión —desprovista de condiciones higiénicas— y las privaciones impuestas por el régimen penitenciario, minaron al cabo de un año el débil organismo y le produjeron una mortal dolencia. Trasladado al hospital de San Juan de Dios, entre los muros melancólicos que habían visto el humilde trajinar de su padre y habían escuchado el llanto maternal de la mulata Aldaz, expiró el mártir de la libertad en el mes de diciembre de 1796. Pero, sus doctrinas le sobrevivieron. Sus compañeros y discípulos formaron algunos años más tarde la Primera Junta Soberana de Gobierno que ordenó apresar al gobernante español y proclamó la independencia de las tierras ecuatoriales.

Adelantándose a su tiempo, el doctor Espejo exaltó el sistema democrático y, bajo la mascara de fidelidad al espíritu español, presentó a la consideración de sus coterráneos los más eximios modelos de la república moderna: "En la misma Europa, no fue España la primera que en este siglo la renovase. Los cantones suizos la resucitaron, y España atenta a su bien más que a la pueril vanidad de no ser imitadora, la adoptó reconociendo cada día más las ventajas de este sistema político. ¿Pues qué falta entre nosotros para seguir su ejemplo?"

## IX. Fogatas sobre la cordillera

Las casas se tambaleaban, parecían apartarse unas de otras y volvían a juntarse, mientras el suelo se estremecía, ondulaba y se abría en grietas profundas que se tragaban árboles, hombres y bestias. La tierra despertaba, como animada de vida propia, y sacudía ruidosamente sus lomos de animal fatigado. En el horizonte, las montañas se achataban, cedían y se ensanchaban, amasadas por el puño gigante del sismo. Las torres y los grandes edificios de piedra y ladrillo fueron los primeros en desplomarse con gran estrépito, entre nubes de polvo. Las campanas de todas las iglesias empezaron a "plegarias", a doblar a muerto. La tierra "siempre verde" se moría entre espantosas convulsiones. Era la muerte universal, el "día del juicio" anunciado por los libros apocalípticos.

Tres grandes ciudades —Latacunga, Ambato y Riobamba- y numerosas aldeas quedaron convertidas en escombros. Los habitantes empavorecidos salieron a arrodillarse en las calles y en las plazas, con los brazos en cruz "para no ser tragados por la tierra" o iban a desfilar en las procesiones y "rogativas", que avanzaban lentamente entre las ruinas, invocando la piedad del cielo.

Hacia el anochecer, cuando la tierra cesó de temblar, aparecieron grandes fogatas sobre la cordillera. Los indios se armaban y salían en son de guerra por todas partes. Eran las postrimerías del gobierno del capitán de navío Muñoz de Guzmán, que no habla encontrado escollos más peligrosos durante toda su vida de navegante.

En el cataclismo perdieron la vida millares de pobladores, se transformó el aspecto panorámico de la región y se destruyeron muchos monumentos públicos y mansiones particulares. Todos los molinos e ingenios quedaron en ruinas. La población de Quero —famosa por sus hábiles artesanos, en especial carpinteros y ebanistas— fue sepultada por un cerro. No quedo "piedra sobre piedra" de

la ciudad de Latacunga. Desaparecieron las haciendas y los obrajes de Patate. La tierra entreabierta "empujó hacia fuera verdaderas pirámides, los conos de Moya" y arrojó un río de lodo que sepultó la ciudad de Pelileo. Se derrumbó el cerro de Sicalpa que detuvo el curso de los ríos y convirtió la ciudad de Riobamba "en un lago que ocultó el paraje donde existió".

Millares de refugiados empezaron a llegar a la provincia del Azuay y el hambre mostró su faz macilenta por esos campos. Los indios atacaron un destacamento de granaderos del Rey. Los cabecillas de la sublevación intentaron llevar a cabo un proyecto desesperado: "Quisieron prender fuego a las minas de azufre de Tixán y formar así un volcán que devoraría la provincia del Azuay". La Audiencia despertó de su letargo y envió tropas regulares para sofocar la sublevación. Los cabecillas no tuvieron tiempo para ejecutar su plan y fueron apresados y conducidos a la cárcel de Quito.

El territorio central de la Audiencia -situado alrededor de los volcanes Cotopaxi, Tungurahua y Chimborazo— estaba desorganizado par el éxodo de las poblaciones que huían de los temblores de tierra, y necesitaba de un plan completo que le permitiera proseguir sus actividades acostumbradas. El Barón de Carondelet, designado para reemplazar en la presidencia a Muñoz de Guzmán, se presentó con el boato de un gran señor, seguido de sus esclavos negros y revestido con el suntuoso uniforme de capitán General, con la espada ceñida a su talle de cincuentón, experto en el arte de gobernar los pueblos y catar los vinos añejos. Pero, el presidente y la joven Baronesa, su esposa, no se encontraron tan solo con la buena acogida de una sociedad cortesana sino también con la inmensa tarea de la reconstrucción de las poblaciones derruidas.

De nuevo, las fogatas de guerra empezaron a chisporrotear, en la noche, sobre la cordillera, invitando a todos los pueblos indígenas a unirse para luchar contra el enemigo común. Se sublevaron los indios de Guamote y de Columbe. Grandes muchedumbres armadas de picas y de lanzas vivaqueaban entre los riscos de los Andes amagando los pueblos de la Sierra. El Barón de Carondelet, que

había fumado la pipa de la paz con los pieles rojas de las praderas norteamericanas, no obtuvo la amistad de los descendientes de los puruháes y se vio obligado a enviar al sur varios destacamentos de granaderos del Rey que hicieron una matanza espantosa, acabando con los rebeldes y apresando a siete cabecillas que fueron ahorcados en la Plaza Mayor de Quito. Debían transcurrir algunos años para que volvieran las regiones devastadas a la vida normal. Carondelet tuvo el buen acuerdo de trasladar la ciudad de Riobamba a la llanura de Tapi, donde florecería de nuevo, activa y señorial, hasta reconquistar su antiguo prestigio. El noble Barón fue así el verdadero fundador de la actual ciudad, ya que no había quedado ni rastro de la antigua Villardompardo, cubierta por las aguas y coronada de cuervos y aves acuáticas.

El barón Héctor de Carondelet tenía sangre de capitán de Flandes, pues había nacido en los Países Bajos. Su espíritu metódico y su actividad infatigable se habían puesto a prueba en Louisiana, donde fundó la ciudad de Nueva Orleans y ejerció su gobierno con gran habilidad y acierto. Dotado de un agudo sentido político, se dio cuenta desde el primer momento de la importancia que revestía la independencia de los Estados Unidos para el destino de los pueblos limítrofes y quiso cerrar el paso a la expansión angloamericana celebrando, en su calidad de gobernador de Luisiana y Florida Occidental, una alianza con las tribus indias del Sudoeste, en cuyos territorios estableció avanzadas y puestos militares españoles. Luego, al ver levantarse en el horizonte de la Colonia la bandera estrellada de la Unión, fomentó con dineros y con hombres el movimiento de separación del Estado del Oeste —la región de Texas y Misouri— aunque no obtuvo éxito en su maniobra internacional de gran estío. Pero los insurgentes norteamericanos no eran los únicos fantasmas que turbaron el sueño del Barón: También los agentes clandestinos de Francia minaban la Colonia con su trabajo oscuro. Carondelet ordenó la persecución de algunos elementos sediciosos y recogió los ejemplares de una proclama en francés "en que se incitaba a los vecinos de Nueva Orleans a la revolución y a liberarse de la opresión española a imitación de los vecinos de Kentucky".

El gobernante flamenco amaba el progreso material y el orden sobre todas las cosas. De ahí su conducta férrea e implacable con las parcialidades indígenas y su decisión por las obras públicas y los caminos. Inspirado en la política del antiguo presidente Miguel de Ibarra, manda reanudar los trabajos del sabio Maldonado en la selva de Malbucho con el fin de unir la ciudad de Ibarra y la bahía de San Lorenzo. Así llegó a construirse el llamado "camino de Carondelet" que seguía a lo largo del río Mira, y comunicaba la capital de Imbabura con la espléndida bahía, considerada por los conocedores como el mejor fondeadero del Pacífico. La vegetación tropical debía borrar este camino en menos de medio siglo, dejando burlada otra vez la antigua aspiración de los pueblos deseosos de progreso.

No en vano era Carondelet un hijo del "siglo de las luces" como lo demostraban sus relaciones con ciertos librepensadores europeos. En 1803 entró en amistad con un guayaquileño ilustre que volvía a su país de origen, después de haber sido admitido en la intimidad de la familia de Napoleón y en los mejores salones de París, y que sería con el curso de los años presidente de la República del Ecuador: el patricio Vicente Rocafuerte. Este joven pensador regresaba con una aureola de renombre, avivada por el aprecio de los hispanoamericanos residentes en Europa, con quienes había hecho el juramento de libertar a América, en una reunión secreta celebrada en vísperas de la Navidad de 1797, en la casa que ocupaba Francisco de Miranda en Belleville, donde los "diputados de todas las provincias del Nuevo Mundo" facultaron al gran venezolano para que "ajustase un tratado de amistad y alianza entre las Colonias de España y la Nación Británica".

Rocafuerte trajo algunas cartas de París, destinadas al Barón y presidente y, con este motivo, se puso en relación con el Secretario Morales, la Baronesa de Carondelet, el marqués de Selva Alegre, el caballeroso y leal marqués de Maenza —que le acompañaría más tarde en la lucha de *El Quiteño Libre*— y los letrados, nobles y sacerdotes que conspiraban para emancipar el país de la dominación española. Después de gobernar la Audiencia durante

ocho años con mano firme y de restaurar los monumentos públicos, entre ellos la Catedral a la que dotó de un templete con cúpula y una magnífica portada de piedra el semblante encarnado del plácido gobernante flamenco, algo abotargado ya como se puede, ver por el retrato que se expone en el Museo de Nueva Orleans, empezó a dar señales de fatiga. (39) Y el décimo día de un mes de agosto sacudido de vientos veraniegos, la muerte se instaló en el Palacio y detuvo para siempre el corazón apasionado y solitario del Barón. El democrático siglo XIX entraba ya en su segundo lustro y unos extraños resplandores iluminaban los horizontes del mundo.

## X. Humboldt en Quito

A horcajadas sobre su mula serrana, el ilustre Barón alemán, llamado por sus contemporáneos "el Aristóteles moderno", contempló sucesivamente la meseta helada de Pasto, los valles andinos, los abismos pavorosos del Chota, las calles de Ibarra, las vegetaciones risueñas que parecían darle la bienvenida. El medico y naturalista francés Aimé de Bonpiand le acompañaba en ese viaje de exploración a las zonas equinocciales. Humboldt, que acababa de cumplir los treinta y cinco años de edad, exponía con delicia, al viento y al sol de los Andes, su semblante de piel fresca y henchida de salud. Bajo la combada frente, coronada por el oro sutil de los cabellos, relucían los ojos de un color gris azulado con la alegría del descubrimiento incesante de las tierras desconocidas, y la nariz roma parecía aspirar hasta la embriaguez el olor de las plantas misteriosas del Nuevo Mundo. El joven sabio no perdía un detalle del paisaje y todo lo grababa en su memoria con paciencia germánica. "Viajando sobre el lomo de los Andes, de Pasto a la villa de Ibarra —escribirá algún tiempo después— hemos atravesado la famosa quebrada del Chota... que tiene más de mil quinientos metros de profundidad perpendicular..."

Los dos viajeros llegaron a Quito en los primeros días de enero de 1802. La belleza de la ciudad y el carácter cordial de sus habitantes impresionaron al barón de Humboldt, que no dejó pasar muchos días sin dar noticia de ello y de la hospitalidad recibida, en una carta a su hermano Guillermo, poeta y amigo de Schi11er y de Goethe: "El marqués de Selva Alegre había tenido la bondad de prepararnos una hermosa mansión que, después de tantas fatigas, nos ofrecía todas las comodidades que se podrían desear en París o en Londres". Humboldt comprobó que el clima de Quito se había enfriado a causa del terremoto de 1797 y que ya no se po-

día hablar de una primavera perpetua sino de un eterno otoño. Ecuatorial otoño quizá más bello que las otras estaciones.

La mansión de la familia Montúfar era el centro de reunión de los hombres de letras de Quito y de los extranjeros notables que, muchas veces, fueron invitados a pasar una temporada en la hacienda del valle de Chillo, propiedad de los marqueses de Selva Alegre. Era la época de las "tertulias ilustradas" y ninguna fue de mayor elevación y buen gusto que la del noble patricio quiteño. La casa de la hacienda se hizo célebre por su ambiente acogedor "como la quinta de Mecenas —a l decir del padre Solano- a donde concurrían los literatos y sabios de Roma". Los Montúfar descendían del antiguo presidente de la Real Audiencia, Juan Pío de Montúfar y Frasso Porras y del Corro, capitán General y Consejero de Indias. Eran tres hermanos: Juan María, el mayor, heredero del marquesado de Selva Alegre, Joaquín e Ignacio, capitán de infantería de las Milicias. Juan Maria de Montúfar y Larrea habla educado a sus hijos Carlos y Francisco para la causa de la emancipación americana. Además, protegía a varios criollos y mestizos distinguidos, como Antonio Ante, Mejía, el cura Rodríguez, Morales y otros. El noble visitante alemán, que hablaba el español "casi tan bien como su lengua materna", conoció a todos estos personajes en Quito y en Chillo y participó en sus coloquios, en que llegó a decidirse el destino político del país.

Desde la casa de la hacienda de Chillo, admiró Humboldt la figura adusta del volcán Pichincha y comunicó a Carlos Montúfar su deseo de examinar el cráter y de estudiar toda la orografía ecuatorial. El joven Montúfar "particularmente apasionado por el progreso de las ciencias y quien se ocupaba de hacer reconstruir con sus propios recursos las pirámides de Caraburo, términos de la célebre base de los académicos franceses y españoles", se ofreció para acompañarle y desde ese día memorable no abandonó al sabio en sus viajes científicos. (40) Entonces, comenzó ese deliranto desfile de volcanes, ese ascender continuo a los picos de hielo y a las cúspides del planeta, esa visita sucesiva a los gigantes de la creación, a los monstruos de pórfido que abrían sus hocicos humeantes, reple-

tos de fuego telúrico: Pichincha, Antizana, Cotopaxi, Tungurahua, El Altar, Chimborazo...

Humboldt comprobó que el cráter del Pichincha estaba de nuevo en actividad. Desde Quito envió algunas cartas a su hermano y a Delambre sobre el progreso de la geografía física, y en una de ellas anotó: "A pesar de los peligros de que la naturaleza les ha rodeado, los habitantes de Quito son alegres, vivos, amables... La ciudad respira lujo y sensualidad. El hombre se ha acostumbrado a dormir tranquilamente al borde del abismo.

En compañía de Bonpland y de Carlos Montúfar, el inquieto Barón alemán recorre el país. Los tres viajeros incansables se alojan en la casa de la hacienda "La Ciénaga", propiedad del joven marqués de Maenza, construida "por una persona íntimamente vinculada al señor de La Condamine" y que iba a ser el teatro de uno de los episodios más heroicos de la lucha por la independencia. Desde la terraza de esa mansión, el "coleccionista de volcanes" examina detenidamente el Cotopaxi y dibuja con arte y paciencia una imagen de su cono perfecto y fúlgido, engarzado en el horizonte como un inmenso y sobrenatural diamante. El paisaje deja maravillado al contemplador. "Es uno de los sitios más imponentes y majestuosos -escribe en uno de sus libros— de todos los que he visto en los dos hemisferios".

Los expedicionarios de la ciencia siguen viaje hacia el sur. Se hospedan algunas semanas en Riobamba, en casa del corregidor de la Ciudad, hermano de Carlos Montúfar. Ascienden al Chimborazo hasta la altitud de 5 810 metros. Humboldt continúa sus impresionantes anotaciones "Si el Chimborazo entra en actividad sería una desgracia para todo el género humano". Visitan luego el Nevado del Altar que en una época fue "el más alto volcán" y que los indios llaman Cápac Urcu o "jefe de las montañas". En poder de Leandro Zepla, indio de Licán, encuentra Humboldt el famoso manuscrito —conocido con el nombre de "Códice de Zepla"— en el que se relata que mucho antes de la invasión de los incas, durante el reinado de Huaina Abornata, último Conchocan do, comenzó la erupción del volcán Cipac Urcu,

el cual se desplomó poco a poco en un proceso que duró varios años "lo que cambió la faz del universo".

En el páramo del Azuay comprobó Humboldt que caía nieve en los meses de junio, julio y agosto. Los exploradores atraviesan una llanura de más de cuatro kilómetros, y al bajar hacia el sur se encuentran con Ingapirca, monumento militar construido antiguamente por los indios. Humboldt evoca la civilización incaica, examina el Inti Guaicu o "quebrada del sol", señala el año 1470 como el de la conquista de Quito y estudia la geología de este país, centro —según él— de la más antigua civilización de la América meridional, después de la de Titicaca. Sostiene igualmente que la nación indígena de los quitus o caras estuvo gobernada por los Conchocandos de Licán y por sus "Guastays" o príncipes tributarios.

Pero el gran viajero no se limita únicamente a medir la altura de los volcanes y a investigar la historia de las regiones ecuatoriales sino que también va con ojos curiosos al descubrimiento de la naturaleza incógnita, de un nuevo orbe de animales y vegetales desconocidos. En unión de Montúfar, estudia "el árbol precioso de la quina" y el árbol llamado por los indios "vaca vegetal", porque da leche. En Ibarra encuentra los restos del "elefante carnívoro". Examina las obsidianas del Quinche y forma pacientemente sus colecciones de ejemplares únicos de insectos y minerales.

El alemán, el francés y el quiteño descendieron por Loja hasta las riberas del Amazonas. Entraron en las selvas más impenetrables y estudiaron las costumbres de las tribus salvajes. Salieron por el mismo camino al Perú. Navegaron de Lima a México, La Habana, los Estados Unidos —donde visitaron a Jefferson en su residencia de Monticello— y desembarcaron finalmente en el puerto de Burdeos. En su viaje de regreso a Europa, a bordo de la fragata francesa "La Favorita", después de cinco años y dos meses de ausencia, Humboldt llevaba treinta y cinco cajas de colecciones y manuscritos, sin contar la famosa "Colección de Quito" que había sido despachada antes en la fragata "Guadalupe" y que contenía ejemplares maravillosos procedentes de las tierras equinocciales.

El joven Carlos Montúfar colabora como secretario en la obra del extraordinario Barón que se dedica a poner en orden sus escritos y sus notas para darlas al mundo en libros fundamentales como *"Examen Crítico de La Historia y de La Geografía del Nuevo Continente", "Plantas Equinocciales', "Vistas de las cordilleras y Monumentos de los pueblos indígenas de América, "Viajes a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo" y* veinticinco volúmenes más. La influencia del pensamiento de Humboldt, fustigador del despotismo del Estado y de la iglesia en las Colonias, deja una huella luminosa en la mente del quiteño, quien lee con fervor las frases del maestro: "Amo cada día más mi independencia... Una vida como la mía está hecha para la acción..." Nuevos viajes le proporcionan profundas enseñanzas al secretario del filósofo. Pueblecillos de Italia, ciudades fastuosas de arte y de historia, Ve -necia, Florencia, paraísos de la pintura y jardines natales del Renacimiento. Humboldt va a Roma a ver a su hermano Guillermo, y allí Montúfar conoce a Bolívar que sueña ya en libertar las Colonias. Todos juntos visitan, en compañía de Gay Lussac, el cráter del Vesubio, y discuten sobre el porvenir del Nuevo Mundo. Diez años más tarde, Montúfar ofrendará su vida por la emancipación de su país.

Humboldt en Europa es el "hombre del día", huésped de honor de los salones, de las academias y de las sociedades científicas y literarias. Acompaña al príncipe Guillermo a París en 1807. Luego, se traslada a Berlín, en donde la Corte de Prusia le dispensa una acogida extraordinaria. El rey Federico Guillermo II le nombra chambelán y hace acuñar una medalla con la efigie del sabio, honra del pueblo germánico.

A pesar de todos sus triunfos en el Viejo Continente, el gran humanista alemán se vuelve reservado y melancólico. Dice a sus familiares que desea regresar a la América del Sur y permanecer allí el resto de sus días. Acaricia el proyecto de trasladar a Quito sus complicados aparatos científicos y de instalar en los Andes ecuatoriales un observatorio mundial. La suerte le niega este consuelo a su vejez. Su compañero Bonpland es más afortunado.

Después de servir durante nueve años el cargo de Superintendente de los Jardines Botánicos de la Malmaison -"paraíso de la emperatriz Josefina"- y de haber gozado de una pensión anual de tres mil francos, otorgada por Napoleón, vuelve al Nuevo Mundo, esta vez al Paraguay, donde la dictadura le arroja a una prisión. Los hombres libres se inquietan y el singular "Dictador de los gauchos" —e l doctor Rodríguez Francia— recibe un día una carta memorable de Bolívar pidiéndole la libertad del gran naturalista, con estas palabras de exordio: "Desde los primeros años de mi juventud tuve la honra de cultivar la amistad del señor Bonpland y del señor barón de Humboldt, cuyo saber ha hecho más bien a la América que todos sus conquistadores".

## XI. Señales de la gran tormenta

Sobre el Palacio de la Real Audiencia y los conventos se acumulaban poco a poco las nubes presagiando una tormenta próxima. La voz engolada de los oidores, el diálogo melancólico de las campanas, el conformismo de los criollos, eran barridos por el viento huracanado de la época.

Después de un largo sueño, a mediados del siglo XVIII parecía despertar la conciencia humana. Este fenómeno sociológico no llevaba únicamente el sello francés, como se ha afirmado, sino que tenía un carácter universal. En todas las latitudes aparecían signos de la gran tempestad liberal y democrática que se condensaría con mayor fuerza en Francia y en los Estados Unidos de América. Los pueblos se amotinaban en todas partes contra los malos gobiernos, mientras los pensadores escribían sus libros más osados denunciando los abusos de la corona y del clero. No eran los enciclopedistas quienes habían creado la atmósfera de descontento popular, sino que, por el contrario, el clima intelectual y moral del siglo había preparado la escena para la llegada de los hombres de la Enciclopedia.

La corriente de libre pensamiento ganó también España y se introdujo aún en el propio gobierno de Carlos III. Este monarca trajo el Renacimiento hispánico bajo la casaca de seda azul y se distinguió por su amor a Francia, fruto del cual fue su "Pacto de Familia" que le llevó a declarar la guerra a Inglaterra y que costó a América algunas posesiones, entre ellas las islas de Granada, Toba-go y la Martinica. Los conservadores acusaron a Carlos III de haber "encendido la hoguera en que había de consumirse el inmenso imperio americano".

Los habitantes del territorio de la Real Audiencia de Quito no andaban menos inquietos que sus hermanos de ultramar. Aunque ya desde los primeros días de la Colonia la conciencia popular había tenido voceros de la altura de Bedón o Villarroel, y en

el siglo XVII, el viajero español Francisco Coreal había expuesto un plan para la emancipación del Nuevo Mundo, solo a fines del siglo XVIII fructificaron las enseñanzas de los hombres libres y determinaron algunos acontecimientos trascendentales para el destino de la sociedad Colonial.

La conducta arbitraria de las autoridades, la codicia y la vida licenciosa de los eclesiásticos eran condenadas abiertamente en todas las esferas sociales. A esto venía a sumarse una corriente innovadora que sacudía el espíritu criollo, aún entre la misma gente de sotana, que no vacilaba en expresar públicamente sus ideas sin ningún temor, como lo indica la orden que dio la inquisición a un jesuíta de Quito, en 1761, de "recoger su sermón que había publicado, advirtiéndole que no lo reiterase y que se abstuviese de predicar durante un año". Tiempos después, el Tribunal del Santo Oficio procesaba en la misma ciudad y enviaba preso a Lima, acusándole de hereje, al francés Pedro de Flor Condamine, quien permaneció dos años en los calabozos de la institución siniestra.

Los alegatos intrincados, las vidas de santos, las relaciones de viajes y descubrimientos fueron envejeciendo y transformándose en literatura muerta que encontraba únicamente la indiferencia o el olvido. Y los libros profanos entraban clandestinamente y reemplazaban a los breviarios. A pesar de que los Calificadores del Santo Oficio asestaban sus gafas contra todo lo que tenía aspecto de escrito sedicioso o herético, las obras menos ortodoxas se introducían de contrabando y daban pasto a la curiosidad intelectual.

Emisarios secretos de varias potencias europeas trabajaban en el interior de las Colonias contra la dominación española. El gobierno de Madrid veía enemigos en todas partes, aún entre los jesuitas, a los que suponía favorecer los planes de Francia y minar con su poder económico y espiritual la autoridad civil.

Los acontecimientos que influyeron de manera decisiva en la formación del espíritu de libertad y que prepararon luego la independencia política fueron, sin duda, en el siglo XVIII: la introducción de doctrinas innovadoras en la universidad, la presencia de la misión científica francesa en el país durante varios años,

el funcionamiento de la primera imprenta, la insurrección popular de los barrios de Quito contra las autoridades españolas por motivo del estanco del aguardiente, la expulsión de los jesuitas y la confiscación de sus bienes, la visita de algunos liberales extranjeros portadores de la "filosofía de las luces" y, finalmente, la formación de una clase intelectual avanzada y el acceso del pueblo a los libros que antes habían sido patrimonio exclusivo de la compañía de Jesús.

El Secretario del presidente Carondelet era un criollo inconforme, Juan de Dios. Morales, jurista con notables dotes de hombre de letras, discípulo de Eugenio de Santa Cruz Espejo y amigo de los humildes. Su mentalidad volteriana se revela en su famosa frase: "Ni Madrid ni Roma", con la que significaba su anhelo de libertad política y espiritual para las tierras del Nuevo Mundo. Su acción clandestina se ejercía en todos los círculos sociales y minaba la estabilidad del régimen español. En el mismo sentido trabajaban jóvenes entusiastas entre los que se contaban algunos nobles criollos. Cuando, después del breve gobierno interino del capitán Juan Antonio Nieto, llegó el nuevo presidente de la Real Audiencia, Manuel Urríez, conde de Ruiz de Castilla, se encontró con la resistencia declarada no solo de los mestizos y los indios sino también de los círculos aristocráticos de la capital.

En el tablado del salón de actos del colegio de San Fernando, regentado por los dominicos, los estudiantes convertidos en actores representaron con fogosa elocuencia y gestos tribunicios el drama *Catón*, que formaba parte del programa de festejos en honor del anciano conde. La obra puesta en escena había sido arreglada por Morales y Quiroga de tal manera —cuenta el inglés Stevenson que asistía al espectáculo en calidad de Secretario del presidente— que se veía con claridad su propósito de "inspirar el amor a la libertad y los principios de republicanismo".

Después de la exaltación de la austeridad romana y el anuncio de la destrucción inevitable de Cartago —que simbolizaba para el público el fastuoso e inútil régimen Colonial- los actores juveniles representaron la *Andrómaca* de Racine, en versos españoles, y

recitaron algunos pasajes de *La Araucana, en* que el héroe exclama: "Muertos podemos ser, mas no vencidos".

La intención de algunos gestos y frases arrancaba, de vez en cuando, una leve sonrisa al conde Ruiz de Castilla, rodeado de los oidores y otros altos funcionarios de la Audiencia. Los aplausos más entusiastas venían de las filas ocupadas por los miembros de la Sociedad Económica de Amigos del País y de la Escuela de la Concordia, entre los que se distinguían el marqués de Selva Alegre, Manuel Matheu, Vicente Álvarez, Mariano Flores de Vergara, Mejía, Juan de Larrea, Morales, Ante y otros muchos, que iban a formar poco tiempo más tarde el primer gobierno libre.

El mismo Stevenson nos ha dejado en sus memorias un cuadro muy animado de la ciudad de Quito, a comienzos del siglo XIX. No escapó a sus ojos de buen observador la pobreza del vecindario. Tampoco le pasaron inadvertidas las bellezas artísticas de las iglesias: la fachada de San Francisco, de estilo toscano; la Catedral, con la imagen de San Pedro esculpida por Caspicara; la fachada de la compañía, con sus relieves de piedra, "escultura emblemática, trabajada con la más grande delicadeza y que denota el cincel de un maestro". En la Plaza Mayor ve la fuente castellana y las prisiones que muestran sus rejas en la planta baja del Palacio de la Audiencia. Y se da cuenta, del poder de la inquisición "defensora del altar y apoyo del trono" sin dejar de notar al mismo tiempo que el presidente de la Real Audiencia goza de "todos los privilegios de un virrey".

El activo e ingenioso inglés conversa con los hombres del pueblo, contempla el desfile de los estudiantes de San Fernando, que llevan sobre el hombro una banda blanca —en la que lucen las armas del colegio grabadas en oro—, examina la biblioteca de los jesuitas que fue confiada a Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo en época no lejana y que "contiene mis de veinte mil volúmenes". A continuación, anota en su diario de viaje: "el edificio de la compañía fue repartido entre la comunidad de monjes Agonizantes, la Universidad y el Cuartel".

Mas, acaso incomoda al presidente Urriéz la curiosidad del Secretario, pues a poco recibe éste en pliego cerrado el encargo ofi-

cial de explorar la región vecina de Quito y buscar un camino desde la capital al punto mis cercano de la costa. Así llega Stevenson al camino de Malbucho, que significaba para el soñador Pedro Maldonado, -en el siglo XVII I—, la salida salvadora al Pacífico y el acercamiento al mundo del futuro. El explorador escribe: "Esta región puede ser de gran utilidad para el mundo comercial, constituir la entrada principal del Reino de Quito y rivalizar dentro de poco con Guayaquil". (41) El alcalde de los indios de Atacames le regala tres esmeraldas al asombrado viajero inglés que piensa en los malabas y en el legendario Conchocando de Licán, evocado por Humboldt. ¡Esmeraldas arrancadas a las minas sombrías, esmeraldas como ojos de ofidios en la noche del trópico! En esas piedras preciosas se encerraba todo el drama Colonial, toda la desigualdad de un régimen donde se codeaban la abundancia y el hambre, el esplendor de unos pocos y la infinita y general pobreza del pueblo, al que se acallaba con el látigo y la horca.

A fines del año 1808 todo estaba ya preparado en el país para la insurrección contra el gobierno español. Al día siguiente de la fiesta de Navidad se reunieron los conjurados en el obraje de Chillo, en el verdeante escenario de las tierras prósperas del marqués de Selva Alegre, para acordar la forma en que se proclamaría la independencia. Letrados, oficiales del ejército, clérigos y estudiantes, expresaron su fervor por la causa. La invasión de España por los ejércitos de Napoleón les proporcionaba la oportunidad anhelada para emancipar la Colonia y juraron consagrar a esta finalidad todos sus esfuerzos, haciendo aún el sacrificio de su propia vida. En ese "juramento secreto de los patriotas" desempeñó las funciones de redactor de actas Vicente Álvarez, secretario particular del marques. El presbítero Riofrío, José Javier de Ascázubi, el universitario Antonio Ante y Flor -que acababa de cumplir apenas veinticinco años— el capitán Salinas, Jefe de la unidad militar acantonada en la plaza de Quito, los fraternales compañeros Morales y Quiroga, el marques de Maenza, el intrépido coronel Nicolás de la Peña y muchos otros se comprometieron a conducir a los ciudadanos de los barrios el día señalado para el movimiento in-

surreccional. Muy pocos de ellos saldrían con vida de la gloriosa aventura de la independencia.

No habían transcurrido aún tres meses cuando ya la mayor parte de los conjurados habían sido apresados, no se sabe si por obra de la traición o por el fino olfato de los sabuesos de la Audiencia. El 9 de marzo de 1809 eran encerrados en el convento de la Merced el presbítero Riofrío, Nicolás de la Peña, Quiroga, Morales y el capitán Salinas. Pero, los otros patriotas que hablan participado en el juramento de Chillo pusieron en juego todas las artes de la persuasión y de la actividad conspirativa para hacer desaparecer los expedientes comprometedores de la casa del secretario de la Audiencia, licenciado Muñoz, y obtuvieron la libertad de los presos.

En todos los lugares del país se agitaban las muchedumbres, a veces guiadas por sus propios párrocos. Los desastres sísmicos ocasionados durante el gobierno de Muñoz de Guzmán y la represión sangrienta de los indios sublevados en la época del barón de Carondelet dieron su fruto en los primeros meses de la presidencia del conde de Ruiz de Castilla. Como en los tiempos de la Revolución de las Alcabalas y del Motín de los Estancos, se volvió a poner en marcha el pueblo de Quito. En un amanecer de agosto de 1809 se congregaron en la Plaza Mayor las milicias de los barrios, mientras el capitán Juan de Salinas hacía alinear las tropas de la guarnición, en medio del repique alborozado de las campanas, y daba a conocer la formación de una Junta Soberana de Gobierno, presidida por el marqués de Selva Alegre. Al mismo tiempo; algunos patriotas conducidos por el doctor Antonio Ante apresaban al presidente Urríez, después de comunicarle su cesación en el cargo por voluntad del pueblo, y le señalaban su propia mansión por cárcel.

El sol de la libertad se elevaba sobre los techos de Quito después de doscientos setenta y cinco años de dominación Colonial. Este primer resplandor iba a propagarse por todo el continente en el curso de algunos meses, a pesar de los esfuerzos desesperados de la monarquía hispánica que intentará ahogar la claridad anunciadora en ríos de sangre.

## NOTAS

1. Ávila era tan rica en oro, que algunos españoles la consideraron la puerta de "El Dorado". Así, el capitán Agustín de Ahumada, hermano de Santa Teresa, pidió fuerzas de arcabuceros para la conquista de "la región de El Dorado que se hallaban cerca de Ávila".

2. Spruce en su libro *Notas de un botánico en el Amazonas.*

3. Gutiérrez de Santa Clara en *Historia de las guerras civiles del Perú.*

4. Dos cédulas merecen mencionarse especialmente: la del 3 de octubre de 1539 que manda "al licenciado Vaca de Castro que haga pregonar y ejecutar la provisión que los vecinos se casen dentro de cuatro años" y la del 7 de diciembre de 1547 que ordena "que los hombres casados vayan a hacer vida con sus mujeres".

5. En el aniversario de este pronunciamiento se acostumbró desde entonces sacar el estandarte real a la Plaza Mayor de Quito. Algunos años antes de este suceso, en Guamanga, el desalmado Puelles había dado muerte a Gaspar de Rojas, Felipe Gutiérrez y Arias de Maldonado.

6. Estos hechos dejan sin fundamento la actitud de ciertos escritores que, siguiendo al peruano Paz Soldén, afirman que Pizarro y Carvajal "son las primeras víctimas que registra la historia de la libertad del Perú". Ambos aventureros fueron tiranos implacables que ejercieron una dictadura de hierro y suprimieron la libertad. Gonzalo Pizarro desterró a Chile a Alonso de Montemayor, al general Rodrigo Núñez de Bonilla, Tesorero de Quito y a otros españoles. Durante su primera estada en Quito, Pizarro había hecho ahorcar a Hernando de Zebalios, Veedor de las minas de oro.

7. En el libro *Artes Plásticas Ecuatorianas* por José Gabriel Navarro.

8. ídem. Op. Cit.

9. *Cedulario indiano.*

10. Allí donde había cuatro o cinco encomiendas, los encomenderos estaban obligados a construir "una iglesia con ima-

gen de Nuestra Señora y una campana para llamar a los fieles". (Ordenanzas de Burgos, 1512). En el siglo XVIII, la encomienda se convirtió en la hacienda moderna.

11. Entre los colaboradores de Monardes figuraba Gonzalo Argote de Molina que poseía en Sevilla un "camarín de curiosidades de indias", muy visitado por los estudiosos y los viajeros de la época.

**12.** El poeta Martín de Barco Centinera, autor del poema "Argentina y Conquista del Río de la Piata" se impresionó tanto con la flor de esta planta que la dedicó una graciosa octava real:

*"La flor de la granada o granadilla de*
*indias y misterios encerrados a quien no*
*causará gran maravilla. Figúranse los doce*
*consagrados de una color verde y amarilla la*
*corona, y los clavos tres morados. Tan*
*natural está y casi al vivo Que yo me admiro*
*ahora que lo escribo ".*

13. Este y otros hechos se consignan en el libro *Los Americanos en las Órdenes Nobiliarias* por Lohman Villena. Según documentos del Archivo de Indias se sabe que el primer señor de Villar de Farfón fue Luis de Cifuentes, nacido en Latacunga, escribano de Cámara, Gobierno y Guerra de la Audiencia de Quito. Hasta fines del siglo XVIII no hubo en el territorio de la Audiencia otros marqueses que los de Cadereyta y de Villarrocha. Los marquesados de Solanda, Selva Alegre, Lises, fueron creados en el siglo XVIII. La política liberal de Carlos III favoreció a los criollos de Quito y les hizo merced de varios títulos de nobleza, entre ellos el marquesado de Miraflores y los condados de Cumbres Altas y de Casa Gijón. Entre los títulos nobiliarios modernos, se cuenta el de marqués de San José, otorgado por Fernando VII en 1815 -a raíz de la reacción absolutista y de la restauración Colonial en Quito— a José Ma-nuel Larrea y Gijón originario de Caranqui.

14. La población negra no era muy considerable en los primeros años del siglo XIX. Humboldt calculó que no había más de ocho mil negros y 40 mil mulatos en el país. Pero, esta cifra au-

mentó durante la guerra de emancipación. Centenares de negros de Colombia, Venezuela y aún de Jamaica, entraron en las rierras ecuatoriales, enrolados en las tropas libertadoras. Muchos de esos soldados de color llegaron a los más altos grados militares. El general Flores había formado una guardia de negros para su seguridad personal y tenía como hombre de confianza de su gobierno a un general de esa raza: Otamendi. Cuando el presidente Urbina dictó su decreto de abolición de la esclavitud, en 1852, los negros acudieron de rodos los lugares del país con el objeto de instalarse como agricultores y pescadores en las provincias del litoral, especialmente en Esmeraldas. Así, fuera de esa región perfectamente demarcada se puede afirmar que el Ecuador no es un país afroamericano, como han tratado de hacerle aparecer algunos intérpretes de la realidad nacional. La región interandina no ofrece condiciones favorables para la aclimatación de la raza negra; pero, es un hecho sociológico indudable que, en la formación del carácter del pueblo de la costa ha participado la raza de color con su dinamismo, su sensualidad, su inclinación a la música y, sobre todo, su espíritu de rebeldía.

15. Los pormenores de este capítulo han sido extraídos de var ios documentos oficiales, del valioso libro de Henry Charles Lea, *The ínquisition in the Spanisch Dependencies*, publicado en Nueva York, en 1908, y de la notable *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por José Toribio Medina. En las *Cartas di indias* se encuentra un documento revelador, fechado en 1561, año en que fray Pedro de la Peña, ulteriormente obispo de Quito, ejercía el cargo de Provincial de la Orden de los Dominicos de México: "Carta de los provinciales de las Órdenes de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín de México al Rey don Felipe II justificándose de los excesos que se les atribuían".

16. El profesor Marcel Bataillon, Rector del Instituto de Francia, en una hermosa carta de congratulación dirigida al autor de este libro -a raíz de la primera publicación de *La Tierra siempre verde* en París— afirma que "fray Francisco de la Cruz nació en Lopera, diócesis de Jaén". Naturalmente se refiere a Jaén de España. En todo caso, criollo o español, este dominico ejer ció una acción profunda entre el clero de Quito. Fue discípulo de fray Felipe de Meneses que en *Luz del Alma* predica la

migración de la iglesia cristiana a América (Ver Bataillon: *Les Douze Questions Péruviennes résolues par Las Casas)* y se adelantó a Montaigne en la idea de que los indios debían ser tratados como "un pueblo niño".

17. En realidad, todos los frailes acusados eran censores implacables de los encomenderos y gobernantes españoles, fray Pedro del Toro fue quien, en su calidad de encargado del Obispado del Cuzco recibió las instrucciones "lascasianas" de fray Bartolomé de la Vega, según las cuales se debía negar la absolución a los "tiranos y ladrones de la conquista" y a sus cómplices, los propios gobernantes españoles... Los padres Portillo y Casco eran conocidos por sus ideas en favor de los indios. Algunos conquista dores les habían perseguido con saña. En 1568, Diego de Carvajal denunció a los dos religiosos ante las autoridades "por ejercer pre sión sobre él para que hiciera restitución a los naturales de Chile de lo que había ganado en quince meses de guerra..."

18. Probablemente los dos frailes son la misma persona, pues Pablo Herrera afirma que el padre Almeida vivió a fines del siglo XVII.

19. *Cedulario Indiano.* Documentos correspondientes a la isla de Santo Domingo.

20. Fray Reginaldo de Lizárraga, quien conoció personalmente en Quito a fray Pedro Bedón, cuenta este hecho y elogia la Escuela de la Cofradía del Rosario, fundada por el dominico quiteño, "en donde se enseñaba a leer, escribir, cantar y tañer flautas".

2 1. Martín del Barco Centinera: *Argentina y Conquista del Río de la Plata,* Madrid, 1749.

22. En su *Viaje del Mundo,* el español Simón Pérez de Torres, que salió de Sevilla en 1586, hace una pintoresca descripción de Quito: "...tiene esta ciudad muy ricos Encomenderos de muchas rentas; es muy abundante de Pan y Carnes; muchas Estancias de muchas Simientes de la Tierra i esto en tanta cantidad que vale muy barato. Esta Ciudad está fundada en medio de siete Vulcanos, i el uno llueve ceniza algunas noches, que amanecen las calles i la campiña cubierta; hay en esta Ciudad muchos guaipos,

0 por mejor decir abriduras de Tierra, que se van a lo profundo,

1 con un salto lo pasaran de una banda a otra. Vide junto a esta Ciudad una cosa de admiración: dos Leguas de ella, a mano

izquierda, por encima de Quito, está un Pueblo de indios, que se dice Alangasí, media legua de este pueblo, poco más o menos está una Laguna de cosa de media milla en torno..."

23. Parece que la "revolución de Quito" tuvo sus proyecciones en otras ciudades de la Colonia, como el Cuzco, Arequipa y el Callao. En este último puerto los insurrectos se adueñaron de una Real Galera. La justicia del virrey fue rremenda: tres "instigadores perecieron hechos cuartos en el Callao", dos en Arequipa y cinco en el Cuzco. Pedro de Oña afirma, sin probarlo, que Juan de la Vega se pasó a las fuerzas de Arana, así como el maestre de campo Llerena y el capitán Castañeda.

24. Papeles encontrados por el corsario Rogers en un galeón español capturado en el Mar del Sur y publicados en su libro
*Voyage autour du Monde.*

25. En la *Histoire du Nouveau Monde* por Jean de Laet, dedicada al Cardenal de Richelieu. El autor hace algunas descripciones de Manta, Puerro Viejo y de toda la costa marítima de la provincia de Quito. Habla de los monumentos indígenas, de las frutas extrañas -especialmente las guabas y las guayabas- y la producción de azufre y de algodón.

26. El libro *Relations des voyages de Francois Coreal aux índes Occidentales* se publicó en Amsterdam en 1738. Hay también una edición inglesa; pero no se han encontrado los originales españoles. Ciertos escritores han puesto en duda la existencia de Coreal. Otros le llaman Francisco Real. De todas maneras, el viajero que firmó su libro con el nombre de Coreal fue un pensador libérrimo.

27. Fray Samuel Fritz refiere que se escogió un tronco grande en la Aldea del Oro "como padrón límite con los portugueses por la Audiencia de Quito" y que se puso debajo del árbol un par de orejeras de oro para señalarlo entre todos los demás. Los soldados portugueses del Brasil llevaron las orejeras simbólicas al pie de otro árbol más avanzado, y repitieron la operación en varias ocasiones penetrando cada vez más en el territorio de la Audiencia.

28. En su diario de viaje, Woodes Rogers añora igualmente algunos detalles interesantes sobre la defensa de Guayaquil en esa época. Dice que había tres forralezas sobre la colina, "la mayor con siete cañones fijos que no podían alcanzar, por su elevación, a los

atacantes situados en la ciudad". Guayaquil estaba en ese entonces enteramente rodeada por una muralla. "Las autoridades podían reunir hasta novecientos hombres, entre caballeros e infantes, con cinco capitanes de infantería y uno de caballería".

29. En el libro *Biografía del Caribe* por el norable escritor colombiano Germán Arciniegas.

30. No se conoce tampoco hasta hoy el paradero de dos cajas de dibujos y modelos de máquinas de Pedro Vicente Maldonado, quien las había confiado a La Condamine.

31. Se cree que el bosque de Auritusinga, en Loja, es la cuna de la quina. Sirviéndose de los estudios de La Condamine y de Jussieu, el sabio gaditano Celestino Mutis prosiguió el examen de la cascarilla y publicó en 1793 su libro *El Arcano de la Quina,* fuente de todos los trabajos ulteriores de los hombres de ciencia sobre esra corteza. Humboldt y Caldas se especializaron en la cascarilla de Loja. Los ingleses y los holandeses se inreresaron por esta benéfica planta. El botánico Hasskarl fue enviado por el Gobierno de las Indias Holandesas para recoger en el Ecuador plantas de cascarilla. El inglés Spruce, por su parte, recorrió durante ocho años los Andes y la cuenca del Amazonas y trazó un mapa indicando las regiones de cascarilla colorada en el Ecuador. En 1820, cuando Pellerier y Caventon descubrieron el alcaloide extraído de esta planta -o sea la "quinina"— se dijo en Europa que "no hay droga más útil para el hombre que este febrífugo..." Sólo en 1861 se dictó en el Ecuador una ley de protección de las plantas de quina. En el mismo año, el doctor Malo empezó a extraer el sulfato de quinina en Cuenca.

32. La carta de Voltaire lleva la fecha del 16 de abril de 1756.

33. De la participación del oidor, del fiscal y del Alguacil quedó constancia en la *Noticia Secreta* que escribió sobre la rebelión de los Estancos el oidor Romualdo Navarro.

34. Este es un dato significativo si se tiene en cuenta que la primera imprenta en Buenos Aires empezó a trabajar en 1780.

35. Srevenson asegura que los jesuitas explotaban también las minas de esmeraldas, entre ellas la del río Bichile y la de Tucámez. Este dato consta en su libro *Twenty Years Residence in South América.*

36. La proscripción y el éxodo de los hijos de Loyola se renovaron desde entonces periódicamente En 1814 se restableció la

Orden; pero seis años más tarde se dictó un nuevo mandato de expulsión; en 1842 volvieron los jesuitas al Ecuador; mas, no habían transcurrido aún dos años cuando ya fueron nuevamente expulsados del país, para regresar luego definitivamente en la época del presidente García Moreno. Los primeros jesuitas habían enseñado a los indios una salutación solemne y litúrgica: "Bendito y alabado sea el santísimo sacramento del altar". El indio, con su poder de síntesis y su intuición acerca de que los símbolos de la reli-gión y del dominio político iban juntos, abrevió así la frase: "Alabado sea Dios, patrón".

37. El argumento de la famosa "novela epistolar" de la esposa del Chambelán del duque de Lorena es el siguiente: La joven india Zilia es raprada del Templo del Sol, en Quito, por los españoles que la embarcan con rumbo a Europa. La desvenrurada no tarda en enfermar a bordo, y la nave española en que viaja cae en poder de los piratas franceses. En Francia, Zilia encuentra la protección de una noble familia que la viste a la europea, la conduce a París y la encierra en un convento. Dotada de una clara inteligencia, la quiteña aprende a leer y muy pronro es codiciada por un señor de la Corte. En vista de este peligro para su virtud, Zilia escribe a su amado Aza, que se encuentra en América, y le pide que venga a su socorro. Aza llega a París y la rapta del convento. Los protectores de la joven india y las autoridades francesas los persiguen; pero el Rey de Francia ordena a uno de sus capitanes de navío conducirles sanos y salvos "al país de Quito".

38. Ver Jean Sarrail: *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII siécle,* París, 1954.

39. El retraro del Barón de Carondelet —pintado de cuerpo entero, tamaño natural— existente en el Museo de Nueva Orleans, fue donado por el quiteño Pacífico Chiriboga. En la primera edición de mi libro *Mirador Terrestre* desapareció por descuido tipográfico una línea del texto original que se refería a Carondelet, quedando únicamente la que hacía alusión a Santillán, y así la nota que dice: "En el Museo de Nueva Orleans se conserva un retrato de este gran señor" parece referirse al presidenre Santillán cuando en realidad corresponde al gobernante flamenco.

40. Carlos Montúfar es uno de los hombres más importantes que han nacido en Quito. Acompañó a Humboldt en su viaje a

Europa y conoció personalmente a los personajes más célebres de la época. Entró en relaciones con Bolívar, Miranda, Rocafuerte, José Mejía y otros libertadores. Prestó sus servicios a la Junta Soberana de España cuando la invasión francesa, y por sus conocimientos obtuvo el grado de Coronel, fue uno de los vencedores de los franceses en **Bailen.** Cuando la sublevación de las Colonias contra España, Montúfar fue enviado a Quito con el carácter de Comisionado Regio; pero él adoptó la causa de la Independencia y fue fusilado por los españoles.

41. Antonio de Alcedo menciona al capitén Pablo Durango, a Francisco Pérez y Hernando de Soto Calderón entre los precursores de Maldonado en la construcción del camino de Malbucho. También, en la época de Munibe, los empresarios Nicolás de Andagoya y Diego de Valencia propusie-ron abrir un camino a Atacames desde Calacalí, pero no obtuvieron el permiso respectivo. La llamada "ruta de Maldonado" o "Camino de Carondelet" fue de gran utilidad a Stevenson para sus trabajos.